MARIAH STONE

LA FALSA PROMETIDA DE LORD LIBERTINO

DUQUES
Y SECRETOS



LA FALSA PROMETIDA DE LORD LIBERTINO

DUQUES Y SECRETOS

LIBRO DOS

MARIAH STONE

TRADUCIDO POR

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN

Stone Publishing

Copyright © 2024 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Her Rake Fiancé* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo

Consigue un libro de Mariah Stone gratis
Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!
Acerca del Autor

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

1

Londres, 1813

—¡Regresa a Mayfair, que es donde perteneces!

Las palabras que soltó expertamente uno de los siete niños que tenía delante agredieron a la señorita Jane Grant como el hacha de un verdugo. Todos llevaban prendas que parecían trapos llenos de agujeros y dejaban ver la piel sucia. Estaban inquietos detrás de los pupitres y arrancaban pedazos del precioso papel que había escogido con detenimiento y había ordenado hacía varios meses mientras se preparaba para abrir la escuela. Tanto las sillas como los escritorios se deslizaban contra el suelo de madera recién instalado, mientras los cuatro niños y las tres niñas arrojaban plumas y bolas de papel, se empujaban, gritaban y se reían a carcajadas.

Su perro, Hercules, un raposero con grandes manchas marrones y grises contra el pelaje blanco, estaba sentado y atento al lado de la puerta, con las orejas paradas y soltando ladridos cautelosos. Reuben, un hombre alto y grande de unos cuarenta años que llevaba una barba desalineada, se encontraba de pie en el otro extremo de la sala con los brazos gigantes cruzados al pecho y observando la escena con el ceño fruncido por la preocupación. Era uno de los hombres de más confianza de su hermano Thorne, y a menudo acompañaba a Jane por Whitechapel como su chaperón y su guardaespaldas.

—Sí, regresa a Mayfair —soltó el pelirrojo Alfie con los ojos celestes de acero clavados en ella antes de escupir—: princesa…

¿Cómo sabían qué palabras exactas decir para lastimarla? Suponía que era más claro que el agua que no pertenecía allí. Jane parpadeó al sentir el ardor de las lágrimas que se le comenzaban a reunir detrás de los ojos. Era su maestra y, como no podía darse por vencida en los primeros minutos de mera existencia de su escuela, tomó una profunda bocanada de aire y se obligó a ofrecerles una sonrisa llena de coraje.

—¡Niños! —exclamó intentando gritar por encima de toda la cacofonía—. ¡Por favor, guarden silencio! Si me permiten hablar un minuto…

Mientras el ruido en el salón de clases se intensificaba, captó a Reuben negando con la cabeza lento, su mirada y ceño fruncido indicaban una mezcla de ansiedad con empatía; Jane sabía que quería ayudar. Lo vio avanzar entre la fila de simples pupitres y sillas de roble que ella misma le había encargado hacía un año al carpintero de Whitechapel. El hombre había rescatado la madera de muebles rotos y había estado tan agradecido con esa orden considerable que lo había emocionado casi hasta las lágrimas.

Una pluma se quebró bajo los pies de Reuben, que seguía avanzando. La luz del sol se colaba por las tres ventanas pequeñas e iluminaba la pizarra negra que colgaba en el frente de la sala. Las paredes de paneles blancos estaban decoradas con mapas que le había comprado a un cartógrafo en Cheapside y varios afiches educativos con el alfabeto, los números y la tabla aritmética que ella misma había pintado.

La edificación era la cocina abandonada que se encontraba en la parte trasera de Elysium, el exclusivo club para caballeros de su hermano. Un año atrás, Thorne había contratado a varios hombres locales que estaban desempleados para renovarla y convertirla en la escuela de Jane; por eso, la habitación aún olía a madera fresca, pintura y tiza.

Cuando Reuben se detuvo al lado de ella, las cejas parecían dos pequeñas nubes de tormenta por encima de sus ojos, y Jane sintió una ola de agradecimiento. Sabía que su presencia allí no solo se

debía al deber que sentía hacia Thorne, sino también al lazo que habían formado durante las cenas compartidas y las veladas en las que le leía libros.

Reuben fulminó a los niños con la mirada antes de tronar:

—¡Cierren el pico, mocosos!

En el salón reinó el silencio absoluto. Hercules soltó un último ladrido y se acomodó en su cama, pero no bajó la cabeza, sino que les arrojó miradas de advertencia a los niños. Petrificados, los alumnos se volvieron a mirar a Jane y Reuben que tenían los ojos abiertos de par en par, los ceños fruncidos y expresiones sombrías en los rostros. Jane soltó el aliento aliviada. Le hubiera gustado lograr que los niños se comportaran, pero tenía que admitir que esa táctica era más efectiva. Reuben se volvió hacia ella y le guiñó el ojo de forma conspiratoria. Acto seguido volvió a fulminar a los niños con la mirada.

—Son unos mocosos muy desagradecidos —masculló—. La señorita Grant ha estado trabajando durante un año entero para construir esta escuela para ustedes. Compró todos estos libros, el papel y las plumas. Y ahora miren…

Caminó hasta los primeros escritorios, tomó un tintero que se había volcado, y lo volvió a colocar en su lugar para luego frotarse los dedos manchados de tinta contra el abrigo marrón. El charco de tinta goteó del escritorio al nuevo suelo de madera. Oh, ¿acaso Ruby, su criada y ama de llaves, lograría quitar esa mancha?

—Tinta derramada —continuó Reuben—, plumas rotas, papel desperdiciado…

Jane soltó una risita nerviosa.

—Está bien, niños. Tengo más suministros. Lo único que importa es que están aquí.

—¿Y para qué estamos aquí? —le preguntó Lily, una niña de ocho años—. Debería estar en el molino, ganándome el pan.

—¿Acaso quieres lastimarte las manos con una máquina trabajando por un mísero centavo? —le preguntó Reuben.

—A veces ese centavo es una miga de pan para mi hermanita.

Jane sintió un cosquilleo en la piel. Había pasado varias semanas yendo de una puerta a la siguiente en el barrio para hablar con los

padres y convencerlos de enviar a los niños a la escuela.

—Y yo debería estar ayudando a mi tío —anunció Alfie.

—¿En la calle, Alfie? —ladró Reuben—. Robando carteras… Ese es tu mejor talento, ¿no?

Alfie lo fulminó con la mirada.

—Íbamos a hacer mi primer gran trabajo. Mamá está atrasada con la renta hace seis meses.

—La señorita nos está haciendo perder el tiempo —masculló Peter, un niño de nueve años que tenía una melena de cabello negro.

Jane sabía lo que debía parecerles. Durante los cinco años que había vivido en Whitechapel, desde que se mudó de la casa de su padre en Mayfair, les había parecido de lo más extraña a los residentes del barrio. Aunque tenía prendas simples, las llevaba impolutas y prolijas. Ruby siempre le arreglaba el cabello meticulosamente, y nunca tenía ni un solo pelo fuera de lugar. Siempre tenía el rostro y las manos limpias. Los lentes debían decir a gritos quién era: una persona educada. No hablaba como ellos, ni se vestía como ellos, ni tampoco se veía como ellos. No tenía que preocuparse de dónde vendría la siguiente comida. Su hermano se había asegurado de eso. Y, a pesar de vivir en el distrito criminal de Londres, se sentía muy a salvo con los hombres de Thorne cuidándola como su princesa. Además, todos en Whitechapel sabían que la hermana de Thorne Blackmore, la hija legítima de un barón a diferencia de su hermano bastardo, era intocable. Si tan solo se le desalineaba un cabello por causa de alguien, ese alguien pronto perdería la cabeza.

Pero si Jane quería ayudar a esos niños, tenía que encontrar el modo de conectar con ellos y hacer que quisieran estar allí.

—La educación no es una pérdida de tiempo —comenzó—. Peter, si aprendes a leer y escribir, no tendrás que trabajar en los molinos peligrosos, ni andar robando o mendigando en las calles. Puedes trabajar en el servicio o ser el aprendiz de alguien y desarrollar algún oficio como el del carpintero, cocinero, zapatero…

«Y no acabar en la horca», quiso añadir. Pero el solo pensamiento le produjo un estremecimiento en la columna vertebral.

Una imagen mental se le vino a la mente: un niño de diez años colgando del cuello, meciéndose contra un cielo lleno de nubes tormentosas. Hacía dos años, había sido testigo de una ejecución pública cuando el cochero tomó un giro equivocado y quedaron varados en una multitud de espectadores.

Thorne le había ordenado que no mirara, pero no pudo apartar los ojos de la escena. Cuando le preguntó qué había hecho el niño, Thorne le respondió con un tono sombrío:

—Hizo lo que muchos niños de Whitechapel hacen todos los días. La diferencia es que a él lo atraparon.

Jane rezó por ser capaz de ayudar a esos niños a escapar de semejante destino. Y, si la escuela era un éxito, no solo ayudaría a esos siete alumnos, sino a muchos más.

—Pequeños, no se preocupen por trabajar o robar —dijo Reuben—. El señor Blackmore, el hermano de la señorita Grant, les ha pagado a sus padres por el trabajo que no podrán hacer hoy.

Mientras los niños murmuraban entre ellos con sonrisas de satisfacción, Jane sintió una conmoción como una bofetada. Todo era falso. El hecho de que los niños estuvieran en la escuela no se debía a ella, sino a Thorne. Thorne, que siempre la protegía, la escudaba y se aseguraba de que cada uno de sus deseos y caprichos se materializara.

Sin embargo, había creído que por una vez todo se debía a ella. Había asumido que había logrado convencer a los padres de los niños para que los enviaran a la escuela tras llamar a sus puertas semana tras semana. Había creído que había logrado hacer una diferencia, que había dado un pequeño paso para sentir que al final pertenecía allí… que importaba. Había creído que no era solo la hermana aristocrática, solitaria y sobreprotegida de un señor del crimen que no sabía qué hacer con su vida entre ladrones, prostitutas y maleantes.

—Bueno, me tengo que ir —anunció Reuben alzando un dedo—. Será mejor que escuchen a Janie… Eh, digo a la señorita Grant. Si no lo hacen, les azotaré el trasero con tanta fuerza que no podrán sentarse por una semana.

Jane miró a Reuben horrorizada.

—No, no, Reuben —dijo—. En esta escuela no habrá castigos corporales. Los niños ya tienen suficientes problemas.

Reuben se rio, pero les arrojó una mirada de advertencia a los niños, que lo miraron serios. Los señaló con el dedo, pero no dijo más nada.

—No bromeo, Janie —le dijo acercándose más a ella—. Si estos diablillos te dan problemas, tendrán que vérselas conmigo.

Tras decir esto, Reuben se marchó bajo los ojos atentos de Hercules. Con el sonido de la puerta cerrándose, siete pares de ojos rebeldes y desafiantes se fijaron en Jane. Les sonrió y cambió el peso de una pierna a la otra.

Nunca se había sentido más fuera de lugar. ¿Qué podía saber acerca de sus vidas? ¿Qué sabía acerca de tener que sobrevivir cada día con el estómago vacío y unos harapos sobre los hombros? ¿Qué significado tendría leer y escribir para ellos cuando ni siquiera tenían la certeza de si iban a comer al día siguiente?

Aun así, tenía que seguir adelante. Quizás ese día sería difícil, pero en el futuro podría hacer la diferencia entre la horca y un hogar seguro. Esa idea la hizo tomar una profunda bocanada de aire y caminar hacia la pizarra.

—Comencemos con el abecedario —dijo—. *A* de abeja, *b* de bruja…

Siguió con todo el abecedario mientras escribía las letras. Los niños repetían detrás de ella, pero las voces sonaban aburridas e indiferentes. Hasta que llegó a la *w* y comenzaron a reírse y gritar otra vez.

Cuando se dio vuelta, vio que Alfie había dibujado un esbozo bastante bueno de una mujer con lentes, un moño perfecto en la cabeza, unas faldas que se volaban al viento y unas enaguas que quedaban expuestas de forma escandalosa. Cuando jadeó, los niños soltaron carcajadas entretenidas.

—Alfie, ya es suficiente —lo regañó—. Eso es de lo más inadecuado.

—¿Y qué va a hacer, señorita Grant? —le preguntó Peter—. ¿Enviarnos a casa?

Un rugido de aprobación estalló en la sala.

A Jane se le tiñeron las mejillas. A pesar de las buenas intenciones que pudiera tener Thorne, no podía ayudarla con eso. Era entre los niños y ella. Pero era como si no pudiera encontrar las palabras adecuadas para hacerles ver por qué deberían querer estar allí.

—No, por supuesto que no, pero deben comprender que…

Pero nadie le estaba prestando atención. Alfie se subió a una silla de un salto y comenzó una especie de baile salvaje. Peter sacudía la mesa de Alfie para hacerlo caer el suelo, y Jane soltó un aullido. Mientras Lily se reía entre dientes, el resto de los niños tomó las hojas de papel que quedaban sobre los pupitres y formó bolas para comenzar una pelea. Hercules se incorporó de un salto y ladró para sumarse al tumulto.

—¡Por favor! —imploró Jane con desesperación. ¿A quién intentaba engañar? No era una institutriz, ni una maestra, ni una madre. Era una simple dama que se había criado para entender la etiqueta y actuar con gracia, no para controlar una habitación llena de niños. Como era la hija de un barón, la habían criado en preparación para convertirse en la esposa de un aristócrata, de modo que pasó mucho tiempo en la sala de estar de la casa y no en la escuela. Y, a pesar de eso, ahora no tenía ni la más mínima intensión de casarse y, en cambio, perseguía un sueño que parecía tan distante como las estrellas—. ¡Por favor, niños, guarden la calma!

En el medio del caos, Hercules corrió hacia la puerta ladrando desesperado. La puerta se encontraba abierta de par en par, y el hombre más atractivo que había visto en la vida se encontraba de pie en el umbral. Era alto y musculoso bajo el exquisito chaleco oscuro que llevaba algo torcido. Con el pañuelo abierto y los pantalones arrugados, era la personificación de todas sus fantasías románticas. Llevaba el cabello grueso y de color castaño rojizo en un corte a la moda y algo enmarañado. Tenía unos rasgos perfectamente correctos que parecían tallados con esos pómulos altos y la nariz recta de un dios griego. Por no mencionar las cejas de color castaño rojizo encima de los intensos ojos celestes que

observaban a los niños y a ella. O la boca ancha que le ofreció una sonrisa torcida.

A pesar de que los niños se callaron y clavaron la mirada en el desconocido, Hercules siguió ladrando. Con un gruñido feroz, el perro se arrojó sobre el hombre.

Algo conmocionado, el hombre dio unos pasos hacia atrás y se retiró por la puerta abierta para pisar el embarrado patio trasero detrás de Elysium, y el barro le salpicó las botas brillantes. Hercules saltó entre los charcos y el barro y siguió avanzando hacia el hombre, que no dejaba de retirarse.

Jane corrió tras Hercules.

—¡Alto! ¡Hercules, sentado! —Pero la bestia estaba demasiado alterada como para obedecer.

En lugar de hacerle caso, acorraló al hermoso hombre contra la pared, y las garras embarradas le dejaron manchas de barro en la camisa blanca y los pantalones claros. El animal soltó un gruñido y le ladró en el rostro. Para su sorpresa, el hombre alzó los brazos en al aire y le dijo algo en un tono tranquilizador, por fútil que fuera. Jane corrió hacia Hercules y lo jaló del collar.

—¡Sentado, Hercules! —le ordenó—. ¡Sentado!

Como el pequeño protector y buen perro que era, por fin la obedeció. Se sentó gimoteando y gruñendo, pero con la cola aún retorcida de las ansias de querer seguir atormentando al desconocido que podría haber ido a amenazar a su ama.

Jane clavó la mirada en el hombre. A pesar de que le costaba respirar, inhaló su intoxicante fragancia masculina, una mezcla de colonia costosa y coñac con el hedor de los establos, las tabernas y el gallinero que siempre pendía en el patio de Elysium.

—Bueno, al parecer no le agrado mucho a ese perro —señaló el desconocido con una voz profunda y suave.

De repente, tomó consciencia de su cercanía. Tenía los cálidos ojos celestes, algo irritados y clavados en ella, y no pudo evitar hundirse en la hermosa profundidad de ellos. Sin lugar a dudas, era miembro de la alta sociedad y no un abogado o un empleado bancario de Cheapside. En un salón de baile, un hombre como él jamás repararía en alguien como ella, que se ocultaba detrás del

marco de los lentes y pertenecía rodeada de libros. Jamás captaría la atención de un hombre hermoso, encantador y, de seguro, adinerado como él. Pero ella repararía en él en cualquier sitio.

Deseaba llevar puestas mejores prendas que el simple vestido de color gris que Ruby le había confeccionado hacía tres años y deseaba llevar un peinado más a la moda que un simple moño. Él llevaba prendas sofisticadas y llenas de color, mientras que las de ella eran grises y estaban desgastadas. Por primera vez en cinco años, sintió el anhelo de estar a la altura de él, y de inmediato tuvo la certeza absoluta de que no lo estaba.

El hombre miró un punto a sus espadas.

—Disculpe —comenzó—, ¿acaso esos son sus niños?

Cuando se dio vuelta, soltó un gruñido al ver que los estudiantes se habían marchado de la escuela y corrían por el patio trasero antes de desaparecer por la puerta de entrada para los carruajes.

Una ola de ira la embargó. Pero ¿qué estaba pensando? A juzgar por el modo en que iba vestido, como si no hubiera vuelto a casa en toda la noche, y el olor a destilería que emanaba, era evidente que ese hombre era uno de los miembros que frecuentaban Elysium. Y encima había irrumpido en su escuela para interrumpir la clase y ahora, por culpa de él, todos se habían marchado.

—¡Señor, le suplico que no use más la entrada trasera de Elysium! —le dijo con la voz más exaltada de lo que se sentía—. ¿Acaso no es obvio que los miembros solo pueden utilizar la puerta de entrada principal?

La pregunta le produjo una carcajada. Mientras la recorría con la mirada, Jane notó una chispa de diversión en los ojos que no le gustó ni un ápice. Ni tampoco el calor que le recorrió todo el cuerpo al haberse convertido en el objeto inquebrantable de su atención. Se recordó que no debía permitir que sus encantos la afectaran.

—De repente, me gustaría ser un niño travieso para tener a una institutriz como usted enseñándome a comportarme.

Las palabras le provocaron un intenso rubor en las mejillas. No estaba acostumbrada a ese tipo de comentarios, pero no debía perder la concentración.

—Oh, por todos los cielos, ¿qué necesita de mí?

—Por mucho que me arrepienta de decirlo, no he venido a verla a usted, señorita. Estaba buscando a Thorne Blackmore, pero nadie respondía a la puerta principal de Elysium.

—Y, como suele frecuentar el club, sintió que tenía todo el derecho a encontrar la manera de entrar —concluyó Jane.

El hombre entrecerró los ojos ardientes antes de responderle con un tono de voz que anunciaba una tormenta:

—No todo es lo que parece. Pero de seguro, una santurrona como usted tiene toda la sabiduría para discernir entre el bien y el mal, ¿no?

Jane se quedó de pie con el corazón latiéndole desbocado en los oídos y haciendo eco de la tensión que sentía en todo el cuerpo.

—De hecho, sí. Es evidente que su forma de actuar es interrumpir, rebelarse e incitar el caos. Y luego alguien como yo tiene que arreglar los daños que ha causado.

La expresión de él se convirtió en un gruñido silencioso.

—De modo que lo sabe todo, ¿no? —escupió con algo de ira—. Se para allí, pretendiendo ser superior y juzgando a todos. Qué vida más aburrida e insulsa debe llevar. Recuerde, señorita, que los que se suben a un pedestal a menudo se quedan solos.

El comentario fue como un golpe en el vientre. Las lágrimas que había intentado contener desde el principio de la clase le volvieron a asomar a los ojos. No tenía nada que decir para contradecirlo.

—Si desea ver a Thorne Blackmore —dijo con la voz baja y temblorosa—, la entrada de servicio se encuentra a sus espaldas. Por favor, no se vuelva a acercar a mí ni a mi escuela.

Con el corazón acelerado, le observó la amplia espalda de hombros anchos mientras se alejaba. Luego, giró sobre sus talones para regresar a la escuela. Tenía una meta, un objetivo. Y lo cumpliría, sin importar qué hiciera falta y pese a los desconocidos hermosos y crueles o a los recuerdos dolorosos.

2

Con cada paso cauteloso que daba *lord* Richard Seaton para avanzar por los sombríos pasillos de Elysium, se le intensificaba el dolor de cabeza. La noche de juerga lo había dejado en un estado desarreglado, y el hedor a alcohol le impregnaba las prendas arrugadas, al tiempo que el dolor de cabeza solo le generaba más confusión.

La noche anterior había querido olvidar. Su hermano Preston le había dado una noticia que no lo dejó dormir. A solas con sus pensamientos, no dejaba de imaginar qué le podría haber ocurrido a su hermano Spencer o de preguntarse si seguía vivo.

Como no había podido hacer nada para ayudar, encontró distracción con una excelente botella de coñac francés, sin dudas contrabandeada, y en los brazos de la viuda del dueño de un banco de Cheapside y sus dos amigas.

Por fortuna, el pasillo estaba en penumbras, y la única luz provenía de unas lámparas a gas ubicadas en intervalos regulares. Proyectaban un brillo tenue que se reflejaba en las paredes de paneles verde oscuro. Varias pinturas de paisajes tormentosos y dramáticas cadenas montañosas parecían hacer eco de la turbulencia que albergaba en su interior. Siguió al lacayo que llevaba una vela que proyectaba un halo a su alrededor y oyó los ruidos sordos de los zapatos contra el parqué que creaban un ritmo que le atravesaba la cabeza.

Mientras caminaba, su mente regresó a la tenaz maestra que le había hecho hervir la sangre de furia. Bajo circunstancias normales, jamás pensaría dos veces en una mujer como ella, vestida con un simple vestido de muselina gris y un delantal, aunque se dio cuenta de que tenía unos grandes ojos grises e inteligentes detrás de unos lentes apoyados sobre el puente de la nariz. A pesar de su aspecto dócil, lo enfurecía mucho. Lo había tildado de hombre banal e intrascendente. Una persona como ella, tan correcta y prejuiciosa, con una vida tan inmaculada y una respuesta fácil a todo, no tenía ni idea de las cosas que debía hacer un hombre cuando tenía el alma plagada.

¿Por qué le producía una fascinación tan inesperada y tentadora? En especial esos suculentos labios rosados. Se preguntaba si sabrían igual a como olía: a vainilla dulce y algo floral. El pensamiento lo hizo sonreír.

Sacudió la cabeza, dio la vuelta a otra esquina detrás del lacayo y se quedó anonadado por el interés repentino por una mujer que era el extremo opuesto de las damas que solían atraerle.

Había perdido la cuenta de los giros que habían dado. Las paredes de paneles verdes con cuadros marítimos parecían crear un laberinto sin fin. Se dio cuenta de que era probable que el diseño de Elysium era un intencionado deseo del dueño, un hombre que se había hecho la reputación de tener las manos metidas en varios asuntos ilegales, para disuadir las visitas no bienvenidas de los agentes de Bow Street.

Por fin llegaron a una puerta negra al final del pasillo. El lacayo llamó, y desde el interior llegó una voz seca que les ordenó entrar. Richard y el lacayo ingresaron en la sala.

—*Lord* Richard Seaton ha venido a verlo, señor —anunció el lacayo.

Como la luz del día inundaba la habitación, Richard tuvo que entrecerrar los ojos ante la abrupta claridad. La opulencia de la habitación anunciaba a gritos la riqueza del dueño. Del gran hogar se oía el crepitar de las llamas, y el aroma a leña que pendía en el aire le intensificó aún más el dolor de cabeza. Richard se percató de

la leña que ardía en el hogar, todo un lujo en la era actual del carbón, que era más asequible.

El hermoso busto de mármol de una cabeza femenina lo miraba fijo desde la repisa de la chimenea. La afelpada alfombra roja se tragaba sus pasos mientras se adentraba en la habitación cubierta de elegantes paneles de caoba y estanterías llenas de libros que adornaban las paredes. Los dos ventanales vestidos con pesadas cortinas de terciopelo permitían el ingreso de la luz, y Richard se preguntó cómo era posible que un lugar con tanta luz natural se pudiera sentir tan oscuro y recóndito.

Thorne Blackmore alzó la mirada hacia él desde el ornamentado escritorio, sosteniendo en una de sus manos un afilado abrecartas que destellaba. Era un atractivo hombre de unos treinta años, tenía una mandíbula cuadrada y perfectamente afeitada, pómulos altos, y cejas largas, gruesas y elegantes. Los ojos eran oscuros, casi negros, al igual que las alargadas pestañas. Llevaba un corte de pelo a la moda, un chaleco negro y un pañuelo blanco. No parecía ni un criminal, ni el dueño de un burdel. De hecho, parecía un caballero adinerado… con el cuerpo de un luchador y los ojos de un asesino.

—¿Está satisfecho con su membresía, *lord* Richard? —le preguntó Blackmore, al tiempo que entrelazaba los dedos delante de él sobre el escritorio.

—Sí —repuso Richard—. No estoy aquí por mi membresía.

Los ojos de Blackmore lo recorrieron y se detuvieron al divisar las manchas de barro en las prendas. Entrecerró los ojos, y Richard experimentó una sensación de inquietud.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Con el corazón desbocado, Richard dudó un instante. ¿De verdad iba a confrontar a Thorne Blackmore, un hombre conocido por su crueldad? Tomó una profunda bocanada de aire y se recordó que no tenía alternativa. Haría lo que fuera por Spencer, el hermano mayor al que había admirado, un hombre lleno de confianza, gracia e ingenio, que siempre le había parecido invencible.

—En septiembre, contrataron a sus hombres… en Portside para darle una golpiza a mi hermano mayor… el difunto duque de Grandhampton —sostuvo Richard.

Blackmore se inclinó en la silla y miró a Richard con ojos carentes de expresión.

—No puedo confirmarlo ni negarlo.

Richard avanzó un paso más. No era bueno para las confrontaciones; por el contrario, era mucho mejor a la hora de mantener la paz. El nudo que se le había formado en el estómago se le estrechó. Blackmore alzó una ceja oscura sin decir nada y lo siguió observando con la mirada afilada.

Richard deseó que se le disipara el dolor de cabeza, aunque solo fuera para trazar un plan. ¿Qué lo había llevado a ir allí luego de la noche que había tenido sin apenas dormir y bebiendo hasta el hartazgo? Su familia dependía de él para conseguir respuestas, y los sentimientos de temor e ira se le arremolinaron en el interior. ¿Y si Blackmore se negaba a decirle nada?

—Como pensamos que lo habían matado —continuó—, lo enterramos, y mi hermano Preston se convirtió en el duque de Grandhampton. Todos guardamos luto por Spencer y llegamos a aceptar su muerte. —Richard se detuvo unos segundos para mantener la voz firme—. Pero anoche, Preston nos dijo que mandó a exhumar el cuerpo, y el médico forense lo volvió a revisar. Y, al parecer, la persona a la que enterramos no era Spencer.

—Qué noticia más maravillosa para su familia —repuso Blackmore, aunque su voz no reflejó calidez alguna—. Sin embargo, no sé nada, *milord*. —Se puso de pie detrás del escritorio y estiró el brazo hacia la puerta—. Si no hay nada más…

Richard recorrió la habitación con la respiración agitada y fulminando a Blackmore con la mirada. Tenía la certeza de que sabía algo.

—Puede que mi hermano esté vivo. Necesitamos información. Por favor —añadió.

Blackmore no respondió, sino que se limitó a mirarlo con esos ojos fríos y carentes de vida. Tras un largo silencio, repitió:

—No hay nada que pueda hacer.

Richard apretó los puños deseando obligar a ese hombre terco a decirle la verdad. Esa era su oportunidad de hacer algo útil para su familia y el hermano al que había idolatrado toda su vida. Tenía que

canalizar la calma y la paciencia que había cultivado durante las incontables riñas familiares. Sabía que la agresión no lo iba a ayudar en ese momento; en cambio, tenía que lograr que Blackmore entrara en razón.

—¿Cuánto quiere? —le preguntó—. Ponga un precio y se lo daré.

—Como habrá notado, no necesito dinero.

—Y entonces, ¿qué quiere? ¿Qué lograría persuadirlo?

Blackmore no se inmutó.

—No me puede dar lo que quiero. Me temo que ya he desperdiciado suficiente tiempo de su día, señor.

Richard lo miró furioso. Una desesperación fútil le hirvió en el interior como el agua en un caldero, haciéndolo sentir irrelevante, algo que le era tan familiar como su propia sombra. Spencer había sido el heredero. Preston, el duque de repuesto. Calliope, la única hija y hermana de la familia. Y Richard, el tercer hijo sin sentido alguno. Para lo único que servía era para mediar entre sus volátiles hermanos e intentar relajar el ambiente.

Al ser el hijo más joven, debería haberle sido más fácil perseguir sus sueños, pero jamás les había sacado el provecho a las oportunidades que se le presentaban. Su único intento en el amor lo había dejado con el corazón destrozado y con heridas que aún intentaba sanar con coñac y la compañía de viudas bien dispuestas.

La derrota le sabía como la bilis en la garganta, pero no podía mostrarlo. Sus hermanos y su abuela contaban con él para conseguir esa información, sin importar lo que tuviera que hacer. Decidió que contrataría a alguien para que siguiera a los hombres de Blackmore manteniendo la distancia hasta encontrar una debilidad. Podría llevarle semanas o meses, pero sería paciente. Era un hombre determinado que no se detendría hasta no obtener lo que necesitaba.

—Muy bien —dijo Richard, al tiempo que giraba sobre los talones y comenzaba a avanzar hasta la puerta—. Que tenga un buen día, señor Blackmore.

Apoyó la mano en el pomo frío, pero antes de que terminara de abrir la puerta, la palabra que pronunció Blackmore lo hizo congelarse en su sitio.

—Aguarde.

Richard echó un vistazo por encima del hombro. Blackmore llevaba una expresión contemplativa en el rostro.

—¿Es casado, *lord* Richard?

Richard se volvió a mirarlo.

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Mi hermana menor, mi hermanastra, no pertenece a mi mundo. Tenemos el mismo padre, pero yo nací fuera del lecho matrimonial. Ella es legítima y fue criada como la hija de un barón, en una casa en Mayfair. Pero la alta sociedad la excluyó por mi culpa.

La hermana de Blackmore… Se imaginó a alguien como el hombre que se encontraba delante de él: alta, de cabello oscuro y unos hermosos ojos fríos. Sin dudas, la mujer sería una consentida que se vestía a la última moda, una arrogante acostumbrada a que se cumplieran todos sus caprichos. Un estremecimiento lo recorrió de pies a cabeza, y el estómago le dio un vuelco. Intentó mantener una expresión neutral, pero estaba perdiendo el autocontrol. Sentía que la conversación había dado un giro alarmante.

—Lamento mucho oír de su situación.

—No tanto como yo —le aseguró avanzando hacia él con un brillo de peligro en los ojos—. Sin embargo, casarse con el hermano de un duque la ayudará a reparar su reputación y la devolverá a su sitio, al mundo del que siempre debió formar parte.

Mientras procesaba la indirecta de Thorne Blackmore, a Richard se le estrechó el estómago de temor.

—Y su casamiento me complacería mucho —continuó Blackmore—. Me complacería tanto que podría ofrecerle a su marido un gran obsequio… Información.

3

—¿Cómo se atreve…? —gruñó Richard—. ¿Cómo se atreve a obligarme a aceptar la mano de su hermana a cambio de información que me debería dar sin condiciones? ¡La vida de un hombre corre riesgo!

Blackmore cruzó los grandes brazos sobre el pecho.

—Jamás descubrirá la verdad sin mi ayuda.

Richard apretó los dientes, y pudo sentir que las fosas nasales se le dilataban de furia.

—Es un canalla.

—Eso no es ninguna novedad, *lord* Richard —repuso Blackmore indiferente.

Avanzó hacia el hogar y jaló de la cuerda para llamar a un lacayo.

—Tengo una condición.

—¿Con que tiene una condición? —se mofó Richard.

—Su reputación lo precede. Suele frecuentar mi club y también se sabe que tiene un par de amantes. Conozco a los hombres como usted y personalmente he visto a libertinos que se transforman en maridos fieles y leales. Su hermano mayor, Preston, es un ejemplo. Cuando salga de mi estudio comprometido, no volverá a mirar a ninguna otra mujer. Ni siquiera pensará en otra mujer. Si lo hace… si le provoca aunque sea una sola lágrima de tristeza a mi hermana le cortaré la parte que más aprecia del cuerpo. Por favor, dígame que lo entiende.

Richard abrió y cerró los puños conteniendo la ira. Jamás había sido infiel, sino que siempre se proponía aclarar cualquier expectativa con las mujeres a las que se llevaba a la cama. Conocía demasiado bien el dolor devastador de ver a la mujer amada en los brazos de otro hombre y jamás le causaría ese tipo de pena a nadie.

—No necesito que me recuerde cómo ser leal y noble con mi prometida. Sin embargo, aún no he aceptado el trato.

Unos pasos sonaron al otro lado de la puerta, que se abrió antes de que volviera a entrar el lacayo que lo había llevado hasta la sala.

—Trae a Jane —le ordenó Blackmore.

El hombre asintió con la cabeza y se marchó.

—No puede hablar en serio —gruñó Richard, pero Blackmore lo ignoró y caminó hacia un aparador sobre el que había un decantador con un líquido ámbar.

—Ya lo verá, *lord* Richard. —Sirvió líquido en dos copas y le ofreció una—. Es el mejor *whisky* de Lagavulin. Tengo contactos entre los MacDonald.

A Richard se le tensaron los músculos del mentón, pero aceptó la bebida. Ahora que había tenido un momento para respirar, se dio cuenta de que la situación no era tan mala como había considerado al principio. Al menos, tenía un punto de partida para negociar, aunque no había manera de que se casara.

Había crecido rodeado de la felicidad pura que habían compartido sus padres. Su padre, un hombre conocido por ser demandante y tozudo, de alguna manera se las había ingeniado para conquistar el corazón bondadoso y amistoso de su madre. En algún momento, Richard incluso había pensado que había encontrado a alguien con quien podría ser tan feliz como lo habían sido sus padres. Pero se había equivocado gravemente. Luego de lo que ocurrió con *lady* Charity, se juró que jamás volvería a abrir el corazón y que nunca tomaría una esposa.

Al cabo de varios minutos, se oyó un llamado a la puerta antes de que la abrieran de par en par. El lacayo volvió a entrar y la mantuvo abierta. De la oscuridad del laberinto sin fin, emergió una mujer.

Cuando sus ojos translúcidos se posaron en él por detrás de los lentes, Richard se quedó sin palabras. Era la marisabidilla que había conocido antes; la sabionda maestra de escuela que tanto lo exasperaba… Y era la hermana de Blackmore. La conmoción lo dejó sin habla. Y la expresión de ella reflejaba tanta perplejidad como la suya.

—Le presento a la señorita Jane Grant —dijo Blackmore—. Jane, este es *lord* Richard Seaton. Está interesado en casarse contigo.

Saliendo del estupor, Richard fulminó a Blackmore con la mirada y sintió que se le tensaba el mentón.

—Su hermano se equivoca…

Blackmore lo interrumpió.

—¿Recuerdas nuestro acuerdo, Jane? —le preguntó sin dirigirle la mirada a Richard—. Lo has prometido. Es el último intento.

La señorita Grant apartó los ojos conmocionados de Richard para dirigirle una mirada asesina a su hermano.

—Pero, Thorne… —comenzó.

Blackmore avanzó dos pasos hacia ella. La máscara insensible se cayó y, por primera vez desde que Richard lo había conocido, pareció que había algo en el mundo que podía llegar a importarle.

—*Lord* Richard es el hermano de un duque, y proviene de uno de los linajes más antiguos y poderosos de Inglaterra. Los Grandhampton.

Al oír a su hermano, los ojos se le abrieron de par en par y volvió a mirar a Richard con detenimiento.

El escrutinio le produjo un estremecimiento en todo el cuerpo que lo llevó a encuadrar los hombros y querer limpiarse las manchas de barro de las prendas. Qué tontería. Debía deberse a su semblante autoritativo. Estaba llena de prejuicios. Al igual que en el patio, lo estaba condenando por el aspecto que llevaba. Un hombre como él no necesitaba impresionar a una marisabidilla. Pero que lo condenaran si no le gustaba sentir esos grandes ojos grises en él, o ver el rubor que le cubría las mejillas, al tiempo que el pecho le subía y bajaba acelerado bajo el atuendo de muselina gris.

—Regresarás a la sociedad aristocrática a la que siempre has pertenecido, Jane —le aseguró Blackmore—. Donde debes estar. Las

temporadas que te perdiste a raíz de la muerte de nuestro padre te han privado de una introducción apropiada. Pero esta es la oportunidad de vivir la vida que siempre debiste haber tenido.

La muerte de su padre… Richard intentó recordar quién podría ser y si en alguna ocasión había oído el nombre Grant o Blackmore, pero no lo logró.

—Hermano —comenzó la señorita Grant con la voz temblorosa—. Tengo mis clases y mi escuela. Los niños me necesitan. No los puedo abandonar.

Blackmore se sirvió otra copa de *whisky*.

—Podrás seguir con la escuela hasta la boda.

Ella parpadeó y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Seguro que no solo hasta entonces, hermano! No puedo dejar de enseñarles.

—Me has dado tu palabra.

El silencio de la habitación solo quedó interrumpido por el fuego que crepitaba en el hogar.

—¿Y bien, Jane? —insistió Blackmore—. ¿Qué dices?

La señorita Grant miró a Richard a los ojos. Tras las gafas, se veían increíblemente grandes, anchos, vulnerables y afligidos. Se sonrojó aún más, y Richard sintió el impulso de acercarse a ella, envolverla en sus brazos y susurrarle que, de algún modo, todo saldría bien.

Tanto él como Blackmore aguardaron mientras Jane seguía de pie pensando con la respiración agitada. Luego, algo le atravesó el rostro, la imagen efímera de una idea, y se frotó el lateral del rostro tan rápido que podría haber sido un acto reflejo. Acto seguido, encuadró los hombros y enderezó tanto la espalda que sacó pecho. La mirada de Richard se vio atraída a los dos orbes exuberantes bajo la muselina gris. No podía dejar de preguntarse qué otros encantos ocultaría bajo esas capas sosas y rígidas. Estaba tan distraído que casi se pierde la respuesta.

—Sí.

Richard se obligó a apartar la mirada de los senos para fulminarla, pero ella estaba concentrada en su hermano.

—Disculpe, ¿qué ha dicho? —le preguntó—. Puede que el *whisky* me esté haciendo perder la razón.

—He dicho que sí, *lord* Richard —le dijo con frialdad tras volverse a mirarlo.

Fuera o no fuera la hermana de un criminal, no se podía negar que era una dama inglesa bien criada.

Algo frío y resbaladizo le recorrió la columna vertebral. Había ido allí en busca de información que lo ayudara a descubrir qué le había pasado a su hermano, y ahora se encontraba comprometido cuando el matrimonio era lo último que deseaba en la vida. No, no podía ser cierto. El eco del dolor del compromiso fallido le recorrió el cuerpo.

—Pero yo aún no he accedido —repitió como un tonto, como quien ha perdido el ingenio.

Blackmore bebió un sorbo de *whisky* y apoyó la mano grande sobre el hombro de Richard.

—Si quiere lo que ha venido a buscar, accederá.

Richard parpadeó y sintió que la ira le recorría la tráquea.

—Señor Blackmore… —comenzó mientras apoyaba la copa de *whisky* en el aparador.

Pero Blackmore lo silenció con una mirada implacable.

—Le daré toda la información el día de la boda, *lord* Richard. En el momento en que salga de la iglesia con un anillo en el dedo y mi hermana del brazo, le diré lo que quiere saber.

Richard tragó con dificultad a través del doloroso nudo que se le había formado en la garganta. ¿Qué era más importante: su propia felicidad o la vida de su hermano?

Con cada día que pasaba, Spencer podía estar más cerca de la muerte. No sabían qué le había pasado hacía nueve meses, ni dónde se encontraba. Desconocían si alguien lo había capturado, si necesitaba ayuda o si se encontraba bien.

¿Cómo podía comparar el rechazo que sentía hacia la idea de casarse con una desconocida con la posibilidad de salvarle la vida a su hermano? Lo cierto era que lo salvaría sin pensárselo dos veces. Aunque detestara que lo acorralaran contra una esquina, esa era su única oportunidad de marcar una diferencia. Por eso, asintió con la cabeza, y los ojos oscuros de Blackmore destellaron de satisfacción.

Se recordó que lo estaba haciendo por Spencer y dijo la palabra que sellaría su destino para siempre:

—Acepto.

Enfocó la mirada en Jane. Desde que rompió el compromiso con *lady* Charity, se volcó en noches de libertinaje sin sentido para calmar el dolor inflexible que sentía en el pecho. Sin embargo, las marisabidillas como Jane jamás formaban parte de su repertorio. Estaba contento de compartir su cuerpo con una mujer… pero no el corazón.

—¿Está seguro, *lord* Richard? —le preguntó Blackmore cruzándose de brazos con una sonrisa de satisfacción en el rostro—. ¿Acepta de verdad?

—Sí —respondió Richard.

Blackmore apoyó la copa de *whisky* sobre el aparador con una sonrisa de triunfo y se apresuró a darle la vuelta al escritorio. Rebuscó entre unos papales y habló apresurado:

—La boda será en dos semanas como máximo. El día de la boda, le daré toda la información que busca.

A Richard le temblaron las manos. Dos semanas era demasiado pronto. Pero, aun así, cuanto antes, mejor. Con cada día que pasaba, algo terrible le podría estar ocurriendo a Spencer.

Al mirar a la señorita Grant a los ojos, no estuvo nada seguro de que se viera feliz. Quizás ella tampoco quería ese matrimonio.

—Debe llevar a Jane a algún evento social día por medio. Debe cortejarla en público y asegurarse de que reciba invitaciones a bailes y otros eventos. La gente los debe ver juntos.

—¿Y qué hay de mi escuela? —preguntó la señorita Grant.

—Este es tu futuro, Jane —dijo Blackmore—. Puedes hacer las dos cosas hasta el día de la boda, pero después, será decisión de tu marido.

4

Cuando la puerta se cerró detrás de *lord* Richard, Jane miró enfadada a su hermano. El corazón le latía tan fuerte que temía que le rompiera las costillas. Thorne avanzó hasta una silla, tomó asiento y se inclinó hacia atrás, al tiempo que una exasperante sonrisa de complacencia le hacía curvar la comisura de los labios mientras la miraba con satisfacción.

—Felicitaciones, hermana —le dijo—. Estás comprometida.

Jane negó con la cabeza mientras luchaba por contener el aliento que amenazaba con abandonarla. Jamás se había sentido más furiosa con nadie.

—Tienes nociones muy extrañas sobre mí, hermano. Como si un matrimonio me fuera a alegrar en lo más mínimo.

Thorne frunció el ceño, y la expresión de arrogancia le abandonó el rostro para dar paso a una de preocupación. Era una expresión que no le había visto hacía varios días.

—Jane…

Ignorando la protesta de Thorne, se apresuró a marcharse del estudio y buscó la silueta de *lord* Richard en el tenue pasillo. El calor de la ira la ayudaba a avanzar. Ese libertino no se había limitado a trastocar su primer día de clases en la escuela en la que había trabajado meses para abrir… sino que había trastocado toda su vida.

Dos semanas…

Thorne la ayudaba con la escuela, pero ese hombre jamás lo haría. Ninguna dama de la alta sociedad trabajaba, y mucho menos

la cuñada de un duque. ¿Y encima hacerlo rodeada de criminales y de sus hijos?

Una mujer era la propiedad de su marido. Y Jane no soportaba la idea de pertenecerle a alguien, de que sus sueños y aspiraciones se perdieran en la sombra de un hombre que controlara cada uno de sus movimientos. ¿Qué miembro de la sociedad querría que su esposa administrara una escuela y les diera clases a los niños de Whitechapel?

No. Si se casaba con *lord* Richard, sería el fin de su sueño. Y eso era lo único que la hacía sentir que en realidad importaba.

Apenas había tenido el futuro al alcance de las manos, se lo había arrebatado violentamente. Y ahora no podía detener el temblor en las extremidades. Se apresuró a recorrer el tenue pasillo laberíntico y se juró que no permitiría que *lord* Richard Seaton se casara con ella y le arruinara el futuro.

Al cabo de unos momentos, vio la silueta de hombros anchos más adelante y se apresuró a seguirlo. Echó un rápido vistazo a su espalda y lo sujetó de la manga del abrigo… Cielos, qué músculos más firmes y poderosos sintió bajo la tela. Saliendo del estupor, lo condujo hacia un rincón oscuro, alejado de las lámparas de gas y apartado de cualquiera que anduviera por allí.

Él se ciñó sobre ella. Con espacio apenas suficiente para los dos en el pequeño rincón, estaban casi apretados, y Jane se percató de su error al instante. El hombre era tan alto que casi no podía moverse sin rozarle el cuerpo duro, que olía demasiado bien, como una mezcla del aroma a *whisky*, su colonia, algo fresco como un bosque a medianoche, con unas notas de pimienta y otras dulces como el sándalo.

Unos pasos resonaron a sus espaldas cada vez más cerca. Richard abrió la atractiva boca ancha para decir algo, pero Jane le apretó los dedos contra los labios. Podía sentir la escasa barba corta que le cubría la piel aterciopelada, los labios carnosos e increíblemente suaves y el calor de su respiración cuando exhalaba aire por la nariz. Un cosquilleo estimulante la recorrió entera al tomar consciencia de que estaba tocando la boca de un desconocido.

Una sombra oscura pasó por delante de ellos. Llevaba un chaleco blanco, el cabello oscuro con un corte de pelo a la última moda y tenía los inconfundibles hombros anchos, la altura y las caderas angostas de su hermano. Los pasos desaparecieron en la distancia hasta que atravesó una puerta.

Y luego… Peligrosa y escandalosamente, Jane se quedó a solas con el libertino.

Cuando su mirada se encontró con los ojos celestes de *lord* Richard, pudo oír su propia respiración mientras inhalaba y exhalaba, así como también el pulso que le tamborileaba en las orejas tan fuerte que no podía oírse los pensamientos. Los pezones se le endurecieron y tensaron, lo que le produjo una especie de dolor. Sintió como si hubiera bebido una botella de vino; estaba mareada y sentía que apenas tenía los pies en la tierra.

—*Lord* Richard —susurró con la voz ronca, para su sorpresa—. ¿Quiere estar casado conmigo?

Al caballero se le arrugaron las comisuras de los ojos cuando le sonrió.

—No sé cómo responder esa pregunta sin ofenderla, señorita Grant.

Ella se mofó.

—Por favor, *lord* Richard. No pretenda que a un hombre como usted le interesa el honor de una mujer.

Él entrecerró los ojos, y una expresión de dolor le atravesó el rostro. Jane soltó un suspiro.

—Dejemos a un lado las formalidades. Nuestros futuros están en riesgo. Por favor, sea sincero.

—No creo que pueda, señorita Grant. —Esos labios pronunciaban palabras que se sentían como caricias contra la piel…

Tenía que deshacerse de ese estupor, de ese extraño hechizo que le producía su presencia.

—De acuerdo, si no va a decir la verdad, lo haré yo —dijo con la garganta seca—. No quiero estar casada con usted.

Cuando la sonrisa se le desvaneció y su atractivo rostro adquirió una expresión peligrosa, Jane negó con la cabeza.

—Oh, por favor. Como si se muriera de ganas de casarse. ¿Acaso una esposa no implicaría que deje de beber y frecuentar cierto tipo de establecimientos que no han de mencionarse en sociedad?

No debería haber dicho eso. No debería estar a solas con él, con el pecho rozándole los senos, y ese aroma tan delicioso que le hacía preguntarse si la piel le sabría tan bien contra la lengua como su fragancia en las fosas nasales. Jane no solía beber demasiado, ni siquiera en las cenas con Thorne, pero conocía el sentimiento de embriaguez que había experimentado en el pasado por una copa de oporto, así como también el de debilidad y calidez… y el de libertad. Él tenía un efecto similar en ella, excepto que era más fuerte… y mucho más delicioso. Una parte de ella, en un punto en la entrepierna, ardía de necesidad.

—No se preocupe por mí —le dijo con la voz suave y aterciopelada y el aliento cálido—. Esto se trata de su regreso a la sociedad, ¿no? Eso es lo que su hermano desea para usted, que se siente entre las refinadas damas de la sociedad a juzgar los movimientos de otras personas, buscar señales de debilidad y falta de decoro para condenarlos por el más mínimo error.

¿Acaso eso era lo que pensaba de ella? No tenía ni idea de que la misma sociedad que la había criado la había rechazado con crueldad tras la muerte de su padre.

Debía abandonar esa cercanía peligrosa antes de que el calor que le ardía en la conjunción de las piernas la consumiera por completo.

—Se equivoca. No tengo ningún deseo de regresar a la sociedad. Mis deseos se encuentran en otra parte. ¿Mi hermano le dijo algo más acerca de este acuerdo?

Despacio, le recorrió el rostro con la mirada y luego descendió por el cuello y el pecho hasta provocarle un notable rubor en la piel.

—No —le respondió—. Solo lo que nos dijo a los dos. Debo cortejarla en público. Y, en cuanto estemos casados, me dará la información que busco.

Eso era exacto lo que ella desconocía.

—¿Qué información?

—Su hermano sabe lo que le pasó a mi hermano mayor, Spencer. En septiembre, creímos que los hombres de su hermano lo habían golpeado hasta la muerte y lo enterramos, pero hace poco descubrimos que no era su cuerpo el que enterramos. Tenemos la esperanza de que siga vivo, de encontrarlo y recuperarlo. Su hermano me prometió que me daría esa información a cambio de… que me casara con usted.

Jane sintió un cosquilleo en la piel. Sin lugar a dudas, Thorne era despiadado. Pero ¿llegar al punto de guardarse información y obligar a *lord* Richard a que se casara con ella? Debía de ser muy ingenua y debía encontrarse muy protegida de las actividades que llevaba a cabo su hermano. Thorne tenía su propio código moral y ético, y aunque no siempre lo entendía, lo quería. A pesar de todo lo que hacía, la cuidaba tanto a ella como a los habitantes de Whitechapel, y la había ayudado a construir la escuela sin dudarlo ni un solo momento. La quería tanto que hasta les había pagado a los padres para que enviaran a los niños a la escuela y les pudiera dar clases.

A Jane se le aceleró la mente mientras sopesaba las posibilidades y las consecuencias. Si podía ayudar a *lord* Richard sin poner en riesgo a su hermano ni su propio futuro, quizás los dos podrían escapar de ese destino que no deseaban.

—Hummm… —Se golpeó un dedo contra el labio inferior, mientras él la miraba con la fascinación de un gato a la caza de un ratón—. Quizás no hace falta que lleguemos a casarnos.

—Eso mismo esperaba.

—¿Qué le haría a Thorne cuando sepa lo que busca? ¿Lo llevaría ante la ley?

Lord Richard soltó el aliento y negó con la cabeza.

—Una persona como su hermano debe ser castigada por herir a personas inocentes.

Los sentimientos de atracción hacia él se le desvanecieron con ese comentario.

—A mi hermano lo excluyeron de su lugar en la sociedad por las reglas ridículas. A pesar de cualquier mal que haya hecho, también ha hecho mucho bien. No puedo permitir que lo lastime.

—Pero señorita Grant…

—Lo ayudaré a descubrir qué le ha pasado a su hermano antes de que pasen dos semanas —dijo mientras la culpa la carcomía. Estaría actuando contra los intereses de su hermano, pero él había actuado contra los de ella al arreglar ese matrimonio. Además, al ocultar información, Thorne estaba siendo injusto con el hermano de *lord* Richard, que podría encontrarse en peligro—. Y luego podemos romper el compromiso. Pero debe prometerme que no le hará daño a Thorne y que no lo perseguirá como a un criminal, ni enviará a los agentes de Bow Street tras él. Si lo ayudo a descubrir cuál ha sido el destino de Spencer, ¿me puede prometer eso a cambio?

La mirada celeste de *lord* Richard se posó en ella durante un largo instante. Luego asintió con detenimiento.

—Le prometo que no iré tras Blackmore. No tengo ningún interés por lastimar a nadie.

—Y, por favor, prométame que nadie más sabrá que en realidad no estamos comprometidos. Solo nosotros dos debemos saberlo. Me temo que Thorne pueda enterarse. De alguna manera, parece saberlo todo.

—Eso es muy inteligente, señorita Grant. Se lo prometo.

Por fin, Jane comenzó a respirar con más facilidad, pero su presencia no la dejaba pensar con claridad.

—¿Puedo sugerir que actúe como si de verdad estuviera enamorada de mí? Delante de la sociedad y, en especial, delante de mi familia.

Jane tuvo que amortiguar una carcajada.

—¿Cómo dice?

Lord Richard se rio entre dientes.

—Ya lo sé, es curioso hablar de esto, pero estoy seguro de que es necesario. Debemos convencer a todo el mundo de que el compromiso es verdadero. Mi familia será un hueso duro de roer.

Jane frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Mi hermana tiene una mente afilada como una navaja y, en cuanto a mi hermano, es más difícil ganarse su confianza que conseguir la llave de los fondos públicos del Imperio Británico. Y mi abuela no es ninguna tonta. Pero juntos podríamos lograr

engañarlos. Haré mi mejor esfuerzo para demostrarles lo enamorado que estoy, aunque sea una tarea complicada.

Esas palabras no deberían haberle dolido en lo más mínimo. Ella era la que le había pedido que fuera honesto. Pero la aguijonearon un poco. Tragó con dificultad, pero su mirada ardiente, que con lentitud la recorrió entera, la hizo estremecer entera.

—Estoy segura de que lo logrará —le dijo—. No creo que sea la única dama a la que finge conquistar.

A Jane no le gustaba ni un ápice ese juego. Fingir que sentía algo que no sentía… Ella no era así. Preferiría ocupar su tiempo en la escuela asegurándose de que los alumnos obtuvieran una buena educación para alcanzar el mejor futuro posible.

Quizás la primera clase había sido un desastre, pero tenía la confianza de que podría hacer una diferencia con el tiempo, mientras que *lord* Richard y ella iban a jugar juegos mentales. Pero tenía que hacerlo para quitarse a Thorne de encima y seguir adelante con la escuela. Tenía que hacerlo por los niños y su futuro. Además, solo sería por dos semanas.

—De acuerdo —le dijo—. Acepto, pero no nos besaremos ni nos tocaremos. Ni en público, ni en privado. Estoy segura de que está bien familiarizado con las maneras de seducir a las damas, y no tengo ninguna intención de ser una de sus conquistas.

Se rio entre dientes.

—Como quiera —le dijo. Le tomó la mano entre la suya y se la estrechó. Lo sintió cálido y seco, y la hizo estremecer una vez más.

Apartó la mano de la suya.

—¿Qué le acabo de decir? No nos tocaremos.

Una sonrisa despreocupada le asomó a los labios.

—Oh, señorita Grant, puede que esto termine siendo más placentero de lo que había anticipado.

5

Con la puerta fría de caoba de Sumhall bajo los dedos pegajosos, Richard se preparó para la confesión que sin dudas iba a conmocionar a toda su familia. Teanby, el mayordomo de los Seaton, mantenía la compostura; su rostro era una máscara de profesionalismo, pero la leve ladeada de la cabeza revelaba la preocupación que sentía por Richard.

¿Cómo podría convencer a su familia de que el repentino compromiso con la señorita Grant era genuino cuando jamás habían oído hablar de ella? Todos sabían lo que había pasado con *lady* Charity y también estaban al tanto de sus hábitos durante los últimos cinco años.

—¿Algún problema, *milord*? —le preguntó Teanby.

Richard se obligó a sonreír y enderezó los hombros para no preocupar más al mayordomo ya entrado en años. Teanby había trabajado para la familia desde que tenía uso de memoria y era mucho más que un criado para todos.

—Por supuesto, Teanby. ¿Están todos dentro?

—Así es.

Richard asintió con la cabeza, al tiempo que el corazón le latía desbocado contra el pecho.

—Muy bien.

Pero, en realidad, nada estaba bien, por más que no tuviera sentido retrasar lo inevitable. Abrió la puerta e ingresó.

Calliope, Preston y su abuela estaban sentados en dos elegantes sofás de color *beige* y alzaron la mirada para verlo. Entre ellos había una mesa de té exquisitamente tallada con un juego de té de porcelana blanco pintado con claveles rojos y patrones dorados de parras entretejidas. Su madre lo había traído de España cuando se mudó a Inglaterra de joven, y la familia lo había usado desde entonces. Desde su muerte, seis años atrás, usarlo los ayudaba a mantener vivo su recuerdo.

A decir verdad, su madre se encontraba en cada detalle de la sala porque ella misma los había diseñado. La veían en los paneles de color amarillo pastel que cubrían las paredes y en los marcos dorados porque había anhelado el sol en Inglaterra. También era por eso que había colgado cuadros grandes y pequeños de paisajes iluminados por el sol llenos de arboledas anaranjadas, prados con flores, jardines con árboles frutales y vistas al mar Mediterráneo que llenaban la habitación de calidez y verano.

La duquesa viuda de Grandhampton, una dama que había envejecido con gracia y tenía el cabello gris y unos ojos celestes profundos y llevaba un refinado atuendo del siglo anterior, colocó la taza de té sobre el plato.

—Richard, querido, qué bueno verte. —Lo recorrió con la mirada—. Veo que anoche has tenido algunas aventuras.

Con los dedos adoloridos, avanzó a paso apretado hacia el gran hogar de mármol con rejillas negras brillantes para el carbón. Cuando llegó a la alfombra con patrones rojos de flores y parras que cubría la mayor parte del suelo, sus pasos quedaron amortiguados.

—Yo también me alegro de verte, abuela —repuso mientras apoyaba la mano sobre las sofisticadas molduras del hogar y sentía la superficie de mármol fría y relajante contra la palma—. Aventuras… Sí, se podría decir eso.

Entonces se reprendió por no haber subido a cambiarse antes de presentarse delante de ellos tras una noche de libertinaje. ¿Cómo los iba a convencer de que se estaba casando con alguien por amor cuando llevaba el aspecto de alguien que acababa de pasar la noche en un burdel?

—Estábamos hablando de qué podemos hacer respecto a Spencer —le contó Calliope.

Como de costumbre, Calliope, su hermana menor, le ofreció una sonrisa intensa. La conocía mejor que nadie en la familia. Quizás se debía a que se parecían tanto físicamente, pues los dos tenían el cabello castaño rojizo y los ojos grandes y celestes de su padre, mientras que Spencer y Preston se parecían a su madre con el cabello y los ojos negros.

—No —intervino Preston mirándola con el ceño fruncido—. Tú intentabas cambiar de tema. Estábamos hablando de tus posibilidades matrimoniales. Es hora de buscarte un marido.

Preston se había casado con la señorita Penelope Beckett hacía casi dos meses como venganza contra su padre, que había contratado a Blackmore para hacerle daño a Spencer. A pesar de que Preston había estado resuelto a no sentir nada más que odio por la hija de su enemigo, se terminó enamorando de ella y ahora era irrevocablemente feliz.

—¿Teanby te traerá otra taza?

Richard le ofreció una sonrisa de agradecimiento antes de tomar asiento en el sofá frente a Calliope.

—Sí.

La tensión en el estómago lo hizo respirar más rápido. La noche anterior, toda la familia se había reunido en Newdale Place, el nuevo hogar de Preston y Penelope, y Preston les había dado una noticia que les había cambiado el mundo: no habían enterrado a Spencer.

La decisión de hacer todo lo posible por encontrarlo fue unánime. Como lo primero era ir a hablar con Blackmore y pedirle información, Richard se había ofrecido a hacerlo.

Pero ahora, de alguna forma, debía darles la noticia de que estaba comprometido con la hermana de Blackmore y convencerlos de que era por amor y no guardaba ninguna conexión con la misión. Estaba seguro de que no se dejarían engañar.

Pero estaba más preocupado por Calliope, que lo miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Qué te pasa, hermano? —le preguntó—. Ha ocurrido algo. ¿Por qué estás tan angustiado?

—No estoy angustiado —respondió Richard.

—Sí, y ni siquiera estoy hablando de las prendas arrugadas o el cabello que es obvio que no arregló Theo porque suelo verte así a menudo.

Theo era su *valet*. Calliope no se había dejado engañar.

—Me refiero a tu rostro. Es como si te hubiera golpeado un rayo… ¿Y esas manchas de barro que llevas en las prendas son de un perro?

Richard bajó la mirada a las prendas. El barro seco y negro que le había dejado Hercules era una prueba innegable.

—Solo ha sido un accidente —lo minimizó Richard, y el estómago le dio un vuelco al pensar en plantear lo del compromiso—. Me iré a cambiar pronto. ¿Qué es eso de que andas buscando un marido?

La distracción funcionó. Los ojos celestes de Calliope se clavaron sobre él como un catalejo. Pero cuando no cedió ni apartó la mirada, su hermana se mofó y se reclinó contra el respaldo del sofá.

—Estás muy equivocado, hermano —le aclaró—. No estoy buscando marido, pero él sí.

Entonces dirigió toda la fuerza de la mirada hacia Preston, que se limitó a arquear una ceja oscura y devolverle la mirada.

—Y no te dejaré en paz hasta que encuentres uno.

—Pero ¿por qué quieres que lo haga? —le preguntó Calliope—. ¿No me deberían permitir tomar mis propias decisiones acerca de cómo pasaré el resto de mi vida?

—Necesitas a alguien que te cuide y te proteja —le dijo Preston—. Y te prohíba hacer esas tonterías que no dejas de sugerir acerca de la agencia de investigación.

—Pero no necesito que nadie me proteja. —Calliope puso los ojos en blanco—. Los tengo a ustedes dos.

A Richard se le derritió el corazón y tuvo la certeza de que su hermano experimentó lo mismo. Era muy astuta. La gente creía que era una intelectual tímida que se ocultaba detrás de los libros, las mesas de ajedrez y, de hecho, también detrás de las espaldas de las debutantes más extrovertidas. Pero, a decir verdad, era mucho más que eso. Al igual que él, había dominado el arte de dar el aspecto de ser quien no era.

La abuela se rio entre dientes y le dio una palmadita en la mano.

—Bien hecho, cariño.

Hasta Preston, que prefería parecer tranquilo y ajeno, negó con la cabeza con una sonrisa suave. Luego soltó un suspiro y caminó hasta su lugar en el sofá al lado de ella. Calliope ocultó una sonrisa de satisfacción detrás de la taza de té y bebió un sorbo.

Aprovechando el momento de silencio, Richard se armó de valor para decir lo que tenía que decirles. «Es por Spencer», se recordó. Se humedeció los labios y se aclaró la garganta antes de soltar:

—Estoy comprometido.

Calliope escupió el té de forma tan repentina, que salpicó a Preston en el rostro. Su hermano parpadeó para quitarse la bebida de los ojos mientras unas gotas le chorreaban por el mentón y el cabello y le caían sobre la camisa y los pantalones. Luego se volvió hacia Richard con el aspecto húmedo y peligroso de una pantera. Su abuela se quedó de piedra con una galleta de camino a la boca y los ojos más grandes que una lupa.

—Oh, lo siento, Preston —se disculpó Calliope, al tiempo que colocaba la taza sobre el plato y tomaba una servilleta blanca que estaba prolijamente doblada sobre la mesa.

—Eso no importa —soltó Preston antes de incorporarse de un salto y arrancarle la servilleta de la mano para secarse el rostro—. ¿De qué diablos hablas, hermano?

—¡Ha dicho que está comprometido! —exclamó la abuela.

—¿Con quién? —preguntó Calliope.

—¿Desde cuándo? —ladró Preston—. ¿Por qué no nos lo contaste antes?

—Con la señorita Jane Grant —repuso Richard—. Desde hoy. Acabo de volver de hablar con su hermano.

—¿Quién es la señorita Grant? —preguntó Calliope—. No recuerdo que me la hayan presentado…

—Jamás oí hablar de ella —señaló Preston.

La abuela entrecerró los ojos.

—La señorita Jane Grant… ¿Guarda alguna relación con el difunto *lord* Grant? Era un barón.

—Sí —repuso Richard con las palmas cubiertas de sudor bajo las miradas intensas y afiladas que le dirigía su familia. La abuela conocía a casi todos los miembros de la sociedad; sin dudas, no debería sorprenderle que hubiera oído de la señorita Grant o de su padre—. Es la hija. No se te escapa nada, abuela.

—Nada, de hecho… —Con una expresión pensativa, jugueteó con el anillo de diamante que llevaba en el dedo—. *Lord* Grant tuvo un hijo ilegítimo, su primogénito. Todos lo sabían porque creció en su hogar y recibió la educación de un caballero. Pero por motivos obvios, el muchacho jamás podría heredar el título. Luego de graduarse de Oxford, desapareció de la sociedad. Pero en lugar de convertirse en abogado o empleado bancario, como lo hace la mayoría de los hombres en esa situación, se hundió en un mundo de lo más inmoral para un caballero. Se convirtió en un mal contacto. De modo que cuando *lord* Grant falleció, la señorita Grant ya no fue bienvenida en la sociedad. Pero me he olvidado el nombre del hermano…

A Richard le latía el corazón contra las palmas.

—Thorne Blackmore.

En la habitación reinó el silencio. Desde el pasillo, se oían unos pasos que se aproximaban y luego Teanby abrió la puerta y entró con una taza del juego de su madre en una pequeña bandeja. Se quedó gélido durante unos instantes y se concentró en Preston antes de continuar como si todo fuera normal y dejar la taza sobre la mesa de té.

—¿Necesitan algo más? —le preguntó.

—No —respondieron los cuatro al mismo tiempo.

Teanby asintió con la cabeza y escaneó a la familia con la mirada.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, Preston se volvió hacia Richard.

—Pero ¿de qué diablos hablas? ¿Comprometido con la hija de un criminal? ¿Qué está ocurriendo?

Richard se puso de pie de un salto. No podía contener la terrible tensión en el pecho.

—La amo —le dijo—. Estamos enamorados.

Debía mantener la farsa para encontrar a Spencer. Haría lo que fuera necesario.

—¿Enamorado? —Calliope soltó un bufido nada propio de una dama—. Si jamás la has mencionado. ¿Cómo puedes estar enamorado?

Richard le echó un vistazo a la taza vacía que le habían llevado. Para convencerlos, tenía que traer a colación lo último que deseaba. La única persona cuya mera mención lo hacía querer arrodillarse de dolor.

—No les he dicho nada por *lady* Charity —dijo mientras marchaba hacia el aparador con varias copas de cristal y un decantador de coñac.

El nombre de su exprometida los volvió a sumergir en el silencio y en las miradas cautelosas.

—Oh —Calliope rompió el silencio.

Richard se sirvió una copa de coñac e inhaló la fragancia intensa.

—Exacto. Oh.

—Querido, ya sabes que no queremos que te vuelvan a lastimar —le dijo la abuela.

—De hecho, has sido tú el que juró hace cinco años que jamás volvería a comprometerse —señaló Preston caminando hacia el aparador. Richard le sirvió una copa a su hermano.

—¡Eso mismo! —exclamó Calliope—. ¿Nos puedes culpar por estar sorprendidos? Si su traición te ha destrozado.

Cada palabra que decían era cierta. De hecho, de solo hablar del tema, le sangraba el corazón de agonía. Richard bebió el coñac y saboreó el sabor exquisito que le produjo un ardor en la boca. Ver a *lady* Charity besar a otro hombre había sido el evento que había dado a luz al libertino en el que se había convertido. Bebía y se acostaba con mujeres para olvidar el dolor de la traición y el rechazo a manos de la única mujer a la que había amado en toda su vida.

—¿Y dónde la has conocido? —le preguntó la abuela—. Jamás la recibirían en ninguna casa de Londres.

A Richard se le tensó el mentón, al tiempo que apoyaba la copa.

—No tengo que contarles todo —dijo mientras avanzaba hacia la puerta—. Solo quería compartir la noticia, pero no les debo ninguna

explicación.

—¿A dónde vas? —le preguntó Preston—. ¿Y Blackmore? ¿Qué ha dicho de Spencer?

—Me lo dirá más adelante —le respondió Richard—. Debo marcharme. Tengo que cambiarme para otro compromiso que tengo más tarde.

—¡No te creo ni por un solo instante! —exclamó Calliope mientras seguía a Richard hacia la puerta que acababa de abrir su hermano.

—¡Tráela aquí, querido! —le pidió la abuela—. Tenemos que conocer a la novia.

Richard asintió con la cabeza y sintió que se le congelaban las venas.

—De acuerdo.

Mientras subía las escaleras corriendo para ir a su recámara, no supo si debía sentirse aliviado o preocupado. De lo que estaba seguro era de que, tanto a él como a la señorita Grant, les llevaría mucho trabajo y una gran actuación para convencer a su familia y a todos los miembros de la alta sociedad de que su compromiso era real.

6

Cuando *lord* Richard se marchó, Jane regresó al salón de clases y esperó encontrarlo completamente vacío.

Al divisar una pequeña silueta sentada en un escritorio, se quedó congelada. Lily pasaba las páginas de un libro que tenía delante. Hercules se incorporó de su cama y avanzó trotando hacia Jane con los ojos llenos de adoración. Emitió unos ladridos agudos y movió la cola con tanta intensidad que parecía que se le iba a caer.

Como de costumbre, de solo ver a Hercules se alegró y le dio unas palmaditas en la cabeza, al tiempo que esquivaba los intentos de besarla.

—Qué buen chico —le dijo. Luego miró a la niña sintiendo temor de espantarla al decir algo incorrecto—. Me alegra que hayas regresado, Lily.

Un golpe la hizo volverse para ver que Ruby asomaba la cabeza por la puerta.

—Te vi correr afligida. ¿Va todo bien, Janie? ¿Te puedo traer algo? —Frunció el ceño, al tiempo que notaba el salón vacío—. ¿Dónde están todos los niños?

Ruby era una mujer alta de unos cincuenta años, con el cabello aún oscuro y el rostro un poco arrugado y regordete. Era un alma bondadosa y había acogido a Jane bajo su ala cuando la desarraigaron de la mansión de su padre a los dieciséis años tras la muerte del barón. Ruby siempre se había sentido más como una madre o una niñera que como una amiga.

—Supongo que se fueron a casa. Gracias, Ruby. No hay mucho que puedas hacer. —Le ofreció una sonrisa—. Pero aprecio mucho que hayas venido.

Ruby asintió con la cabeza y se marchó, y Jane volvió la atención a Lily y la alentó a seguir.

—Me gustó mucho este libro —le dijo Lily—. Y este sitio es más limpio y tranquilo que el molino.

A Jane se le aceleró el corazón en el pecho y se acercó un paso a la niña.

—Me imagino que sí.

Sabía que no podía hacer nada para que los niños quisieran quedarse a aprender, excepto inspirarlos a hacerlo. Y, a pesar del contratiempo gigante de esa mañana, no se daría por vencida. Trabajaría con la única niña que quería estar allí. La consistencia era clave, y tenía que comenzar con la única alumna presente, por más que una parte de ella quisiera sentarse un momento para comprender en qué se acababa de meter… Ahora estaba comprometida, al menos a la vista de todos. La boda jamás se llevaría a cabo, y estaba contenta de que *lord* Richard pensara igual que ella. Thorne terminaría desilusionado, pero eso sería lo mejor para todos.

Aunque su hermano se echara la culpa de haberle arruinado la reputación y haber echado a perder cualquier oportunidad de lograr un buen matrimonio, ella no se arrepentía de vivir bajo su techo. A pesar de tener siempre la sensación de que estaba fuera de lugar, le encantaba ese mundo en el que las cosas eran difíciles, pero directas y honestas. Thorne y sus hombres la protegían y se preocupaban por ella. Además, se sentía apreciada, mucho más apreciada de lo que jamás se había sentido en el frío hogar de su padre con su presencia fría. En Whitechapel se sentía útil, mientras que en Eaglestone House, entre los refinados muebles de moda y los cuadros atemporales, siempre se había sentido muy sola.

Nunca más quería regresar a ese mundo en el que solo era una marisabidilla que daba pena. Allí era una maestra y ayudaba a los niños a mejorar sus vidas y cambiar sus futuros para bien. O lo sería, si lograba que fueran a clase.

Le sonrió a Lily, que le devolvió la mirada con los ojos bien abiertos.

—¡Bueno, ya que estás aquí, vamos a aprender!

Lily la miró con dudas y luego asintió con la cabeza. A Jane le rompió el corazón ver a la niña con el vestido sucio y lleno de parches, una gorra que parecía más gris que blanca y los dedos que se le salían de los agujeros de los zapatos. Tendría que ver si podía encontrarle nuevas prendas. Aunque no sabía coser, podría comprarle algo con el pequeño ingreso que su padre le había dejado.

—Muy bien —dijo Jane y acercó una silla para sentarse al lado de Lily en su escritorio. El libro estaba abierto en una página con una ilustración de una niña y un niño que se sostenían las manos y caminaban a algún sitio con expresiones tristes en el rostro. Jane reconoció de inmediato que se trataba de la fábula infantil de Oliver Goldsmith *The History of Little Goody Two-Shoes*, que era el libro que esperaba leer con la clase más adelante—. Qué maravilloso que hayas escogido un libro. ¿Por qué has escogido este?

—Me gustan mucho las ilustraciones —le respondió Lily.

Jane asintió con la cabeza. Quizás se había equivocado al enseñarles a los niños reacios las aburridas letras del alfabeto. A lo mejor esa era la historia que los niños necesitaban oír a pesar de que la fábula era muy moralista. Contaba la historia de un niño y una niña que eran hermanos huérfanos y salieron de la pobreza a través de la educación y el buen comportamiento.

—Sí, son muy hermosos —acordó Jane—. ¿Te gustaría oír la historia? —La niña asintió con la cabeza—. Entonces te la leeré.

Mientras comenzaba a leer, se dio cuenta de que le había pasado lo mismo con los hombres de Thorne. Al principio, les había llevado el almuerzo y se había sentado cerca de ellos a leer un libro mientras aguardaba a que acabaran de comer. Al cabo de varios días, Atticus le había preguntado qué estaba leyendo. En respuesta, comenzó a leer la página de *Robinson Crusoe* en voz alta. Le resultó increíble ver a cinco hombres adultos y peligrosos observarla fijo y pendientes de cada palabra que leía.

De inmediato, eso se convirtió en un ritual. Todos los días les llevaba el almuerzo y les leía mientras comían. Luego, algunos, entre ellos Reuben, le pidieron que les enseñara a leer y escribir, y comenzó a hacerlo por las noches. Por mucho que los hombres disfrutaran oírla leer, no se comparaba con lo que significaba para ella: se convirtió en un hábito necesario para llenar la devastadora soledad de sus días en Whitechapel, donde no había conocido a más nadie que a su hermano y a su nueva criada.

Al cabo de unos veinte minutos, oyó un chapoteo de zapatos contra charcos de barro en el exterior. Hercules se puso de pie de un salto y comenzó a ladrar moviendo la cola con pereza. Luego la puerta se abrió de par en par, y entró Peter corriendo.

Hercules dejó de ladrar y olfateó las manos del niño. El perro conocía a todos los niños de Whitechapel y los adoraba.

—¡Señorita Grant! —gritó Peter entre jadeos—. ¡Por favor, venga! —Jane se puso de pie a toda prisa—. ¡Es Alfie!

Jane corrió hacia la puerta con el corazón desbocado.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Estaba sorprendida y agradecida de que Peter hubiera escogido acudir a ella a pesar de haber abandonado la clase.

—Le robó la cartera a alguien en Barton's Lane y lo pescaron. El hombre lo tiene sujeto de la oreja y amenaza con llevarlo ante la justicia.

Jane sintió un estremecimiento gélido en todas las extremidades.

—¡Llévame al lugar! —exclamó.

Corrió tras Peter, al tiempo que Hercules y Lily la seguían pisándole los talones. Se apresuraron a cruzar el patio trasero de Elysium y salieron a la calle Petticoat con sus hileras de casas de ladrillo, los rostros llenos de hollín y el mercado ajetreado en medio de una gran calle. Varias mujeres envueltas en chalinas desgastadas y emparchadas buscaban ofertas mientras sostenían un bebé en brazos o tenían un par de niños correteando alrededor. Las voces de los vendedores ambulantes se alzaban entre la muchedumbre para anunciar productos que iban desde pescado fresco hasta prendas de segunda mano.

Jane giró a la izquierda en la siguiente intersección y se introdujo en una serie de callejones estrechos y serpentinos entre edificaciones deterioradas con ventanas rotas y puertas que colgaban de las bisagras. Varios bloques de viviendas de ladrillos, con las paredes deterioradas por el paso del tiempo y la suciedad de la ciudad, se ceñían sobre las calles ensombrecidas. De las sogas que iban de un edificio al otro, colgaban varias prendas que se mecían con el viento como fantasmas andrajosos mientras acumulaban el hedor de los desechos que se apilaban en las esquinas.

Mientras Jane corría a toda prisa, varios niños traviesos se apartaban del camino; unos harapos sucios y rotos eran la única protección que tenían contra el aire frío. Varios hombres con los rostros arrugados y expresiones exhaustas del arduo trabajo andaban por las calles con botas desgastadas que chapoteaban contra el barro.

Cuando Jane y los niños por fin llegaron, una pequeña multitud se había reunido en un círculo en una calle embarrada. En el centro, había un hombre de unos cuarenta años con el rostro colorado de la ira que sostenía a Alfie de la oreja y le gritaba al rostro mientras el niño se retorcía y chillaba de dolor.

Jane se abrió paso a codazos entre los espectadores e intentó recuperar el aliento a pesar de que sentía que los pulmones estaban a punto de estallar.

—Por favor, señor, suéltelo —le rogó.

El hombre dejó de gritar y volvió el rostro colorado hacia ella. Tenía los ojos saltones y amarillentos, y se le veían unas venas rojas entre los iris marrones.

—No sabía lo que hacía —siguió Jane jadeando—. Por favor.

—Oh, sabía muy bien lo que hacía —gruñó el hombre—. Uno no introduce la mano en el bolsillo de una persona por accidente y acaba sujetando una cartera.

El hombre llevaba unas prendas poco sofisticadas, pero no tan andrajosas como las de la gente que vivía en ese barrio. Llevaba un abrigo marrón simple que ya debía tener varios años de uso, unos pantalones pasados de moda con la tela tan desgastada y delgada

que se veían señales de que los habían lavado en reiteradas ocasiones. Era evidente que no se podía permitir perder el dinero que Alfie había intentado robarle. Igual, de cualquier modo, no podía permitir que castigara a al niño por el sitio en el que había nacido y por haber desarrollado esa habilidad como medio de subsistencia.

—Es cierto —acordó Jane—, pero tenía hambre, ¿no es cierto, Alfie?

—¡Sí, señorita Grant! —lloriqueó Alfie—. ¡Tenía hambre!

Tenía los ojos grandes llenos de lágrimas, que cuando caían le dejaban unas líneas claras contra las mejillas sucias. A Jane se le retorció el estómago por el niño. No podía permitir que su vida llegara a ese final, en especial cuando acababa de tener la oportunidad de ayudarlo a cambiar de vida.

—Es un alumno en mi escuela —le dijo al hombre—. Está aprendiendo a leer y escribir y hacer cuentas para no tener que hacer esto. Por favor, señor, perdónelo esta vez. Solo por esta vez.

Hercules le ladró al hombre, que fulminó al perro con la mirada, al tiempo que se le curvaba un labio. Jane se inclinó y sostuvo a Hercules del collar. No estaba ayudando en nada.

—¡Sentado, Hercules! —le ordenó—. ¡Quieto!

A pesar de que se veía que el animal estaba tenso y nada contento, obedeció y apoyó el trasero en el suelo, pero no dejó de soltar un aullido bajo ni de mostrar los dientes.

—Si lo dejo ir —comenzó el hombre enfadado—, no aprenderá su lección. Ni tampoco la aprenderán los otros mocosos.

Una multitud de rostros hinchados, exhaustos y curtidos, con ojeras debajo de los ojos, dientes rotos y uñas sucias se arremolinó alrededor de ellos. Llevaban prendas harapientas y sucias que debían de haber recibido usadas y desgastadas o que les habrían quitado a algún muerto. Eso era el East End de Londres, donde la gente vivía en barrios humildes de casas caídas a pedazos, con ventanas rotas, techos llenos de goteras y escaleras hundidas. Allí era normal que varias personas durmieran en la misma cama. Algunos alquilaban camas en lugar de habitaciones, y había varias camas en una habitación. Jane hasta había oído el caso de una

mujer que alquilaba una cama que ya estaba alquilada y dos desconocidos debían compartirla.

El hombre al que Alfie había intentado robar se veía bastante adinerado en comparación con el resto de los presentes, pero en realidad debía de ser un lacayo en la residencia de un comerciante.

—Lo compensaré yo misma —le ofreció Jane mientras extraía la cartera de debajo del delantal. Como Thorne quería que estuviera a salvo, siempre le decía que llevara una cartera a todos lados. El dinero ofrecía seguridad. Y Thorne tenía dinero de sobra. Por eso, le ofreció una libra al hombre, que era el equivalente al salario mensual de un lacayo—. Además, Alfie intentó robarle, pero obviamente usted no lo permitió. Acepte esto por las molestias, por favor.

Eso apaciguó la ira del hombre, que comenzó a respirar más tranquilo y clavó la vista en la libra. La tomó y empujo a Alfie, que tenía las mejillas sonrosadas y echó a correr con Peter, Lily y el resto de los niños a sus espaldas.

—Gracias —le dijo Jane al hombre, pero este no se dignó a prestarle atención. En cambio, se dio media vuelta, se guardó la libra en el bolsillo y se marchó chapoteando contra el barro. La multitud comenzó a disiparse, y Jane se apresuró a seguir a los niños que se encontraban a unos seis metros de distancia con el leal Hercules corriendo a su lado.

Los encontró en un pequeño callejón sin salida en el que los niños formaron una pequeña pared protectora alrededor de Alfie. Con delicadeza, los apartó y se arrodilló delante del niño que seguía temblando y soltaba sollozos afligidos mientras intentaba calmarse y secarse las lágrimas de los ojos con el revés de la mano y se dejaba unas manchas de barro que parecían una máscara alrededor de los ojos.

—Ya pasó, Alfie —le aseguró mientras lo miraba a los ojos aterrados—. Ya se ha ido. No te hará nada. Estás a salvo.

El niño tenía el labio superior lleno de mocos, y Jane le entregó un pañuelo. Alfie se limpió la nariz y los ojos y machó la tela.

—¿Cómo tienes la oreja? Muéstrame, por favor.

Se volvió hacia ella, que le estudió la piel hinchada y enrojecida con los ojos entrecerrados. Hercules soltó un ladrido y le lamió la

oreja al niño.

—Ven a la escuela conmigo —le dijo—. Buscaré un ungüento calmante que tengo en casa. Todo estará bien.

Alfie soltó un sollozo seco y suspiró.

—Gracias, señorita Grant —dijo en un susurro.

—Está bien. —Le sonrió y le apretó el hombro delgado y huesudo—. Por eso deben venir a aprender a la escuela. Les estoy hablando a todos —les dijo mientras miraba los rostros asustados con los ojos bien abiertos de todos los niños—. Para que puedan encontrar un empleo honesto y no tengan que robar ni recurrir a otras cosas. ¿Se dan cuenta?

—Pero no he comido nada hoy —le dijo Alfie—. Y mi madre me dijo que me fuera a buscar algo de comer.

Jane asintió con la cabeza.

—Lo entiendo. Les diré algo, le pediré a *monsieur* Beaumont que les prepare sándwiches. Y desde ahora en adelante, llevaré el desayuno y el almuerzo a la escuela para toda la clase, así no se tienen que preocupar por la comida. Si hago eso, ¿me prometen que no volverán a robar?

Los niños la miraron con los ojos agrandados por la sorpresa y asintieron. Jane sonrió.

—Muy bien. Síganme.

Mientras conducía al pequeño rebaño de niños asustados y llenos de esperanza de regreso a la escuela, sintió que acababa de lograr una pequeña victoria contra el pasado y se sintió más optimista de que la educación les pudiera brindar un futuro mejor.

Esa era otra confirmación de que debía conseguir la información que necesitaba *lord* Richard para poder salirse de ese compromiso lo antes posible. Cuanto más tiempo pasara comprometida, más riesgo corría de que Thorne esperara que se casara con él.

Tenía un trabajo importante. Tenía el poder de cambiar vidas. Y jamás podría seguir enseñándoles a esos niños si se convertía en la esposa de un aristócrata que residía en Mayfair.

7

Trece días para la boda...

Al día siguiente, Jane se encontraba en el medio de la clase. Con ligereza en el pecho y una sonrisa en el rostro, leía la fábula *The History of Little Goody Two-Shoes* mientras siete pares de ojos abiertos de par en par destellaban: los niños la oían con atención.

La diferencia con el día anterior era increíble. Ese nuevo enfoque estaba funcionando. El cuento no solo era entretenido, sino que también les podía mostrar el valor de la educación mucho mejor que cualquier palabra de Jane. Tras el primer capítulo les hizo preguntas a los niños, y ellos le contaron sus partes favoritas. Para su sorpresa, le respondieron entusiasmados y por eso decidió repetir el proceso luego de cada capítulo. Concluyó también que luego de terminar el cuento, regresaría al alfabeto, pero seguiría leyéndoles cuentos entre las lecciones.

Sobre el escritorio que había contra la pared izquierda, había platos con sándwiches de queso y carne asada para el almuerzo al lado de una jarra de limonada. Ya habían retirado los platos blancos del desayuno que los niños casi habían lamido para comer hasta la última miga de los bollitos de avena, las tostadas y los pastelillos.

El cocinero de Thorne se había quejado un poco, pero sabía que era mejor no discutir con la hermana del señor, tanto querido como temido, ya que era la persona más importante del mundo para él. A

Thorne no le importaría. Bajo ese pecho de hierro frío, tenía un buen corazón y le daba a la comunidad con gran generosidad. Cuando le planteó la idea de la escuela, ni siquiera había parpadeado antes de decirle que sí y que podría tener lo que necesitara para abrirla.

Hercules estaba acostado al lado de la puerta con la cabeza entre las patas y, cada vez que Jane lo miraba a los ojos, se levantaba y movía la cola. Como la habitación olía a comida, no dejaba de arrojar miradas llenas de tristeza e impaciencia hacia el escritorio con los sándwiches. De repente, el animal se incorporó de un salto y se paró delante de la puerta para soltar unos ladridos agudos sin dejar de mover la cola.

—Hercules, quieto —le ordenó Jane, al tiempo que los niños alzaban la cabeza—. Puede que me haya equivocado al permitirte venir. Quizás tengas que sentarte en uno de los escritorios y aprender a leer y escribir. Sentado.

Hercules dejó de ladrar de inmediato y apoyó el trasero en el suelo moviendo la cola mientras Jane avanzaba hacia él. De repente, se oyó un llamado a la puerta.

Cuando la abrió, respiró el aroma a jabón, sándalo y pimienta, al tiempo que una silueta alta y de hombros anchos le bloqueaba la luz que venía del patio.

—*Lord* Richard —lo saludó al tiempo, que retrocedía en la habitación.

En señal de advertencia, Hercules le ladró con debilidad, pero permaneció sentado.

—Señorita Grant —repuso asintiendo con la cabeza. Miró alrededor de los niños que observaban anonadados y llenos de curiosidad las exquisitas prendas que llevaba puestas—. Tenía la esperanza de hablar con usted.

Jane no pudo tomar otra bocanada de aire para llenarse los pulmones. Su sola presencia era como un segundo sol que aparecía en el cielo: cálida, extraña e hipnotizante. Pero no podía permitir que la interrumpiera como lo había hecho el día anterior, en especial ahora que los niños habían ido por voluntad propia y habían prestado atención toda la mañana.

—Va a tener que esperar —le dijo—. La clase no ha terminado.

Él se limitó a abrir la boca para decir algo, pero Jane le cerró la puerta en la cara. Como no cerró por completo, miró para abajo y pudo ver su bota elegante bloqueando la puerta.

—Disculpe la interrupción —le dijo y soltó una risita. Acto seguido, bajó la mirada a Hercules—. Esperaré. Pero pensé que mientras espero puedo llevar al perro a dar un paseo. ¿Confiaría en su prometido?

Su prometido… la piel le cosquilleó al oír la palabra, aunque no supo si era por aflicción o anticipación. Hercules gimoteó mirándola con los ojos húmedos y llenos de esperanza. Jane soltó un suspiro. El perro estaba muerto del aburrimiento, y el *lord* libertino sin dudas volvería a interrumpir la clase…

—De acuerdo —accedió poniéndole la correa a Hercules—. Tenga cuidado. —Lo recorrió con la mirada—. Hay muchos carteristas por aquí. Si le pasa algo a mi perro, lo encontraré.

A Richard se le agrandaron los ojos de la sorpresa. Jane le entregó la correa, y Hercules salió disparado hacia la puerta tan rápido que arrastró a *lord* Richard tras él, y Jane vio pasar volando el destello de la fresca camisa blanca contra el abrigo púrpura mientras seguía al perro. Cuando la puerta se cerró, Jane suprimió una sonrisa.

—¿Y ese quién era? —le preguntó Lily. Como la pregunta provenía de una niña tímida, Jane soltó una carcajada.

—Era su novio, ¿no? —le preguntó Alfie con una sonrisa arrogante.

No les podía contar la verdad porque no podía correr el riesgo de que Thorne se enterara.

—Bueno, eso es lo que él dijo, ¿no?

Los niños soltaron una exclamación de sorpresa e intercambiaron miradas elocuentes.

—Un momento… —comenzó Peter—. Si se casa con él, ¿no tenemos que venir más a la escuela?

A diferencia del caos del día anterior, los niños no gritaron, ni saltaron sobre los bancos ni tampoco arrojaron bolas de papel. Simplemente soltaron un murmullo que se esparció por el salón de clases.

—No —repuso con el corazón latiéndole acelerado. Ver esos rostros dulces llenos de esperanza por primera vez durante las lecciones de esa mañana para que ahora se llenaran de incertidumbre hizo que se le rompiera el corazón. Si renunciaba a la escuela, solo confirmaría que no había ningún otro futuro más que el sendero de la pobreza y el crimen, una vida corta que, sin lugar a dudas, los llevaría a la horca—. No renunciaré a la escuela, aunque me case. Se los prometo. Me quedaré aquí, y espero que ustedes también.

La simple presencia de *lord* Richard había vuelto a causar estragos. Cuanto antes le consiguiera la información que quería, antes saldría de su vida. Los niños asintieron con la cabeza, y reanudó la lectura.

Al cabo de media hora, la lección había concluido y era la hora del almuerzo. *Lord* Richard regresó con un Hercules feliz y sucio y observó cómo los niños comían los sándwiches.

—¿Hoy no tiene arrugas en las prendas, *lord* Richard? —le preguntó—. Qué transformación.

Él arqueó una ceja.

—No sabía que mis prendas eran asunto suyo.

Jane se mofó.

—No lo son. ¿A qué ha venido?

—Me gustaría invitarla a pasear.

—No sabía que se sentía obligado a pasar tiempo conmigo.

—Me siento obligado a satisfacer a su hermano. Debo cortejarla en público. Sería nuestra primera salida delante de la sociedad.

Jane apretó los labios. De solo pensar que ese *lord* atractivo, adinerado y de buena cuna pudiera mostrar interés por ella, se le aceleraba la respiración.

No obstante, se recordó que era un compromiso falso. Solo tenía la intención de cumplir con las condiciones de su hermano. Pero cuando se imaginó a todas las matronas de la alta sociedad y a los caballeros montando sus caballos en Hyde Park, y a las damas jóvenes en busca de marido viéndola con alguien como él… juzgándola por sus prendas simples, grises y amarronadas… se le formó un nudo en el estómago.

—Podremos discutir nuestro plan —añadió—. Cómo obtener la información. Por cierto, he conseguido una licencia especial. Como solicitó su hermano, el día de la boda es en trece días.

Un escalofrío gélido la recorrió entera. Por todos los cielos, trece días…

Tenía razón. Tenía que darse prisa. Cuanto antes comenzaran a hacer apariciones en sociedad, más rápido Thorne quedaría satisfecho y en paz. Y cuanto antes consiguieran la información acerca del hermano de *lord* Richard, más rápido acabaría esa farsa y podría volver a concentrarse en esos niños.

—Está bien —accedió—. Iré con usted cuando los niños hayan acabado la comida. Le diré a Thorne que debe venir como chaperón.

—Ya tengo una chaperona —se apresuró a decirle—. Mi abuela. A propósito, tendrá que tener mucho cuidado con ella… Todos en mi familia sospechan, así que hará falta una buena actuación para convencerlos de que estamos enamorados.

—De acuerdo —dijo Jane enderezando la columna vertebral—. Qué calvario.

Al cabo de una hora, Jane y Richard caminaban por el sendero Rotten Row de Hyde Park con Hercules, que trotaba alegre delante de ellos y de la abuela de *lord* Richard. En el aire pendían los exquisitos aromas de las flores y el césped recién cortado, acompañados por el hedor del excremento de los caballos y las oleadas ocasionales de algún perfume o colonia costosos. Las aves cantaban, las abejas zumbaban, y la gente hablaba y se reía a su alrededor. En ocasiones, se oían los cascos que repiqueteaban contra el suelo de los senderos para los caballos mientras los jinetes les pasaban por delante. Hyde Park era el sitio para que las damas y los caballeros de moda se exhibieran.

Thorne los había observado marcharse con una mirada seria de aprobación. Como la abuela de Richard se había rehusado a ir a Whitechapel, Ruby los acompañó hasta el parque, donde se encontraron con la duquesa viuda, y luego regresó al carruaje.

La dama era muy amable, pero estudió a Jane con una mirada escéptica. Le hizo algunas preguntas acerca de Thorne y de ella, pero Richard la había rescatado de un interrogatorio más profundo

al señalar algún árbol e insistir en ir a verlo de inmediato porque se veía muy bonito a la luz del sol.

Mientras Jane y Richard caminaban, la abuela los seguía como una carabina, y Jane no pudo sentirse más fuera de lugar. Ruby no tenía ni idea de cómo recrear ninguno de esos peinados sofisticados con rizos perfectamente acomodados alrededor del rostro, ni tampoco cómo arreglar un viejo bonete y añadirle algo hermoso como una pluma o una rosa, como los que tenían varias damas. Además, Jane parecía ser la única que llevaba puestas prendas aburridas, con un vestido de tela gruesa y práctica, en lugar de uno ligero y volátil.

Los tacones repiqueteaban contra el sendero de gravilla, y *lord* Richard sonrió y asintió hacia varios transeúntes que les pasaban por delante. Las cabezas femeninas se volvían a mirarlo a menudo.

—Mi familia querrá tomar el té con usted —le dijo—. Y les dije que ya nos conocíamos de antes, así que tendremos que pensar la forma de explicarles cómo nos conocimos.

—De acuerdo —dijo Jane—. Eso es difícil considerando que ningún miembro de la alta sociedad me aceptaría como invitada de una cena.

—¿Ni siquiera los viejos contactos de su padre?

—No, ni siquiera ellos. Pero podríamos decir que nos conocimos en el baile de alguno de ellos. La mentira durará hasta que tengamos que romper el compromiso, ¿no? Su abuela no se apresuraría a hablar con… *lady* Elizabeth Fitzroy para intentar confirmar la información, ¿no?

Richard se rio entre dientes.

—Espero que no. Solo debemos mantener la mentira el tiempo suficiente para que no irrumpan en la oficina de su hermano y lo arruinen todo.

—Muy bien —le dijo—. En ese caso, digamos que nos conocimos en una velada musical de *lady* Fitzroy.

—Y prepárese para actuar como si estuviera enamorada cuando conozca a mi hermana y a mi hermano —le advirtió.

—Por supuesto —acordó Jane y se le tensó la espalda. ¿Cómo lo haría? No tenía ni idea de cómo demostrar que estaba enamorada.

Suponía que solo debería ceder a la debilidad y calidez que experimentaba en las extremidades cuando se encontraba cerca de ese hombre…

—Debemos poner fin a la farsa lo antes posible —le dijo Jane obligándose a pensar con lógica—. No puedo permitir que siga alterando mi vida más de lo que ya lo ha hecho.

A Richard se le tensó el mentón.

—¿Cómo propone que lo hagamos?

—Conozco a todos los hombres de confianza de Thorne. Atticus es su mano derecha, pero es más leal que un perro. Sin embargo, tiene debilidad por mí, así que intentaré hablar con él primero.

Tres damas, una mayor y dos menores, pasaron caminando por delante de ellos y le dirigieron un saludo con la cabeza a Richard, que se apresuró a devolvérselos. Iban vestidas con elegantes vestidos de seda, hermosos jubones y llevaban unos tocados con construcciones florales y aves que las hacían parecer treinta centímetros más altas. Al igual que todos los otros conocidos a los que había saludado ese día, le arrojaron miradas extrañas.

—¿Está segura de que es buena idea que hable con los hombres de su hermano? —le preguntó—. ¿No son ladrones, maleantes y ese tipo de cosas?

—Esos hombres me protegerían la vida con la suya —le respondió—. Son peligrosos, pero tienen buenos corazones. Y jamás permitirían que nadie le haga daño a la hermana de Thorne.

—No crea que la dejaré hablar con ellos a solas.

En ese momento, otro grupo de damas aristocráticas les pasó por delante, y una de ellas le dirigió una mirada seductora a Richard, que se limitó a asentir lenta y ligeramente con la cabeza. A Jane no le agradó ni un ápice la dama alta y llena de gracia que no llevaba gafas en el rostro. Era mucho más hermosa que ella. De repente, sintió una ola de enfado que la quemó como un ácido.

—*Lord* Richard, debo recordarle que tiene que permanecer concentrado —le dijo.

Tras oír el comentario, la miró con el ceño fruncido.

—¿Dónde vivía antes de mudarse a Whitechapel, señorita Grant? —le preguntó.

—En Eaglestone House —le respondió—. Esa era nuestra residencia de Londres, pero pasábamos los otoños y los inviernos en Rosewood Hall, nuestra propiedad en Wiltshire. La parte de las propiedades de mi padre que estaban asociadas a su título pasaron a manos de la corona porque no tenía ningún heredero masculino. Sin embargo, se las ingenió para dejarme una porción de su propiedad en el norte que genera un pequeño ingreso.

Richard la miró con detenimiento.

—Señorita Grant, es evidente que proviene de buena cuna y es una mujer educada que sabe lo que quiere. Si quiere dar la impresión de que desea regresar a la sociedad, va a tener que vestirse para impresionar.

Jane sintió que se le debilitaban las rodillas. ¿Vestirse para impresionar? Ser parte de la alta sociedad era pertenecer a un mundo de bailes y veladas elegantes, donde todo era brillo, lujos y excesos y la gente progresaba atrayendo la atención hacia ellos mismos… pero el tipo de atención adecuado. Jane había abandonado todo eso hacía mucho tiempo. No era buena a la hora de ser el centro de atención; de hecho, era algo que deseaba evitar a toda costa.

—Oh, *lady* Whitemouth —saludó la duquesa viuda de Grandhampton a sus espaldas. Richard se volvió y se detuvo.

Jane también se dio vuelta. Dos mujeres se habían detenido a hablar con la duquesa. *Lady* Whitemouth, una mujer majestuosa de unos cincuenta años, tenía unos perforantes ojos celestes y un rostro elegante. Llevaba el cabello rubio desvanecido con unos mechones plateados en un hermoso tocado bajo un sombrero adornado con delicados lazos de seda blanca. Tenía puesto un lujoso vestido de muselina brillante de un tono intenso de violeta y un jubón a juego bordado con hilos dorados y entallado a la perfección para resaltar su figura llena de gracia.

—*Lady* Isabella —saludó Richard a la dama más joven que se encontraba con *lady* Whitemouth y parecía tener la edad de Jane. Tenía el cabello rubio y brillante sujeto debajo de un sombrero encantador adornado con flores blancas artificiales y los mismos ojos celestes intensos de su madre, pero los de ella estaban llenos de

vida y curiosidad. Llevaba un vestido blanco inmaculado confeccionado con la muselina más fina y le caía con gracia por la esbelta silueta femenina. Un jubón de color celeste pastel decorado con encajes le cubría los hombros.

Mientras la duquesa hablaba con las damas, Richard se acercó al oído de Jane para susurrarle:

—*Lady* Whitemouth es una de las más chismosas de la sociedad. Esta es la oportunidad perfecta para correr la voz de nuestro compromiso.

Jane sintió el aliento cálido contra la piel.

—*Lord* Richard. —La condesa se volvió hacia él, y Jane se puso tensa. Los ojos de la dama eran más afilados que unas garras—. Espero que se encuentre bien. —Entonces, se concentró en Jane, a quien recorrió de arriba abajo con la mirada—. ¿Cómo se encuentran el duque y su querida hermana?

—Todos se encuentran bien —repuso Richard y se volvió a mirar a Jane con una mirada cálida—. Permítame presentarle a mi prometida, la señorita Grant.

Lady Whitemouth se quedó abriendo y cerrando la boca conmocionada.

—Oh, vaya —logró articular al fin—. Es decir que es el próximo Seaton que se casará. Felicitaciones.

—Pronto saldrá el anuncio en los periódicos —añadió Richard.

—Claro. Señorita Grant… —dijo pensativa y la miró entrecerrando los ojos—. ¿Acaso está relacionada con el difunto barón, *lord* Grant?

Jane asintió con la cabeza.

—Era mi padre.

La condesa perdió todo color en el rostro y dio un paso hacia atrás, al tiempo que palpaba el aire cerca de *lady* Isabella como para protegerla.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la duquesa de Grandhampton—. Se ve algo descompuesta.

Lady Whitemouth se aclaró la garganta y encuadró los hombros.

—Me encuentro bien. ¿Puedo preguntar cómo se conocieron? La señorita Grant no ha formado parte de la sociedad en muchos años.

Ni siquiera ha debutado, ¿no es así? Una desgracia, sin dudas, a raíz de la muerte de su padre.

Jane sintió que se le congelaban las entrañas. Así era como sería su vida en la sociedad. Todos la observarían como si estuviera enferma. Como si de solo asociarse con ella fueran a quedar mancillados.

—No, no he debutado.

—Nos presentaron en una pequeña velada en la casa de *lady* Fitzroy.

—Los Fitzroy fueron lo suficientemente amables como para mantenerse en contacto conmigo tras el fallecimiento de mi padre.

Quería huir de ese mundo lleno de gente jactanciosa lo antes posible. Quería apartarse de los ojos llenos de prejuicios y las bocas que se torcían en muecas de disgusto tras oír su nombre.

Richard sostuvo la mirada de su abuela durante un largo período de tiempo, mientras la anciana lo miraba con el ceño fruncido y los perforadores ojos celestes. Acto seguido, Richard sonrió con intensidad.

—Quedé encantado de inmediato con las afables cualidades de la señorita Grant y todos sus logros.

—Ah —dijo la condesa—. Qué maravilloso. ¿Tiene la misma opinión acerca del hermano de la señorita Grant? ¿También le parece afable y exitoso?

Todos contuvieron el aliento. Resultaba obvio que la condesa sabía lo que hacía. Sin embargo, la respuesta de Richard conmocionó hasta a Jane.

—Le aseguro que el señor Blackmore es de lo más afable.

A *lady* Whitemouth se le agrandaron los ojos.

—Señorita Grant, ¿aún vive en la magnífica casa de su padre? Recuerdo que lo visité un par de veces.

—No —repuso Jane—. Vivo con mi hermano, que me cuida y se asegura de que esté a salvo.

—¿Y dónde vive?

—En Whitechapel.

La condesa tragó saliva.

—Me imagino que debe necesitar bastante protección allí —señaló.

Jane no tenía nada que decir ante ese comentario. No podía negar que vivía entre ladrones, criminales y prostitutas, en un sitio que se consideraba la escoria de Londres y estaba lleno de casas sucias y caídas a pedazos.

Allí era donde la necesitaban, donde podía marcar una diferencia, y cuanto más tiempo pasara en Hyde Park con esa gente, más fuera de lugar y rechazada se sentía. Todo en su vida estaba mal para la sociedad de Mayfair. No quería tener nada que ver con ellos. Aunque recordaba con cariño las visitas sociales y las veladas elegantes en su hogar cuando su padre aún se encontraba vivo. Hace muchos años, había pertenecido a ese mundo. Pero eso había cambiado. Y no había ninguna actuación que pudiera realizar que fuera a cambiar eso.

8

Richard observó cómo Jane se afligía con cada paso que daban, fruncía el ceño por encima de los lentes y apretaba los labios para formar una línea delgada. Tenía las mejillas pálidas como el encaje del sombrero. Hercules trotaba leal al lado de ella y alzaba la mirada cada varios segundos como si pudiera sentir su infelicidad.

La condesa, *lady* Isabella y la abuela caminaban y hablaban unos metros por delante de ellos. Richard detestaba todas las preguntas de *lady* Whitemouth, a quien siempre le había gustado meter las narices en los asuntos de todos. Recordó los estragos que le había causado a Sebastian, el duque de Loxchester, que era el mejor amigo de Preston, y a su esposa, Emma, al informarle a la prensa amarilla que era la hija de un granjero.

Estaba seguro de que solo era cuestión de tiempo hasta que la condesa les contara a todos sus conocidos acerca del compromiso, pero eso haría que la farsa fuera más fácil de creer. Solo deseaba que no la hubieran asociado con Blackmore. Ahora los chismes se enfocarían en la hermana del criminal con la que se había comprometido. A pesar de que no le importaba ni temía por sí mismo, estaba preocupado por Jane.

No le agradaba la expresión dolorosa y casi derrotada que llevaba en el rostro. Quizás había sido algo mojigata cuando la conoció, pero también se había mostrado segura y valiente. No quería que se tomara los comentarios mordaces de la condesa a

pecho o que tuviera que enfrentarse a más humillaciones que no se merecía.

—¿Se encuentra bien, señorita Grant? —le preguntó.

Jane pestañeó y, por primera vez, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Se apresuró a bajar la mirada al sendero de gravilla que desaparecía bajo el borde de la falda, para volver a mirarlo al cabo de unos segundos sin ningún rastro de vulnerabilidad.

—Sí —le dijo con firmeza—. No se preocupe por mí, *milord*. ¿O acaso va a hacer alguna broma cruel?

¿Se estaba enfadando con él? ¿Por qué otra razón tendría las fosas nasales dilatadas y las mejillas sonrosadas?

—Si quiere encajar… —comenzó.

—Me tengo que vestir para impresionar. Ya lo ha dicho.

—Señorita Grant…

—¿Sabe que ya lo intenté? —le preguntó.

Richard frunció el ceño.

—Estoy seguro de que lo hizo. Se crio en el hogar de su padre en Mayfair.

—La muerte de mi padre fue muy repentina —dijo con un temblor en la voz que hizo que se le estrujara el pecho—. Tenía dieciséis años cuando perdí al único padre que me quedaba.

Richard asintió bruscamente. La pérdida de sus propios padres era un recuerdo vívido frente a sus ojos y no sentía que hubieran pasado seis años. El recuerdo del hermano perdido era como la puñalada de una daga bajo una costilla. Casi podía oír el eco de la voz de su hermano llamándolo por sobre el estruendo de la muchedumbre de Portside los lunes, miércoles y viernes que entrenaban juntos.

Sacudió la cabeza en el intento de despejarse del pasado, pero las lágrimas le nublaron la mirada. El peso de la ausencia de Spencer se había asentado en un sitio profundo de su ser, y era un dolor constante que jamás desaparecería.

—Lo siento mucho, señorita Grant —le dijo con la voz ronca—. Conozco ese tipo de pérdida, y ninguna joven debería tener que experimentarla. Debe haber sido una experiencia muy difícil para usted.

Cuando se miraron a los ojos, vio la sorpresa que reflejó su rostro y no logró apartar la mirada. Estaba hipnotizado y fue como si los pies hubieran echado raíces en el suelo. El mundo pareció desvanecerse, los cantos de los petirrojos se acallaron, los ladridos de los perros cesaron y el tacatá de los cascos de los caballos dejó de perforar el aire.

—Gracias, *lord* Richard —le dijo sin apartar la mirada—. Pero no se trató solo de esa pérdida. Cuando la corona tomó posesión de la casa en la que crecí, junto con otras propiedades de mi padre, perdí mi hogar. Perdí el único mundo que conocía. No pude participar de mi primera temporada. Tenía un vestido listo, era la prenda más hermosa que había visto en toda la vida. Mi padre me iba a llevar a mi primer baile en Almack's.

Jane estiró la mano hacia la fila de rosales por la que estaban pasando y recorrió los bordes de las hojas verdes con la mano cubierta por el guante.

—Thorne me dijo que me llevaría a Almack's al año siguiente, cuando hubiera concluido el período de luto. Estaba determinado a llevarme de regreso a la sociedad a la que pertenecía, de donde jamás debí marcharme. Y, para ello, era clave encontrar un marido.

Richard asintió con la cabeza.

—Así es.

—Tras vivir un año en Whitechapel, me sentía sola. Ninguna de mis amistades o conocidos de la sociedad querían seguir asociados conmigo. Aún no había debutado en la sociedad y no podía hacer mucho estando de luto. Las únicas personas que veía eran mi hermano y sus hombres.

Bajó la mirada hacia Hercules y le acarició la cabeza.

—Fue por eso que Thorne me regaló a este amigo. —Soltó un suspiro y clavó la mirada en la distancia—. Me pasé un año entero soñando con mi primer baile y pensando que cuando acabara el período de luto, esa sería la noche en la que regresaría al sitio al que pertenecía. —Soltó una risa amarga—. Lo recuerdo a la perfección. El corazón me latía desbocado, llevaba puesto un hermoso vestido, y Ruby me había hecho el mejor tocado que había sido capaz de hacer. Thorne y yo nos apeamos del carruaje frente al salón de

eventos en la calle King. Mi hermano llevaba la invitación en una mano. Cuando saludamos a *lady* Jersey, una de las anfitrionas, nos examinó con una mirada crítica y se enfocó en mí unos instantes antes de asentir en señal de aprobación. Pero luego oyó el nombre de Thorne, y se le transformó el rostro. Nos dijo que había habido un error y que lamentablemente no había sitio para mí. No aguardó ninguna respuesta. Se dio media vuelta y se marchó.

A Richard se le tensó el mentón al recordar la reputación altanera de *lady* Jersey, condesa de Lieven, y de *lady* Castlereagh, que también era famosa por rechazar hasta a un duque si el atuendo no se adhería al rígido código de vestimenta de Almack's.

—Me hicieron a un lado sin parpadear —continuó Jane—. Me rechazaron sin pensarlo dos veces. De modo que, ¿por qué iba a querer encajar en una sociedad que me considera indigna? Eso es lo que usted no entiende. Los niños a los que les doy clases tienen hambre y muchas necesidades y, en lugar de ayudar, los miembros de la alta sociedad se la pasan usando vestidos nuevos todos los días y haciendo cosas de lo más frívolas. Voy a sobrevivir si me miran como si fuera la mugre de sus zapatos, pero lo que no soporto es que tengan tanto cuando otros tienen tan poco. Porque no es por mérito, sino por nacimiento. No quiero ser parte de eso.

Richard tragó con dificultad. Avergonzado, se dio cuenta de que no había considerado eso. Suponía que era tan culpable como *lady* Whitemouth y todos los demás.

La señorita Grant no había terminado.

—No quiero que nadie me mire como lo hizo esa mujer, porque la única familia que tengo en esta vida, la única familia que me quiere, que me acoge y me mantiene a salvo, es alguien a quien la sociedad no aprueba. ¿Por qué debería intentar encajar en un mundo como ese?

La indignación la hizo ruborizar aún más. Los ojos se le encendieron con fuego y chispas. Unos mechones del hermoso cabello oscuro se le habían escapado del sombrero y se mecían con el viento. Richard tragó con dificultad. A pesar de las prendas opacas, el sombrero que apenas le combinaba con el atuendo y las gafas, no era introvertida en lo más mínimo. Por el contrario, era

una mujer que creaba su propio destino y ayudaba a otros. Era una leonesa.

—Porque es lo que desea su hermano —le respondió.

La respuesta hizo que se le hundieran los hombros.

—Me siento fuera de lugar aquí. No pertenezco.

Richard suponía que hasta una leonesa tenía un punto débil, pero lo volvió a dejar sin aliento con esa confesión. Cuando abrió la boca para decírselo, Hercules soltó unos fuertes ladridos y jaló de la correa para dirigirse a un pequeño estanque bajo unos sauces. Luego oyeron el ladrido de otro perro en respuesta. En un abrir y cerrar de ojos, Hercules se liberó y echó a correr por el campo verde hacia la fuente del sonido con la correa rebotando detrás de él.

—¡Hercules! —exclamó Jane, que se apresuró a correr tras el animal.

Richard soltó una maldición por lo bajo.

—¡Señorita Grant! —la llamó mientras corría por el suave césped.

—Richard, ¿a dónde vas? —oyó que le preguntaba la abuela.

—¡Tras el perro! —repuso a los gritos.

El corazón le latía desbocado en el pecho mientras corría a toda prisa. Jane se movía por el terreno desparejo bastante lento, y las faldas eran como las velas de un navío que le ralentizaban el paso. Eso le permitió llegar hasta ella rápido y continuó andando con unas zancadas largas que la dejaron rezagada.

—Quédese aquí, señorita Grant. Yo lo busco —le aseguró antes de apretar aún más el paso.

No le costó reducir la distancia con las piernas, pero Hercules era más rápido y desapareció entre unos arbustos cerca del estanque. El otro perro, un mastín mucho más grande, lo siguió. Durante un momento, se oyó el silencio total, pero luego el aire se llenó de unos ladridos juguetones.

A Richard le latía el corazón desbocado mientras corría, y el temor amenazaba con paralizarlo. Cuando llegó hacia los arbustos, comenzó a llamar a Hercules. Oyó unos movimientos extraños, y luego el perro salió disparado. Mientras Hercules intentaba alejarse corriendo, le tomó la correa. El mastín salió a continuación, pero al

verlo, se detuvo, se dio media vuelta y desapareció entre la vegetación.

Richard soltó un largo suspiro de alivio y aferró la correa fuerte, al tiempo que le daba unas palmadas en la cabeza al perro que se veía reluciente y, sin dudas, se sentía tan solo como su dueña acababa de confesar. El animal debía de necesitar más ejercicio.

—Buen perro —le dijo. Las palabras de Jane le hicieron eco en los oídos: «La única familia que me ama… Thorne me regaló a este amigo»—. Pero no vuelvas a huir. Tu dueña te necesita. No puede perderte.

A sus espaldas, oyó el ajetreo de unas faldas y unos jadeos agitados que le hicieron saber que Jane había ignorado su orden y lo había seguido de todos modos. Se giró sobre los talones, y Hercules salió corriendo hacia ella gimoteando feliz.

—¡Oh, Hercules! —Jane salió al encuentro del perro, se arrodilló y lo abrazó—. Qué perro más travieso. ¡Me has dado un buen susto!

Richard observó el reencuentro a unos pasos de distancia, y la respiración le regresó a la normalidad de a poco. Admiraba su espíritu y su resiliencia, así como también el amor feroz que tenía por el perro.

Cuando le entregó la correa, se rozaron las manos. Jane lo miró a los ojos, y un millón de palabras sin decir se arremolinaron en esos ojos grises claros.

Detrás de la pared que formaban las ramas de los sauces, se encontraban de pie cerca, jadeando, y con los pechos inflándose y desinflándose al mismo tiempo. Hercules se encontraba sentado a los pies de Jane y la observaba con adoración moviendo intensamente la cola y sin inmutarse por los eventos dramáticos que acababan de transcurrir.

—Gracias —le dijo Jane en un susurro apenas audible. Tenía la mirada llena de gratitud y algo más, como una suerte de entendimiento compartido de que estaban juntos en eso—. Gracias, *lord* Richard.

La mirada de sus ojos hizo que se quedara sin respiración. Con tanta injusticia y tantas pretensiones, Richard no podía negar que el mundo estaba lejos de la perfección. Pero en ese momento, bajo el

cobijo del árbol y tan cerca de Jane, no se pudo imaginar en ningún otro sitio.

No pudo resistir dar un paso hacia ella y acariciarle la mejilla con los nudillos. Jane dejó de respirar, y él también. No podía apartar la mirada de la de ella, que se había tornado gris y cálida, oscura y destellante, como el hielo al descongelarse de un lago. El roce de su piel contra la de él le produjo un anhelo cálido en todo el cuerpo. Ningún caballero tocaba a una dama de ese modo. Pero a Richard le agradó tanto la sensación, que no pudo apartarle los dedos de encima. Además, a los ojos de todo el mundo, era su prometida.

Jane tragó con dificultad cuando se le acercó un poco más. Tomó un mechón de cabello y se lo acomodó detrás de la oreja.

—¿Se siente bien esto? —le preguntó—. Dígame la verdad.

—Sí —le confesó.

—Bueno —continuó—, se encuentra en peligro aquí. Tengo una mala reputación.

Por todos los cielos, qué piel más tersa tenía, y qué cálida y delicada se sentía bajo sus dedos. Dio un paso más hacia ella y quedó apretado contra su pecho, al tiempo que la apoyaba contra el tronco de un sauce. Jane era más pequeña que él y había alzado la mirada para verlo con esos ojos grandes que destellaban inocentes.

—¿Alguna vez la han besado? —le preguntó.

La boca rosa y redondeada con esos labios tan suculentos lo estaba volviendo loco. ¿Se sentirían y sabrían tan deliciosos como se veían?

Jane entreabrió los labios algo sorprendida.

—No.

La respuesta no lo sorprendió. Le agradaba la idea de que el primer beso le perteneciera a él. De que todas las primeras cosas que experimentara le pertenecieran a él.

—¿Jamás te han besado? —repitió olvidándose de las formalidades—. Estamos fingiendo estar enamorados. Para practicar, debes saber cómo es besar, Jane.

Jane… su nombre de pila se sentía dulce y adecuado cuando lo pronunciaba. Jane le apoyó la mirada sobre la boca y se le dilataron las pupilas. A ella también le gustaba esa idea. Quería que la besara.

Richard comenzó a inclinarse hacia ella… Y se dio de bruces con el aire vacío. Jane dio un paso al costado para apartarse de su alcance.

—¿Qué hace, *lord* Richard? —le preguntó enfadada.

Richard parpadeó.

—¿Qué parecía que estaba haciendo?

—Hicimos un trato: ni nos tocaremos, ni nos besaremos. No haremos nada.

Richard se aclaró la garganta y encuadró los hombros.

—Sí, pero me ha dejado tocarla hace un instante.

—Bueno… —Arqueó una ceja—. No debería haberlo hecho. Durante un momento, me olvidé de que estaba en presencia de un libertino. Claro que a usted no le importa mi reputación, solo le preocupa su placer egoísta.

Richard negó con la cabeza.

—Jane…, ¿y tú qué sabes del placer?

La pregunta hizo que se le sonrojaran las mejillas tan rápido que fue como ver unas llamas consumir una hoja de papel.

—Vamos, Hercules —le dijo al perro antes de dirigirle una última mirada de enfadada a Richard.

Cuando la vio darse vuelta para marcharse, le gritó:

—No se olvide que está invitada a tomar el té para conocer a mi familia.

Jane asintió con la cabeza y desapreció detrás de los arbustos con Hercules.

Richard apoyó el brazo sobre el árbol y negó con la cabeza. No entendía cómo esa marisabidilla lo hacía sentir tan embriagado.

Pero de repente sintió que no solo quería un beso de ella. Lo quería todo.

9

MÁS TARDE ESA NOCHE, Jane y cuatro hombres estaban reunidos en la sala de estar, concentrados en una partida de *whist*.

El leve aroma a cera de abeja y sándalo pendía en el aire, y las luces de las velas proyectaban una luz dorada sobre los elegantes muebles y las exquisitas paredes con paneles de caoba. Los tapizados de color crema de los sofás, los sillones y las sillas y los cuadros de delicados amaneceres también iluminaban el espacio. Thorne le había pedido a Jane que lo decorara a su antojo cuando se mudó allí y le había dicho que no escatimara en los costos. Los colores cálidos que había escogido eran muy distintos a los de Eaglestone y Rosewood; las dos casas estaban decoradas en tonos de blanco, gris y celeste, según el estricto gusto de su padre.

Sentado frente a Jane, Thorne estudió a su hermana y a sus tres amigos más cercanos con cierto aire de dominación y poder. El inmaculado abrigo oscuro que llevaba puesto lo hacía parecer más taciturno. Al lado de él se encontraban los gemelos Nightshade, Tristan y Morgan. Thorne le pasó el mazo de cartas a Tristan, que se apresuró a barajarlas con las manos fuertes y curtidas y unos movimientos ágiles. Con una sonrisa torcida idéntica a la de su hermano, Tristan comenzó a repartir las cartas una a una, y las puntas se daban vuelta contra la superficie de madera de la mesa.

Los gemelos tenían cuerpos atléticos y hombros anchos. El cabello ondulado y castaño oscuro les caía por encima de los hombros y les enmarcaba unos afilados ojos castaños que reflejaban

inteligencia. Tristan se diferenciaba de su hermano vistiendo prendas de color gris claro, casi blanco. Los rasgos fuertes y casi entallados se suavizaban con su sonrisa pícara que dejaba entrever el libertino encantador bajo la superficie. Morgan solía llevar una expresión imparcial, y llevaba las mismas prendas que Tristan, pero en color negro. Eran como dos alfiles en un tablero de ajedrez: exactamente iguales y, a la vez, perfectamente opuestos.

—Jane, cariño, he oído que debemos felicitarte —le dijo Tristan mientras daba vuelta la última carta—. ¿Te casas en trece días?

El rey de corazones los miró, y los corazones marcaron el inicio de la partida. Thorne estaba sentado a la izquierda de Tristan y, como fue el primero en jugar, arrojó el tres de diamantes sobre la mesa. A continuación, llegó el turno de Brace Sterling, que arrojó un cinco de diamantes con una expresión firme.

—Conociéndola a Jane, no hay nada que celebrar —señaló Brace—. ¿O me equivoco, cariño?

La estructura musculosa de Brace se veía acentuada por las prendas informales que usaba y el cabello rubio que tenía amarrado en una cola de caballo corta. Tenía un mentón fuerte y unos pómulos altos que intensificaban su fuerte atractivo. Los penetrantes ojos celestes brillaban con una intensidad única y, a menudo, llegaban a inquietar a quienes lo conocían. Tenía un aire de autoridad silencioso y un comportamiento calmo y sereno.

Thorne, Brace, Morgan y Tristan compartían una amistad extraña e intensa por la que Jane siempre había sentido envidia, aunque sus orígenes la preocuparan. Por separado, eran hombres peligrosos y poderosos, pero juntos eran mortales.

Los crujidos ocasionales del hogar llenaban el aire. En el hogar bailaban unas llamas ardientes que producían un aroma a cedro quemado que subía por la chimenea. Era leña de verdad y no carbón, que solía ser una elección más asequible. Thorne lo importaba de Noruega, porque le había dicho a Jane que quería que lo tuviera todo.

Unas cortinas de un intenso tono carmesí colgaban de los dos ventanales, y la luz de la luna se colaba por allí para pintar siluetas sobre la espesa alfombra con patrones hermosos y elaborados. Un

clavecín de caoba descansaba en una esquina de la habitación, las teclas de color marfil destellaban bajo la luz de los candelabros.

—No te equivocas, Brace. —Jane estaba sentada al lado de él y, con delicadeza, colocó el nueve de diamantes sobre la pila. Thorne tomó la copa de coñac y bebió—. No quiero que me feliciten.

Brace tarareó mientras tomaba la taza de té y bebía un sorbo. A diferencia de los otros tres, jamás bebía.

La expresión severa de Morgan no dejó entrever nada mientras colocaba un dos de diamantes. Por último, lo siguió Tristan, que puso el diez de diamantes y recogió el primer triunfo. Un murmullo de sorpresa recorrió la mesa mientras Tristan esbozaba una sonrisa sardónica y depositaba la reina de corazones sobre la mesa para comenzar la siguiente ronda.

—Ya lo hemos discutido, el asunto está cerrado —dijo Thorne colocando el cuatro de corazones. Morgan y Tristan intercambiaron una mirada prolongada.

Brace, que probablemente no tenía ningún corazón en la mano, colocó el seis de trébol. Jane lo siguió con el dos de corazones. Cuando Morgan jugó con el ocho de corazones, quedó claro quién había ganado.

—Triunfo —exclamó Tristan mientras recolectaba los naipes.

—¿Quién es el afortunado? —preguntó Morgan.

Tristan bebió un sorbo de su copa y luego puso el rey de espadas para dar inicio a la tercera ronda.

—Ya lo he investigado. Se llama *lord* Richard Seaton. Es un libertino de renombre. Se la pasa de cama en cama, bebe y siempre está de juerga. Pero proviene de una buena familia. Su hermano es un duque y todo un fastidio. La hermana es bastante interesante… Y también tiene un hermano mayor que desapare…

—Tristan. —Una palabra de Thorne bastó para que Tristan dejara de hablar, sonriera y asintiera con la cabeza.

En ese momento, Ruby apareció en la puerta para preguntar si Jane y Brace querían más té, y Jane le pidió que por favor le llevara más.

—Oh, cierto —dijo Tristan cuando Ruby desapareció tras la puerta.

—Conociéndote, estoy seguro de que tienes tus motivos —comenzó Morgan—, pero si eres consciente de que *lord* Richard es un libertino, ¿por qué accederías a casar a Jane con alguien que carece de honor?

Jane se cruzó de brazos y clavó la mirada en Thorne.

—Sí, Thorne. ¿Por qué?

—Pues, yo no diría que *lord* Richard carece de honor —intervino Tristan observando cómo Thorne colocaba el siete de espadas sobre la mesa—. De hecho, lo tiene. Jamás se ha rumoreado que haya ofendido a ninguna de sus amantes, que son viudas o esposas muy infelices. También se acostó con alguna que otra prostituta, pero siempre escoge a las más exclusivas. Parece que su familia le importa mucho y los protege tanto como tú a Jane, Thorne. Por lo que sé de hombres como él, creo que protegería a su esposa y a sus hijos del mismo modo.

Thorne asintió con la cabeza y miró a Jane.

—Y le cortaré el órgano del cuerpo que lo hace actuar como un libertino en el momento que haga algo que te ponga triste, hermana.

Brace continuó la partida de naipes con un nueve de espadas.

—Y yo también. Con mucho gusto.

Morgan se rio entre dientes.

—Y tú tienes los bisturís más afilados.

Brace arqueó una ceja.

—Y sé cómo utilizarlos.

Brace Sterling era un médico habilidoso, aunque sin licencia, que trabajaba en el bajo mundo de Londres. Hasta donde Jane sabía, le había salvado la vida a Thorne y a los gemelos en varias oportunidades. Había obtenido entrenamiento médico en la universidad y siguió aprendiendo por medios de lo más poco convencionales, que jamás se mencionaban. Le había enseñado a Jane a limpiar y suturar heridas y a aplicar primeros auxilios sobre extremidades quebradas. Además de ayudar a Thorne, atendía a los habitantes de Whitechapel sin cobrarles.

Como Jane no tenía ninguna espada, tiró el tres de trébol y ocultó una sonrisa ante el comentario de Brace.

Thorne la miró y se le suavizaron los ojos.

—Eres lo único bueno en mi vida, Jane. Dios sabe que soy un hombre horrible y que he hecho cosas terribles. Toda mi vida me condicionará a seguir haciéndolas. La única luz en mi mundo oscuro eres tú, siempre la serás. Y no importa cuánto me duela dejarte ir, es por tu propio bien. Debes regresar al mundo seguro de Mayfair, donde puedes tener el futuro que te mereces.

Morgan colocó el dos de espadas, y Tristan se rio con satisfacción.

—Triunfo.

—Si tendrás suerte… —masculló Morgan.

—Pues, sí —repuso Tristan mientras juntaba los naipes—. Y la usaré como un emblema de honor.

Jane sintió un cosquilleo en el pecho al oír las palabras cariñosas de Thorne.

—Gracias, hermano, sé que me deseas lo mejor.

Recordó la infancia feliz en la que su hermano mayor, oscuro y siempre serio, estaba presente en su hogar en Rosewood Hall. Recordó las veces en las que la había ayudado a escabullirse de la sala de clases, y los dos se ocultaban en el bosque riéndose mientras observaban a la niñera llamar a Jane con los ojos aterrorizados. Recordó que le enseñó a nadar en el estanque y a montar el poni con una silla normal, a pesar de que su padre se lo había prohibido. Thorne le había llevado libertad, alegría y travesuras a su vida de reglas estrictas y castigos fáciles. A menudo le dolían los dedos de lo fuerte que la azotaba la institutriz cuando cometía errores en matemática y en francés.

Cuando Thorne desapareció de repente, su vida quedó desprovista de todo lo que la hacía feliz. Su único amigo, la única persona que se preocupaba por ella y la llenaba de alegría, se había marchado, y se sintió muy sola. Su mundo había cambiado para siempre. Ya no tenía al hermano mayor que la protegía, hablaba con ella y cometía travesuras a su lado. Y, con su padre siempre ausente, solo le quedaba la institutriz.

Cuando su padre falleció, Thorne regresó de repente a su vida. Pero era una persona diferente a la que siempre había conocido. Sus

tres amigos leales también habían irrumpido en su vida: intensos, misteriosos y peligrosos. Thorne le dio todo lo que quería. Le regaló a Hercules. Le brindó la libertad de moverse. Le permitió abrir la escuela.

Y ahora que podía enseñar y tener a todos esos niños en su vida, no necesitaba a un marido que la desarraigara de su existencia otra vez para quitarle todo lo que le importaba. Los prejuicios y el rechazo de la alta sociedad serían un amargo reemplazo para el amor y la amistad que sentía en su hogar en Whitechapel.

—¿Cómo te está yendo con la escuela? —le preguntó Morgan—. ¿Ya has comenzado a enseñarles matemáticas?

Ruby entró con el té y se marchó rápido.

—No —repuso Jane mientras vertía té en su taza y en la de Brace—. Me temo que tu materia favorita tendrá que esperar. No quieren estar allí. Si Thorne no hubiera compensado a los padres y básicamente les hubiera pagado para que acudieran a clases, no vendrían. Creí que por fin había logrado convencer a los padres. Por un instante, me sentí orgullosa de mí misma.

Tristan dio inicio a la cuarta ronda con un ocho de trébol. Thorne, que por un efímero instante se vio culpable, arrojó la sota de trébol.

—Lo has descubierto… No tenías que enterarte.

Brace continuó la jugada con el cinco de trébol. Jane estudió las cartas que tenía en la mano, apretó los labios y decidió jugar el nueve de trébol. Los otros tres hombres intentaron ocultar sonrisas entretenidas.

—Qué típico, Thorne —soltó Tristan—. No puedes no sofocar a tu hermana.

—¿Y si la dejas abrirse su propio camino? —le preguntó Morgan mientras jugaba con el siete de trébol—. Al parecer, el triunfo es de Thorne.

—Puede ser —acordó Tristan—, pero el juego aún no ha acabado.

Thorne soltó un suspiro, al tiempo que le daba unas palmadas a Hercules, que lo miraba con los ojos marrones llenos de adoración.

—Su propio camino la hubiera llevado a un salón de clases vacío y sueños hechos añicos. Solo la ayudé un poco. Me rompería el

corazón que te sientas desilusionada por el proyecto de la escuela, hermana. Sé lo mucho que has trabajado para abrirla. Si pudiera, pondría el mundo entero a tus pies.

Jane bebió un sorbo de té y lo miró. Mientras Thorne le devolvía la mirada, sintió calidez en las venas. Le ofreció una sonrisa llena del amor que sentía por él. ¿Cómo podía dejar a la única familia que le quedaba por un hombre al que no conocía y un mundo que jamás se preocuparía por ella como lo hacía el pequeño mundo de su hermano?

Sintió el peso de la culpa al considerar ir en su contra. Pero era lo mejor. Cuanto antes pudiera sacar a *lord* Richard de su vida y la de su hermano, mejor.

10

Doce días para la boda...

Al día siguiente, Jane estaba sentada en uno de los dos sofás de la sala, con la espalda erguida como una tabla y el rostro más tenso que una máscara de madera, a pesar del calor agradable que llenaba la sala de estar de Sumhall Place. La habitación olía a té, a algo cítrico y a flores, que llenaban los jarrones colocados sobre los aparadores y la gran mesa redonda con tallados elaborados.

Las mejillas le ardían como si estuviera sentada al rayo del sol. No había bebido el té con aristócratas en los últimos cinco años y, aunque sabía cómo comportarse en sociedad, se sentía tan mal como ponerse prendas varios talles más pequeños.

La duquesa viuda de Grandhampton y *lady* Calliope estaban sentadas una al lado de la otra en el sofá de enfrente. Jane sintió de inmediato que *lady* Calliope era alguien a quien podía comprender con facilidad. Tenía unos intensos e inteligentes ojos celestes y una disposición bondadosa. En una silla con unos apoyabrazos con tallados hermosos, se sentaba la actual duquesa de Grandhampton, Penelope, la esposa del hermano mayor de Richard, Preston, que se encontraba de pie a su lado y apoyaba la cadera contra el respaldo de la silla. La duquesa era una mujer muy hermosa, con unos ojos grandes entre grises y celestes y el cabello del mismo color que el oro. Richard se encontraba sentado en una silla al lado de Jane, y se

veía hermoso y orgulloso. Tenía los ojos celestes concentrados en ella, al igual que lo habían estado en Hyde Park.

Recordó cómo le había pasado los nudillos contra la mejilla y le había producido un cosquilleo en todo el cuerpo. En ese momento, el aire se había llenado de un deseo tácito y, si no lo hubiera detenido, sus labios se hubieran encontrado sellando su primer beso. De solo mirarla de ese modo, había hecho que la cabeza le diera vueltas y las rodillas se le debilitaran. Le hacía olvidar quién era y qué deseaba. Al igual que en ese momento, en que la observaba como si pudiera ser realmente su prometido y de verdad quisiera besarla.

Era un libertino. Se dedicaba a seducir y a conquistar. Jane tenía que recordárselo a ella misma a menudo. El día anterior, le había revelado mucho más de lo que deseaba acerca de su vida. Y él la había escuchado sin juzgarla. Jane se había sentido oída, comprendida y aceptada. Sumado a eso, *lord* Richard había encontrado a Hercules y se lo había llevado de regreso.

Jane se había derretido. Pero lo peor era que si alguien los hubiera visto el día anterior, habría quedado mancillada, y él se habría visto obligado a casarse con ella a pesar del acuerdo que tenían. Sin importar lo bien que se sintieran sus caricias, era demasiado peligroso encontrarse a solas con él. Estaba jugando con fuego. Y ahora, sentada a su lado, podía sentir su presencia como un horno encendido en un frío día de invierno. La hacía sentir tanto calor, que la piel se le permeaba con una delgada capa de sudor que se le pegaba a la ropa interior.

Llevaba puesto su mejor vestido, que era apenas bonito y no estaba a la moda, a diferencia de los que llevaban las otras damas en la habitación. Y, a pesar de eso, no era la presencia más extraña en esa sala llena de almohadones de seda, sofás y hermosos juegos de té. Ese honor estaba reservado para el chaperón que Thorne la había obligado a llevar. Negándose a dejarla fuera de su vista, Reuben se encontraba de pie en una esquina de la sala, con los ojos abiertos de par en par y sosteniendo una taza de té que se veía diminuta en sus gigantes manos que parecían amenazar con destrozarla. Se había peinado al medio el cabello que solía llevar

enredado. La barba enmarañada, sin embargo, no había recibido el mismo tratamiento y apuntaba en varias direcciones. Llevaba puestas las prendas de un trabajador, algo que solía verse en Whitechapel: un abrigo marrón con parches y costuras y unos pantalones que parecían holgados y sin dudas habían sido confeccionados para otro hombre. Se había lavado el rostro ese día, pero le cayeron varias migas en el bigote y la barba mientras masticaba una galleta con detenimiento, y no dejaba de hacer ruidos. En el lujoso interior de la sala, se veía tan fuera de lugar como un caballo.

—¿Ha pasado los últimos cinco años en Whitechapel? —le preguntó el duque.

Jane alzó la mirada para encontrar los fríos ojos oscuros enfocados en ella. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral ante la intensidad de esa mirada.

—Sí, *milord*. —Apoyó la taza de té en el plato con los dedos tan temblorosos que produjo un repiqueteo—. Con mi hermano. Es la única familia que me queda.

—¿Conoce las circunstancias que rodean la desapari…?

—Preston —lo interrumpió su esposa, la duquesa—, por favor no atormentes a la pobre señorita Grant. Estamos aquí para conocerla, no para interrogarla.

—Preston, te aseguro que no hay ninguna necesidad —añadió Richard—. La señorita Grant no tiene nada que ver con la desaparición de Spencer.

Una cálida ola de aprecio la recorrió, pero se recordó que, por incómodo que fuera, podía librar sus propias batallas.

—Estoy al tanto de las circunstancias y lamento mucho oír lo que le pasó a su hermano —dijo—. Ruego porque pronto regrese a casa a salvo.

—He ido a ver a su hermano —continuó Preston—. ¿Lo sabía?

Richard se puso pálido.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—Ayer. Al fin y al cabo, seremos familia, ¿no? Y dice que desconoce qué le ha pasado a Spencer. Miente. Tengo pruebas de

que a *lord* Neville le recomendaron acudir a él para deshacerse de Spencer.

Jane sintió que se le congelaban las manos. Eso marchaba fatal.

—Lamento mucho oírlo —dijo y se puso de pie.

—Preston, tu comportamiento es inaceptable —soltó Richard poniéndose también de pie—. La señorita Grant les enseña a los niños pobres en una escuela que ella misma ha fundado. Te ruego que me digas qué puedes decir contra el carácter de una joven como ella.

La conmoción de que Richard la defendiera de ese modo la dejó anonadada. Preston la miró durante un instante eterno y luego se le suavizó la expresión.

—Nada. Es de lo más admirable, señorita Grant. Le pido que me disculpe. Debo cuidar a mi familia. Espero que lo entienda.

—Por supuesto, *milord* —le dijo.

—Por favor, tome asiento, señorita Grant —intervino la duquesa viuda—. ¿Quiere más té?

Jane intercambió una mirada con Richard. El corazón le latía desbocado contra el pecho. Había esperado que eso hubiera acabado, que pudiera marcharse y que ni las preguntas ni las miradas inquisitivas la siguieran atormentando.

De la esquina, se oyó un sorbido alto, y todos se volvieron hacia Reuben, que vaciaba la taza de té.

—¿Me ofrece un poco más, *milady*? —le preguntó.

—Por supuesto —repuso la duquesa viuda. Alzó la mirada al lacayo que se encontraba atento contra la pared, pero Reuben ya se había acercado a la mesa de té dejando manchas de barro sobre la alfombra—. Oh, aquí tiene —le dijo la duquesa con una sonrisa cálida mientras le servía más té—. ¿Quiere leche?

Reuben asintió con la cabeza, y ella le sirvió también leche. Luego tomó tres galletas más del plato y se las metió en la boca para masticarlas con la boca abierta.

—Le pediré a la señorita Landon, nuestra cocinera, que le prepare una caja —le ofreció Calliope con una sonrisa dulce.

—Gracias, *milady* —le dijo Reuben.

Mientras la duquesa viuda le servía otra taza a Jane, Calliope se volvió hacia Richard.

—Me da curiosidad saber cómo se conocieron. ¿Cómo se enamoraron?

Richard se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Nos conocimos en una velada en la casa de *lady* Fitzroy. —Miró a Jane con cariño—. Para mi desasosiego, al principio, no reparé en la señorita Grant.

Jane sintió que se le encendían las mejillas. No le resultaba difícil imaginarse la escena que habían inventado. Un elegante evento social. *Lord* Richard, atractivo y encantador, sin pasar ni un instante a solas, y ella, tímida e incómoda, sentada en una silla en una esquina solitaria e invisible.

—Pero luego, alguien nos presentó y quedé encantado con ella de inmediato. ¿Quién no lo estaría? Tiene más corazón e ingenio que la mayoría de las damas de la sociedad. Ni una gota de falsedad. Ni una gota de ego ni deseo de atención.

Jane sintió como si estuviera volando mirando a los intensos ojos celestes. ¿Lo decía en serio? De seguro que no. «Es un libertino», se recordó. Eso se le daba bien.

No obstante, sintió un cosquilleo cálido que se le extendió por todo el cuerpo. Era demasiado dulce y seductor imaginarse que un hombre como él pudiera admirar a una mujer como ella. Y, a pesar de que todo era mentira, le encantaba la idea y quería oír más. Se los podía imaginar conociéndose en la velada ficticia, y a él reparando en su inteligencia y en su corazón, en lugar de concentrarse en sus prendas grises y sus lentes.

La duquesa viuda sonrió y alzó la cabeza hacia Jane.

—Lo veo con claridad, Richard. Qué buena observación.

—¿Y de qué hablaron, señorita Grant? —le preguntó *lady* Calliope antes de que todos se volvieran a mirarla.

—De perros —respondió Jane de pronto avergonzada de sentir todos los ojos de los presentes en ella—. A los dos nos gustan los perros.

Calliope se rio.

—¿Y cómo llegaron a ese tema?

—La señorita Grant tiene un hermoso sabueso que se llama Hercules —le dijo la duquesa viuda—. Lo conocí, y es de lo más enérgico.

—¿Y qué piensa de Richard, señorita Grant? —le preguntó el duque—. No me diga que también quedó intrigada por su cerebro.

Para su propia sorpresa, Jane se sintió protectora hacia Richard.

—De hecho, sí, *milord* —repuso mirando a Preston a los ojos con audacia—. Es muy agradable conversar con su hermano. Podemos hablar durante horas sobre cualquier tema, ¿no, *lord* Richard? —Miró a su prometido a los ojos y le sonrió—. De perros, de gatos, de literatura, de la sociedad, de la familia… Me habló muy bien de todos ustedes. Me contó lo peligroso que es jugar al ajedrez con usted, *lady* Calliope. Y que usted, *milord* —se dirigió al duque—, puede ser duro con sus prejuicios y su lengua al principio, pero que es el hermano más leal y protector. Me habló de lo sabia que es usted, *milady* —le dijo a la duquesa viuda—, y de la artista talentosa que es usted —concluyó mirando a la duquesa de Grandhampton—. No veía la hora de conocerlos a todos.

—Pero ¿dónde se encontraron después de la velada? —preguntó *lady* Calliope.

—En Hyde Park —respondió Jane—. Con mi hermano presente, o mi criada, o Reuben…

Reuben tragó saliva y asintió como le había pedido que hiciera en el carruaje de camino allí.

Calliope entrecerró los ojos y pasó la mirada de Richard a ella.

—¿Qué más le gusta hacer?

A Jane se le aceleró la mente en busca de otra mentira, aunque con cada instante que transcurría sentía que estaba fingiendo menos y soñando más con la relación que desearía tener.

—Los dos somos jugadores de naipes muy competitivos —dijo Jane con una sonrisa.

—Tiene razón —intervino Richard—. Y mientras jugamos, a menudo conversamos sobre varios temas, pero la literatura es uno de nuestros temas favoritos.

Jane le dedicó una intensa sonrisa.

—Como en una de las novelas de Jane Austen, *Sensatez y sentimientos*.

—Oh —prosiguió Richard sin dejar de sonreír—, Austen es una de mis autoras favoritas.

Jane se entusiasmó al descubrir que compartían ese interés. Estaba tan nerviosa, que no había esperado descubrir un amor mutuo por la literatura, pero ahora no podía evitar querer hablar del tema.

—¿De verdad? —le preguntó—. La mía también. Austen tiene la habilidad de disecar la hipocresía y las pretensiones de la alta sociedad con su ingenio y su sátira, pero también captura la esencia de las relaciones humanas de un modo en que pocos logran hacerlo.

Una chispa de curiosidad se encendió en los ojos de Richard.

—¿Cuál es el personaje de Austen que más la intriga? —le preguntó.

Jane no dudó a la hora de responder.

—Elizabeth Bennet, de *Orgullo y prejuicio* —repuso—. Es fuerte, independiente y tiene un buen sentido del juicio. Se niega a ceder ante las presiones sociales y no se quiere conformar por nada menos que un matrimonio basado en el respeto mutuo y el amor.

—¡Qué respuesta más encantadora, señorita Grant! ¿Qué hay de ti, Richard? —le preguntó *lady* Calliope—. ¿Cuál es tu personaje favorito?

—El señor Darcy, por supuesto —repuso Richard con un brillo en los ojos—. Un hombre incomprendido al principio por sus formas distantes, pero que al final se percibe como un caballero fiel y considerado.

Por primera vez desde que llegaron, Jane sintió que comenzaba a relajarse. Quizás eso podría llegar a funcionar. Había muchas cosas que no sabía acerca de Richard, y cuanto más lo conocía, más le gustaba.

—Richard, ¿por qué no nos contaste de ella antes? —le preguntó *lady* Calliope—. Ojalá lo hubieras hecho.

—Porque sabía que se comportarían de este modo. Sabía que harían un millón de preguntas y, disculpen la honestidad, nos

sofocarían. Si Spencer se encontrara aquí, les estaría diciendo que le dieran una oportunidad a la señorita Grant.

En la habitación se hizo el silencio, y *lady* Calliope, Richard, la duquesa viuda y Preston se concentraron en la única silla al lado de una mesa frente a una de las ventanas. Jane no conocía a Spencer, pero se imaginaba a alguien que parecía una mezcla de Preston, Richard y Calliope sentado allí y estudiándola con una mirada más suave que la del duque.

—Sí —convino Preston—. Pero quizás la naturaleza confiada de Spencer tuvo algo que ver con su desaparición. Como la cabeza de la familia, me aseguraré de que todos estemos a salvo. Y considerando que ya has sufrido a manos de una dama con malas intenciones, debo velar por ti, Richard.

—Por favor, no sigas, Preston —le pidió Richard—. Este no es el lugar para ese tipo de conversación.

—Richard tiene razón —intervino la abuela—, pero Preston también. Debería saberlo, señorita Grant.

Richard soltó un suspiro profundo.

—No entiendo por qué.

—Debería saberlo si la amas como tanto dices —coincidió Calliope.

La luz en los ojos de Richard se opacó mientras tragaba con dificultad, y la nuez de Adán le subió y le bajó.

—Supongo que la señorita Grant debería conocer mi pasado…

Jane contuvo el aliento. Algo casi repiqueteó en el aire cuando en la habitación reinó el silencio, y hasta Reuben masticó tratando de no hacer ruido.

—Estaba comprometido con *lady* Charity Davies, la hija del marqués de Wycliffe. Fue hace cinco años. —Cada palabra parecía costarle un gran esfuerzo—. La unión era muy favorable para las dos familias. *Lady* Charity le caía bien a todo el mundo, y yo creí que éramos felices. En mi caso, lo era. Estaba bastante enamorado de ella —dijo con una risa amarga—. Fue mi primer y único amor. Pero una noche, la encontré besando a otro hombre en la penumbra de un jardín durante un baile. Y ese fue el final del compromiso —concluyó colocando la taza sobre la mesa.

A Jane se le partió el corazón por Richard. Lamentablemente, el compromiso de ellos tampoco duraría. Hacía unos días, había pensado que él era un canalla, pero ahora había cambiado de opinión. Sin importar lo agradable que hubiera podido ser *lady* Charity, Jane no podía entender cómo cualquier mujer podría estar interesada en otro hombre teniendo el amor y el cariño de ese caballero encantador, atractivo e inteligente.

En medio de esos pensamientos, no pudo evitar concluir que debían ponerle fin al compromiso lo antes posible por el bien de los dos. Si pasaban la prueba con la familia de *lord* Richard, tendrían que actuar pronto y encontrar a Atticus. Decidió hacerlo a la noche siguiente. Encontraría la manera de escabullirse e ir a buscar a Atticus con Richard.

La idea de volver a verlo le produjo una sensación cálida en todo el cuerpo. Eso no era nada bueno. Sus encantos de libertino estaban funcionando. Tendría que obligarse a comportarse fría con él sin importar lo que costara.

11

Once días para la boda ...

Los restos dorados del día se colaban por entre las nubes de color índigo y creaban una impresionante paleta de colores dorados, anaranjados, azules marinos y negros por sobre las casas oscuras y caídas a pedazos, las calles serpenteantes y las figuras encorvadas. Richard esperaba a Jane en el carruaje y le perturbaba la idea de que ella anduviera sola por las calles de Whitechapel luego del atardecer.

Por fin se materializó una figura encapuchada que emergió de las sombras que proyectaba el edificio de Elysium, y vio un destello del rostro de Jane mientras se aproximaba al carruaje. Richard abrió la puerta y le extendió la mano para ayudarla a subir. La sintió delicada, y, aunque llevaba la mano cubierta por un guante, el contacto con su piel le produjo un estremecimiento cálido en todo el cuerpo.

—Señorita Grant —la saludó mientras la observaba en la penumbra del carruaje. La lámpara de aceite que colgaba del techo se meció cuando el carruaje se puso en marcha, y oyeron los cascos de los caballos repiquetear contra la calle embarrada.

Por todos los cielos, era encantadora, pensó cuando Jane se bajó la capucha, y vio la mirada de acero detrás de las gafas

redondeadas. Tenía unos ojos grandes con pestañas largas y enrizadas y unos labios que debían de saber celestiales.

—*Lord* Richard —lo saludó.

—¿A dónde vamos? —le preguntó apartando la mirada de los labios.

—A una taberna en la que los hombres de Thorne suelen beber y hacer negocios por las noches.

La respuesta le hizo fruncir el ceño.

—¿Y debería estar ahí usted?

—No, pero iré de cualquier modo. Porque sé a quién buscar.

Richard sintió un aguijonazo de preocupación por ella. Le costaba imaginarse a una dama como ella estando a salvo en Whitechapel. Sin embargo, él estaría con ella y podría protegerla.

—Como me pidió su hermano, debo llevarla a eventos sociales —le dijo mientras el carruaje avanzaba por las calles estrechas y húmedas de Whitechapel—. Así que tenemos que asistir a ciertos eventos. Mañana tenemos invitaciones para la velada anual de *lady* Brewster dedicada a sus famosas rosas.

Jane se mordió el labio inferior.

—¿No puede asistir sin mí?

—No podemos permitir que ni su hermano ni mi familia sospechen nada. Mi abuela, Calliope, Preston y Penelope quedaron muy impresionados con usted ayer, pero no dejaron de expresar sus sospechas luego de que se marchara. Debemos convencerlos a ellos y al resto de la sociedad. Debe prepararse, señorita Grant. Habrá más eventos a los que tendremos que asistir. Y si quiere estar a la altura, tendrá que vestirse como corresponde.

—No quiero nada de eso —le dijo con terquedad—. Me encuentro perfectamente bien con mi aspecto. No necesito impresionar a nadie.

Hablaba como una verdadera marisabidilla, y Richard no pudo evitar reírse entre dientes. Era de lo más adorable. Para variar, era refrescante estar en compañía de una dama que era hermosa, pero no se preocupaba por su apariencia. *Lady* Charity siempre se había preocupado por ir vestida a la última moda y tener peinados acordes.

—No —coincidió—, pero será mucho más convincente, por no mencionar que será una experiencia más placentera para usted. La ayudaré. Mañana la llevaré a la modista de mi abuela. Dicen que es una de las mejores de Londres y que puede trabajar muy rápido si se le da una recompensa monetaria cuantiosa, y estaré encantado de hacerlo. Le hará el vestuario que necesite para los próximos días hasta que podamos romper el compromiso.

Jane se clavó una mirada triste en las manos, que tenía cruzadas sobre el regazo.

—La última vez que fui a una modista fue hace más de cinco años, cuando me confeccionaron el vestido para mi debut en sociedad. En general, usaba los vestidos viejos de mi madre, que las costureras ajustaban a mi cuerpo.

A Richard se le estrujó el pecho.

—¿Cuándo falleció su madre?

La pregunta hizo que los ojos grandes se le llenaran de lágrimas.

—Falleció dándome a luz.

A Richard se le hundió el corazón de tristeza. Había querido mucho a su madre, y había pasado maravillosos años sintiendo su amor y sus cuidados, y por eso le dolía pensar que Jane no había conocido a su propia madre.

Al igual que en el caso de Jane, la sociedad no había recibido a su madre con los brazos abiertos. Su padre había trabajado mucho detrás de telones para ganar la aceptación de su esposa española entre las clases altas de Inglaterra. A pesar de que el dinero y el poder podían comprar cierto respeto, no bastaba para borrar el estigma de provenir de una línea de sangre extranjera, aunque fuera descendiente de la famosa casa de Habsburgo. Sin importar cuánto lo intentara, jamás había sido lo suficientemente buena a los ojos de la rígida sociedad británica.

—Lo siento mucho —le dijo en un susurro.

A pesar de la regla de no tocarse, estuvo a punto de estirar la mano para sujetarle la de ella, pero el carruaje se detuvo anunciando que habían llegado a su destino.

Jane lo miró a con los ojos abiertos y llenos de preguntas durante un instante. Luego se apresuró a apartar la mirada, y

Richard sintió un dolor intenso en el pecho, como si el hilo invisible que los conectaba se hubiera roto.

Richard se apeó del carruaje y la ayudó a bajar. Esa calle también estaba embarrada, y había varios méndigos sentados en el suelo. Algunas ventanas estaban cubiertas con paneles de madera, y olía a excremento. Un hombre se reía como un maníaco al otro lado de la calle, y una mujer se encontraba de pie a una casa de distancia, apoyada contra una pared y a la espera de algo. La única luz provenía de la luna y de las pocas velas apoyadas contra las ventanas de las humildes casas viejas.

Alguien vomitó apoyando una mano contra la pared de una taberna que tenía un letrero que decía «Red Donkey» por encima de la puerta. El hedor a cerveza vieja y vómito quedó pendiendo en el aire. Richard no solía frecuentar ese tipo de lugares.

Mientras avanzaban por entre las mesas redondas de la taberna, casi pegadas, sus instintos protectores rugieron por dentro. En el lugar había varios hombres con prendas raídas, cabello enmarañado y sucio. Estaban sentados y hablaban, reían y jugaban a las cartas ebrios. Eran maleantes, asaltadores de caminos, ladrones y, de seguro, asesinos. Richard veía las dagas y las armas que llevaban en los cinturones. Cuando una camarera pasaba por una de las mesas con varias pintas de cerveza en la mano, uno de los patrones, un hombre calvo, le dio una palmada en el trasero y le hizo un comentario subido de tono. La camarera puso los ojos en blanco y le advirtió que, si volvía a intentarlo, le clavaría una daga.

Richard tomó a Jane del codo y se acercó a su oído.

—Las damas como usted no deberían venir aquí. Quédese detrás de mí.

En respuesta, Jane se rio entre dientes y negó con la cabeza. Para su sorpresa, hasta les sonrió a varias personas y las saludó mientras avanzaban hasta el bar. Peor aún fue que lo dejó completamente anonadado darse cuenta de que se había transformado allí. En lugar de la expresión rígida y seria que la acompañó el día anterior en Sumhall y el día anterior a ese en Hyde Park, floreció. Se le ensanchó la sonrisa, le destellaron los ojos, y la tensión de la espalda y los hombros se le desvaneció. Y, a diferencia

de Mayfair y Hyde Park, donde parecía un ratoncito tímido, aquí exhumaba confianza. No era ninguna damisela en apuros. Por el contrario, allí era una princesa de ladrones.

Al llegar al bar, se apoyó contra la mesada para acercarse a la camarera, que le sirvió una cerveza en una jarra.

—¿Cómo estás, Georgia? —le preguntó mientras se sentaba.

Richard también se sentó. La camarera colocó una jarra sobre una bandeja y comenzó a servir otra.

—Bien, Jane —repuso mirando a Richard con el ceño fruncido—. ¿Te ha enviado el señor Blackmore? ¿Va todo bien con la cerveza?

—Sí, sí —le aseguró Jane—. Tu cerveza es perfecta. Estoy buscando a Atticus. ¿Lo has visto?

—No, aún no lo he visto hoy. Estuvo aquí anoche. Deberías esperarlo. Tarde o temprano va a aparecer. Es muy raro que pase una noche sin que venga.

—Gracias —le dijo Jane mientras jalaba del cierre de la capa—. Lo esperaremos.

—¿Les puedo ofrecer algo?

—¿Tienes oporto? —le preguntó Richard.

Georgia soltó un bufido mientras colocaba la última jarra de cerveza sobre la bandeja y la recogía.

—Solo tenemos cerveza o ginebra, cariño.

—Georgia hace una cerveza exquisita —le contó Jane mientras Georgia llevaba las jarras a una de las mesas—. Dicen que es de las mejores en todo Londres. Por eso, mi hermano le compra a ella. Georgia viene de una familia de varias generaciones de cerveceras. Según me ha dicho, de trescientos años.

—Pero ¿cómo la conoces? —le preguntó Richard. No se podía imaginar a Jane bebiendo cerveza con esos maleantes—. ¿Sueles frecuentar este sitio?

Jane se encogió de hombros.

—Thorne me llevó a todos los sitios importantes en Whitechapel para que todos me vieran con él y supieran que no debían tocarme. Pero yo también les llevé la cena a sus hombres. Son buenos hombres, aunque sé que a veces hacen cosas que no son del todo legales.

Richard la miró parpadeando. No podía ser más hermosa bajo la luz titilante de las velas, con el rostro relajado y destellando lleno de vida. La garganta se le cerró.

Por desgracia, él no fue el único en reparar en ella. En la mesa más cercana, un hombre de unos cuarenta años, vestido mejor que cualquiera de esos maleantes, la recorrió con la mirada. Tenía el rostro rojo e hinchado mientras bebía cerveza. Con la mirada algo caída, se removió en la silla.

—¡Tú! —exclamó señalando a Jane antes de ponerse de pie. Jane se volvió hacia él con los ojos abiertos de par en par y llenos de temor. Richard se colocó delante de ella para escudarla del sujeto—. Tú… me pediste que lo olvidara. Pero ayer, otra persona me robó.

Jane se puso de pie.

—Lo siento mucho, señor, pero…

El sujeto se acercó a ella tambaleándose.

—Tus intentos de enseñanza escolar no tienen sentido. Y, como la última vez me compensaste, debes hacerlo de nuevo.

—¿Cómo dice? —le preguntó Jane—. No.

—Sí. —Se lanzó hacia ella intentando arrebatarle el ridículo que le colgaba de la muñeca—. ¡Dame mi compensación! Tampoco envié a ese mocoso de porquería a la horca.

Antes de que el hombre pudiera acercarse a Jane, Richard echó el puño hacia atrás y le asestó un golpe en el rostro. Sintió una explosión de dolor en los nudillos que le era familiar de cuando practicaba boxeo con Spencer. De la multitud que los rodeaba se oyeron unos jadeos y varias exclamaciones entusiasmadas. El hombre se tambaleó, pero, para sorpresa de Richard, no se cayó. Sin embargo, tomó el cuchillo de una mesa y soltó un rugido de jabalí antes de lanzarse contra él, que no podía permitirse hacerse a un lado por temor a que el hombre lastimara a Jane. Su única opción era empujarlo de algún modo. Pero estaba demasiado cerca de Jane y no tenía espacio suficiente como para moverse. Cuando el hombre lo alcanzó blandiendo la hoja que destellaba bajo la luz tenue que proyectaban las velas, Richard le asestó un puñetazo en la barriga redondeada. Pero sintió un dolor agudo en el pecho.

El hombre se dobló de dolor, y Jane alzó los brazos para golpearlo en la cabeza con una botella. Con un estrépito, cayó al suelo. El cuchillo cayó contra las maderas soltando un ruido seco, y Jane se agachó para recogerlo.

—Eres un tonto —le dijo Georgia con frialdad mientras pasaba por delante del sujeto—. Nadie se mete con la hermana de Thorne Blackmore.

El hombre alzó la cabeza con los ojos abiertos de par en par, se incorporó con dificultad y salió huyendo. En la taberna resonaron varios vítores y luego se reanudaron las conversaciones.

—¡Bien hecho, muchacha! —dijeron—. ¡Buen golpe, Janie! ¡Nos vendría bien contar con alguien como tú!

Las risas resonaron a su alrededor, seguidas de varias exclamaciones más. Jane les ofreció una sonrisa ancha a todos los presentes.

—¿Te encuentras bien, Jane? —le preguntó Richard con la respiración agitada y recorriéndola con la mirada. Parecía preocupada, pero se veía ilesa. Se dio cuenta de que se olvidó de llamarla señorita Grant y que su nombre era hermoso y se sentía muy bien pronunciarlo.

Algo ardía y le dolía con intensidad y, cuando bajó la mirada, vio el corte que le atravesaba el abrigo y el chaleco. La sangre le empapaba el borde de la camisa blanca, y el líquido rojo comenzó a esparcirse por el pecho. El corte le producía un dolor cálido y ardiente.

—¡Está sangrando! —jadeó Jane—. ¿Tienes un trapo limpio? —le preguntó a Georgia.

—Sí, cariño. —La mujer se agachó detrás del bar y volvió a asomarse con varios trapos blancos limpios. Jane se los apretó fuerte contra el pecho, y el gesto le produjo una mueca de dolor.

—Estoy bien —le aseguró Richard—. Por favor, no te preocupes. Debemos esperar a Atticus.

—Ni en sueños. Venga conmigo. Hay que tratarle la herida.

12

VEINTE MINUTOS MÁS TARDE, Richard estaba recostado sobre la cama de la habitación de Jane con el pecho al descubierto. Se sorprendió de lo lujosa y cómoda que era su cama y de lo íntimo que se sentía estar en ese espacio que era solo de ella, un espacio en el que ningún hombre debía entrar.

Jane le había dado algo de beber para el dolor, una especie de alcohol amargo que sabía a hierbas. Se sentía relajado, cálido y un poco mareado. Jane estaba arrodillada en el suelo al lado de la cama, y le limpiaba la herida del pecho con esas manos pequeñas y exquisitas. Lo tocaba con tanta suavidad que se sentía como el aleteo de una mariposa.

Su habitación reflejaba su personalidad. Las paredes de paneles de madera estaban pintadas de un hermoso tono azul pastel, y varias ilustraciones botánicas de plantas colgaban en la mitad de los paneles: peonías, tulipanes, hortensias y rosas. No le sorprendió que fueran ilustraciones botánicas; al fin y al cabo, eran las representaciones más objetivas de las flores. La habitación era grande, una alfombra acolchada cubría el suelo de madera, y unos marcos blancos rodeaban las ventanas de dos paneles. También había una gran estantería llena de libros, que era algo bastante inusual en una recámara. Frente a una de las ventanas, había un escritorio con varias pilas de papeles, libros y tres frascos de tinta. Sobre los papeles, había apoyadas unas plumas, y todo se veía

bastante desorganizando… por fortuna. De algún modo, saber que era imperfecta le despertaba más la curiosidad.

Unos carbones ardían en el hogar de rejillas negras e irradiaban calor en la habitación.

—Jane… —la llamó con la voz ronca—. Aprecio tu ayuda, pero estoy bien. En la mañana mandaré a buscar al médico de la familia. No es nada.

Jane sumergió un trapo empapado de sangre en la jofaina de agua que había colocado sobre la mesa de noche al lado de la cama. El agua carmesí se oscureció aún más.

—¿Cómo que no es nada? Tengo que suturar la herida. Le llevaría al menos treinta minutos llegar a Sumhall.

Estaba un poco pálida y se veía preocupada mientras le pasaba el trapo por la piel ilesa para limpiarle la sangre. La herida debía tener entre cinco y seis centímetros de largo, y la sangre manaba sin cesar.

—No moriré desangrado —le dijo mientras observaba los ojos grandes y preocupados detrás de las gafas—. Además, me estás tocando. Eso va en contra de tus propias reglas.

Cuando le clavó la mirada afilada y enfadada, se quedó congelada. Richard temía que, por un instante, se mostrara de acuerdo con él y le dijera que se marchara. Aunque había insistido en irse a casa, detestaba la idea de hacerlo. Le agradaba sentirle las manos en el cuerpo. Le agradaba estar en su habitación. Pero, por encima de todo, le agradaba ella, que estaba sonrojada y tenía la respiración acelerada. Jamás había conocido a una mujer que no necesitara su protección. En la taberna Red Donkey, ella no lo había necesitado. Hasta era probable que no hubiera resultado herido si no hubiera intervenido. Y tocarla… sentir su piel, su aroma que le encendía la sangre en fuego y lo dejaba anhelando mucho más…

Jane volvió a sumergir el paño en la jofaina y tomó un trozo de gaza. La dobló en forma rectangular y se la presionó contra el corte, pero el dolor fue una molestia distante y opaca, sin dudas, gracias a la bebida que le había dado.

—Voy a necesitar más valor para lo que sigue —le advirtió.

La observó caminar hacia el aparador donde tenía la cesta medicinal, servir coñac en una copa pequeña y beberlo antes de estremecerse.

—No suelo beber —le dijo mientras regresaba a su lado con la cesta en las manos. Se arrodilló frente a la cama y extrajo una aguja enhebrada con hilo para sutura. O eso le pareció oír.

Con una fascinación distante, observó la aguja perforar los dos lados de la herida, que le produjo un dolor abrasador que lo llevó a tomar una rápida bocanada de aire, y luego un dolor tirante mientras Jane jalaba del hilo.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —le preguntó con la voz ronca mientras los dedos hábiles movían la aguja de un lado al otro de su piel.

—Con Thorne —le respondió jalando del hilo—. A veces regresa con heridas y cardenales. Sus hombres también. Atticus, Reuben y otros. O con los brazos rotos o los labios partidos. Brace, uno de los amigos más cercanos de mi hermano, es médico. Me enseñó porque quería ayudar. Gracias a él, sé cómo limpiar heridas, suturarlas y vendarlas. Claro que no lo sé tan bien como él, pero…

Mientras seguía trabajando, Richard guardó silencio y respiró a través del dolor, al tiempo que la mente le daba vueltas como las cenizas al viento. Punto tras punto, se preguntó qué dama de la alta sociedad toleraría ver sangre sin parpadear. Por no hablar de suturar una herida. Pero ella no era una dama de la alta sociedad. Era eso y mucho más.

—Deberías derribar a esos dragones que son las matronas de la alta sociedad como lidiaste con ese hombre en la taberna Red Donkey. —Se rio y añadió—: Por supuesto, que hablo en sentido figurado.

Jane no dijo nada, pero las comisuras de los labios se le curvaron y tuvo que reprimir una sonrisa, pero no logró ocultar las chispas que le bailaron en los ojos. Ya le había dado cinco puntos y le faltaba la mitad para acabar.

—No me necesitaste para nada —continuó Richard haciendo una mueca de dolor al sentir la siguiente punzada de dolor.

—Le dije que no tenía que preocuparse por mí.

—Sí.

Para distraerse del dolor, miró por la habitación hasta que sus ojos se posaron sobre las pilas de libros que tenía encima del escritorio.

—¿Lleva mucho tiempo preparar una clase? —le preguntó.

Jane le siguió la mirada y regresó de inmediato al trabajo tortuoso.

—Depende. Como jamás me enseñaron a dar clases, a menudo cometo errores. Pero voy mejorando. Es el último, *lord* Richard. Se ha portado muy bien.

Lo perforó por última vez y le hizo un nudo antes de cortar el hilo con unas tijeras. Richard soltó un suspiro de alivio.

—La pócima ha ayudado. —Se rio entre dientes—. ¿Es la receta del médico?

—Sí —le respondió—. Por favor, siéntese.

Richard apoyó las manos sobre el colchón para sentarse. Jane le apoyó la mirada sobre el pecho descubierto antes de volver a mirarlo a los ojos sonrojada. A Richard le agradaba tener ese efecto sobre ella porque ella también tenía un gran efecto sobre él.

Jane buscó una tira de gaza más larga y, con gran habilidad, le vendó el trozo de gaza bien plegado contra el pecho envolviéndoselo por el hombro y el cuello. Luego, concluyó su trabajo.

—¿Y qué te llevó a enseñar? —le preguntó.

Jane tomó la jofaina y la llevó hasta el tocador.

—Fue una combinación de varias cosas. Supongo que podría decir que un deseo noble tuvo mucho que ver. Esos niños… reciben educación, pero no es la que proviene de los libros y los números. Muchos de ellos son entrenados para robar carteras y asaltar casas. ¿Y sabe lo que les sucede cuando los atrapan?

Richard tomó una profunda bocanada de aire.

—Los cuelgan —respondió.

Jane asintió con la cabeza mientras vertía el agua ensangrentada en la bacinilla, limpiaba la jofaina con un paño y vertía agua limpia.

—Sí. Una vez vi el cuerpo de un niño colgando de la horca, meciéndose en el viento —le contó con la voz temblorosa. Richard sintió un escalofrío—. Jamás quiero ver a otro niño que reciba ese

castigo por nacer en ciertas condiciones y no poder controlar su vida.

Richard no podía apartarle los ojos de encima. Él había nacido en una vida llena de lujos y privilegios. Su mayor problema a diario era encontrar la siguiente velada o la siguiente dama que estuviera dispuesta a recibirlo en su cama y lo ayudara a escapar del dolor y la tristeza durante unas horas. No le preocupaba saber de dónde vendría su siguiente plato de comida. Y a esa mujer menos. Pero, aun así, había decidido hacer algo útil con su vida, a diferencia de él, que se consideraba bastante inútil… al menos hasta hacía poco, cuando se había autoimpuesto la misión de descubrir qué había sido de su hermano. Pero incluso en ese caso, Jane era la que estaba haciendo la mayor parte de la investigación.

—¿Por eso has fundado la escuela? —le preguntó.

—Ojalá solo fuera por eso —le respondió mientras tomaba un pan de jabón y se lavaba las manos. La espuma se tornó rosa por la sangre—. Sin embargo, hay otro motivo, y es más egoísta.

Richard dudaba que tuviera un solo hueso egoísta en el cuerpo.

—Estoy intrigado.

Jane se enjuagó las manos en la jofaina y se las secó con una toalla.

—Construir la escuela… Lograr cambiar la vida de esos niños y, con suerte, la de más niños de Whitechapel… me ayuda a espantar la soledad. Me hace sentir útil. Como si fuera capaz de marcar la diferencia.

—Eso no es egoísta, Jane —le dijo en un susurro—. Ojalá yo tuviera algo similar que le diera significado a mi vida.

Jane frunció el ceño y caminó hasta la cama, luego se sentó en el borde y le rozó la pierna con la suya al volverse hacia él.

—Tu vida importa, Richard —le dijo llamándolo por su nombre de pila—. Todas las vidas importan. Tienes una familia hermosa que claramente te quiere mucho.

Richard asintió con la cabeza y clavó la mirada en el vacío.

—Supongo que sí. Pero aun así… —Se detuvo y se bajó la mirada a las manos—. Bueno, siempre me sentí insignificante. Spencer iba a ser el duque, el heredero… Y siempre lo admiré. Jamás tuve la

oportunidad de aprender las cosas que le interesaban a él, como temas de política o la administración de las propiedades. Él era el favorito de todos. Preston era el duque de repuesto, de modo que le enseñaron todo y lo entrenaron y le prestaron atención. Calliope era la única niña y, por ende, era la princesa de mis padres. Y yo… siempre supe que me querían. Pero… jamás sentí que tuviera un sitio. O que fuera importante.

Jane movió la mano para apoyarla a un centímetro de la de él sobre la cama. Richard podía sentir el calor que ella irradiaba.

—Eres importante, Richard. Y tienes control de lo que haces con tu vida, con tu privilegio.

Richard absorbió las palabras con el corazón latiéndole desbocado en el pecho. Tenía un buen punto, pensó. Él tenía el privilegio y los recursos para hacer algo que causara un impacto. Pero jamás se había detenido a pensarlo. Richard sintió una chispa de esperanza. Sí, podría hacerlo. Podría marcar la diferencia a su manera. La pasión de Jane por la escuela era contagiosa, y de repente compartió su entusiasmo.

—Siempre me fascinaron las ideas de negocios. Cuando oía a mi padre y a Spencer hablar de inversiones y de emprendimientos, sentía curiosidad y quería aprender más.

Le sonrió con calidez, sin apartarle los ojos de encima.

—Quizás puedas empezar tu propio negocio.

La mente se le aceleró voraz ante todas las posibilidades. Por primera vez en varios años, una verdadera inspiración lo hizo sentir liviano y vivo.

—Sí, podría hacerlo —acordó con la voz llena de determinación—. Gracias, Jane. Me has dado algo en qué pensar, algo por lo que luchar.

Jane le acercó la mano.

—Me alegra haber podido ayudar —le dijo con suavidad.

De repente dejó de respirar. Se miraron a los ojos. Los de Jane se veían grandes y grises y destellaban hermosos. Movió la mano para eliminar la distancia que los separaba y le rozó los dedos con los suyos.

El roce le produjo una descarga en todo el cuerpo, como un rayo que explota en medio de una noche tormentosa. Dio vuelta la mano y entrelazó los dedos con los de ella para comenzar a dibujarle pequeños círculos en el dorso de la mano con el pulgar. Jane no se apartó, sino que le cerró los dedos alrededor de la mano.

—Estás rompiendo tus propias reglas otra vez, Jane —le susurró sin apartar la mirada de ella. El corazón le latía desbocado en el pecho.

—Ya lo sé —le respondió en un susurro apenas audible. Los ojos le ardían con una intensidad que lo dejaron sin aliento. Alzó la otra mano despacio y le trazó una línea desde el hombro hasta el pecho y se la apoyó sobre las vendas que le cubrían la herida—. He seguido reglas durante toda mi vida, Richard. Las reglas de mi padre, las de la sociedad y hasta las mías. Por una vez, quiero… —Dudó un instante y se le sonrojaron las mejillas, pero no bajó la mirada ni se apartó. En lugar de eso, tomó una profunda bocanada de aire y terminó la oración—. Quiero romperlas.

Antes de que pudiera responder, se inclinó y le rozó los labios con los suyos, en una caricia suave y algo incierta. A Richard se le aceleró el corazón en el pecho. La sangre le rugió contra los oídos. Alzó la mano para acariciarle el cuello y enterrarle los dedos en el cabello. Acto seguido, profundizó el beso, la saboreó y se la acercó aún más.

Jane le pasó los dedos por el pecho y le produjo varias olas de placer en las venas. Richard sentía como si se estuviera ahogando en ella, y no quería que lo rescataran. El mundo exterior, con sus expectativas y sus convenciones, desapareció y quedó reemplazado por la sensación embriagante de los labios de ella sobre los de él, y de su cuerpo apretado contra el suyo.

Era tan pequeña y tan liviana. Los labios eran más aterciopelados y carnosos de lo que se había imaginado. Richard los recorrió con la lengua para hacerle abrir la boca y poder colarse en ella. Con una caricia de su lengua contra la de ella, se encendió en fuego; se llenó de deseo y de un dolor cosquilleante.

¿Cuántas damas había tenido en sus brazos desde *lady* Charity? ¿En cuántas ocasiones eso lo había llevado a la cama de una mujer,

a tomarla con un solo pensamiento en mente: olvidarse de la mujer que lo había lastimado como nadie antes?

Por primera vez en la vida, Richard sintió como si hubiera encontrado su objetivo. Esa mujer maravillosa y extraordinaria que era lo suficientemente valiente como para romper todas las reglas se lo hacía ver. Entonces decidió que la haría sentir orgullosa. Encontraría el modo de hacer la diferencia, de ser importante. Pero por el momento, estaba contento de quedarse perdido en sus brazos y de romper todas las reglas con ella.

Con la respiración agitada, Jane se apartó y se puso de pie, y a Richard no le quedó más remedio que sentir el aire frío y vacío que lo rodeaba.

—No podemos hacer esto, Richard —le dijo cubriéndose la boca con las manos.

«Richard…». No era la primera vez que la oía pronunciar su nombre de pila, pero le agradaba oírlo en sus labios mucho más de lo que deseaba admitir.

—¿Y por qué no? —Le acarició la piel con los nudillos—. Mi prometida. Querías romper todas las reglas, ¿no? Soy el hombre indicado para hacerlo.

A Jane se le sonrojó el rostro, y el pecho se le infló y desinfló rápido. Estaba tan afectada por él como él lo estaba por ella. Jane se mordió el labio y le rozó la mejilla con los dedos con una chispa en los ojos que no le había visto antes.

—Yo… —comenzó, y la voz le tembló un poco. La silenció con delicadeza y le apoyó los dedos contra los labios. No quería que hablara en ese momento. No quería que dijera nada que pudiera arruinar ese momento.

—Jane… —le dijo casi en un susurro.

Lo miró con los ojos bien abiertos y llenos de una emoción que no logró descifrar. Bajó la mano de los labios para volver a entrelazar los dedos con los de ella. Le apretó la mano con delicadeza, y el contacto íntimo le produjo otra ola cálida que lo recorrió entero.

Una parte de él estaba preocupada por lo que podría ocurrir a continuación, por lo que podría estar comenzando. Pero otra parte, una parte más grande, estaba entusiasmada por las posibilidades,

por el futuro que podría construir con ella y la diferencia que podría hacer teniéndola a su lado.

—Acuéstate aquí —le pidió con la voz ronca mientras se movía para hacerle espacio. No quería que se marchara, que regresara al mundo exterior donde las clases y condiciones sociales entraban en juego. Allí, en su habitación, solo existían él y ella.

Jane asintió con la cabeza, y una pequeña sonrisa le iluminó la comisura de los labios mientras se subía a la cama y se recostaba al lado de él. Le agradaba tenerla allí, inhalar su aroma y sentir la silueta de su cuerpo bajo el simple vestido gris. Por todos los cielos, se merecía las telas más exclusivas y prendas a la última moda, aunque la aceptaría de cualquier forma.

Estiró la mano, la envolvió en sus brazos y se la acercó más. Jane le apoyó la cabeza en el pecho y la mano sobre la piel desnuda, y el roce le produjo una quemadura a través de las vendas. Richard bajó la mirada a su cabeza. Sentir su peso e inhalar su aroma le produjo sensaciones maravillosas y relajantes en el pecho.

Se quedaron acostados en silencio durante un rato, y disfrutó sentirla contra su cuerpo, cálida y liviana. La herida le dolía y le ardía, pero hubiera aceptado más cortes como ese con tal de tener otra noche recostado en sus brazos.

Debía de ser el efecto de la pócima que había ingerido y el coñac que Jane había bebido. Al cabo de unos segundos, Jane comenzó a respirar profundo contra él, y Richard la siguió al mundo cálido y arrullador del sueño.

13

Diez días para la boda...

Richard abrió los ojos despacio y vio los primeros indicios anaranjados del amanecer que se colaban por las cortinas que no le resultaban familiares. No recordaba cómo había llegado allí, y le llevó varios instantes adaptarse a todo lo que lo rodeaba. Mientras se ponía de lado, sintió un extraño peso en el hombro. Alzó la mirada y vio el rostro pacífico de Jane acurrucado contra él. Casi no la reconocía sin las gafas. Se veía muy vulnerable, dulce y… hermosa.

A pesar de que no le molestaba que usara lentes, creía que ocultaban parte de su belleza natural, y eso era una pena. A lo mejor, había algún modelo que le quedara mejor en el rostro. Tenía que llevarla a un buen óptico para que le diseñara algo más halagador.

Su cuerpo cálido lo tentaba a quedarse allí. Pero lo atemorizaba pensar que alguien podría entrar en la habitación. No quería ser responsable de arruinarle la reputación. Por eso, era imperativo irse lo antes posible.

En la casa reinaba el silencio total. Los criados aún debían estar dormidos. Las actividades de Elysium debían estar llegando a su fin si todavía no lo habían hecho. De modo que Blackmore debía estar durmiendo u ocupado en el club. Y Jane también estaba dormida.

De repente, se le ocurrió que esa era su mejor oportunidad. Con mucho cuidado, hizo girar a Jane sobre el colchón y liberó el brazo. Intentando no hacer ni el más mínimo ruido, se puso de pie, se colocó la camiseta empapada de sangre, el chaleco y el abrigo sin detenerse a cerrar los botones. En ningún momento de la noche se había quitado los zapatos.

Se detuvo a observarla, consideró despertarla y pedirle ayuda, pero si la noche anterior le había enseñado algo era que la señorita Jane Grant era demasiado peligrosa para su corazón. Jamás había esperado que lo llegara a afectar tanto. El único motivo por el que se envolvía en encuentros insignificantes era para evitar el dolor. Era fácil sentir calidez y conexión física sin enamorarse.

Con los lentes y las prendas sencillas, con el corazón abierto y la mente afilada, Jane lo hacía soñar con más cosas. Lo hacía sentir especial. Y todo eso conllevaba dolor y tristeza. No lograría sobrevivir a una repetición de lo que había ocurrido con *lady* Charity.

Si pudiera deslizarse en el estudio de Blackmore para buscar la información que necesitaba sobre Spencer, le podría poner fin a ese compromiso que ella tampoco deseaba. Y él quedaría libre para regresar a su vida y olvidarse de ella por completo.

Con la mayor lentitud y cautela posible, y agradeciendo en silencio por la alfombra que amortiguaba los pasos, avanzó hasta la puerta y se marchó. El pasillo estaba oscuro y silencioso. Tenía que bajar las escaleras y buscar la manera de atravesar ese laberinto de pasillos que conducía al estudio de Thorne.

Los escalones de madera crujieron bajo sus pies. Recordó ver las escaleras cuando visitó a Blackmore hacía un par de días. Luego giró a la izquierda y caminó derecho hasta alcanzar la puerta del estudio. Se detuvo y tomó una profunda bocanada de aire mientras agudizaba el oído. Pero no oyó nada, excepto el latido de su propio corazón. Sin aguardar un instante más, empujó la puerta y entró. Por fortuna, comprobó que no había nadie allí.

La luz tenue del amanecer se colaba por las ventanas y caía sobre el escritorio cubierto de pilas de papeles y libros, así como también sobre las estanterías llenas de archivos y de más libros. Tras encontrar una vela, la encendió y comenzó a revolver los papeles.

No estaba seguro de qué estaba buscando. Algún tipo de información. Lo que fuera.

Escaneó las cartas, los billetes y los papeles. Luego siguió con los libros de contabilidad de Elysium. Todo parecía encontrarse en el más estricto orden.

Tras abrir uno de los cajones, vio una carpeta de cuero negro. Ojeó los contenidos con el ceño fruncido intentando darle sentido a lo que leía. Tenía que tratarse de diferentes reportes sobre actividades crípticas. Había notas que decían cosas como: «Ya está arreglado». O: «El paquete se ha entregado». Y «todos los huevos de la cesta se encuentran en el gallinero». Entre esas notas, había una con la fecha que coincidía con el día de muerte de Spencer. Decía: «El duque ha aprendido una lección, como requirió. Hubo una complicación. Más información pronto».

A Richard se le aceleró el corazón y, al principio, no oyó los pasos y la puerta que se abría. Lo que sí oyó fue el jadeo. Y, cuando alzó la vista, vio a Jane de pie en el umbral, con el vestido gris y varios mechones de cabello salidos del rodete. Tenía los ojos abiertos de par en par y miraba el papel que sostenía en la mano con una expresión de perplejidad. Cuando logró recomponerse, entró corriendo al estudio con el brazo estirado e intentó arrebatarle el papel.

Richard dio un paso al costado y alzó la nota más para quitársela del alcance.

—¿Qué tienes en la mano? —le preguntó.

—Evidencia —le respondió Richard alejándose del escritorio para dirigirse a la puerta.

Sin dejar de retroceder, dobló la nota y se la metió en el bolsillo interno del chaleco. Luego se dio la vuelta y se marchó de la habitación. Reuben. La complicación. El duque. Se trataba de Spencer. Tenía una prueba de que Thorne y sus hombres habían estado involucrados, pero eso no le daba ningún indicio de dónde estaba Spencer o qué le había pasado. Richard no estaba seguro de qué hacer con la nota.

—¡Detente ya mismo! —Jane corrió tras él—. ¿Cómo has podido hacer esto?

En el laberinto oscuro de los pasillos, Richard se detuvo para volverse a mirarla.

—¡Ya sabes qué estamos buscando! ¿Qué es lo que te sorprende? Tú quieres liberarte del compromiso tanto como yo.

—Pero ¿qué diablos está pasando? —rugió Thorne, que justo en ese momento había dado vuelta a la esquina.

14

Su hermano era aterrador, y a Jane se le congeló la sangre por primera vez en toda su vida. Lo había visto enfadado con sus hombres. Por lo general, el rostro se le tensionaba y no reflejaba ninguna emoción; el único indicio de que estaba enfadado eran las fosas nasales apenas dilatadas. Lo había visto herido, molido a golpes y hasta con un disparo. Lo había visto temer, aun cuando no quería demostrarlo. Pero jamás lo había visto tan enfadado. Tenía los ojos abiertos de par en par y echaban chispas de ira mientras apretaba los labios en una delgada línea. Un intenso rubor le cubrió las mejillas mientras apretaba los puños a ambos lados del cuerpo. Parecía capaz de matar a alguien en ese mismo instante.

Jane creyó entender el porqué. Richard tenía la camisa cubierta de sangre, el cabello enmarañado, y el pecho casi al descubierto… Y ella llevaba el vestido arrugado, el cabello cayéndose del tocado y varios mechones pegados al rostro. No era de sorprender que quisiera matar a alguien.

—Señor Blackmore, buenos días —lo saludó Richard.

Actuaba como el perfecto aristócrata, frío y sereno, y no revelaba ni el más mínimo indicio de estrés, mientras que Jane sentía un cosquilleo en la piel. «Oh, por favor, Dios Todopoderoso, no dejes que Thorne lo mate».

—¿Qué has hecho? —le preguntó Thorne con un rugido.

—No ha hecho nada… —repuso Jane sin pensar.

Como Richard la miró anonadado, supuso que esa era la oportunidad de decirle a Thorne lo que había encontrado en su estudio. Y también podría añadir que había pasado la noche en su recámara. Que lo había besado y que había puesto en riesgo su reputación.

Pero si le contaba algo de eso a su hermano, sabía exactamente qué iba a pasar. Se imaginaba con detalles cómo Thorne extraía la pistola que solía llevar en la parte trasera de los pantalones y le disparaba a Richard en la cabeza. Al instante, el cuerpo de Richard se desplomaba en el suelo sin vida. Una ola de horror fría le recorrió la columna vertebral. No podía permitir que ocurriera eso.

—Señor Blackmore —comenzó Richard—. Le sugiero que hablemos con calma en su estudio. No hay ningún motivo para alzar la voz.

Thorne le clavó el dedo en el rostro.

—¿Que no hay ningún motivo? Yo le mostraré el motivo. ¡Jane, ve a tu habitación! —le ordenó sin mirarla.

Jane estaba segura de que lo único que le impedía a Thorne hacerlo añicos, como si no fuera más que un harapo raído, era su presencia.

—Thorne, no soy una niña a la que puedes enviar a su habitación.

—Sí que lo eres. De lo contrario, no habrías permitido que un hombre se metiera en tu cama. —Thorne se volvió hacia Richard y le rugió—: ¿O acaso la tomaste por la fuerza?

—No pasó nada —le aseguró Jane—. ¡Además, es mi prometido!

—¡En eso tienes razón! —Thorne lo fulminó con la mirada—. No se olvide de eso, *lord* Richard.

—Créame que jamás lo olvidaré, señor Blackmore. Su hermana es una dama de lo más inolvidable.

Richard apoyó la mirada cálida sobre ella y, cuando lo miró a los ojos, sintió una ola ardiente que la recorrió entera. Recordó la sensación de sus labios sobre los de ella la noche anterior y cómo la había abrazado. Recordó la sensación del pecho de granito bajo sus dedos mientras le trataba la herida y el calor que le arrasó el cuerpo cuando se besaron. Recordó la necesidad dolorosa entre las piernas

y luego la seguridad. Se sintió completamente a salvo en sus brazos mientras la abrazaba toda la noche. Se había sentido muy bien estar rodeada de él y contarle por qué había querido fundar la escuela.

Como en la distancia, notó que Thorne miraba entre ellos con la boca abierta y las cejas unidas en un gesto de indignación. ¡Su hermano jamás en la vida había mirado a nadie con la boca abierta!

—¿Qué está sucediendo entre ustedes dos? —les preguntó.

—Estamos comprometidos —respondió Richard rompiendo el hechizo—. Creo recordar que usted se encontraba presente cuando nos comprometimos.

—¿Acaso osa burlarse de mí, sinvergüenza?

Richard se paró erguido y alto y miró a Thorne.

—Señor Blackmore —le dijo con la voz calma a pesar de la tensión que se palpaba en el aire—. Entiendo su preocupación porque también tengo una hermana menor y, en una situación similar, hubiera matado al hombre, se lo aseguro. Pero Jane está perfectamente a salvo. Ya estamos comprometidos. Se ha fijado la fecha, se ha adquirido la licencia y el anuncio se publicará mañana en los periódicos. Lo único que ha hecho Jane ha sido suturarme luego de que alguien me atacara. Luego veló por mí para asegurarse de que no me diera fiebre. No pasó nada.

Abrió el lateral de la camisa para mostrarle el vendaje que le cubría el pecho. Cuando Jane vio que la venda tenía una mancha de sangre marrón, quiso cambiársela.

Thorne lo recorrió con la mirada y luego se volvió para fulminar a Jane.

—¿Qué estabas pensando, hermana? Sin dudas, el hombre tiene un médico. ¿Por qué no lo dejaste ir?

—Se habría desangrado —le respondió.

—Pero hayas hecho algo o no, tu reputación está mancillada.

—¿Y qué importa, Thorne? —le preguntó—. ¿Quién se va a enterar?

Un millón de pensamientos se le vinieron a la mente mientras intentaba darle sentido a lo que estaba ocurriendo. Paseó la mirada por alrededor nerviosa antes de volver a concentrarse en su

hermano. Tenía que descubrir qué sabía y evitar que Richard utilizara lo que había encontrado en contra de él.

Thorne negó con la cabeza lento y soltó un profundo suspiro. Luego le volvió a dirigir la mirada asesina a Richard y dio un paso hacia él para acorralarlo contra la pared. Los dos tenían la misma altura, masa muscular y estructura. Thorne mostró los dientes mientras hablaba contra el rostro de Richard.

—La has deshonrado y acabas de escribir tu sentencia de muerte. Si no te casas con ella, considérate muerto.

15

Nueve días para la boda...

—El anuncio de nuestro compromiso —dijo Richard mientras le entregaba a Jane el periódico.

Estaban parados con Ruby en el extremo opuesto de la ajetreada Bond Street, frente a la tienda de la modista de su abuela.

El letrero en cursivas decía «Madame Dubois». Jane veía rosas y maniquíes en los que se exhibían exquisitos vestidos frente a las grandes vitrinas de la tienda. Varios carruajes pasaban por delante de la puerta. Muchas damas y caballeros a la moda paseaban por la calle cargando hermosas cajas y paquetes de camino al siguiente establecimiento. Bond Street albergaba tiendas de sombreros y de sastres, así como también negocios para comprar lazos y encajes, entre muchas otras cosas. Jane hubiera preferido ir a la librería que vio al lado de la tienda de tabaco.

Tras oír a Richard, clavó la mirada en el periódico que sostenía y leyó:

—«Dos corazones de la aristocracia han declarado su unión. El honorable *lord* Richard Seaton, hermano del duque de Grandhampton, se casará con la señorita Jane Grant, hija del difunto y honorable *lord* Grant el 24 de junio de 1813».

—Qué maravilla —dijo.

Sin embargo, el asunto no tenía nada de maravilloso. Por el contrario, la mañana del día anterior le había demostrado que tendrían que actuar rápido para romper el compromiso. No quería desperdiciar tiempo comprando vestidos y yendo a bailes.

Richard frunció el ceño. Qué bien. Necesitaba quitarle la expresión serena del rostro a ese hombre que la enfurecía. No le importaba nada en el mundo que acabara de traicionarla y de romper su confianza al escabullirse por sus espaldas. ¿Cómo podía confiar en él ahora? Había cometido un grave error al permitirle entrar en su recámara, al besarlo… al permitirle abrazarla…

—¿Se lo puede mostrar a su hermano? —le preguntó Richard—. Estará complacido.

Pero lo que complacía a Thorne no era lo que más preocupaba a Jane. Desde los eventos de la mañana anterior, esa mirada escrutadora se sentía pesada. La amenaza de un casamiento por obligación se ceñía sobre ellos, por más que los dos tenían la intención de ponerle fin al compromiso. Renunciar a la escuela no era una opción. Y casarse con un hombre en el que ya no confiaba era impensable. No lo soportaba.

Jane le arrebató el periódico de la mano y se lo entregó a Ruby.

—Ruby, ¿le podrías dar esto a mi hermano, por favor?

Ruby desplegó el periódico con una sonrisa llena de orgullo en el rostro y leyó el anuncio de la boda.

—Claro que sí.

—¿Qué pasa? —le preguntó Richard con cautela—. Pensé que estaría contenta. Estoy siguiendo las reglas de su hermano a pesar de que lo detesto. Hemos fijado la fecha, publicado el anuncio y conseguido la licencia de matrimonio. Esta noche, nos presentaremos como pareja comprometida en sociedad. Estoy haciendo todo lo que me pidió su hermano.

—Sí, *lord* Richard —repuso Jane con los dientes apretados—. Estoy muy contenta de dejar la escuela a un lado por esta frivolidad. —Hizo un ademán hacia la tienda de *madame* Dubois—. Mis alumnos por fin comenzaban a mostrar cierto progreso. Comenzamos a estudiar la letra C.

A Richard se le tensó el mentón.

—Lamento que haya perdido la clase, señorita Grant.

Jane soltó un bufido.

—¿Lo lamenta? No puedo confiar en nada de lo que sale de su boca.

La expresión arrogante cedió un poco.

—¿Por lo de la nota?

Jane le devolvió la mirada penetrante y respondió con un tono apenas audible:

—Sí, por lo de la nota. Y luego de lo que pasó hace dos noches…

Las mejillas se le ruborizaron al recordar la vulnerabilidad que habían compartido y su propia audacia. Y, al parecer, todo había sido en vano.

Le echó un vistazo a Ruby, que seguía sonriendo mientras leía la página de los anuncios de boda. Tenía que asegurarse de que la criada no la oyera.

—Jamás me puede volver a besar, *lord* Richard —le advirtió. Él parpadeó, y a Jane le sorprendió verle un destello de dolor en la profundidad de los ojos. Tenía el ceño fruncido y la boca apretada en una línea firme—. Para mi gran remordimiento, yo fui quien rompió las reglas la otra noche. Pero no volverá a ocurrir, así que no se atreva a intentar nada.

Richard adoptó la máscara amable e impasible de un caballero de alta cuna.

—Como desee.

—¿Qué decía la nota? —le preguntó Jane con suavidad.

—Si se lo digo, ¿me promete que no se lo contará a Thorne?

—Eso depende de lo que diga la nota. Si es algo que lo puede incriminar, debo asegurarme de que mi hermano esté a salvo.

—En ese caso, no se lo puedo decir.

Jane sacudió la cabeza.

—¿No puede o no quiere? —le preguntó.

Richard le sostuvo la mirada durante varios instantes, pero cualquier indicio de calidez le desapareció de la mirada.

—Si no sigue posponiendo la visita a la tienda de *madame* Dubois hasta el próximo siglo, quizás pueda dar clases mañana.

Jane quiso soltar un gemido.

—Está bien. No me lo cuente. ¿Al menos me puede prometer que no le hará daño a Thorne?

A Richard se le dilataron las fosas nasales.

—¿Cómo él no me hubiera hecho daño a mí?

—No —le respondió—. A pesar de eso. Aunque es un hombre peligroso, es mi familia. Él me crio. Y lo quiero. Se lo estoy pidiendo. Prométame que no le hará daño.

Richard tomó una profunda bocanada de aire y mantuvo los ojos en el extremo opuesto de la calle.

—Ojalá pudiera hacerle esa promesa, pero no puedo. Si tengo que escoger entre la vida de mi hermano y la libertad del suyo, no lo dudaré ni un instante.

Esas palabras le rompieron el corazón un poco. Que lo condenaran. Debía mantenerse alejada de él. Debía evitar pensar en lo mucho que lo entendía y en la pena que sentía por él o en lo feliz que la hacía conversar con él. Debía recordar que todo eso era una mentira. El juego de un libertino.

—Y bien —dijo Richard—, ¿va a entrar en la tienda?

Jane miró la tienda de *madame* Dubois. Hasta las cortinas eran delicadas y hermosas y estaban a la moda.

A pesar de todo, la idea de ponerse las prendas más exquisitas y de llevar los diseños más halagadores curiosamente la entusiasmó. Recordaba el día en que había ido a una modista para que le confeccionaran el vestido para Almack's. Se había parado a mirar su reflejo mientras dos mujeres se movían alrededor de ella tomándole medidas y anotando cosas en varios papeles. Luego recordó la primera vez que se probó el vestido, y le clavaron varias agujas y alfileres. Y recordó el excitante día en que le enviaron el atuendo nuevo a casa: había contenido el aliento mientras desataba el lazo de la caja y levantaba la tapa antes de soltar un jadeo.

En los últimos cinco años, Ruby le había confeccionado sus vestidos. No porque Thorne no le diera dinero. Por el contrario, había insistido en que frecuentara las modistas de Mayfair. Pero Jane no se imaginaba usando vestidos a la última moda en las calles de Whitechapel mientras los niños en la calle no comían durante varios días. Por eso, prefería gastar el dinero que le daba su hermano para

los vestidos en la escuela o donarlo a la caridad. Sin embargo, suponía que la vieja Jane, la que había nacido en Mayfair, aún no había muerto, porque el estómago le dio un vuelco de entusiasmo ante la idea de entrar.

Dos damas salieron de la tienda de *madame* Dubois.

—Ven, Ruby —le dijo Jane sin mirar a Richard—. Démonos prisa, así terminamos con este asunto.

Sintiendo la mirada atenta de Richard en la espalda, atravesó la calle y Ruby la siguió.

—Estaré en la tienda de tabaco —le dijo, pero Jane no se volvió.

Al cabo de unos instantes, Jane entró en la tienda de la modista con Ruby pisándole los talones. La campanilla encima de la puerta anunció su llegada. En el aire pendían los aromas a tela, madera y perfume de rosas con unas notas de lavanda.

El frente de la tienda era amplio. Dos maniquíes vestidos con atuendos de color melocotón y lila pastel y una tela que parecía más seda que muselina. En otro, se exhibía una elegante pelliza con flores artificiales y una tela brillante que parecía nacarada. El cuarto maniquí llevaba puesto un atuendo de montar de color azul Francia y sin ningún accesorio destellante, pero con un corte tan hermoso que era en sí un accesorio. Varias estanterías con cientos de telas organizadas según las tonalidades del arcoíris cubrían dos paredes hacia la derecha y la izquierda. Y en frente había unos aparadores con flores, lazos, plumas, perlas, cristales y encaje que, sin dudas, servían de accesorios.

Una dama de unos cincuenta años llevaba puesto un vestido de color rosa pastel y un jubón con el cuello alto de color crema y dos damas más jóvenes con el cabello oscuro y hermosos vestidos lavanda y naranja apastelado guardaron silencio y miraron a Jane y Ruby con el ceño fruncido.

Otras tres mujeres estaban reunidas frente al quinto y último maniquí mientras obraban magia sobre un vestido muy diferente a cualquier otro que Jane hubiera visto en su vida. A diferencia de los tonos pasteles, dorados y plateados que solían usar casi todos los miembros de la sociedad, ese vestido era de color carmesí y tan intenso que nadie podría entrar en la tienda sin mirarlo. Las tres

damas se veían respetables e iban vestidas a la moda. Todas tenían agujas en las manos. Una cocía cristales rojos sobre el dobladillo de gaza del vestido. La segunda cocía flores de seda rojas sobre el busto. Y la tercera se agachaba para adjuntar un lazo al borde de debajo de la capa de gaza.

Esta última mujer echó un vistazo por encima del hombro y luego atravesó la tela con la aguja antes de enderezarse y enfrentar a Jane con las cejas arqueadas y una mirada indolente que le recorrió la silueta de pies a cabeza. La mujer era hermosa, tendría unos cuarenta años, unos ojos almendrados y una espesa cabellera negra. Llevaba un impactante vestido de color verde bosque y un hermoso collar con una sola esmeralda. Las otras dos también dejaron de trabajar para volverse hacia Jane con expresiones que apenas podían ocultar los prejuicios. La dama con el vestido rosado y sus hermosas acompañantes, que debían de ser las hijas, también la veían sin disimular y no de manera amistosa.

Jane sintió una incomodidad que se le expandía por la columna vertebral. Bajó la mirada al vestido marrón para asegurarse de no tener ninguna mancha de barro de las calles de Whitechapel, pero lo vio limpio. De modo que no podía tratarse de eso. Sentía las gafas demasiado altas sobre el puente de la nariz, los zapatos demasiado viejos y el bonete demasiado barato y ordinario.

—Debe estar perdida —le dijo la mujer que llevaba el vestido verde con un distinguido acento francés. Debía tratarse de *madame* Dubois.

—Buenos días, *madame* Dubois —le dijo Jane estrujándose las manos. Como la mujer no la contradijo, asumió que había acertado—. No estoy perdida. Me gustaría encargar algunos vestidos y tenía la esperanza de que tuviera algo que alguna clienta no recogió y pueda adaptar para mí para esta noche. Hay un baile y…

La modista le dio la espalda y se volvió a concentrar en el vestido rojo enderezándolo, acomodándole las flores y corroborando los cristales. Echó un vistazo por encima del hombro con desdén y la interrumpió con un bufido muy poco decoroso.

—Es evidente que jamás ha oído de mí si cree que tengo vestidos sin terminar que nadie ha recogido. Además, hay duquesas de la

alta sociedad en lista de espera para contratar mis servicios. No puedo tomar nuevos encargos de cualquiera que entra en mi tienda.

Jane sintió que se le sonrojaban las mejillas de la humillación. A su lado, Ruby separó los pies con una expresión sombría en el rostro. Jane había estado en lo cierto al dudar sobre ir allí. Debería marcharse. Era evidente que no era bienvenida. Pero ella y Richard debían acudir al baile esa noche, tenían que hacer una aparición en sociedad luego del anuncio que habían publicado en el periódico esa mañana. Sin embargo, no tenía nada adecuado para ponerse: el vestido que le habían hecho para Almack's le había quedado chico hacía mucho tiempo. Por eso, lo volvió a intentar.

—Pero a lo mejor…

—Me temo que no tengo ningún espacio en mi horario —le dijo *madame* Dubois sin molestarse en mirarla—. No acepto nuevos clientes. Mis clientes actuales ocupan toda mi atención. Como puede ver, *lady* Fairchild y sus hijas están aguardando para probarse un vestido.

La dama con el vestido rosado la miró con una ceja negra arqueada. Jane jamás se había sentido tan poca cosa. La verdad tácita era evidente. «No eres lo suficientemente buena como para entrar en mi tienda».

—Oh… Vamos, Ruby —dijo Jane con calma.

Con el rostro ardiendo de vergüenza, se dio la vuelta para marcharse mientras las otras dos costureras susurraban y se reían a sus espaldas.

Un destello amarronado le llamó la atención, y Jane se dio la vuelta para seguir el movimiento, al tiempo que una rata salía disparada por la tienda y se escondía bajo el maniquí con el vestido rojo. *Lady* Fairchild, sus dos hijas, *madame* Dubois y las costureras se subieron sobre los mostradores y comenzaron a gritar a todo pulmón, aferrándose las unas a las otras horrorizadas. Jane, que estaba acostumbrada a ver ratas en Whitechapel, observó al roedor correr por la tienda, hacer un círculo en el medio y detenerse a olfatear algo con la cola larga temblorosa.

Ruby dio un paso al costado y le permitió a Jane abrir la puerta y colocar una silla allí para que el animal tuviera un escape, luego

siguió a la rata espantándola hacia la puerta. Cuando el animal por fin la atravesó, se oyeron gritos similares en el exterior. Tras dejar de gritar, las seis mujeres se bajaron de los mostradores y respiraron aliviadas entre jadeos. Jane movió la silla y cerró la puerta, satisfecha de no haber perdido el criterio por temor a una pequeña rata como lo habían hecho esas damas. No obstante, nada impresionaba a *madame* Dubois.

—Ha traído a esa plaga con usted. Márchese y regrese a donde sea que pertenece antes de dañar la reputación de mi establecimiento. Le sugiero que vaya a Cheapside. Tienen muchas costureras allí que le puedan adaptar algún vestido que nadie haya recogido. Aquí, en Bond Street, ningún cliente se atrevería a dejar un vestido abandonado.

Por supuesto. Jane pertenecía con la rata, lejos de Mayfair. Con el calor y el sudor de la humillación, asintió con la cabeza y salió de la tienda. Debería de haber sabido cuál era su lugar desde el principio. Su lugar no se encontraba ni con Richard ni en Mayfair. Con toda certeza, pertenecía en Whitechapel.

16

JANE SALIÓ de la tienda de *madame* Dubois y sintió el aire refrescándole las mejillas acaloradas.

—No temas, corazón —le dijo Ruby apretándole la mano—. No mereces que te traten de ese modo. Además, puedo intentar hacer algún vestido similar a esos…

Con dificultades para respirar, Jane alzó la mirada hacia el apreciado rostro de Ruby y le ofreció una sonrisa.

—Eres demasiado buena para mí, Ruby —le dijo—. Gracias. Pero jamás debería haber entrado en esa tienda. Me debería haber quedado en Whitechapel.

Miró alrededor y parpadeó para quitarse las lágrimas de los ojos.

—No esperemos a *lord* Richard. Contratemos un carruaje y marchémonos de aquí.

—Si eso es lo que quieres, corazón… —murmuró Ruby.

Al igual que antes, los transeúntes pasaban por delante de ellas hablando alegres, completamente ajenos a que Jane deseaba que la tierra se abriera bajo sus pies y se la tragara un abismo profundo que la alejara de la humillación que la quemaba viva. No había nada que la pobre criada pudiera hacer.

—Tomemos uno de esos —propuso Jane al ver tres carruajes aparcados a unos pocos metros más adelante sobre Bond Street. Emprendió la marcha y estaba lista para cruzar la ajetreada calle llena de vehículos que iban de un punto a otro.

La otra acera estaba más abarrotada de gente que caminaba y entraba y salía de las coloridas tiendas. Varios carruajes se detenían en diversos sitios para permitir que las damas y los caballeros con elegantes prendas se apearan antes de aparcar para esperarlos.

Todo era colorido y estaba acomodado, y las edificaciones de tres plantas se veían impolutas. El aroma a excremento de caballos, perfumes exóticos y productos recién horneados la abrumó. En el aire se oían los cascos de decenas de caballos, el ajetreo de los carruajes, las voces y las risas de las personas y las campanillas de las tiendas como una cacofonía. Jane se veía tan simple, tan extraña y completamente opuesta a ese mundo de joyas destellantes, vestidos de seda, posturas elegantes, chismes y chachareo. No le podía importar menos el estatus social o la reputación. Y ese mundo lo sabía y la rechazaba.

Había puesto un pie en la carretera y estaba lista para cruzarla esquivando el tráfico de carruajes cuando de repente se abrió la puerta de la tienda de tabaco a su izquierda y Richard salió. La vio de inmediato, y los ojos hermosos le destellaron de deleite al principio, pero luego frunció el ceño. Jane se volvió para cruzar la calle, pero no tuvo forma de escapar, porque tres carruajes se acercaban. Richard aprovechó el momento para alcanzarla.

Acercándose, le preguntó con cautela:

—¿Te encuentras bien, Jane? ¿Por qué has salido tan pronto? Creí que tendría al menos una hora para matar mientras te esperaba.

Jane encuadró los hombros. No tenía sentido deshacerse delante de él y de docenas de damas y caballeros de la alta sociedad que paseaban por allí.

—No —repuso—. Me temo que no puedo ir al baile. Continuemos la investigación esta noche, así le podemos poner fin a esta farsa pronto.

Unas lágrimas traidoras le provocaron un ardor en los ojos, pero se negaba a hacer una escena allí. Por eso, sorbió, parpadeó para quitarse las lágrimas que le nublaban la vista y se obligó a controlarse a como diera lugar.

—Jane, estás angustiada —le dijo Richard y la tomó del codo con delicadeza para alejarla de la calle.

Ruby se apresuró a seguirlos.

—¡*Milord*! —exclamó.

—Por favor, Ruby, danos un momento —le pidió.

Condujo a Jane a un pequeño callejón entre dos tiendas donde quedaron algo apartados de los ojos curiosos de los chismosos. Ruby se detuvo a unos metros de distancia y no dejó de arrojarles miradas llenas de preocupación. Cuando Richard se llevó la mano al bolsillo y le entregó el pañuelo, Jane se dio la vuelta y se secó los ojos humedecidos.

—¿Por qué estás tan angustiada? —le preguntó con suavidad.

—La modista… —comenzó—. *Madame* Dubois… me rechazó. Bien podría haberme dicho que no soy lo suficientemente buena como para encargar vestidos en su tienda. No pertenezco aquí y no debería estar aquí tampoco. Y no puedo ir al baile sin un vestido.

Mientras las palabras le salían de la boca, una sensación de alivio se le extendió por el cuerpo. Richard miró la tienda con los ojos entrecerrados y apretó los puños.

—No se atrevió… —gruñó—. Muy bien. Ven conmigo. Ya veremos qué dice.

Hizo un ademán para que anduviera por delante de él y se acomodó el abrigo.

—Richard, por favor —soltó Jane, pero Richard no dio el brazo a torcer, sino que se limitó a mirarla con una gentileza firme que no permitió ninguna discusión. A Jane no le quedó más remedio que asentir con la cabeza.

Ruby los observó con el ceño fruncido de preocupación y pronto le brilló una chispa de esperanza en los ojos al notar la determinación en la mandíbula de *lord* Richard. Jane caminó y, sin decir ni una palabra, Richard las condujo por la acera transitada esquivando a la gente de la multitud sin ningún inconveniente. Tanto su presencia como su vestimenta eran tan imponentes que despejaban el camino ante ellos, como si la misma Bond Street le estuviera haciendo una reverencia.

Sostuvo la puerta de la tienda de *madame* Dubois abierta y aguardó a que Jane y Ruby entraran antes de seguirlas. Todos los ojos se volvieron hacia Richard, que avanzó hasta la modista.

—*Madame*… —comenzó con un tono de voz que resonó en la habitación y llamó la atención de todos los presentes—. He notado que rechazó ofrecerle sus servicios a la señorita Grant. ¿Es cierto?

Madame Dubois se puso pálida y miró alrededor de la habitación en busca de ayuda y se detuvo en *lady* Fairchild, que observaba el desarrollo de la escena con una mirada calculadora.

—Pero, *milord* —logró tartamudear la modista—, no sabíamos que la señorita Grant era su… es decir, no teníamos los materiales adecuados para lo que deseaba.

La mirada de Richard fue inflexible.

—Creo que no depende de usted decidir qué es adecuado para la señorita Grant. Si desea un vestido de su tienda, se lo proveerá. Si necesita los materiales que sean, los conseguirá.

Jane solo fue capaz de aferrarse a la mano de Ruby mientras observaba cómo la defendía Richard y se enfrentaba a una sala llena de damas aristócratas.

En la habitación volvió a reinar el silencio. *Madame* Dubois tragó con dificultad, y los ojos se movieron entre *lord* Richard y Jane. Richard se paró alto y firme, sin apartar la mirada.

—Por supuesto, *milord* —acordó *madame* Dubois obligándose a sonreír—. Sería un honor diseñar un vestido para la señorita Grant.

Richard asintió encantado antes de dirigirse a la modista por última vez.

—Debo mencionar que mi abuela, la duquesa viuda de Grandhampton ha sido clienta suya durante muchos años y fue quien le recomendó su tienda a mi prometida.

Madame Dubois se puso aún más pálida ante esa revelación y agrandó los ojos de par en par, al tiempo que apretaba los labios. Richard continuó hablando con una nota de acero en la voz:

—Me temo que hay errores que no pueden rectificarse. Ha ofendido a la futura cuñada del duodécimo duque de Grandhampton. Es mi deber informarle a mi abuela acerca de este desafortunado incidente. Puede que quiera reconsiderar su elección de modista.

Las implicaciones que cargaban esas palabras quedaron colgando en el aire, al tiempo que varios murmullos llenaban la sala. Esa no era una amenaza ligera. La duquesa viuda de Grandhampton era conocida por su influencia y su elegancia clásica, de modo que perder su patrocinio sin dudas dañaría la reputación de la tienda.

—¿Ha dicho que está comprometido, *lord* Richard? —le preguntó *lady* Fairchild con un tono de resignación—. Tenía la esperanza de presentarle a alguna de mis hijas… —Señaló a las dos hermosas damas que se encontraban a su lado.

Las tres damas miraron a Jane con diferentes grados de animosidad, y la expresión de Richard se volvió glacial.

—Estaré encantado de conocer a sus hijas, *lady* Fairchild. Y espero que ellas estén encantadas de conocer a mi prometida, la señorita Jane Grant.

Algo cálido y maravilloso le explotó en el pecho a Jane al ver que *lady* Fairchild abría y cerraba la boca sin poder responder nada.

—¡No, no, *milord*! —exclamó *madame* Dubois cruzando la habitación a toda prisa para llegar a su lado—. Le ruego que me perdone cualquier inconveniente que le haya causado a la señorita Grant. Jamás fue mi intención lastimarla. Le aseguro que no ha sido más que un malentendido. —Tras decir esto, se volvió hacia Jane y con una sonrisa cortés, añadió—: Señorita Grant, espero que nos dé la oportunidad de rectificar nuestro error.

Jane parpadeó. Richard la miró con un brillo cálido y orgulloso en los ojos. Era su decisión; la dejaba elegir qué quería hacer. Podía quedarse y permitir que le confeccionaran el mejor vestido para esa noche. Pero no pudo soportar la idea de desvestirse bajo la mirada escudriñadora de esas mujeres. Por eso, tomó una profunda bocanada de aire y se dirigió a *madame* Dubois:

—Le agradezco la oferta, pero debo rechazarla. Temo traer más plagas a su hermosa tienda.

En el silencio mortal que cayó en la habitación, solo se oyó la risa disimulada que se le escapó a Ruby.

Richard abrió la puerta para Jane y saludó con la cabeza a la modista.

—Creo que ya hemos tomado demasiado de su valioso tiempo, *madame*.

Tras mirar la habitación por última vez, Richard condujo a Jane y a Ruby de regreso a Bond Street. Cuando la puerta se cerró, a Jane se le llenaron los ojos de lágrimas de alivio y le ofreció una cálida sonrisa de agradecimiento a Richard. La había defendido delante de la modista y de la alta sociedad sin dudarlo. El mundo de joyas destellantes y charlas banales podría haberla rechazado, pero Richard no solo la había apoyado, sino que también había confirmado que era parte de ese mundo.

Mientras se alejaban de la tienda, alzó la mirada a Richard. La firmeza de su mentón permanecía como símbolo de su enfado ante el maltrato que le habían infligido. Pero cuando sus ojos se encontraban con los de ella, se ablandaban y reflejaban preocupación. Y eso la llenó de una sensación cálida, maravillosa y burbujeante.

—¿Sabes qué, tesoro? —le preguntó Richard—. Deberías venir al baile esta noche. No permitas que esa mujer te arruine la diversión. Además…

Miró alrededor y, tras asegurarse de que Ruby se encontrara varios metros por detrás y no pudiera oír lo que decían, se metió la mano en el abrigo y extrajo un trozo de papel.

—Creo que no debería ocultarte esto —le dijo.

Con las manos temblorosas, Jane tomó el papel. Cuando lo desdobló, reconoció la caligrafía despareja que parecía de un niño. Ella misma le había enseñado a escribir al hombre que la había enviado. «El duque ha aprendido una lección, como requirió. Hubo una complicación. Más información pronto. Reuben».

Alzó la mirada a los ojos de Richard.

—Es Reuben… —susurró—. No es Atticus.

Richard no solo la había protegido en la tienda de la modista y demostrado que era un buen hombre, como siempre había sospechado, sino que ahora le había mostrado la nota.

—¿Usará esto en contra de mi hermano? —le preguntó.

Richard negó con la cabeza mientras le quitaba la nota y volvía a guardársela en el bolsillo.

—No quiero ni estoy planeando eso en este momento, Jane. Pero no te puedo prometer que no vaya a cambiar de parecer. Todo dependerá de lo que le haya sucedido a mi hermano. Por eso, debemos encontrar a Reuben y oír lo que tenga que decir.

Jane asintió con la cabeza. Aunque no había prometido que no le haría daño a Thorne, volvió a sentir una frágil sensación de confianza, y supo que en su corazón lo había perdonado.

—Lo buscaremos mañana después de clase —le dijo—, y hablaremos con él en privado. Siempre me ha protegido.

—Te pasaré a buscar mañana. Pero, de momento, tengo una idea para conseguir un vestido para el baile de esta noche. Por favor, ven conmigo.

17

Llegaron a Sumhall, y Richard condujo a Jane hacia el espacioso vestíbulo de entrada sobre el que resonaba el eco de los tacones de los zapatos.

—Teanby —le dijo al mayordomo—, ¿le puedes informar a mi hermana que requiero su presencia aquí? Esta es la criada de la señorita Grant, Ruby. Por favor, asegúrate de que le sirvan el té en la sala del personal.

—Por supuesto, *milord*. —Teanby hizo una reverencia y miró a Ruby, que se quedó detrás de Jane hasta que el mayordomo se marchó de la habitación.

Aguardaron en la hermosa sala de estar donde hacía solo unos días Jane había conocido a los Seaton. Jane intentó alisar las arrugas del vestido, con los dedos temblorosos. Richard estiró la mano para apretarle la de ella y ofrecerle apoyo, pero el contacto la hizo sentir más inquieta. Estaba nerviosa de volver a ver a Calliope. La hermana de Richard lo conocía demasiado bien y podía descubrir la mentira con tan solo unas cuantas preguntas acertadas.

Al poco rato, el sonido del susurro de la seda anunció la llegada de Calliope. Era toda una visión en un vestido de color crema, con el cabello castaño rojizo enrizado alrededor del rostro, y entró en la sala de estar con la cabeza en alto y los intensos ojos brillantes fijos en Jane.

—Señorita Grant —la saludó con una sonrisa amable—. Richard, ¿me has llamado? —le preguntó con la voz llena de intriga.

—Así es, Calliope —repuso Richard—. Necesitamos tu ayuda.

A Calliope le brillaron los ojos, que pasaron de su hermano a Jane, y luego los clavó en las manos unidas de ambos, y apenas logró contener una expresión llena de curiosidad.

—¿En qué los puedo ayudar?

Richard le apretó la mano a Jane para infundirle valor.

—Jane necesita un vestido para el baile de esta noche. Hemos tenido algunas… dificultades con la modista. Me preguntaba si tienes algún vestido que le puedas prestar, algo que se pueda modificar para ella, por supuesto. No tenemos mucho tiempo, y debes estar ocupada, pero…

Una mirada de preocupación le cruzó el rostro a Calliope mientras se volvía a concentrar en Jane.

—¡Qué espanto! Debemos rectificar esta situación. Será un placer asistirla, señorita Grant.

A Jane se le infló el corazón. Con cada momento que transcurría, cada vez le caía mejor *lady* Calliope, y se tuvo que recordar que debía proceder con cautela ante la mente afilada de la joven.

—No, por favor, estoy segura de que *lady* Calliope está ocupada —dijo.

—Oh, por favor, llámeme Calliope —le pidió—. ¡Estamos por convertirnos en hermanas!

Jane le sonrió. Se equivocaba, pero no tenía que saberlo.

—En ese caso, llámame Jane.

Calliope le tomó la mano y se la apretó.

—Tengo varios vestidos que combinarán con tu hermosa tez. Eres más baja que yo, y un poco más chica de busto y de hombros, pero sería peor si fueras más grande. Llamaré a mi modista, la señora Newman. Por un buen precio, estará encantada de darnos una mano o de enviar a alguna de sus empleadas. Todas son excelentes costureras. No está tan de moda como *madame* Dubois y tampoco viene de París, pero es rápida, y sus vestidos son igual de buenos. Además, es un placer trabajar con ella. ¡Teanby! —llamó al mayordomo.

Antes de que Jane pudiera protestar de que no hacían falta tantas molestias, Teanby entró en la habitación, y Calliope le pidió

que enviara a un lacayo en un carruaje con una nota e instrucciones de que no se marchara sin la señora Newman o una de las costureras. También le pidió que enviara a su criada a su habitación junto con cualquier otra criada que se encontrara disponible y que les llevaran una bandeja de té, limonada, galletas y sándwiches, lo suficiente como para mantenerlas a flote durante las horas de trabajo.

—Y luego del baile, haré una cita con la señora Newman y te preparará todos los vestidos que necesites.

Algo se derritió en el pecho de Jane. Era reconfortante que no solo Richard se preocupara por ella, sino también Calliope. Al parecer, no todos los miembros de la alta sociedad la rechazaban. Ellos dos, junto con la duquesa viuda, parecían haberla acogido con los brazos abiertos. Le llevaría más tiempo ganarse al duque, pero era de comprender que su problema con ella no guardaba relación con su procedencia. Por el contrario, se debía a que Thorne estaba ligado a la desaparición de Spencer.

Subieron a la recámara de Calliope, y Jane se sintió de inmediato en paz allí. Era una habitación grande y hermosa, con colores anaranjados y verdes pasteles que resaltaban los ojos celestes y el cabello castaño rojizo de Calliope. Y, al igual que la habitación de Jane, tenía muchas estanterías con libros. Siempre había sabido que era una extravagancia tener una biblioteca en la habitación, pero Thorne se lo había permitido porque quería que se sintiera bienvenida y en casa.

Jane recorrió los volúmenes con los dedos. Había varios libros sobre estrategias de ajedrez, pero también novelas de detectives y cuentos cortos. Jane arqueó las cejas al reparar en Calliope, que parecía inteligente y afilada, pero también dulce y amable.

—¿Te gustan las novelas de detectives?

Una criada y un lacayo entraron con dos bandejas grandes llenas con tazas, una tetera y varios platos con galletas, macarrones, bollitos y sándwiches. Mientras colocaban todo sobre una mesa redonda en el centro de la sala, Calliope le respondió:

—Oh, sí. Me he leído todo lo publicado acerca de asesinatos, robos, asaltos y desapariciones desde que era niña.

—¿Desde niña? —Jane se rio—. ¿Tu madre te permitía leer esas cosas?

—No. —Calliope se encogió de hombros—. Pero desde que aprendí a leer, he tenido el hábito de escabullirme en la biblioteca y leer libros que tenía prohibidos.

Jane se rio.

—Yo no era tan valiente como tú, pero también leía lo que fuera que tuviera al alcance de las manos.

—Puedes tomar prestado cualquier libro que desees —le dijo—. Mi favorito es *The Inquiry Agency Chronicles*.

—¡Gracias! —le respondió Jane y, tras encontrar el libro, lo abrió—. Lo haré.

El lacayo se marchó, y la criada y Calliope colocaron tres vestidos que, a su criterio, irían bien con la tez y el cabello de Jane. El primero era un vestido de color blanco plateado con una tela de la falda tan delgada como una telaraña. El segundo era un vestido fino y ligero de color azul pastel, con mangas cortas y abullonadas y un escote bajo. El tercero, era de color crema y tenía perlas y encaje por encima del busto.

—¿Cuál te gusta, Jane? —le preguntó Calliope mientras los observaba.

—Este —repuso Jane señalando al blanco plateado.

—Oh, estoy de acuerdo —se apresuró a decir Calliope. Lo recogió y lo sostuvo contra el cuerpo de Jane mientras la observaba—. Oh, sí, es cierto. ¡Hace que los ojos te brillen y… se enciendan de vida! Póntelo así comenzamos a ajustarlo. Tengo guantes que hacen juego con él.

Cuando Jane salió del cambiador con el vestido de Calliope puesto y se miró en el espejo, tuvo que reprimir un jadeo. En efecto, el color plateado le resaltaba los ojos, aun con las gafas puestas, y le sentaba bien con el tono de piel. Les daba un aspecto más saludable a las mejillas. Incluso le intensificó el color de los labios.

En ese momento, llegó la señora Newman, una mujer hermosa de unos cincuenta años con ojos bondadosos y un gusto impecable.

—Gracias por venir, señora Newman —le dijo Calliope.

—Sin dudas, haría lo que sea por mi clienta favorita —repuso la señora Newman—. Y, por supuesto, por un agradecimiento visible en la cuenta —añadió con una risita.

—Vale cada libra —la elogió Calliope—. Le presento a mi futura cuñada, Jane. Como le expliqué en mi nota, es un tema urgente. Por desgracia, no debutó porque su padre falleció, y esta noche es su primera introducción en sociedad. Por eso, debe lucir increíble, completamente hermosa y deslumbrante, como se merece.

La señora Newman recorrió a Jane con un brillo emprendedor en los ojos. Luego, colocó la cesta que llevaba en el suelo, la abrió y se puso a trabajar. Mientras la medía, le colocaba alfileres y hacía marcas con un trozo de jabón, también le daba instrucciones a la criada de Calliope para que le entregara más alfileres y le pedía a Jane que se diera la vuelta, levantara los brazos y siguiera todas las indicaciones.

Calliope y Jane no dejaron de hablar en ningún momento. La conversación fluyó con facilidad, y Jane le contó acerca de la escuela, de los niños y de la situación en Whitechapel, y Calliope le prometió que contribuiría.

—¿Vas a seguir enseñando después de la boda? —le preguntó Calliope—. No imagino que desees abandonar una tarea tan importante como esa.

—No, de hecho, tengo la intención de continuar con la escuela —le respondió mientras alzaba un brazo y la señora Newman le colocaba varios alfileres a la altura de la axila—. Me gustaría expandir la escuela, contratar más profesores, profesores con experiencia real, y dar varias lecciones.

—Es maravilloso. Conociéndolo a Richard, creo que apoyaría ese plan.

—Será mejor que lo haga —murmuró Jane, aunque sabía que era probable que no lo haría. Ningún marido apoyaría algo como eso.

Calliope tomó un bollito y le dio un mordisco.

—Entiendo tu ambición —le confesó—. Yo también tengo una.

—¿Ah, sí? —le preguntó. No creía que las damas aristocráticas tuvieran ambiciones más allá de casarse con el mejor partido que pudieran conseguir—. ¿Cuál?

Calliope soltó un suspiro.

—Señora Newman, Abigail, no deben decir ni una palabra de esto.

Las dos mujeres asintieron con la cabeza.

—Mis labios están sellados. Tiene mi palabra de costurera —le aseguró la señora Newman.

—Me gustaría convertirme en detective y abrir mi propia agencia.

A Jane le costó encontrar palabras.

—¿Detective? —logró preguntar al final.

—Sí, y por favor no me digas que leo demasiadas novelas de detectives como me dicen mis hermanos.

—Pero ¿no es peligroso? —le preguntó Jane—. ¿Y algo a lo que no se dedican las mujeres?

A Calliope le destellaron los ojos de la excitación.

—¡Así es! Pero piénsalo, nadie cree que una mujer se pueda dedicar a eso. Pero Spencer me enseñó boxeo. Richard y Preston, esgrima. Me puedo defender sola en caso de ser necesario, pero más importante aún es que tengo la habilidad de superar a los villanos en astucia. Todo el mundo subestima a las mujeres. Los criminales me considerarán una cosa insignificante para su propia desgracia.

Jane admiraba lo segura que se veía Calliope y lo preparada que estaba para perseguir su visión y hacer lo que más anhelaba a pesar de lo que esperaba la sociedad.

—Estoy impresionada —le confesó—. Pero ¿y los agentes de Bow Street? ¿Acaso no se dedican a eso?

—Suelen estar desorganizados y apenas resuelven algún caso. Siguen ocurriendo robos a propiedades, la gente desaparece y… a algunos hasta los matan. Y nadie puede hacer nada, excepto las víctimas y aquellos allegados a ellas. Por eso, me gustaría intentarlo.

Jane sintió empatía por Calliope. Eran más parecidas de lo que había creído. A lo mejor, si encontraba a sus almas gemelas entre los miembros de la sociedad, este mundo no sería tan duro y poco acogedor como había creído.

—Qué extraordinario, Calliope —le dijo mientras la señora Newman le pedía que se volteara para trabajar en la espalda—. Creo

que eres muy valiente y que sabes lo que haces.

—Primero debemos encontrar a Spencer —declaró, volviendo la mirada hacia la ventana con una mueca de preocupación—. Luego puedo abrir mi agencia para ayudar a otras personas. —Se volvió hacia Jane con el ceño relajado—. Me alegra mucho que vayas a ser mi hermana —le dijo—. Me doy cuenta por qué Richard está tan encariñado contigo.

Jane sintió que se le encendían las mejillas en llamas.

—¿De verdad?

—Sí. Ha dicho que está enamorado y, al principio, no lo creí. —Entrecerró los ojos, y Jane tuvo la sensación de que la examinaban con una lupa—. Pero veo cómo se endereza y cómo le destellan los ojos cuando estás cerca.

—Ya se puede desvestir —le dijo la señora Newman—. Trabajaré durante una o dos horas en el vestido y debería estar listo.

Jane manipuló con torpeza los ganchos del vestido, y Abigail se apresuró a ayudarla. A Jane le latía el corazón en el pecho como si fuera un animal intentando liberarse. Richard le había consumido los pensamientos desde el momento en que lo conoció, pero al principio fue por lo mucho que la irritaba. No podía evitar desear que las cosas fueran distintas para ellos, aunque estaba segura de que él no sentía lo mismo. Y, a pesar de eso, la había protegido delante de la modista y le había mostrado la nota de Reuben, y ahora le había pedido ayuda a Calliope. ¿Acaso eso no demostraba que elle le importaba?

Aunque había traicionado su confianza al escabullirse en el estudio de Thorne, Jane debía confesar que, si hubiera estado en su lugar, hubiera hecho lo mismo para proteger a su hermano. Richard no había tenido ninguna intención de lastimarla.

Jane se sentía expuesta y vulnerable, pero también viva y eufórica. El corazón le palpitaba acelerado. ¿Era su imaginación lo que la hacía sentir más viva cuando él se encontraba presente en la habitación? No podía quitárselo de la cabeza, pero ¿él sentiría lo mismo por ella?

—Por favor, no le rompas el corazón —le pidió Calliope—. No luego de lo que le ha hecho *lady* Charity.

—Tendré cuidado —le prometió con un tono de voz que apenas era un susurro mientras luchaba contra sus pensamientos traicioneros. Sentía mucho más por él de lo que había querido sentir. El modo en que se le hinchaba el corazón cuando la miraba y el sabor de sus labios cuando lo besó… La idea de lastimarlo, de destruir la confianza que había depositado en ella, le resultaba insoportable. Pero, al parecer, ella corría el mismo riesgo de acabar con el corazón roto cuando esa farsa llegara a su fin.

18

Con Jane a su lado, Richard entró en el salón intensamente iluminado de la mansión de *lady* Brewster. Sentía náuseas, el pulso le repiqueteaba en la mano que anhelaba estirar para tomar la de Jane.

Unos candelabros encendidos destellaban por encima de sus cabezas y proyectaban una luz dorada sobre las tres docenas de personas que llenaban la sala de estar donde se oían voces que conversaban y risas. Era una reunión íntima y no uno de los bailes lujosos que solía hacer *lady* Brewster. La cena a la que Richard, Calliope y Jane habían llegado tarde ya había terminado, y ahora los invitados conversaban, reían, bebían y circulaban. Entre los presentes, había aristócratas, soldados, poetas y hermosas mujeres.

Para donde Richard mirara, veía rosas rojas, blancas, rosas, melocotón, amarillas y todos los tonos intermedios. El aroma de las flores era embriagador y se mezclaba con el de los perfumes y las colonias de los invitados. Las flores estaban acomodadas artísticamente para formar cascadas sobre la repisa del hogar y las profundas molduras por encima de los elegantes paneles de roble de la habitación. Incluso decoraban el pianoforte que *lady* Isabella Greene tocaba con gran habilidad. En las paredes de la habitación, había varias ventanas altas y arqueadas, decoradas con unas pesadas cortinas que se encontraban abiertas para exhibir los jardines llenos de rosales bajo la luz de la luna.

Richard recordó que cinco años atrás había entrado en esa misma habitación con otra prometida. Había estado tan feliz en ese entonces, que se había sentido liviano, cálido y capaz de conquistar el mundo entero. En esa ocasión, la habitación había estado decorada de manera similar, y todo destellaba gracias a la gran cantidad de joyas que las damas llevaban en el cuello, las orejas y los tocados elaborados, y los caballeros, en los anillos y los broches que tenían prendidos a las solapas de los chalecos. Mientras las damas hablaban y caminaban, las plumas en sus tocados se mecían en el aire. Las ventanas también se habían encontrado abiertas en esa oportunidad, y permitían que se colara el aroma de las lilas. Tenía que dejar de pensar en eso. Tenía que olvidarse que, la última vez que había estado allí, había atravesado las puertas francesas para adentrarse en el mayor dolor de su vida.

La mujer que se encontraba de pie a su lado no se parecía en nada a su anterior prometida. Echó un vistazo al costado para mirarla y se quedó sin aliento, al tiempo que se le evaporaron todos los pensamientos tristes de *lady* Charity. Por todos los cielos, estaba hermosa con ese vestido plateado y el tocado moderno con unos mechones que le caían sobre el hombro derecho. Tenía los brazos cubiertos por unos guantes plateados que le llegaban hasta los codos.

Ya no parecía un ratoncito gris. Y nadie podría decir que su atuendo no le permitía encajar allí. Pero su comportamiento la delataba. Estaba nerviosa y paseaba la vista por toda la habitación. Tenía las mejillas sonrosadas y las palmas de las manos le sudaban. La respiración se le aceleró al asimilar todos los brillos y pompas de la atmósfera.

Sin vergüenza alguna, dejó caer la mirada a las dos semilunas que le sobresalían del escote del vestido. No podía apartar la mirada del pliegue hermoso que se le formaba entre los senos. Por todos los cielos, como todos los vestidos que había usado hasta esa noche le habían cubierto el pecho hasta el cuello, era la primera vez que veía esos senos.

Recordó lo suaves que se sintieron cuando los tuvo apretados contra el pecho y la besó en la cama. Bajó la mirada aún más

intentando adivinar cómo se vería debajo del vestido. ¿Tendría la piel suave en todos lados? Podía ver la curva redondeada de las caderas mientras caminaba, así como también la forma de las piernas largas que se movían bajo las prendas. ¿Lograría apartar la mirada de ella en algún momento?

—¿Vamos a saludar a Sebastian y Emma? —preguntó Calliope, que estaba al otro lado de Richard—. Oh, están con Preston y Penelope.

Richard se aclaró la garganta y se obligó a apartar la mirada de Jane. Qué pena. Recorrió la habitación con los ojos en busca de la figura alta y familiar de Sebastian al lado de la silueta más pequeña de Emma.

—Sí, así es —dijo al divisarlos a unos metros de distancia hablando con su abuela—. Allí están. Ven, Jane. Debes conocer a nuestros amigos. Y, por supuesto, tenemos que saludar a mi abuela, a mi hermano y a Penelope.

Sebastian, el duque de Loxchester, estaba tan atractivo y elegante como siempre, con el cabello rubio oscuro, el rostro entallado y los ojos de color ámbar. Se encontraba de pie de manera protectora al lado de su encantadora esposa de cabello oscuro, Emma. Se habían casado al poco tiempo de la desaparición de Spencer y habían provocado todo un escándalo.

Preston, Penelope y su abuela saludaron a Jane con calidez, y Richard sintió alivio de ver que las manos dejaban de temblarle.

Penelope le ofreció una sonrisa intensa.

—Ese vestido le sienta muy bien, señorita Grant.

—Permítanme presentarles a la señorita Jane Grant —les dijo Richard a Sebastian y Emma—. Mi prometida. Y, Jane, te presento al duque y la duquesa de Loxchester.

—Es un placer conocerla —dijo Sebastian con una sonrisa honesta. Desde septiembre, cuando Emma había entrado en su vida, se había transformado. Había pasado de ser un gruñón que en ocasiones no atinaba a decir ni una palabra en toda la velada a un hombre que sonreía y se comportaba como quien está contento y feliz con la vida.

Lo mismo había ocurrido con Preston, que siempre había sido un individuo sombrío, pero parecía haberse iluminado y haberse vuelto más amistoso gracias a Penelope.

—Hemos oído de usted, señorita Grant —le confesó Emma—. Preston nos lo contó y, por supuesto, esta mañana vimos el anuncio en el periódico.

—Espero que haya oído cosas buenas … —dijo Jane.

—Sin dudas —intervino Preston—. Le pido disculpas por las preguntas duras que le hice la última vez que nos vimos. Solo quería proteger a mi familia. La tengo en gran estima, señorita Grant, y lo más importante es que mi hermano la ama. Es fácil de ver.

Richard giró la cabeza hacia Preston con tanta prisa que casi se quiebra una vértebra. ¿Había oído bien? ¿Desde cuándo era fácil de ver que la amaba? Preston lo miró anonadado.

—¿Acaso no nos has dicho que estabas enamorado de la señorita Grant? —le preguntó Preston con una sonrisa inocente.

Oh, claro. Había dicho eso. Pero lo peor de todo era que la calidez que sentía en el pecho, la ligereza en el estómago y la sensación de que todo se iluminaba y mejoraba alrededor de la señorita Grant… todo eso sugería que sentía algo más de lo que quería admitir.

Jane lo miró con los ojos abiertos de par en par y llenos de preocupación. Richard sintió la mirada como un roce cálido sobre la piel.

—Claro que sí, tienes razón, hermano —repuso mirando a Jane a los ojos y dejó de respirar. Diantres, todo el mundo podría detenerse y desaparecer, y él no necesitaría más nada ni a más nadie que a ella mirándolo a los ojos.

—Estamos muy contentos de que hagas feliz a mi nieto, querida —agregó la abuela—. Dios sabe que se merece a una buena mujer que lo trate bien.

La conversación se concentró en temas de la boda y la planificación. Con la licencia especial ya adquirida y la iglesia reservada dentro de nueve días, lo único que faltaba hacer era preparar los festejos y organizar las decoraciones. Por fortuna, Calliope asumió la misión de definir el menú para el banquete,

arreglar las decoraciones y enviar las invitaciones con la señora Girdwood, el ama de llaves de Sumhall. Mientras hablaban del tema, Richard no pudo evitar mirar a Jane. Si no fracasaban, no habría ninguna boda. Allí se encontraba con su segunda prometida en otro compromiso condenado… Sin embargo, no quería que fuera así.

Emma y Sebastian se volvieron hacia Jane y le hicieron preguntas acerca de su familia. Calliope dijo con orgullo que Jane les enseñaba a los niños pobres de Whitechapel y que estaba feliz de tener una nueva hermana como ella. Todos la hicieron sentir bienvenida, y Richard vio cómo se le comenzaron a relajar los hombros, se le ralentizó la respiración y una sonrisa genuina le asomó al rostro.

Cuando alguien los interrumpió para saludar a la abuela, Richard le ofreció un brazo a Jane y la condujo alrededor de la sala. Quería que se sintiera tranquila y segura en presencia de sus seres más queridos. Sin embargo, sabía que no todos los miembros de la sociedad eran tan abiertos y amables. Ese era su campo, esa jungla social llena de predadores y presas, y debía asegurarse de que Jane se encontrara a salvo de cualquiera que deseara lastimarla.

Mientras caminaban por la habitación y avanzaban por entre los grupos de gente que conversaba y reía, varios conocidos los saludaron. Vio a la condesa de Whitemouth, con el cabello recogido y decorado con plumas amarillas que la hacían aparentar más grande de lo que era. La dama lo miró a los ojos y le asintió con la cabeza antes de posar la mirada sobre Jane arqueando una ceja. *Lady* Fairchild, que se encontraba de pie al lado de ella, miró a Jane como una gata enfadada.

De pronto, vio a una ex amante, *lady* Jasmine Stanley. Richard y ella habían tenido una corta aventura el verano anterior, antes de la desaparición de Spencer. La hermosa dama lo miró a los ojos, y una pregunta seductora le ardió en la mirada. Richard hizo un gesto amable y frío con la cabeza y miró a Jane, que miraba a la mujer con el ceño fruncido. Diantres. No quería que Jane creyera que estaba interesado en *lady* Stanley. La inesperada idea de lastimarla como *lady* Charity lo había lastimado a él se sintió como una bala que le atravesaba el corazón.

Tras pasar la mirada por la habitación y asegurarse de que nadie más lo viera, Richard permitió que la mano que le colgaba rozara la de Jane. Una ola de deseo cálido lo recorrió entero. ¿Cómo era posible sentir algo semejante con tan solo un roce? Sabía que ella también había sentido lo mismo, porque levantó la mirada para verlo y fue como si no hubiera más nadie que ellos dos en la sala. Nada más existía. Y Jane no apartó la mano.

—¿No me vas a regañar por tocarte? —la provocó con una sonrisa.

Jane acababa de abrir la boca para responder, cuando se oyeron unas voces entusiasmadas que provenían del centro de la habitación.

—¡*Lady* Isabella, por favor, toque una cuadrilla! —le pidió la hija más joven de *lady* Brewster, cuyo vestido estaba cubierto con unas imponentes rosas artificiales. Tenía la mirada destellante clavada en un atractivo joven—. ¡Tengo muchas ganas de bailar!

—Beatrice, querida —intervino *lady* Brewster—, no creo que nuestros invitados estén predispuestos a…

—Tonterías, mamá. —Su mirada aterrizó sobre Richard y Jane—. Sé que *lord* Richard jamás se negaría a bailar con su nueva prometida, ¿no es así, *lord* Richard?

Richard asintió con la cabeza y se volvió hacia Jane.

—Sí. ¿Qué dice, señorita Grant?

Jane tragó con dificultad y parpadeó nerviosa.

—Todo irá bien —le prometió en voz baja para que solo ella lo oyera—. Todos te están mirando para admirar lo hermosa que te ves.

—Si tú lo dices. Siento como si se estuvieran preguntando por qué voy vestida de este modo para fingir que encajo aquí.

Richard se rio con suavidad.

—Jane, deberías verte del modo en que yo te veo.

Alentadas por Beatrice, cinco parejas más se pararon en dos líneas y, cuando sonaron las primeras notas de una cuadrilla, comenzaron a bailar. Hacía cinco años, Richard había bailado con una dama de la que creyó estar enamorado, una dama que era

perfecta y hermosa en todos los sentidos, y se movía con gracia y desenvoltura.

De repente, al acercarse a Jane y tomarle la mano en la suya, mientras bailaban, tuvo la claridad devastadora en el corazón de que la amaba. Solo le había llevado seis días a esa mujer extraordinaria capturarle el corazón. Jane Grant, que se salteaba algunos pasos y tenía las mejillas sonrosadas de los nervios y las manos temblorosas, era la mujer más hermosa que había conocido, así como también la más bondadosa y la que tenía el corazón más valiente. Era una princesa entre los ladrones, al mando de niños, perros y hombres armados. De haber sido una diosa, hubiera sido Artemisa, la diosa de la caza.

Lady Charity había sido todo lo que un caballero querría en una esposa: hermosa, bien educada, amable, gentil y muy popular. Richard la había amado sin saber que eso no acabaría bien. Pero con Jane lo sabía. No había futuro alguno para ellos. Jane le había dicho que no quería casarse. Solo lo estaba usando para huir de una obligación impuesta por su hermano.

Y cuando descubrieran la verdad acerca de Spencer, Jane no quedaría atada a él porque la farsa llegaría a su fin. Y Richard volvería a quedar con el corazón hecho añicos.

19

Cuando sonaron las últimas notas de música, Jane hizo una reverencia propia de una dama, y Richard se inclinó en respuesta. Durante la cuadrilla, no le había quitado los ojos ardientes de encima ni un instante. Y en el medio del baile, cuando lo pisó por tercera vez en el pie y masculló una disculpa, su mirada se había intensificado tanto que sintió que le quemaba la piel. Sin dudas, se arrepentía de haberla invitado a bailar. Lo debía de haber avergonzado delante de esas personas elegantes, hermosas y agraciadas.

Mientras las parejas se retiraban del centro de la habitación, Richard le tocó el codo con disimulo, para que nadie los viera.

—Sígueme, Jane. Debo hablar contigo.

Estaba a punto de ponerle fin a esa relación falsa. Sus habilidades sociales y en la pista de baile no eran suficientemente buenas para que tolerara que lo vieran en sociedad con ella.

—¿Por qué? —le preguntó.

Sin embargo, no le respondió. En lugar de hacerlo, la condujo a través de la habitación atestada de gente hacia la oscuridad del jardín que se extendía al otro lado de las puertas francesas.

Jane sintió que estaba un poco fresco afuera, pero como tenía calor por haber estado saltando y moviéndose, le resultó agradable. Por un momento, tras salir de la habitación iluminada y adentrarse en las penumbras, se quedó ciega. La única luz que caía sobre el jardín provenía de las ventanas iluminadas de la sala de estar.

Allí estaba más tranquilo; las risas, la música y las conversaciones quedaban amortiguadas por las paredes de la casa. Podía oír las hojas que se mecían con suavidad en el viento, y el aroma de las rosas era más intenso, pero a la vez menos abrumador en el espacio abierto. Se encontraba a solas con él, de nuevo, a pesar de que había estado intentando mantener la distancia. ¿Por qué no podría resistirse a él? A la hora de ser honesta, no hubiera querido estar en ningún otro sitio.

Tenía la respiración agitada y, de pronto, sintió que el vestido era demasiado limitante, el corsé se le clavaba contra los laterales y debajo de los senos. Alzó la mirada a su rostro. Solo veía los ojos oscuros y destellantes y el pecho ancho que también se le inflaba y desinflaba acelerado.

—Por todos los cielos, Jane —murmuró—. ¿Cómo puedes verte de ese modo? Me ruegas que te bese…

Jane no podía creer que lo oía decirle eso luego de la torpeza con la que había bailado y el modo incómodo en el que había hablado con su familia y sus amigos. Había sentido los ojos maliciosos y llenos de prejuicio de varias damas presentes sobre ella.

—Richard…

—Eres magnífica —le dijo—. Solo quería decírtelo. No dejes que nadie dictamine quién eres y a dónde perteneces. Perteneces allí. —Señaló la luz detrás de las puertas—. Pero solo si tú lo quieres.

Se acercó un paso a ella, y Jane inhaló su embriagante aroma masculino. Richard la acorraló contra la pared de la casa.

—¿Qué haces? —El pulso le latía acelerado en los oídos—. Acordamos… que no nos tocaríamos…

Richard asintió con una mirada increíblemente salvaje.

—Ni nos besaríamos. —Acto seguido, inclinó la cabeza y le acercó los labios a los suyos—. Dime que no lo deseas. Solo dilo y me detendré…

Jane inspiró una profunda bocanada de su aroma limpio. «Dile que no. Es un libertino… esto es lo que hace. Nada de esto significa nada para él…». Aun así, sus labios no pudieron moverse para decir que no. Solo querían decir que sí.

—Es la última oportunidad, Jane… —Se acercó tanto que pudo sentir la calidez de su aliento contra los labios.

—Oh, maldición… —soltó al fin.

Richard se rio entre dientes y le ofreció una sonrisa de satisfacción masculina. Y luego hizo exacto lo que Jane se había prometido no solo a ella, sino también a él, que jamás volverían a hacer. Ese era uno de los motivos precisos por los que Thorne lo mataría. Y, sin dudas, si alguien los viera, su reputación quedaría mancillada, por más que fuera su prometida.

Richard le envolvió los magníficos brazos duros por la cintura y la besó. Tenía unos labios tan cálidos y suaves que al rozarles los de ella con una presión deliciosa, la hacía derretirse. Se sentía muy bien apretado contra ella, y Jane no podía pensar en más nada que eso. El simple hecho de sentir sus labios le bastaba para que la recorriera una ola ardiente.

Richard tenía una barba incipiente que le producía un leve ardor. Sus brazos fuertes la abrazaban como si fuera un tesoro, y su aroma masculino y lascivo la hacían olvidarlo todo… La hacían desear más. Pero no debería. «Recuerda que esto era justo lo que querías evitar».

—Richard… —dijo en un murmullo contra sus labios.

—¿Mmm? —le respondió sin despegar los labios de los de ella.

—No podemos hacer esto, Richard —continuó—. Te lo dije…

—Pero quieres hacerlo. —Le acarició la mejilla con los nudillos—. Prometida…

El sonido de la música se colaba por las puertas francesas. A tan solo unos pasos de ellos, alguien podría salir. Y no le quedaría más remedio que casarse con él de verdad, lo que arruinaría cualquier sueño de construir una escuela más grande en Whitechapel.

—Ese es el punto concreto. No soy tu prometida. Estamos fingiendo, le estamos mintiendo al mundo entero, pero los dos sabemos que no nos vamos a casar.

Los ojos de Richard se tornaron tan intensos, que un escalofrío la recorrió. Luego bajó la mirada a los labios de ella y continuó descendiendo.

—Eso no debería impedir que disfrutemos de nuestra compañía.

Jane negó con la cabeza y se salió del abrazo para alejarse de él y adentrarse en la oscuridad del jardín. El fuego de las antorchas del jardín iluminaba la silueta alta y musculosa vestida con prendas de caballero.

—No quiero caer por tus halagos. Si alguien sale por esa puerta… —señaló la puerta detrás de la que bailaban las damas y los caballeros—, te verás forzado a hacer algo que no deseas… casarte conmigo.

Richard se quedó petrificado, al tiempo que cambiaba la mirada y las comisuras de los ojos se le tensaban en una expresión de dolor. Separó los labios, pero no emitió sonido alguno.

Jane se sintió conmocionada. ¡Había alguien allí! Miró por encima del hombro, pero solo vio un banco vacío con un rosal a ambos lados. Escudriñó la oscuridad intentando descifrar si había alguien oculto entre las sombras. Cuando miró a Richard, vio que tenía los ojos llenos de dolor y arrepentimiento.

—¿Qué sucede? —le preguntó acercándose a él.

Él se rio y negó con la cabeza moviéndose a un lado para apartarse del banco.

—Tienes razón. No deberíamos haber venido al jardín. No estaba pensando… Sucedió aquí, en este mismo punto.

—¿Qué cosa? —le preguntó con la mirada clavada en la espalda ancha.

—Lo de *lady* Charity.

Jane apoyó la mirada sobre el banco erosionado, al tiempo que asimilaba lo que le dijo.

—¿Quieres decir que allí es donde la viste con su amante?

Richard asintió con la cabeza. Jane se detuvo a su lado y alzó la mirada hacia él. Tenía el perfil en penumbras, la mirada agrandada y acechada.

Se mordió el labio.

—Ella no te merecía. Traicionar a alguien como tú… No me puedo imaginar que ninguna mujer haga eso.

Richard se volvió hacia ella con los ojos intensos y bien abiertos.

—¿No me merecía…? —repitió con la voz casi quebrada—. Jane, no tienes idea de lo que significa eso para mí…

Jane le veía el dolor en los ojos. Quería consolarlo y quitarle el dolor, pero no sabía cómo hacerlo.

—Sin embargo, yo creía que no me la merecía. Me culpaba a mí mismo. Pensaba que era demasiado agradable. Que le parecía aburrido. Que los hombres como mis hermanos, misteriosos, imponentes y predispuestos para una pelea, eran más interesantes. Durante toda la vida, he sentido que me ocultaba en las sombras de dos hermanos mayores y más atractivos de los que todo el mundo hablaba. Ellos eran el centro de atención. Spencer por ser brillante y encantador, y Preston por misterioso y taciturno. Yo siempre era el hombro sobre el que lloraban. Si mis hermanos no estaban disponibles para bailar, yo sí.

A Jane se le partió el corazón de imaginarse a una versión más joven de Richard: más tímido, más tranquilo y más dulce. Alguien que le habría gustado de inmediato.

—Ella era perfecta. —Dio tres pasos lentos hacia el banco y tomó asiento—. Era un ángel del que toda la sociedad hablaba. El diamante de la temporada, con una pureza muy transparente. Y me escogió a mí. A mí, que jamás había sido tan apuesto como mis hermanos, que siempre había sido el pacifista de la familia. El responsable, el sabio, el aburrido…

Y a Jane le hubiera gustado esa versión de él de todos modos. El responsable, el sabio, el aburrido… Lo último no era cierto. Pero las dos primeras describían su verdadera forma de ser. Y ella se podía describir del mismo modo: sabia, responsable y aburrida.

—Y luego llegó ella —continuó Richard observándola acercarse al banco para tomar asiento al lado de él—. La debutante de la que todos hablaban, con la piel perfecta, los ojos grandes y el frondoso cabello de color rubio. Todos la deseaban. Hubiera sido un excelente partido para cualquier soltero, pero me escogió a mí. —Richard se detuvo para reírse—. No lo podía creer. Yo soñaba con ella. En lo único que podía pensar era en ella. De lo único que podía hablar era de ella. Por eso, le propuse matrimonio, y aceptó. Su padre estaba muy feliz. La boda se fijó en dos meses. Ella era mi primer y único amor. Me sentía volar.

Jane detestaba oír que había amado a otra persona. Ella había pensado que el libertino en el que se había convertido no era capaz de sentir amor. Que solo iba por las conquistas.

Jane tragó con dificultad.

—¿Crees que te amó?

Richard la miró a los ojos y parpadeó.

—En ese entonces, sí lo creía. Pero ahora me doy cuenta de que no creo que me haya amado en lo más mínimo. Debería haber notado que nuestras conversaciones parecían forzadas. Que sonreía y veía a otros hombres a los ojos con la misma intensidad que a mí… y, en particular, a un hombre.

—¿Quién era?

—El vizconde Simpson. Era tan apuesto como mis hermanos. Y sucedió durante una velada de *lady* Brewster, justo aquí. Salí al jardín en busca de ella y la encontré. Estaba sentada en este banco, en sus brazos… —sus ojos llenos de dolor se clavaron en los de ella—, besándolo. Él tenía la mano apoyada en uno de sus senos, algo que jamás me había atrevido a hacer por temor a deshonrar a la mujer que amaba.

Se aclaró la garganta. A Jane le dolía oírlo tan lastimado. Si lo hubiera visto con otra mujer… De solo imaginárselo, sentía como si le hubieran clavado un trozo de vidrio en el corazón.

—Conmocionado, observé a otro hombre abrazar a mi prometida —continuó Richard—. Cuando me vieron, no dijo nada. No lo negó, ni rogó, ni pareció sentirse culpable. Simpson me dijo que él se casaría con ella, y *lady* Charity añadió que el compromiso estaba roto. Quizás me haya usado para conseguir a Simpson. Jamás lo comprobé ni quise hacerlo. Pero no fui suficiente para ella.

Tragó con dificultad, y Jane le apoyó la mano sobre la suya, que era más grande y estaba cálida. Richard giró la palma, y entrelazaron los dedos. El roce le resultó relajante y tranquilizador. Incluso amistoso.

Jane vio en sus ojos la decisión que debió de haber tomado en ese momento.

—¿Fue entonces que decidiste que jamás te casarías?

—Sí, para demostrarle a *lady* Charity, a mis hermanos, a la sociedad entera y, sobre todo, a mí mismo que no era una alfombra a la que se podía pisotear. Me convertí en un libertino como Simpson y mis hermanos. Aprendí a acallar al joven que era tímido, honorable y amistoso. Imité a mis hermanos, comencé a hacer lo mismo que ellos, a hablar como ellos y vestirme como ellos. Al cabo de poco tiempo, era otro seductor. Un libertino irresponsable. Tomaba amantes que iban desde esposas aburridas y carentes de amor hasta viudas que necesitaban atención masculina o solteronas que sabían muy bien lo que estaban haciendo. Comencé a pasar tiempo en los burdeles. Hacía de todo para ahogarme en la atención femenina y olvidar que el corazón aún me dolía.

Imaginárselo en los brazos de tantas mujeres le hizo sentir náuseas. Y como si pudiera leerle los pensamientos, Richard frunció el ceño. Luego le apoyó un dedo debajo del mentón y se lo alzó para obligarla a mirarlo a los ojos.

—Disculpa. Quizás no debería hablar de eso. Pero te prometo que desde que entré en tu escuela y quedé con las prendas cubiertas de barro, no ha habido nadie. Ni tampoco he mirado a nadie más que a ti.

Jane sintió una ola de calor en las venas, como un rayo de sol. Negó con la cabeza y ocultó una sonrisa.

—Es tu pasado. Quiero conocerte. Por completo. Quiero saber qué cosas te hicieron… ser como eres. Según lo veo, el mayor error de *lady* Charity ha sido perderte.

Richard se rio entre dientes y sacudió la cabeza.

—Señorita Jane Grant, ¿qué voy a hacer con usted?

Jane se mordió el labio con el corazón desbocado.

—Y, para que lo sepas, no tienes nada de aburrido. Eres de lo más… fascinante.

De hecho, fascinante no era la palabra adecuada. En ocasiones, la hacía enfurecer, pero también la hacía sentir comprendida. Aunque también la había traicionado. Y no podía negar que la hacía sentir presente. La hacía sentir viva. Y sin importar lo que hiciera, jamás la hacía sentir sola.

Quería descifrarlo, comprenderlo, aprender cada pequeño detalle de él. Estaba lleno de contradicciones. Era tan hermoso que podría tener a cualquier mujer que deseara, y, sin embargo, en el fondo, era tímido. Era un libertino, pero había amado con todo su corazón. Tenía una familia cálida y cariñosa, pero se sentía solo porque se creía diferente. Tenía el dinero, la influencia y el tiempo para hacer lo que quisiera, pero se sentía inútil.

Ojalá pudiera verse como lo veía ella…

—¿Fascinante? —Se rio entre dientes y le acarició la mejilla con los nudillos—. No soy nada fascinante, dulzura, pero gracias por decir eso.

—Para mí… lo eres.

La mirada de Richard se tornó aún más cálida.

—Solo intento decirte —continuó— que no debes permitir que una mujer que no te merecía te arruine el resto de la vida. Aunque yo no sepa nada del amor…

Y, así y todo, algo le decía que podría saber más de lo que creía…

El rostro se le relajó hasta que se encontró suave; el rastro de dolor del que le había hablado se desvaneció.

—Nunca le conté los detalles de lo que había sucedido con *lady* Charity a nadie, ni tampoco cómo me impactaron —le dijo—. Calliope sabía algo, pero era demasiado joven y no podía hablar con ella de eso. Mis hermanos veían mi dolor, pero su forma de ayudar era llevarme a un burdel para olvidar. Pero esto… —Alzó las manos unidas y le depositó un beso en el dorso haciéndole sentir un escalofrío—. El simple hecho de hablar con alguien que me escucha… que me comprende… que cree que no ha sido mi culpa… que el amor…

De repente se calló, y un dejo de dolor le nubló la mirada.

—¿Que el amor qué? —le preguntó Jane con delicadeza.

Richard clavó la mirada en el suelo.

—Nada.

—¿Qué sucede? —Alzó la mano al rostro y se la apoyó contra el mentón para girarlo hacia ella—. Por favor, dímelo.

Su mirada oscura se clavó en la de ella y no quedó ningún escudo, ninguna pared y ninguna barrera. Solo había un joven lleno

de esperanzas, sin dolor y vulnerable, quizás como había sido cuando conoció a *lady* Charity.

—Mis padres se querían mucho. Y eran muy felices, Jane. De niño, creía que todas las familias serían así. Estaba seguro de que mi familia también lo sería algún día.

Jane comenzó a hundirse en la hermosura de sus ojos. El corazón se le subió a la garganta aleteando como un ave. Una pregunta nació en el corazón de ese pájaro… una pregunta que se moría por hacer, pero a la vez temía hacerla. A pesar de eso, se abrió paso, como si no hubiera salido de su propia boca.

—¿Crees que el amor puede ser posible de nuevo para ti?

Richard no le respondió durante tanto tiempo que se sintió como una eternidad. Luego, con la voz ronca, repuso:

—Comienzo a creer que sí.

Jane asintió con la cabeza temblando… pero no era de frío.

El ave que le revoloteaba en la garganta rezaba, deseaba y cantaba una visión hermosa e imposible de un futuro en el que la persona que Richard veía en su vida era ella.

20

Ocho días para la boda...

Como habían acordado, Richard llegó al día siguiente a Elysium para recoger a Jane e ir en busca de Reuben. Se apeó del carruaje, y las botas aterrizaron sobre la calle de tierra seca. Dos de los hombres de Thorne se encontraban de pie en la entrada del club y lo observaban.

Como sabía que necesitaba un motivo para ver a Jane, Richard se volvió hacia el mercado que rebosaba de vida y estaba atestado de vendedores y clientes que regateaban y niños que jugaban. Un grupo de méndigos se apiñaba cerca de los puestos con los ojos cansados y llenos de esperanza. Richard les depositó unas monedas en las tazas, y los rostros se les suavizaron de sorpresa y gratitud. El aroma a castañas rostizadas y los acordes distantes de una flauta y un tambor invadían el aire.

Richard deambuló por la primera fila del mercado y compró un ramo de flores silvestres para Jane y dos docenas de unas tentadoras tartas para los niños. La vendedora de melocotones, que le había vendido todos los bienes que tenía disponibles, le empacó las tartas con los ojos destellantes.

Las vistas del mercado le despertaron una cálida sensación de empatía. Comprendía por qué Jane sentía tantas ansias de ayudar a esa gente. Y estaba en lo cierto: tenía tanto los medios financieros

como el estatus social como para marcar un verdadero cambio. Hasta Thorne Blackmore, un criminal, había hecho más por ellos que Richard. Con la mirada recorría las casas dilapidadas, la gente con prendas emparchadas y mugrientas que se movían de un punto al otro y los méndigos con harapos y se le aceleró la mente. Una propiedad en esa zona debía de ser poco costosa, y parecía haber una abundancia de personas dispuestas a trabajar. ¿Sería que podría hacer algo allí que beneficiara a la comunidad y creara una oportunidad de negocios?

Mientras pensaba en eso, Richard regresó a Elysium. Los dos centinelas seguían en sus puestos y lo miraban con los ojos entrecerrados y llenos de sospecha. No habían estado allí en las dos ocasiones anteriores que había visitado el lugar. A lo mejor, había tenido suerte de que se encontraran en una pausa, porque cada vez que iba a Elysium como cliente, había visto guardias que controlaban las membresías y garantizaban el orden. Al parecer, se le había acabado la suerte. O quizás, Thorne se había asegurado de eso.

—*Lord* Richard —lo saludó uno de los hombres—. Por favor, díganos a qué viene.

—Me gustaría visitar a la señorita Grant y a los niños en la escuela. He traído tartas para los jóvenes y flores para la señorita Grant.

Al oírlo, los ojos de los dos hombres se suavizaron. Uno de ellos asintió con la cabeza.

—No creo que el señor Blackmore se oponga a eso, pero iré a preguntar qué hacer. Jane aún no ha terminado sus clases. Aguarde aquí.

El hombre desapareció y regresó al cabo de varios minutos y le asintió con la cabeza a Richard.

—El señor Blackmore no ve ningún daño en la visita. Sin embargo, la señorita Grant no se marchará con usted.

Eso suponía una complicación. Richard se preguntó si Thorne sospecharía de él luego de descubrirlo con Jane tan temprano por la mañana.

Jane le había dicho que Reuben debía de estar en casa a esa hora del día y esperaba hablar con él en privado. ¿Cómo lograrían

escabullirse con esos dos pendientes de todo?

—De acuerdo —dijo Richard.

—Le abriré la puerta —le dijo el hombre y, cuando se dirigió a la entrada del patio, Richard lo siguió de cerca.

Mientras el guardia abría la puerta, sintió un estremecimiento de entusiasmo que hizo que se le acelerara el pulso. Atravesó la puerta e inhaló la extraña mezcla de aromas a productos recién horneados, los caballos y el hierro cálido y fundido que le dio la bienvenida. No podía evitar apresurarse, aunque sabía que la clase de Jane no acabaría hasta dentro de una hora. Su impaciencia lo sorprendió; estaba tan ansioso por verla como un jovenzuelo.

El patio estaba en pleno auge de actividades: una mujer cuidaba del gallinero con movimientos que hacían que las gallinas cacarearan agitadas. De los establos, se oía el resoplido suave de un caballo mientras el mozo de cuadra lo cepillaba. En el aire sonaba el martilleo que provenía del taller del herrero.

Tras acercarse a la pequeña construcción de piedra donde se encontraba la escuela, en el centro del patio, abrió la puerta con cautela. Pero Hercules delató su llegada con unos ladridos excitados. La puerta se abrió de par en par, y Jane le ofreció una sonrisa radiante, al tiempo que siete pares de ojos bien abiertos se clavaban en él.

Hercules saltó y sollozó golpeándole la mano con la garra, pero Richard no logró apartar la mirada de Jane. Tenía un atuendo diferente ese día, algo completamente distinto a los vestidos grises y marrones que solía llevar. Se había puesto un vestido de color azul pálido, simple y elegante que se le entallaba a la silueta. Unos patrones bordados le decoraban el borde de la falda. También tenía un jubón de color azul oscuro intenso y unos hilos dorados.

También parecía haberse arreglado el cabello de otra manera, y unos rizos le caían alrededor del rostro enmarcándoselo a la perfección. Su postura decía mucho: tenía los hombros encuadrados, la espalda erguida, una expresión serena en el rostro y un brillo nuevo en los ojos. Una ola cálida lo recorrió entero al verla tan cómoda y segura de sí misma.

—Disculpe —comenzó con los ojos pegados a ella—. No tenía la intención de interrumpir la clase. Solo quería… observar.

—Llega temprano —le dijo con una sonrisa dulce en los labios. Una sonrisa que anheló besar.

—No veía la hora de verla —le confesó en un tono de voz bajo que apenas fue un susurro. Las dolorosas asociaciones de antes con el jardín de *lady* Brewster habían quedado reemplazadas con recuerdos de Jane. Ahora ese era el lugar en que una hermosa mujer en la que no podía dejar de pensar le había dado una nueva esperanza y había comenzado a sanarle las heridas del corazón.

Las mejillas de Jane adoptaron un delicado tono rosado, al tiempo que se le aceleró la respiración. La implicación quedó colgando en el aire, y la respuesta suave de ella solo logró enfatizarla.

—Oh, bueno, aun así, tendrá que esperar.

—Por supuesto —respondió mientras le extendía el ramo. Jane lo aceptó con los labios separados por la sorpresa e inhaló el aroma de las flores—. Y estas —prosiguió presentando el paquete de tartas envuelto en hojas de periódico— son para los niños.

Aceptó las tartas con una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias.

Cuando el aroma de las tartas recién horneadas quedó flotando en el aire de la habitación, los niños comenzaron a hablar entusiasmados. Una de las niñas se apresuró a ayudar a Jane con las tartas mientras Hercules clavaba la mirada en el paquete con profundo interés.

—Aguardaré a que termines —le dijo Richard mientras se volvía para marcharse—. Ven, Hercules, es hora de ir a pasear.

Jane asintió con la cabeza y le regaló una sonrisa especial que le hizo sentir un aleteo en el corazón.

—Gracias, Richard —repitió.

El modo en que pronunció su nombre de pila se sintió como una promesa secreta entre los dos. Richard tomó la correa de Hercules y le dijo:

—Es un placer, Jane.

Él y Hercules tomaron un breve paseo mientras esperaban por el momento perfecto para regresar al patio. Cuando lo hicieron, se encontró con la visión de los niños que salían de la pequeña sala de clases con los rostros relajados y llenos de alegría; eran expresiones muy diferentes a las que les había visto en los rostros la primera vez que los conoció. Sin dudas, se debía a la influencia de Jane. Tenía razón. La escuela era importante.

Los observó partir por la puerta y regresó al lado de Jane.

—Tu hermano no quiere que te marches conmigo hoy —le informó observando cómo el rostro se le tornaba serio—. No le molesta que te visite, pero no nos podemos marchar juntos.

—Está bien —repuso Jane—. Oí que Reuben se marcha para hacerle un recado a Thorne esta noche. Debemos darnos prisa para verlo. Solo faltan ocho días para la boda, y no sé cuándo regresará.

Richard esperaba sentir un escalofrío recorriéndolo al oír las noticias de que la boda podría ser inevitable y que tendrían que llevarla a cabo, pero en lugar de eso, la idea de casarse con ella le hizo sentir una calidez en el centro del ser.

—Debemos encontrarnos en otro punto —sugirió—. Te dejaré sola y me aseguraré de que los muchachos me vean partir en el carruaje. Me detendré a una o dos manzanas de aquí. Aguarda un tiempo y luego diles que irás a comprar o a hacer un recado. ¿De acuerdo?

Jane asintió.

—Sí, eso podría funcionar. Les diré que tengo que comprar algo para los niños en el mercado. Quizás uno de ellos venga conmigo, pero estoy segura de que puedo perderlo una vez allí, porque siempre está abarrotado de gente. Aparca el carruaje en la calle Bristle, y yo te buscaré.

—Jane —le dijo soltando una risa—, compites en la misma liga que Calliope. —Richard disfrutó del brillo de entusiasmo que le vio en los ojos, aunque era consciente de los peligros de su plan—. Pero, por favor, no lo hagas.

—No lo haré. —Jane soltó una risita.

—Te veo en un rato —se despidió entusiasmado con la idea de pasar más tiempo con ella ese día.

Jane le ofreció una de sus hermosas sonrisas en respuesta. Richard asintió con la cabeza y se marchó. Mientras cruzaba la puerta, miró a los dos centinelas que, como había esperado, repararon en su partida. Cruzó la calle y le dijo al cochero a dónde ir antes de meterse en el carruaje.

Se marcharon y, con gran satisfacción, observó que los guardias seguían el carruaje con los ojos. Todo marchaba bien.

Al cabo de unos minutos, el cochero giró hacia la izquierda y detuvo el carruaje en una calle tranquila con más casas rotas y torcidas con agujeros en los tejados y ventanas cubiertas con paneles. No dejaba de mirar afuera de la ventana con la esperanza de ver la delgada silueta de Jane en cualquier momento, pero el tiempo se estiró como la piel: largo y peligroso.

Debió de haber transcurrido una hora antes de que por fin la viera avanzar a paso apretado hacia él, con una cesta en una mano y Hercules pisándole los talones. Le dio la dirección al cochero y se subió al vehículo. Mientras Hercules se subía de un salto, Jane colocó la cesta sobre el asiento.

Y luego quedaron deliciosamente a solas.

21

En la penumbra del carruaje, Jane apoyó la intensa mirada gris sobre él.

—¿Tuviste que huir de tu chaperón? —le preguntó Richard.

Jane se rio entre dientes.

—Sí, me resultó fácil perderlo entre la multitud.

Richard le devolvió la sonrisa.

—Jane, cuando hablemos con Reuben, y si decide contarnos lo que necesitamos saber…

Jane negó con la cabeza.

—No estés tan seguro. Podría negarse —le dijo en apenas un susurro.

—Pero si lo convences…

La insinuación estaba clara. Si convencía a Reuben y descubrían lo que buscaban, todo eso entre ellos dos acabaría. El pensamiento fue como un peñasco que se le hundía en el alma. Tenía ganas de decirle que no quería que se acabara, pero eso querría decir que tendrían que casarse.

El aroma a lavanda que emanaba de ella tapaba el olor a humedad del carruaje. El corazón le latía acelerado al clavar la mirada en los labios separados que tenían un leve temblor.

—Si lo convenzo —continuó parpadeando varias veces—, esta farsa, de una vez por todas, llegará a su fin, y podré volver a trabajar en mi escuela sin ninguna necesidad de andar paseando por Hyde Park o asistiendo a bailes y veladas. Y tú serás libre.

A Richard se le secó la garganta y tragó con dificultad.

—No sé si quiero librarme de ti.

Jane se quedó sin aliento al oír esa confesión. Richard tomó consciencia del calor que irradiaba su cuerpo, que se encontraba a una mano de distancia.

—No me puedes decir que lo que ocurrió entre nosotros no significó nada para ti. Dime que no has disfrutado nuestros besos —le dijo con la voz baja e intensa—. Que te tocara…

A Jane se le oscurecieron los ojos y le destellaron. El cuerpo se inclinó con delicadeza hacia él. Y luego negó con la cabeza.

—Eso no importa —le respondió—. Lo que importa es… que tú jamás tuviste la intención de casarte conmigo, y yo no puedo casarme contigo.

El rechazo le dolió.

—¿De verdad no puedes, Jane? —le preguntó con suavidad—. ¿No te das cuenta de que te he contado cosas que jamás le había contado a nadie en mi vida? ¿No ves que he dejado de irme con vueltas y que no veo a nadie más que a ti?

En el carruaje reinó el silencio entre ellos. Jane apretó los ojos y entreabrió los labios como para decir algo, pero no pronunció ni una palabra. El corazón de Richard parecía vibrar y crujir, como si se le hubiera desatado una tormenta eléctrica en el pecho. Jane le sostuvo la mirada durante un prolongado momento mientras el carruaje continuaba sacudiéndose y traqueteando bajo sus pies.

—Richard, te quiero creer, pero…

—Pero ¿qué, Jane? —le preguntó en un murmullo, rozándole la oreja con los labios—. Debes darte cuenta de que no puedo estar apartado de ti.

Se inclinó y le rozó los labios con los suyos. El beso fue una caricia suave que le hizo sentir una ola dulce y deliciosa en las venas. El aroma a jabón de lavanda y algo floral que era la esencia personal de ella le llenó las fosas nasales. Lo inhaló profundo y se le extinguieron todos los pensamientos como la mecha de una lámpara de aceite… todos excepto el de desear besarla más. Sentir esos labios suculentos y suaves. Cuando Jane abrió la boca, deseó

saborear su lengua dócil y su sabor fresco y herbario que le resultaba tan embriagante como una copa de coñac.

Lo único que pudo hacer fue envolverla en sus brazos. Por todos los cielos, qué pequeña y frágil se sentía en sus brazos, era como si pudiera envolverla entera y ella se convirtiera en parte de él. Con la sangre ardiéndole en las venas, profundizó el beso. Le acarició la lengua con hambre de más… estaba famélico por cualquier cosa que pudiera ofrecerle. Luego le cerró los brazos alrededor de la cintura, y Jane arqueó la espalda para apretarse más contra él e incitarlo a que se la acercara aún más.

Richard estaba sin aliento. Lo único que podía sentir era su pequeño cuerpo cálido, su aroma impregnado en las fosas nasales y el sabor de su lengua.

Se la acomodó sobre el regazo e ignoró el gemido inconforme de Hercules.

—¿No ves que te quiero dar tanto placer y felicidad como puedas aceptar? —le preguntó en un murmullo mientras le besaba el rostro.

—Me prometí que no te permitiría hacer esto de nuevo —jadeó Jane mientras Richard descendía por el cuello e inhalaba su fragancia celestial. Le abrió el jubón y le besó la cima de los senos. Se los tomó entre las manos y los sintió a través del vestido y del corsé.

—Mírate —le dijo mientras lamía y mordisqueaba la carne deleitándose con el sabor delicioso de su piel—. No tienes ni idea de lo que me gustaría hacerte…

—Richard… —soltó con la voz baja y ronca—. No puedes hacerlo aquí.

Richard gruñó en respuesta. Estaba tan excitado, que le dolía el miembro que se le apretaba contra los pantalones.

—¿Y entonces dónde? —Continuó deleitándose con su piel cálida y suave—. Dime un sitio y una hora, y allí estaré.

—No podemos —le dijo sin aliento antes de apartarse.

Richard soltó un suspiro y enderezó la espalda mirándola. Tenía la respiración entrecortada y el corazón le latía desbocado contra el pecho. La erección se sentía tensa y le dolía de deseo por ella. Detenerse en ese momento le requirió tanta fuerza como detener a

un carruaje que avanzaba a toda velocidad. Pero su negativa le bastó.

—De acuerdo —le dijo sin dejar de abrazarla.

Hercules gimió y golpeó la cola contra el suelo del carruaje, de modo que se oyó un rítmico tamborileo antes de que apoyara las patas sobre el regazo de Richard.

Jane se rio, y a Richard le sonó como música para los oídos.

—Creo que Hercules también quiere un beso.

Richard se apoyó contra el respaldo del asiento sin dejar de sentir la calidez del cuerpo de Jane en la piel.

—Tu hermano no debería preocuparse de que vayas con Reuben o la criada —le dijo con un tono de entretenimiento—. Este perro es el chaperón perfecto.

Jane soltó un suspiro y se apartó de su regazo.

—De hecho, Hercules tiene razón. No puedes negarlo.

Richard tomó una profunda bocanada de aire y se obligó a pensar en cosas que le producían rechazo, como, por ejemplo, *lady* Whitemouth en pijama. Y así el miembro se le relajó de inmediato.

—¿Cómo están los niños? —le preguntó.

El rostro de Jane se iluminó de entusiasmo.

—Los niños están progresando mucho. Estoy muy contenta. Y lo más importante es que ellos también están disfrutando las clases.

Richard le sonrió.

—Me alegra mucho oírlo. Lo que has dicho antes acerca de que los miembros de la alta sociedad son muy ricos y esos niños pasan hambre y se ven obligados a cometer delitos… ¿Qué puedo hacer para ayudar? Lo pregunto en serio. Pídeme lo que quieras y haré los arreglos de inmediato.

A Jane se le suavizó la mirada y le apretó la mano. Hercules colocó la cabeza sobre el regazo de Richard, y este lo acarició.

—Necesitamos libros, papel, lápices, plumas y tinta. En este momento, solo tenemos esa sala detrás de Elysium, pero un día me gustaría tener un edificio entero en alguna parte de Whitechapel. Me gustaría contratar profesores, un cocinero y una criada. De modo que contar con dinero para hacer eso sería lo mejor.

Richard asintió.

—De acuerdo. Dime cuánto necesitas y me aseguraré de que lo tengas.

Jane le sonrió.

—Gracias, Richard. Estoy muy conmovida y agradecida. Esos niños han tenido una vida difícil, y siento que estoy haciendo algo muy significativo al ayudarlos.

Richard volvió a asentir con el corazón tenso.

—Admiro tu entusiasmo y tu pasión. Nuestras charlas… Me inspiras a hacer algo para hacer la diferencia.

—Qué maravilloso. ¿Qué tienes en mente?

—Bueno… Estoy pensando en abrir un negocio, como sugeriste, pero en alguna parte de Whitechapel donde pueda beneficiar a la comunidad. Estaba pensando en un molino que provea un ambiente de trabajo seguro y salarios dignos. No uno de esos que destrozan a la gente. No quiero ser uno de esos empresarios que hacen dinero a expensas de gente desesperada y muerta de hambre. No quiero contratar a niños como hacen muchos otros, sino ofrecerles a los padres un salario más alto y sugerirles que envíen a los niños a la escuela de mi esposa.

A Jane se le transformó el rostro, y Richard tomó consciencia de lo que acababa de decir. La escuela de su esposa… Su esposa… Había sido un simple desliz. Pero ¿por qué se sentía tan bien?

—Pero no seré tu esposa —aclaró Jane con los ojos abiertos de par en par detrás de los lentes—. ¿No es así?

Richard se obligó a sonreírle.

—Claro que no, Jane.

A pesar de eso, se sentía maravilloso imaginarse que, de hecho, sería parte de su vida todos los días. Que saborearía sus labios, le haría el amor todas las noches y hablaría con ella a diario. Que la vería, que estaría en su presencia y eso bastaría para iluminarle los días. El pecho le dolió al asimilar que ese sueño jamás se haría realidad.

Miró hacia afuera de la ventana, se enfocó en las casas venidas a menos, en la gente sentada en las calles pidiendo limosna, en los hombres amenazantes con los rostros enfadados y en las mujeres paradas en las esquinas para prostituirse. Para distraerse, dijo:

—Solo quise decir que comenzar algo aquí podría ser una idea inteligente. Adquirir tierra no debería ser costoso y construir algo con la mano de obra local les daría trabajo y dinero a los habitantes de la zona. Y luego les daría un empleo permanente.

—Suena maravilloso, Richard —le dijo.

Richard la miró a los ojos. Eso era lo que había hecho Jane. Le había dado una nueva visión de vida.

—Tengo que hablar con Spencer. Él es muy bueno para estas cosas…

La voz se le apagó al darse cuenta del segundo desliz que acababa de cometer en ese día, y vio que a Jane se le entristecía la mirada. Por eso, sacudió la cabeza.

—¿Preguntarle a Spencer? Pero ¿de qué hablo? Si aún no sabemos dónde está o si está vivo siquiera.

—Debes creer que está vivo.

Richard asintió, y algo se le rompió en el pecho.

—Nunca más quiero perder a un hermano.

Jane tragó con dificultad.

—¿Acaso ya habías perdido a un hermano?

—Sí, algo así —le respondió en apenas un susurro—. Cuando era pequeño, Preston era mi amigo más cercano. Lo adoraba. Cuando tenía seis años, Spencer y Preston tuvieron una pelea bastante fea y, en consecuencia, mis padres enviaron a Preston a un internado en Escocia. Un día simplemente se marchó.

A Jane se le suavizó el rostro con una expresión de empatía y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Lo comprendo. Es algo similar a lo que me ocurrió con Thorne.

Richard frunció el ceño.

—¿Acaso no crecieron juntos?

Jane asintió con la cabeza.

—Thorne era mucho más grande que yo, pero éramos muy cercanos. Pero algo muy serio ocurrió entre él y mi padre, y mi padre lo echó.

—Y sentiste como si te hubiera abandonado, ¿no?

Richard giró la palma de la mano y entrelazó los dedos con los de ella antes de apretarle la mano. Jane asintió intentando controlar las

lágrimas.

—Sí, me sentí muy sola.

En ese momento, el carruaje y el mundo exterior parecieron desvanecerse. Todo lo que permaneció fue la mirada cálida de Jane y algo que los unía como un hilo invisible.

Y, por primera vez desde que *lady* Charity lo abandonó, Richard sintió que había encontrado un hogar. Las paredes que había construido alrededor de su corazón comenzaron a quebrarse para dejar entrever la vulnerabilidad que había ocultado durante mucho tiempo.

Al mirar a Jane a los ojos, Richard supo que había tocado una parte de su alma que había olvidado que existía. Y se dio cuenta con una claridad aterradora de que se estaba enamorando de ella.

22

CUANDO EL CARRUAJE SE DETUVO, Richard se apeó primero y luego ayudó a Jane, que tenía la cesta en la mano, a descender.

Richard siguió su silueta majestuosa mientras atravesaba un pequeño patio rodeado de casas de ladrillo venidas a menos. Se mantuvo alerta de cualquier amenaza o peligro, aunque su mente lógica sabía que Jane estaba casi en casa en ese sitio. Había dos mujeres hablando mientras lavaban prendas con una tabla de madera. Dos niños pequeños vestidos con harapos jugaban en el suelo de tierra. Tres hombres conversaban en una esquina, y Jane se dirigió hacia ellos. Richard la siguió, al tiempo que Hercules encabezaba la marcha.

—No digas nada —le advirtió a Richard—. Déjame hablar a mí.

Hercules comenzó a ladrar amistosamente, pero los niños se asustaron y abrieron las bocas para llorar. Los tres hombres se volvieron con los ceños fruncidos, pero los rostros se les transformaron al ver a Jane.

—Janie —la llamó uno de ellos, que parecía tener unos cuarenta años, cabello pelirrojo con mechones grises y un par de ojos celestes bien abiertos. Avanzó hacia ella con una ancha sonrisa y los brazos abiertos.

—Atticus —lo saludó Jane con una sonrisa aún más ancha—. John, Ned, ¿cómo están ustedes? —les preguntó a los otros dos hombres.

John y Ned, que eran robustos y corpulentos, se veían algo más jóvenes que Atticus y también le ofrecieron una ancha sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Atticus—. ¿Nos has traído más libros para leer? Y algo de comer… —Posó la mirada en la cesta que llevaba en la mano, pero de inmediato la desvió hacia Richard y frunció el ceño—. ¿Por qué estás a solas con *lord* Richard? ¿Rubes no ha venido contigo?

—No te preocupes por *lord* Richard, se está asegurando de que esté a salvo.

—Por lo que he oído, debes estar a salvo de él —señaló Atticus con un gruñido y frunció el ceño aún más.

—Ha venido a ayudar, Atticus. Estoy completamente a salvo con él. He traído unos deliciosos bocadillos para ustedes —les dijo entregándoles la comida envuelta en trapos de lino que llevaba en la cesta—. Unos sándwiches de pollo con kétchup de hongos.

—¡Oh, qué delicia! —exclamó John mientras se frotaba las palmas y miraba la cesta.

Pero Atticus no estaba apurado en lo más mínimo y no despegó la mirada de Richard.

—Estaba buscando a Reuben. ¿Saben si se encuentra en casa? —les preguntó Jane.

—Reuben se encuentra en el sur haciendo un encargo para tu hermano —le respondió Atticus.

A Richard le dio un vuelco el estómago.

—Oh, no —exclamó Jane—. Oí que se marchaba esta noche.

—No, ya se ha marchado. ¿Por qué? ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Jane dudó unos instantes y Richard se puso tenso observándola.

—En realidad, quizás me puedas ayudar. ¿Por qué no les das los sándwiches a los muchachos? Me gustaría preguntarte algo.

Atticus asintió con la cabeza, desenvolvió la comida y se la entregó a los dos hombres, que comenzaron a devorarla con ansias.

Atticus, Jane y Richard se apartaron unos cuantos pasos, pero Hercules se quedó al lado de John y Ned, sentado con las orejas caídas y mirándoles las bocas, como si la misma esencia de toda la felicidad del mundo se encontrara en esos sándwiches.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Atticus.

—Me has conocido desde el momento en que Thorne me trajo aquí. Así que necesito que confíes en mí y que me ayudes.

—¿Qué sucede? —insistió Atticus con una mueca de preocupación en el rostro.

—Se trata del duque de Grandhampton —comenzó Jane, y a Atticus se le ensombreció el rostro—. ¿Qué ocurrió en concreto la noche en que debían darle una golpiza?

—¿Cómo sabes eso? —gruñó Atticus y cualquier indicio de amistad se desvaneció.

—Eso no importa. Lo que importa es que la familia del duque sabe que podría seguir con vida y que el cuerpo que enterraron no era el del duque. Por eso les gustaría encontrarlo. Si se encuentra en problemas, necesita ayuda.

Atticus fulminó con la mirada a Richard.

—Ya sabes que soy su hermano, Atticus —le dijo Richard—. Y yo soy el que lo está buscando. Por favor, dime lo que sabes.

A Richard se le aceleró el corazón en el pecho. Los ojos de Atticus se suavizaron durante un breve instante.

—Lo entiendo, es difícil —repuso Atticus—. Y desearía poder ayudarte, Janie, y a usted también, *lord* Richard. De verdad. Pero no puedo quebrar la confianza de Thorne, y tú tampoco deberías hacerlo.

Richard sintió un golpe de desilusión, y Jane soltó un profundo suspiro.

—Por favor, al menos no le cuentes que nos viste aquí… y que te preguntamos por eso. Por mi bienestar.

Atticus negó con la cabeza.

—Estás jugando con fuego, niña.

—Puede ser, pero la vida de un hombre está en juego.

Al final, Atticus asintió.

—De acuerdo. No le diré nada si no me pregunta. Pero si lo hace, no tendré más alternativa que decirle la verdad.

23

Cinco días hasta la boda...

A los tres días, Jane se encontraba en Sumhall Place, en el medio de un torbellino. En la recámara de Calliope se oían zumbidos típicos de una colmena mientras la señora Newman y sus costureras diligentes trabajaban y movían las agujas para coser una energía tangible alrededor de Jane, quien a pesar de los pensamientos tumultuosos que le acechaban la mente, se limitó a quedarse de pie tan serena como una estatua.

La boda sería en tan solo cinco días. Había intentado preguntarles a Ned y John si se habían encontrado con Reuben y Atticus la noche en la que desapareció el duque de Grandhampton, pero como los dos se rehusaron a decirle nada, había dejado de intentarlo por temor a que Thorne descubriera lo que estaba haciendo.

Ruby le había contado que Reuben regresaría esa noche, pero la esperanza de que él le dijera lo que le había pasado al duque se reducía cada vez más. Si Atticus, Ned y John se negaban a decírselo, ¿bastaría el vínculo especial que compartía con Reuben para que este traicionara la confianza de su señor y le confiara el secreto?

Con cada día que transcurría, se sentía más ansiosa de descubrir la información antes de que fuera demasiado tarde. Cada día parecía grabar más la imagen de Richard en su corazón. Y sus palabras, «mi

esposa», aún le resonaban en el interior, y le desgarraban el alma como una piedra que rebotaba sobre la superficie de un lago sereno.

Al ver su reflejo en el espejo, se quedó sin aliento. El vestido que se estaba probando era la visión de un cielo matutino: un color celeste grisáceo adornado con patrones de cristales que parecían delicadas flores recubiertas de escarcha. El busto del vestido comprendía de una elegante capa de encaje colocada con tanta suavidad que parecía pintada sobre la piel. No cabían dudas de que la prenda era hermosa, pero era su propio reflejo lo que le revolvió algo en lo más profundo de su ser.

Calliope, que se encontraba de pie al lado del espejo, le sonrió con un brillo de orgullo en los ojos.

—¡Qué transformación!

Penelope se acercó con una galleta de jengibre en la mano para mantener a raya las náuseas del embarazo.

—¡Oh, Jane! ¡Estás espectacular!

—Señora Newman… —Calliope se volvió hacia la modista—, se ha superado. ¡Y tan rápido! Jane, podrías usar este vestido para la boda.

Jane contuvo el aliento mientras la embargaba la ola fría de la realidad. Pero se recordó que no habría ninguna boda. Se obligó a sonreír y buscó la mirada de Calliope en el espejo.

—O no —añadió Calliope, al tiempo que se le desvanecía la sonrisa como una flor marchita—. Obviamente, deberías tener un vestido de boda como corresponde. Pero… no tenemos mucho tiempo.

Emma, la duquesa de Loxchester, se detuvo cerca y recorrió con los dedos la sedosa tela de un vestido de baile de un exquisito tono entre rosado y plateado. Al lado de ese, había otros tres vestidos más: dos en tonos plateados y azules y uno de un intenso color rojo. Jane jamás se había atrevido a usar algo tan audaz y llamativo.

—Hagas lo que hagas, Richard estará encantado —le aseguró Emma—. Pero lo más importante es que tú también lo estarás, ¿no?

El labio inferior de Jane halló refugio entre los dientes, al tiempo que una incertidumbre sutil e insistente se desataba en su interior. ¿Alguna vez se podría ver como una de esas damas, vestidas con las

prendas más delicadas, con los tocados a la última moda y destellando en el centro de todas las miradas de admiración? ¿O estaba destinada a regresar a Whitechapel, a camuflarse en el trasfondo de modestos marrones y grises, con un simple moño en el cabello y la mirada oculta tras las gafas?

La dama que la miraba en el espejo era una desconocida, una aparición de otra vida. No era la adolescente insegura de su pasado, sino una mujer que conocía la atracción del abrazo de un caballero y el potencial seductor de un compromiso temporal.

La dama en el espejo, adornada con tela de seda y encaje sofisticado, parecía demandar toda la grandeza de los mejores salones de baile de Londres. Parecía lista para exigir respeto y para plantarse delante de una multitud de críticos hirientes. ¿Sería que esa mujer pertenecía en una de las grandes mansiones de Mayfair con los ventanales altos, las paredes llenas de obras de arte y un sinfín de criados?

—De seguro que estaré encantada —afirmó Jane con una nueva convicción en la voz—. Ya lo estoy. Y por supuesto que lo puedo usar para la boda.

Había experimentado una euforia similar al probarse el vestido de Calliope, pero en esta ocasión, la sensación era diferente porque esas prendas eran de ella, las estaban confeccionando especialmente para ella, para que se adaptaran a su silueta y su color de piel.

Recordó el contraste absoluto al modo en que *madame* Dubois la había hecho sentir, y sintió un profundo agradecimiento hacia Richard y Calliope. Ellos creían que se merecía esa elegancia y, aunque ella aún no acababa de aceptar esa idea, la confianza que denotaban los hermanos la llenaba de esperanza. ¿Podría atreverse a soñar con la vida que podría haber vivido si el destino no hubiera intervenido?

—Y deberías —le dijo Penelope.

Emma jugueteaba con un par de guantes largos y decorados con pequeñas flores cuando le preguntó:

—¿Cómo va tu matrimonio con Preston, Penelope? Se ven mucho más felices desde que arreglaron las cosas.

La complexión pálida de Penelope adoptó un tono rosado.

—Va muy bien.

—¿Muy bien? —El tono sugestivo de Emma hizo que tanto Jane como Calliope se sonrojaran.

—Bueno, sí, pero no discutamos esos temas en presencia de damas no casadas —dijo Penelope con una risita y buscó la mirada acalorada de Jane—. Oh, Jane, no queríamos avergonzarte.

—Pero Jane pronto será una mujer casada —la contradijo Emma—. No tienes una madre para discutir estos temas, ¿no?

Jane negó con la cabeza.

—No.

—Y Calliope… —comenzó Penelope antes de que la joven la interrumpiera.

—Calliope no tiene ninguna intención de casarse, así que pueden hablar de estas cosas porque jamás tendré que enfrentarme a eso. Además, ¿cómo saben que no sé todo ya?

Emma soltó un jadeo y se inclinó hacia adelante frunciendo el ceño confundida.

—Calliope, ¿qué quieres decir?

Completamente despreocupada, Calliope se apoyó contra el espejo y se estudió las uñas con un aire de misterio.

—¿Recuerdan mi afición a la lectura? Pues, no solo se trata de cualquier libro, sino también de los prohibidos.

Todas las mujeres soltaron expresiones de afirmación en respuesta. Una repentina sombra de dolor nubló la mirada de Calliope, que seguía clavada en las manos.

—En Grandhampton Court, la biblioteca tenía más libros que las novelas de misterio.

Un silencio incómodo reinó en la habitación. Calliope apartó la mirada y jugueteó con la falda del vestido, adoptado una expresión distante y preocupada. Para romper la tensión del momento, Emma tomó las riendas de la conversación.

—Bueno, entonces solo quedas tú, Jane. ¿No apreciarías algunos… consejos antes de la noche de bodas? Mi madre jamás me preparó para eso y siempre deseé que lo hubiera hecho. *Sir* Jasper

no fue el compañero más considerado. Completamente distinto a Sebastian.

—*Sir* Jasper fue tu primer marido, ¿no? —le preguntó Jane—. ¿El que te vendió en una subasta de esposas? He oído algunas cosas de tu pasado.

—Sí, el mismo. Me atrapó en un matrimonio inválido como parte de un fraude calculado. La intención de venderme era enseñarme una lección. Esperaba que acabara con un granjero o un herrero, pero el destino tenía a un duque en mente para mí. El duque que se convirtió en mi mundo. Y créeme cuando te digo que es la personificación de la consideración, el cuidado y la bondad pura.

A Jane se le formó una sonrisa en el rostro y sintió la calidez de la felicidad que radiaban las dos mujeres casadas. Una parte de ella deseaba rendirse a esa vida tentadora, aceptar genuinamente la propuesta de Richard e imaginarse siendo feliz con él por el resto de su vida.

Sin embargo, la imagen de sus alumnos se le vino a la mente. No podía renunciar a sus ambiciones, a su sentido del deber hacia ellos por una existencia más lujosa. A pesar de que Richard se había referido a su proyecto como «la escuela de mi esposa», no podía haberlo dicho en serio. No le gustaría la realidad de tener una esposa que pasara todos los días en Whitechapel.

—Perfecto —declaró la señora Newman dando un paso hacia atrás para admirar a Jane con una sonrisa de satisfacción—. Hemos terminado, señorita Grant. ¿Por qué no se prueba las zapatillas a ver cómo las siente? —Extrajo una caja con las zapatillas plateadas más delicadas que había visto en toda su vida. Estaban decoradas con flores artificiales. Al colocarlas al lado de los pies de Jane, todas las mujeres soltaron un jadeo—. Pruébeselas. Camine un poco para que los pies se le acostumbren. No queremos que le duelan los pies en el día más especial.

24

CUANDO RICHARD DIO la vuelta a la esquina se dio de bruces con algo suave y resplandeciente. Un chillido resonó en el pasillo y lo hizo quedarse de piedra durante un momento. No se había dado de bruces contra un objeto… sino contra una persona. Contra Jane, que se balanceaba para recuperar el equilibrio.

Siguiendo un instinto, Richard estiró los brazos y la sujetó de los hombros delicados. Por todos los cielos, era una visión con ese vestido de baile exquisito, diseñado con meticulosidad para resaltar su elegancia natural. La prenda se aferraba a su silueta y le acentuaba las curvas, el cuello lleno de gracia y el pecho, que se le inflaba y desinflaba al ritmo de la respiración.

Richard se quedó sin palabras. La recorrió con la mirada y absorbió la vista. Era como si el largo pasillo con puertas que conducían a varias habitaciones comenzara a desvanecerse. La gran ventana de cristal al final del pasillo bañaba a Jane con un halo de luz solar y creaba la imagen del pasillo de una iglesia y ella de pie delante de él para recitar sus votos.

—Jane —logró decir cuando por fin encontró la voz, que apenas fue un susurro perdido en la grandeza de la mansión—, te ves absolutamente increíble.

Con un movimiento rápido, Jane se deshizo de un mechón de cabello que se le había atascado en el marco de las gafas.

—Gracias —murmuró con el pecho algo tenso.

Se veía muy seductora con las mejillas sonrosadas, las pupilas dilatadas y los labios de un tono rojo irresistible. De solo estar en su presencia, de solo inhalar su aroma embriagante, toda la sangre le fluía hacia abajo, hacia el punto donde se le despertaba el deseo en el interior. Pero Richard quería más que su cuerpo. Anhelaba un sitio en su corazón, deseaba que se convirtiera en su esposa.

—¿Podemos hablar? —le preguntó.

Jane clavó la mirada en la puerta cerrada de la habitación de Calliope, desde donde se oían unas voces amortiguadas a través de la madera robusta.

—No tengo mucho tiempo. Aún tengo que probarme dos vestidos.

Asintió con la cabeza y la condujo hacia la ventana que iluminaba el final del pasillo.

Durante los últimos tres días, la investigación se había detenido porque Reuben no se encontraba en Londres. Pero su obligación de llevar a Jane a eventos sociales no se había detenido. Aunque ya no era más una obligación… Todo lo contrario. Verla se había convertido en algo tan necesario como respirar.

La noche anterior, Richard había ido a buscarla para llevarla a ver la galería de arte de su cuñada, Penelope. Mientras aguardaba a Jane, Thorne lo había observado con una mirada oscura llena de advertencia.

—¿Ya está todo listo para la boda? —le había preguntado con frialdad mientras hacía girar el coñac en la copa que sostenía en la mano.

Richard había asentido con la cabeza.

—Así es. Los cocineros de Sumhall están preparando el banquete.

Thorne lo había perforado con la mirada como quien sujeta a un insecto con un alfiler para exhibirlo.

—Muy bien. Asegúrate de que nada detenga esa boda. Recuerda nuestro acuerdo.

De solo pensar en romper el compromiso, sentía unas pequeñas ondas en la columna vertebral. Sin embargo, estaba seguro de que no era temor. ¿Cómo sería capaz de alejarse de esa mujer?

En la galería de arte de Penelope, la conversación había fluido con naturalidad entre los dos. A Jane le habían brillado los ojos con más intensidad que el candelabro que colgaba del cielorraso. Lo había hecho sentir como si los pies se le hubieran elevado del suelo y pudiera volar hacia el cielo nocturno. Los sentimientos que tenía por ella eran abrumadores y tan cálidos que se le extendían por todo el cuerpo.

¿Sentiría ella lo mismo? Después de todo lo que habían vivido juntos, ¿había alguna posibilidad de que estuviera pensando lo mismo que él?

—Jane —comenzó—, tengo que ser honesto. Sé que acordamos fingir estar comprometidos para descubrir qué le pasó a Spencer, pero… —El corazón se le aceleró en el pecho—. ¿Y si no rompemos el compromiso?

Jane parpadeó varias veces y perdió el rubor del rostro de inmediato. Richard sintió que el cuerpo se le congelaba. Esa no era la reacción que había esperado.

—Pero, Richard…

—Si la respuesta es no, te ruego que lo reconsideres. Sé mi esposa. No rompamos el compromiso. Cásate conmigo.

Apartó las manos de las de Richard y tragó con dificultad.

—Richard, esto no es lo que habíamos acordado. ¿Por qué quieres cambiarlo?

Richard se estremeció y se le formó un nudo en el estómago. Una cosa era imaginar que le confesaba sus sentimientos a Jane, pero ponerlos en palabras era otra cosa. El corazón se le tornó indefenso y frágil, al igual que cuando había estado con *lady* Charity. Sabía que Jane tenía dudas, al igual que *lady* Charity, y simplemente no podía soportarlo.

—¿Lo dices por la amenaza de Thorne? —le preguntó Jane colándose en sus pensamientos.

Ese era otro tema, aunque en realidad no le temía a Blackmore. A lo mejor debería temerle, pero no lo hacía.

—Si es así, no temas. Yo me encargaré de Thorne. Podemos decir que yo no quería casarme o podemos fingir algún acto indecoroso.

Un gruñido de frustración bajo le subió por la garganta. Quería decirle a Jane la verdad, confesarle su deseo de compartir la vida con ella, pero el fantasma del dolor del pasado se aferró a él e hizo que el alma se le estremeciera. El temor, esa amenaza debilitante, lo hizo guardar silencio. Se sintió como un cobarde que no lograba poner en palabras lo que en realidad le importaba. Y, en cambio, dijo:

—Te he deshonrado, Jane. Te he besado. Sería injusto dejarte en una posición tan comprometida.

Jane se rio entre dientes con un dejo de amargura entre el júbilo.

—Has hecho cosas mucho peores que darle un beso a una mujer con muchas damas de la alta sociedad y no te has casado con ninguna de ellas.

Richard cerró los puños indefenso.

—No me importan las otras mujeres. Me importas tú. Si alguien se entera…

—¿Crees que me importan esas cosas? La sociedad ya me mira con recelo. Vengo de Whitechapel y tengo un hermano acusado de actos criminales. No puedo caer más bajo.

A Richard se le tensó el mentón al oír esas palabras y se le vio un tic de tensión.

—Aun así…

Jane soltó un suspiro y le respondió:

—Si quieres una respuesta de inmediato, es no, Richard. No quiero casarme contigo.

Richard había sabido que el rechazo era una posibilidad, pero oír las palabras en voz alta era un golpe doloroso, mucho peor de lo que había anticipado. Fue como si le hubieran arrancado el corazón del pecho para molerlo con la rueda de un molino. El doloroso eco del rechazo de *lady* Charity le resonó en el alma. Una vez más, descubría que no lo deseaban y que no era lo suficientemente bueno.

—¿Por qué no? —le preguntó Richard con cierta urgencia—. ¿Por la escuela?

A Jane le temblaban las manos, y sintió la grandeza del pasillo con el cielorraso alto encerrándola. Richard se encontraba de pie delante de ella y era una visión de belleza masculina con el mentón definido, los pómulos entallados y los intensos ojos celestes que se oscurecían con las emociones. Detrás de esos cautivantes ojos, asomaba un profundo dolor, y Jane no pudo evitar sentir como si le ajustaran un tornillo de banco en el corazón. A Richard le cayó un mechón de cabello caoba sobre la frente y respiró con dificultad.

Detestaba causarle dolor, pero parecía mejor que darle falsas esperanzas.

—Y si lo es, ¿qué? —repuso, resuelta, alzando el mentón.

—La puedes tener. Puedes construir diez escuelas y administrarlas todas. No te limitaré. De hecho, te ayudaré.

Las palabras eran como un bálsamo calmante y un dolor lacerante a la vez. ¿Por qué tenía que ser tan perfecto? El corazón se le aceleró en el pecho y amenazó con dejarle moretones de la presión. Richard le ofrecía el sueño de cualquier mujer: un hombre que no solo aceptara sus ambiciones por poco convencionales que fueran, sino que también juraba ayudarla. Esa respuesta la dejó sin excusas. Bajó la mirada al vestido extravagante y se alisó la tela exquisita para calmar los nervios.

—No se trata solo de eso.

—Y entonces, ¿de qué se trata?

Hizo un ademán para señalar todo lo que los rodeaba.

—De todo esto. Los bailes, las veladas, los juegos políticos de invitaciones y exclusiones, los chismes incesantes… Un solo paso en falso y la reputación de una mujer queda destrozada, junto con el resto de su vida. Este es tu mundo. Y eres parte de él.

—Tú también.

—Pero yo ya no pertenezco a la alta sociedad. Y tu gente lo ha dejado bien claro. Las mujeres me siguen fulminando con la mirada cuando salimos. Circulan rumores de que te tienes que casar conmigo porque me has comprometido. Algunos dicen que debías de

haber estado bastante ebrio como para desear a una laucha como yo.

—Jane… —comenzó Richard con la voz más suave, pero ella estaba determinada a exponer su punto de vista.

—Sin embargo, en Whitechapel, los niños aprecian todo lo que aprenden y se llenan de alegría cuando alguien les lee un cuento. Todo es más difícil, pero a la vez más sencillo. —La expresión de Richard se suavizó mientras la escuchaba—. Yo pertenezco en Whitechapel, Richard. Jamás encajaré en Mayfair. Quizás hace cinco años hubiera sido posible, pero ya no.

—Pero encajas conmigo —le murmuró con un tono de voz apenas comprensible.

La esperanza que se oía en su voz era como un faro en una tormenta. Jane quería creerle, quería que sus palabras fueran ciertas con desesperación. Pero negando con la cabeza, le dijo:

—Acabemos con lo que empezamos y sigamos nuestros propios caminos. Esta noche podemos encontrar a Reuben en Elysium. Va allí todos los miércoles. Quizás esté más abierto a hablar.

Sin darle la oportunidad de responder, se giró sobre los talones y se retiró a la habitación de Calliope. Cerró la puerta con suavidad y cortó las ataduras de la frágil conexión que había entre ellos.

25

A Jane le palpitó el corazón en el pecho mientras caminaba con Richard por Elysium esa misma noche. Durante cinco años, Thorne le había prohibido ingresar allí, aunque podría haber ido en cualquier momento. Solo tenía que atravesar una puerta.

Lo cierto era que no se había atrevido. Era la primera vez que ingresaba en un mundo de libertinaje desacatado e indulgencias prohibidas, y lo que veía la abrumaba un poco.

Bañado en el tenue halo de luz que ambientaba el club, el centro de la habitación se erguía alto: era un árbol de marula tallado exclusivamente para Thorne. Las hojas plateadas espejaban la realidad detrás de la pared de cristal que rodeaba al árbol. Una serpiente pitón envuelta en el tronco bailaba un *ballet* lento y lánguido, y sus escalas relucían bajo la luz de las velas.

Una cantidad decadente de comida y bebida se extendía en las mesas. El seductor aroma a carnes asadas, quesos, frutas, pastelillos y vinos se mezclaba con las fragancias potentes de costosos perfumes, café y el almizcle de los animales.

A su alrededor, varias mujeres, que eran criaturas deslumbrantes, se mecían sobre los regazos de los patrones, al tiempo que sus pieles expuestas relucían. En el aire se oían susurros y risas acompañadas del rugido de una pantera enjaulada. La presencia de Jane allí era una rebelión contra las órdenes explícitas de Thorne, y su desdén de que Jane fraternizara con las trabajadoras del club era un reflejo de la moralidad sesgada de su hermano.

En la esquina del establecimiento, varios caballeros se sentaban alrededor de algunas mesas y estaban concentrados en partidas de naipes mientras una sinfonía de música sensual sonaba desde un balcón encima de ellos. La melodía salvaje, apasionada y hermosa era la oda al verano de Vivaldi, y las conmovedoras notas hicieron que a Jane se le llenaran los ojos de lágrimas. Era un doloroso recordatorio de todo lo que le habían negado, de la libertad y el abandono salvaje que se reflejaban en la melodía.

Thorne servía a la clientela masculina sin importar el gusto o la preferencia y reconocía que algunos caballeros acudían al club para estar con amantes de su propio género. Había varias parejas masculinas besándose en la habitación, y una de ellas desapareció en una recámara. Jane los miró sorprendida porque jamás había visto algo así y había oído que iba en contra de la ley.

Richard miró alrededor mientras avanzaban por la habitación. Se detuvo a mirar al hombre con una barriga prominente que se encontraba sentado sobre una silla con una rubia voluptuosa con los senos al descubierto en el regazo. Jane miró a Richard con el ceño fruncido y sintió un aguijonazo de celos. Mientras la mujer tomaba al hombre de la mano y se ponía de pie para conducirlo a un rincón detrás de unas cortinas de terciopelo oscuras, Richard entrecerró los ojos y siguió la silueta considerable del hombre.

Masculló:

—¿Era el príncipe regente?

Jane soltó un suspiro aliviada de que el interés de Richard no se encontrara en la mujer.

—No estoy segura. Jamás lo he conocido, pero Thorne ha mencionado que suele frecuentar Elysium.

Por fin, Jane reparó en Reuben, que se encontraba en el extremo más alejado de una mesa decorada con extravagancia; parecía una bestia agotada que sujetaba una copa de coñac en una mano y se sostenía el peso de la cabeza con la otra.

Mientras se aproximaban, Jane le hizo un gesto a Richard para que se quedara detrás. Tenía que extraerle la información a Reuben, y sabía que tenía más posibilidades de hacerlo si hablaba con él a

solas. A pesar de sus dudas, Richard acordó esperar. Entonces Jane se enderezó y continuó avanzando.

—Janie, ¿qué haces aquí? —le preguntó Reuben con la expresión llena de preocupación—. Ya sabes que el señor Blackmore no estará contento.

—Sí, lo sé, Reuben —dijo—. Pero debo hablar contigo. Por favor, ayúdame.

Se sentó con él a la mesa, y Reuben se acercó a ella. Se le notó que recuperaba un poco el sentido a través del ceño fruncido con preocupación.

—¿Qué pasa, cariño?

—Necesito saber qué ocurrió la noche en que tú y los otros debían darle una paliza al duque de Grandhampton.

—Oh —repuso Reuben enderezándose y frunciendo el ceño aún más. Hizo girar el coñac en el decantador y se vertió más en la copa—. No te puedo ayudar con eso.

—Por favor, Reuben —le rogó Jane—. Has ido a visitar a los Seaton conmigo. Has visto que son buenas personas. Él era su hermano. Se merecen la oportunidad de descubrir qué ha sido de él y, si se encuentra en problemas, la de poder ayudarlo.

Reuben soltó un suspiro y apretó los labios en una delgada línea bajo la barba.

—No le diré a Thorne que me lo has dicho —le aseguró Jane—. Por favor. Por mí.

Reuben soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—No es justo que me pidas eso. Haría lo que fuera por ti.

Jane sintió que la resolución de Reuben se debilitaba y apretó las manos fuerte bajo el mantel de la mesa. Esa era su oportunidad de escapar. Cuando descubriera la verdad, Richard por fin podría liberarla del compromiso. Y ella lo liberaría de la miseria. Aunque eso implicara que el pequeño destello de felicidad que había experimentado en la última semana se esfumaría para siempre de su vida.

—Por favor —le rogó.

Reuben soltó un gruñido y suspiró por tercera vez antes de soltar el aliento. La miró con los pequeños ojos marrones.

—No debería decir nada, pero te lo diré de todas maneras —comenzó—. Cuando nos leías las historias de Robinson Crusoe y *Los tres mosqueteros* o *Los viajes de Gulliver*… me siento mal por el pobre duque adinerado. Y tras haber visto a su familia… puede que se encuentre en un sitio en el que necesite ayuda. Como ese pobre bastardo de Robinson Crusoe, que estaba perdido en una isla sin un alma a la vista…

Jane contuvo el aliento sin poder dar crédito a lo que oía.

—Tienes razón. Podría estar perdido.

Mientras Reuben bebía otra copa de coñac, Jane notó que Richard se aproximaba con cautela a espaldas de Reuben.

—Esa noche —continuó Reuben pausadamente con la vista clavada en las manos que tenía sobre la mesa—, los muchachos y yo teníamos que darle una paliza al duque. Al parecer, le gustaba practicar boxeo en Portside, en el cuadrilátero del puerto. Lo conozco bien. Es famoso por la ginebra de buena calidad… y como el dueño proviene del caribe, le añade especies exóticas. Es deliciosa, Janie —le aseguró con pasión y una sonrisa repentina.

—Oh —repuso Jane impaciente mientras golpeteaba un pie contra el suelo—. Qué bueno. ¿Y entonces?

—Bueno —prosiguió Reuben mirando al vaso como si fuera un reflejo del pasado—. Cuando llegamos al cuadrilátero, había muy poca gente allí. Era extraño porque el lugar siempre está abarrotado. Todas las noches tienen peleas, y a la gente le encanta hacer apuestas. Es una buena forma de hacer dinero si tienes suerte. Y el lugar se veía patas para arriba. Había sillas rotas tiradas por doquier, mesas dadas vuelta y sangre en el suelo.

Jane asintió con la cabeza y se acercó a él.

—¿Y sabes por qué?

—Sí, cuando pregunté, me dijeron que había pasado una patrulla de reclutamiento media hora antes. Pregunté si el duque aún se encontraba allí.

Una patrulla de reclutamiento… Jane miró a Richard de reojo y vio que se mecía sobre Reuben como la sombra de la muerte. Tenía una expresión tan intensa en el rostro que se le sobresalían los ojos.

—¿Y? —lo instó.

—Alguien señaló a un hombre con prendas exquisitas sentado con el rostro entre las manos en una de las pocas mesas que aún quedaba de pie. No lo pensé demasiado. Habíamos ido a hacer nuestro trabajo, y teníamos claro qué debíamos hacer. Atticus nos dio la instrucción de coger al duque y darle una paliza. Le hicimos caso. Lo cogimos de la camisa blanca, lo levantamos de la silla y le aplastamos el rostro contra la mesa. En ese primer momento, no le miré el rostro. Estaba oscuro, había varias velas desparramadas por el suelo y unas lámparas de gas rotas y apagadas. Me pareció extraño que no pusiera ni un poco de resistencia. Como estaba bastante flojo y se quedó apoyado contra la mesa, asumí que estaba demasiado ebrio. Y eso hubiera facilitado mi trabajo. Solo tenía que dejarle un ojo morado y un labio partido. Quizás romperle la nariz de ese bonito rostro. Pero entonces, Atticus les dijo a los hombres que lo sujetaran de los hombros, y vimos que tenía el rostro tan golpeado que era irreconocible. Yo he visto una buena cantidad de hombres molidos a golpes, pero ese rostro hizo que se me subiera la bilis a la garganta.

Jane alzó la mirada y vio los ojos de Richard abiertos de par en par, una expresión tensa en el rostro y los músculos de la mandíbula sobresalidos.

—La cabeza no se le quedaba erguida, le caía colgando sobre el cuello. Tenía un ojo completamente cerrado e hinchado y un labio del tamaño de un globo. Le habían dejado la nariz tan torcida que se podría haber asumido que los huesos nunca le crecieron bien. Y tenía tantos cortes en la frente y las cejas, que la sangre le cubría todo el rostro. En la mejilla tenía un corte tan profundo que se le veía el hueso.

A Jane se le revolvió el estómago de solo oírlo. Consideró pedirle a Reuben que se ahorrara los detalles cruentos, pero temía que cambiara de parecer y no acabara de contarle lo que había ocurrido.

—Entonces Atticus dijo que el duque no se veía bien, y todos nos mostramos de acuerdo. Atticus le alzó el mentón para examinarle el rostro, pero no hubo indicios de nada. Les dijo a los hombres que lo recostaran sobre el suelo, pero cuando los muchachos se limitaron a soltarlo, se desplomó como una bolsa de patatas. Entonces todos lo

supimos con certeza, a pesar de que Atticus se acuclilló para apoyar la oreja contra el pecho del hombre en busca del latido del corazón… todos sabíamos que no oiría nada.

Reuben clavó la mirada en la copa vacía durante un instante y luego se sirvió más coñac y lo bebió de un trago.

—Entonces confesé que lo había golpeado demasiado fuerte, y nadie dijo nada. Nos quedamos de pie alrededor del cuerpo y miramos al duque muerto sabiendo que se nos había pasado la mano y le habíamos causado problemas al señor Blackmore. Pero entonces noté algo de lo más extraño. El hombre tenía las manos muy sucias… tenía costras negras debajo de las uñas, de las que no se van. Me acerqué a Atticus y le pregunté si veía lo mismo que yo. Asintió con la cabeza y señaló que era muy extraño. Le pregunté si las manos de los duques eran así, y me dijo que no. Añadió que ni el señor Blackmore ni Janie tenían las manos así y me preguntó por qué el duque iba a tener las manos tan sucias. Le pregunté si se trataba del duque, y Atticus guardó silencio durante un largo rato. Luego respondió que no creía que se tratara del él.

A Jane se le infló y desinfló el pecho rápido, y la sombra de Richard se movió hasta que se ciñó sobre Reuben y lo enfrentó. Reuben alzó la mirada hacia él y frunció el ceño de sorpresa.

—*Lord* Richard… —comenzó.

—¿Dónde está mi hermano? —le preguntó con los dientes apretados y la voz tensa.

Reuben tragó con dificultad.

—No lo sé, *milord*. Pero le puedo decir que nos quedamos en la zona e hicimos algunas indagaciones acerca de lo que podría haber pasado. Preguntamos si alguien había visto a un hombre adinerado en algún lado. Una camarera recordó a un apuesto caballero de cabello oscuro, limpio y bien acicalado, que solo llevaba puestas las prendas interiores… estaba inconsciente… y lo metieron en un bote que se dirigía a un barco de la fuerza naval.

26

Richard sintió un gruñido que le subía por el pecho, una explosión de furia sin fin que lo consumía desde el interior. Era un incendio forestal de ira, arrepentimiento y dolor que amenazaba con consumirlo en su totalidad.

Se habían llevado a su hermano, inconsciente e indefenso, contra su voluntad. Lo habían reclutado en un barco de la fuerza naval. Spencer era un duque, ¿cómo podía haber ocurrido algo semejante?

Un velo carmesí descendió sobre los ojos de Richard y le cegó la razón. Ya no era él. Ya no era el caballero sereno y amable, la imagen misma de la gracia en momentos de presión. Esa… esa criatura feroz y salvaje, consumida por el temor por su hermano, era un extraño para él mismo. Sin embargo, había nacido de su interior, de una fuerza primitiva que había llevado oculta durante todos esos años de convivir en la alta sociedad.

Habían guardado luto por Spencer durante muchos meses y habían creído que lo habían perdido para siempre. Pero hacía poco, se habían atrevido a guardar esperanzas. Ahora, esa revelación devastadora los hacía retroceder. Habían enviado a Spencer a la guerra, y Richard debía luchar contra la injusticia de eso.

Tomó a Reuben del cuello de la camisa, lo alzó en el aire y gruñó contra su rostro que reflejaba sorpresa. No le parecía que estaba actuando de manera racional. Lo único que podía pensar era: «Mi hermano está en la guerra… ¡Mi hermano está en la guerra!». Y

Richard ni siquiera sabía en qué guerra. ¿En la francesa o en la estadounidense?

—¡Thorne pagará por esto! —le gritó contra el rostro.

La música a su alrededor se apagó. Los sonidos de los cubiertos cesaron. Los murmullos, las carcajadas y los gemidos y gruñidos de éxtasis que provenían de detrás de las cortinas se detuvieron. Los caballeros, las prostitutas y los criados se quedaron inmóviles y lo miraron.

Algo afilado y frío le atravesó el chaleco y la camiseta y se le clavó dolorosamente contra el estómago.

—Apártese, *milord* —le advirtió Reuben con frialdad y sin ningún indicio de ebriedad.

Alguien le apoyó la mano sobre los bíceps y jaló de él con suavidad.

—Vamos, Richard —le dijo Jane—. Suelta a Reuben. Ya lo has oído, no hizo nada. Era el hombre equivocado. Y no sabemos con certeza si tu hermano fue reclutado. Puede que se haya marchado de Londres.

Richard tomó una profunda bocanada de aire y dejó que las palabras de Jane le calmaran los pensamientos. La furia roja y ardiente comenzó a disiparse, a pesar de que le seguía rugiendo en la boca del estómago. Era como si la voz de ella fuera lo único que lograra calmarlo. Sin soltar a Reuben, le echó un vistazo a Jane y vio que tenía los ojos abiertos de par en par y clavados en el extremo opuesto del club. Su rostro reflejaba profundo terror.

—¡Thorne! ¡Viene Thorne!

Richard alzó la mirada. En efecto, mientras las actividades se reanudaban en el club y los músicos continuaban con el repertorio de Vivaldi, los criados circulaban con comida y bebidas y los hombres regresaban a sus apuestas, Thorne avanzaba despreocupado por el pasillo. Iba vestido de manera inmaculada con un pañuelo alto y el cuello rígido del abrigo. Por detrás, lo seguían dos hombres idénticos, con cabello castaño y ondulado, que se veían peligrosos y amenazantes.

Con una expresión relajada y casual en el rostro, Thorne asentía con la cabeza en diferentes direcciones para saludar a sus invitados.

A la vez, paseaba la vista por el salón y se detenía en las mesas, en los trabajadores y en la pantera como un maestro que se asegura de que todo se encuentre en orden.

Como aún no los había visto, Richard soltó a Reuben y respiró entre jadeos.

—Vámonos —le dijo Jane apretándole los bíceps, al tiempo que jalaba de él—. ¡Deprisa! ¡Reuben, ni una palabra!

Richard seguía conmocionado por todos los eventos de la noche. Al fin y al cabo, sentía esperanza de que Spencer siguiera vivo, ira de oír que lo habían llevado a rastras a bordo de un barco de la fuerza naval y temor por su hermano.

Jane lo guio a través de una puerta del mismo color verde azulado oscuro de la pared que había detrás del árbol de marula con la serpiente pitón, que los miraba fijo, y se hundieron en la penumbra de otro pasillo. Richard apenas notó dónde se encontraban, porque tenía la cabeza llena de imágenes de Spencer rodeado de cañones explosivos, dolorido y volado en mil pedazos.

Mientras pasaban por los corredores que le empezaban a resultar familiares, vio la puerta del estudio de Thorne, donde había encontrado la carta de Reuben… donde había quedado comprometido con Jane de forma repentina… donde había querido descubrir la verdad.

Volvió a sentir una ira arrasadora. No podía pensar con claridad.

—Thorne va a pagar. Presentaré un caso criminal contra él. ¡Debe pagar!

Jane no dijo nada, sino que se limitó a arrastrarlo por delante de la puerta del estudio, luego hacia la segunda planta y al departamento que compartía con Thorne. A pesar de la noche oscura al otro lado de las ventanas, la habitación de Jane parecía un paraíso iluminado con las paredes de color pastel y la alfombra y el cubrecama en tonos claros bajo el tenue destello de la única lámpara de gas encendida.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, inhaló el aroma floral y femenino de la habitación en el intento desesperado de recuperar la compostura. Le temblaban las manos, tenía las piernas debilitadas y la cabeza le daba vueltas.

Jane colocó la lámpara de gas sobre la mesa de té y se volvió hacia él con una expresión cauta y preocupada.

—No lo dices en serio, ¿verdad? Thorne no lo ha hecho, ¿recuerdas? No le hizo nada a tu hermano. Spencer había desaparecido de Portside antes de que Reuben llegara allí.

Richard soltó un gruñido y comenzó a moverse por la habitación.

—Sí que lo digo en serio, Jane. ¡Durante muchos meses dejó que todos creyeran que Spencer había muerto! —exclamó mientras agitaba los brazos—. Sobre todo, a su familia. No deben haber pasado ni doce días desde que descubrimos que nuestro hermano podía seguir vivo y encontrarse en problemas. De haberlo sabido antes, podríamos haber intentado rescatarlo. ¡Quizás esté en la guerra, Jane! ¡En la guerra! Por favor, dime, ¿cómo esperas que no culpe a Thorne?

Se detuvo al lado de la mesa de té con las rodillas temblorosas.

—Puede que esté en la guerra, Jane. Y no por voluntad propia.

A Jane se le suavizó la mirada. Despacio, se acercó a él con la falda del vestido moviéndose alrededor de las piernas. La tormenta que se había desatado en el pecho de Richard lo hacía temblar de furia y temor, pero se fue calmando cuando se le acercó. En el suave destello dorado de la lámpara, los ojos grises de Jane adoptaron la tonalidad del carbón ahumado.

Con delicadeza, le tomó el rostro entre las manos, y la suave caricia de su piel cálida fue como un bálsamo. Richard la miró profundo a los ojos y sintió que podría olvidarse de todo si tan solo siguiera mirándolo así.

—Estás temblando —le dijo—. Debes estar muy conmocionado.

Richard no le respondió. No pudo moverse por temor a asustarla. Anhelaba que lo siguiera acariciando, la deseaba así… lo más cerca posible. Inhaló una profunda bocanada de la dulce fragancia floral de su piel y su cabello, y sintió que la sangre comenzaba a hervirle… pero ya no era de ira.

Estaba conmocionado. Las noticias lo habían conmocionado. Al fin y al cabo, el hecho de que Spencer pudiera estar vivo y perdido no podía implicar nada bueno. Richard se debería haber preparado mejor para eso. A lo mejor era la confirmación. O la historia

horripilante. El hecho de que Spencer se encontrara tan solo, sin su familia, en algún sitio alejado arriesgando la vida…

—Es mi hermano, Jane —murmuró—. Y podría encontrarse herido, bajo el fuego de los cañones o ahogado.

Jane se inclinó hacia adelante para acercarse a él. Se encontraba tan cerca, que podía sentir el calor que irradiaba. Tan cerca que, con el más mínimo movimiento, podría haberle besado los labios. A Richard se le secó la boca y sintió el impulso de besarla.

Pero ella se movió primero. Le depositó un beso suave como el pétalo de una flor en la boca. Y luego otro. Y otro más. Richard se quedó perfectamente inmóvil, mientras las caricias delicadas le despertaban una tormenta más grande que cualquier cosa que hubiera sentido cuando estuvo a punto de atacar a Reuben. Le hizo falta recurrir a todo su autocontrol para no actuar sobre los deseos que sentía.

—No lo sabemos, Richard —le susurró—. Entiendo lo angustiante que es esto. Pero todo irá bien. Al menos ahora sabemos dónde buscarlo.

Le apoyó la mano sobre el pecho y, a pesar de todas las capas de prendas, pudo sentir el calor de su palma. Eso fue lo que lo deshizo. El último hilo de autocontrol se soltó. Lo único que evitaba que se imaginara a Spencer muerto era su mano. Sus labios sobre los suyos. Su cuerpo debajo del suyo.

Le envolvió los brazos por la cintura y la besó; le apretó los labios y la urgió a separarlos con la lengua. Para su sorpresa, Jane lo acogió como si hubiera estado esperándolo durante años. Olvidándose de cualquier cautela, la devoró.

Era suya… Quería hacerla suya. Era la mujer que amaba.

De repente, se congeló y se echó hacia atrás para mirarla a los ojos oscuros y destellantes.

Era la mujer que amaba… La amaba. Más de lo que jamás había amado a *lady* Charity. Más de lo que jamás podría amar a más nadie. Jane era la única mujer que había entrado en su vida y había hecho todo fuera mejor. Lo había convertido en un hombre mejor.

Lo único que podía hacer ahora era aferrarse a ella y rezar porque no se marchara.

Con suavidad y, al mismo tiempo, con una necesidad insaciable por ella, volvió a apoderarse de su boca.

27

Richard la estaba besando otra vez… Lo estaba besando… En algún lugar de su mente, algo le decía que debería detenerse. Había muchos motivos para apartarse y poner distancia entre ellos, pero el mayor de todos era su resolución a mantenerse alejada de él.

Pese a eso, no podía detenerse. Ese calor, el roce de los labios contra los suyos, la necesidad ardorosa de mantenerse pegada a él, de inhalar su aroma, era irresistible. Tenía los sentidos embriagados por su excitante fragancia masculina, los brazos duros y musculosos envueltos alrededor de ella y el calor que manaba su cuerpo contra el suyo.

Los murmullos distantes del club bajo el suelo y las carcajadas y los gritos que se colaban por la ventana que daba a la calle se fueron desvaneciendo. No quedó más nadie que él. No quedó más nada que esa hambre increíblemente voraz.

Cuando lo besó, solo había querido tranquilizarlo. Había visto la angustia que le habían generado las noticias y había detestado verlo en ese estado. Al parecer, había tenido éxito. Richard parecía haberse olvidado de la angustia. Ahora, como Caperucita Roja, se encontraba en las garras del lobo. Y no había otro lugar en el mundo en el que quisiera estar.

Sin quitarle la boca de encima, Richard la hizo retroceder sobre la alfombra que amortiguaba sus pasos hasta que chocó los tobillos con un poste de la cama. La empujó, y los dos cayeron sobre el

colchón, que se hundió bajo su peso. Se sentía tan delicioso encima de ella, que soltó un gemido contra su boca.

—Janie —murmuró—. Si sigues haciendo esos ruidos, me voy a volver loco.

Jane quería que se volviera loco, porque ella ya lo estaba. Richard se apartó de su boca para comenzar a depositarle besos por la mandíbula y el cuello y la hizo estremecer. Arqueó la espalda mientras seguía descendiendo y, cuando le trazó la línea del cuello con la lengua, algo se estremeció exquisitamente en su interior.

—¿Te gusta eso, tesoro? —le preguntó.

—Sí…

—Qué bien. —Siguió besándole la modesta línea del vestido para llegar a la cima de los senos—. Veamos si te gusta esto.

Le bajó el borde del vestido y se introdujo uno de los senos en la boca. Jane jadeó de la conmoción y observó la imagen decadente de Richard succionándole el pezón mientras le masajeaba el pecho con una mano y le generaba unas olas de placer intenso que la recorrían entera.

—Richard…

Había visto a los clientes manosear y besar los senos de las prostitutas de Elysium hacía unos instantes, pero no se había imaginado que eso le pudiera dar tanto placer a las mujeres o que alguna vez le llegara a pasar a ella.

—Mmm… —murmuró Richard y sonrió con los ojos celestes tan oscuros como el zafiro y el cabello caoba despeinado—. Te gusta.

Tras sostener eso, regresó al pecho y comenzó a dibujar círculos alrededor del pezón con su lengua sensual, mientras que tomaba el otro seno con la mano libre y hacía lo mismo con el pulgar. Jane soltó un gemido, cerró los ojos y se dejó llevar por todo ese placer nuevo y todas esas sensaciones mientras intentaba no morir de la intensidad.

Richard continuó provocándola de ese modo: succionándola, lamiéndola y rozándole el pezón con los dientes para luego moverse hacia el otro pecho y hacer todo lo mismo mientras jugaba con el primero. Jane se aferró al cobertor sedoso de la cama con los puños. Movió las caderas y se retorció mientras sentía un ardor y dolor en la

entrepierna y algo se le estremecía por dentro pidiéndole más y más. Sintió que se humedecía y apretó los muslos con firmeza.

Oh, por todos los cielos… ¿Acaso acababa de tener un accidente? Se sonrosó tanto que le ardieron las mejillas, y se sentó de inmediato para empujar a Richard a un lado.

—¡Richard, detente!

Richard se giró. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios hinchados de tantos besos, así como también los ojos muy oscuros.

—¿Por qué? —le preguntó bajando la mirada a las piernas, una de las cuales estaba apretada por encima de la otra. Frunció el ceño confundido y luego sonrió—. ¿Qué sucede, tesoro? ¿Estás… húmeda? —le preguntó lamiéndose los labios.

Jane ocultó el rostro entre las manos para no tener que verlo.

—¡Sí!

Richard soltó un gemido de placer alto y luego le apartó las manos del rostro con dulzura y le alzó el mentón para que lo mirara a los ojos. Luego, se acercó más a ella.

—No es lo que crees, tesoro —le dijo—. Que estés húmeda significa que me deseas. Y… —tragó con dificultad y de repente pareció como si estuviera en profundo dolor—, que estás lista para mí.

Había algo en esas palabras que le sembraron un deseo profundo y doloroso en lo más hondo del ser, y dejó de respirar. De repente, sintió calor por un motivo muy distinto.

—Oh… —dijo—. ¿No es…?

Se rio entre dientes, le pasó la mano por el muslo, por encima de la tela del vestido, y le generó un cosquilleo cálido.

—No, no es lo que habías pensado. No tienes nada de que avergonzarte, Janie.

Jane se hubiera sentido muy tonta por haber confundido esa humedad que había producido con otro fluido corporal, pero la mirada de Richard se oscureció más detrás de las espesas cejas, la quemaba y la consumía y no dejaba que pensara en eso. Inhaló profundo, al tiempo que le recorría la pierna con la mano.

—Tesoro, eres increíble. Vives en un burdel y eres de lo más inocente. Déjame mostrarte con exactitud lo buena que es esta

humedad.

Estiró la mano hasta el borde de la falda y, con mucho detenimiento, se la fue subiendo, al tiempo que la palma le recorría la delgada media que le cubría la pierna. Una ola de calor la recorrió e hizo que se le acelerara la respiración a medida que subía cada vez más. Llegó a la rodilla y no se detuvo, sino que continuó hasta la liga y sintió la palma ardiente contra la piel descubierta del muslo. Se tensó con fuerza y no pudo respirar cuando la mano se detuvo en la unión del muslo y su zona privada.

Oh, por todos los cielos, ahora movía la mano con más lentitud y le acariciaba el vello. No le quitó la mirada intensa y oscura de encima ni por un instante, pero separó los labios para murmurar:

—¿Es la primera vez que te acarician así?

Sin poder decir ni una palabra, asintió con la cabeza.

—Qué bien. Quiero ver tu rostro cuando te toco… —Movió el dedo al centro de su ser e hizo que el sexo se le hinchara y le doliera, pero no dejó de apretar los muslos—. Ábrete para mí, tesoro. Separa las piernas.

Como si estuviera bajo un hechizo, lo obedeció. Separó los muslos, y Richard le colocó los dedos entre los pliegues antes de sumergirse en su lugar más íntimo. Una ola de placer la embargó por completo, y comenzó a mecer las caderas.

Richard soltó un gemido profundo y cerró los ojos un instante.

—Qué bien te sientes, Jane… Estás empapada. Estás lista para mí.

Era cierto. No estaba segura de qué era para lo que estaba lista, pero sabía que lo involucraba a él. Quería más de esas caricias que le hacían sentir luz solar pura en las venas.

—Déjame desvestirte, tesoro —le dijo—. Date la vuelta.

Le quitó la mano y la dejó respirando entre jadeos, sintiéndose vacía y con ansias de más. Se dio la vuelta y sintió la tela del vestido mientras le abría los botones y se lo bajaba por los costados para luego desatarle el corsé. Se preguntó por qué no protestaba ni se sentía avergonzada o temerosa de que a él no le gustara cómo se veía. Richard le bajó el vestido seguido del corsé y quedó de pie únicamente con la enagua y la camisa.

—Esto también se va —declaró.

Con las manos temblorosas, Jane se bajó las enaguas y con los profundos ojos celestes de Richard en su cuerpo, le alzó las dos tiras que le sujetaban la camisa por el pecho y jaló de ellas. Jane se mordió el labio al sentir el aire frío que le rozaba la piel.

—Se va —dijo Richard.

Sin dejar de estremecerse, Jane lo miró.

—En ese caso, las prendas de usted también, *milord*.

A Richard se le escapó una risita por los labios. Se arrodilló sobre la cama al lado de ella, se quitó el abrigo y lo arrojó al suelo.

—Como desee, *milady*.

Jane se bajó las mangas de la camisa por los hombros y lo observó desatar los ganchos del chaleco. Richard la veía con una mirada ardiente mientras se bajaba la camisa hasta los pechos, y se le agrandaron los ojos cuando siguió hasta la cintura. Se quedó congelado, con el chaleco alrededor de los hombros, y los músculos poderosos del pecho visibles bajo la camisa blanca.

—Jane… —comenzó con la voz ronca.

La observaba con tanta angustia que creyó que moriría si apartaba la mirada. En ese momento, Jane se dio cuenta de que tenía el control. Tenía poder sobre él, aunque no tenía ni la más remota idea de por qué. Y ese poder era su cuerpo.

Por primera vez se sintió vista. Vista de verdad. Importante. Significativa.

Se terminó de bajar la camisa y la pateó con la punta del pie. De repente, se quedó totalmente desnuda delante de él.

Richard le paseó la mirada por los pechos antes de descender hasta la cintura y las caderas. Se mordió el labio inferior y volvió a soltar un rugido sin poder quitarle los ojos de la entrepierna.

—Por todos los cielos, Jane —murmuró mientras terminaba de quitarse el chaleco—. Me vas a causar la muerte. Eres asombrosa.

Acto seguido, se quitó la camisa por la cabeza, y Jane se quedó sin aliento. Su cuerpo era puro músculo, desde los hombros anchos hasta los hermosos bíceps y la esbelta cintura que conducía a las caderas angostas. Los músculos le formaban colinas y valles sobre el estómago. La herida que le había tratado aún era una línea oscura

sobre el pecho; los puntos habían desaparecido, de seguro un médico se los habría quitado. Tenía el torso cubierto por una suave mata de vello cobrizo que le llegaba hasta el fin del vientre y, mientras se bajaba los pantalones, Jane vio exactamente a dónde conducía el vello…

De entre dos muslos gruesos y musculosos, su alargado miembro se alzaba contra ella. Mientras se quitaba los pantalones y se acercaba a ella, estirándose a su lado, Jane se preguntó cómo podía ser que el órgano masculino tuviera un aspecto tan hermoso y cómo podía hacer que se encendiera por dentro y sintiera un anhelo de… ¿de qué?

Se quedó sin aliento al ver a ese hombre magnífico que se inclinaba hacia ella y la besaba mientras le recorría el cuerpo con la mano. Le acarició uno de los senos mientras le exploraba la boca con la suya y le deslizaba la lengua en el interior. La necesidad que sentía entre las piernas se intensificó hasta el punto de causarle dolor, pero Richard le pasó la mano por el estómago y siguió bajando hasta detenerse sobre su sexo.

Jane gimió mientras le deslizaba los dedos entre los pliegues. Le dibujó círculos con los dedos, la provocó, la frotó y la exploró. Encontró un punto que le hizo tensar los dedos de los pies y soltar unos intensos gemidos dulces. Y en algún punto en el centro, algo comenzó a crecer, a tensarse y a intensificarse cada vez más. Jane movió las caderas para perseguirlo sin vergüenza y usó los dedos para darse placer.

—Sí, así, amor —le murmuró a la boca—. Eso es.

Jane estiró la mano para cerrarla sobre su sexo duro y cálido. Se sorprendió de que tuviera la piel tan aterciopelada allí. Y, oh, cielos, estaba tan duro que parecía hecho de mármol cálido.

—Quiero que tú también sientas placer —le dijo mirándolo a los ojos llenos de deseo—. Quiero compartir esto contigo.

—Oh, Jane… —murmuró con el mentón tenso—. Oh, Jane…

Mientras seguía dándole placer, lo acarició y le arrancó un profundo gemido largo.

—¿Lo estoy haciendo bien? —le preguntó.

—Sí… —repuso con la voz tensa—. Cielos, sí.

Y lo vio compartir su dicha, la necesidad de convertirse uno solo se volvió tan intensa que no pudo respirar.

—Tómame, Richard…

—¿Cómo has dicho? —murmuró abriendo los ojos.

—Tómame. No sé cómo es esto, pero lo deseo. Te deseo. Tú mismo has dicho que estaba lista para ti. Estoy húmeda para ti. Quiero saber cómo se siente. Sea lo que sea para lo que estoy lista, quiero que lo hagas.

Richard soltó una maldición por lo bajo.

—Janie, no tienes ni idea… Si lo hago… Quiero hacerlo… Oh, Dios Todopoderoso, te deseo tanto que estoy a punto de explotar. Pero te quitaría la virtud.

Jane le pasó las manos por el pecho duro. Estaba dispuesta a renunciar a lo que fuera con tal de que se volviera a recostar encima de ella y pudiera sentir esos músculos duros cubriéndola.

—Lo sé. Toma mi virtud. No se la daría a nadie más.

Richard volvió a maldecir, pero en esta ocasión algo más subido de tono.

—Soy un hombre malo, tesoro. No debería hacerlo. Pero lo cierto es que te deseo mucho. Quiero tenerte entera para mí solo.

Tras decir eso, se ciñó sobre ella, y unos mechones de cabello caoba se le cayeron sobre la frente, al tiempo que los ojos oscuros como el cielo nocturno la recorrían. Se veía tan intenso, que parecía como si pudiera estar sintiendo dolor y el placer más intenso de su vida al mismo tiempo.

—Ábrete para mí, tesoro —le dijo con dulzura.

Jane le pasó las piernas por las caderas, y el sexo se le tensó algo impaciente. Con la erección en la palma de la mano, Richard se colocó delante de la entrada y le acarició el sexo humedecido con la punta, provocándole intensas olas de placer. Jane movió las caderas en busca de ese placer. Sentía que podría haber explotado solo con eso.

—Puede que te duela, Jane —le advirtió—. Pero solo te dolerá unos instantes. Si quieres que me detenga en cualquier momento, solo dímelo.

Jane se lamió los labios y asintió con la cabeza. No creía que le iba a doler en lo más mínimo. ¿Cómo podría dolerle cuando todo lo que le había hecho hasta entonces le había hecho sentir pura dicha?

Richard se apretó contra ella y comenzó a estirarla. Los músculos duros de los brazos se le tensaron e inflaron al soportar todo su peso. Luego comenzó a embestirla de modo lento y suave para ir penetrándola. En ningún momento dejó de estirarla, y Jane anheló sentirlo aún más profundo. Anhelaba convertirse en un solo ser con él.

De repente, sintió un pequeño aguijonazo, y Richard se encontró enterrado tan profundo en ella, que se sintió llena de él de la más deliciosa manera. Richard gimió. Cuando se miraron a los ojos, Jane se pudo haber hundido para siempre en lo más profundo de esos ojos celestes intensos e increíblemente hermosos. En ese momento, le permitió entrar en lo más íntimo de su alma.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó—. ¿Quieres que nos detengamos?

El aguijonazo se había disuelto para convertirse en el placer de sentirlo en su interior. Jane no dejaba de tensarse alrededor de él, anhelando que se moviera y le diera más de esa dicha que solo él sabía brindarle.

—No, hagas lo que hagas, Richard, no te atrevas a detenerte —le respondió pasándole los brazos por la espalda para acercárselo más con los brazos y las piernas.

—Serás mi condena —le dijo en un murmullo.

Y luego, por fin, comenzó a moverse en su interior con una cautela intencionada. Jane soltó un gemido mientras se adaptaba a esa nueva fuente de placer y dolor y acercaba las caderas a las de él con cada embestida. Richard acomodó las caderas de modo que le rozaba el hermoso punto en el sexo que le hacía ver las estrellas y comenzó a acelerar el ritmo. Tanto su peso como su aroma y la sensación de un hombre duro, hermoso y caliente moviéndose en su interior, tomándola y reclamándola para él, le resultó sublime.

Siguió moviéndose, embistiéndola y gruñendo como un loco. Varios mechones de cabello más le cayeron sobre la frente.

Y luego, de manera repentina, esa sensación que había comenzado a aumentar en su interior se desbordó y la invadió un placer intenso. Jane soltó un gemido sin poder pensar en nada más que en dejarse consumir, y una ola tras otra sintió el éxtasis que le pulsaba por todo el cuerpo. Richard se apartó de ella, se corcoveó sobre la cama y derramó la semilla sobre el cubrecama.

Cuando se calmaron, Richard tomó su cuerpo flojo y satisfecho en sus brazos y arrastró la manta para cubrirlos a los dos. Jane le depositó un beso suave en el pecho; en ese momento, se dio cuenta de que le dolía el sexo.

—No me casaré con nadie —le dijo—. Eres la única oportunidad que tengo de experimentar esto… de que un hombre me toque… y me haga mujer. Por favor, no te arrepientas de haberme hecho esto. Además, como ya no soy virgen, no corro riesgo de que nadie se case conmigo.

Richard la miró con el ceño fruncido.

—Yo me quiero casar contigo —le recordó—. Yo.

—Ya lo sé, Richard —repuso y se acurrucó contra su pecho para oír el fuerte latido de su corazón bajo la oreja—. Todos tenemos nuestros desperfectos.

Richard le depositó un beso en la cabeza.

—Tú no.

Mientras soltaba un suspiro, Jane se dio cuenta de que habían cumplido su misión. Habían develado todo lo que sabían los hombres de Thorne acerca de lo que le había pasado a Spencer.

Ahora, según su acuerdo, tenían que ponerle fin al compromiso. Y, a pesar de todo, ese pensamiento hizo que se le retorciera el estómago.

28

—Tienes que marcharte —le dijo Jane entrelazando los dedos con los de Richard—. Pero no quiero que llegue el siguiente minuto o la siguiente hora.

La mano de él era gigante en comparación con la de ella y hacía unos instantes había estado en los lugares más íntimos y le había dado un placer increíble…

Durante la réplica de lo que había sido la experiencia más intensa de su vida, Jane yacía apretada contra el lateral de Richard y apoyaba la cabeza contra el pecho fuerte para oír el alborotado latido de su corazón. Y mientras su corazón latía al ritmo del de él, con cada latido que pasaba sabía que se estaba enamorando más. Del hombre que acababa de mancillarla. Del hombre con el que tenía que romper el compromiso…

No, no, no. No quería pensar. Lo único que quería hacer era sentir ese cuerpo duro y cálido envuelto alrededor del suyo mientras inhalaba su aroma y respiraba. Jamás en la vida se había sentido de ese modo. Jamás se había maravillado ante lo que podía hacer su cuerpo bajo su guía, ni había experimentado esa sensación de calidez y aceptación que tenía cuando estaban juntos. Incluso cuando lo había rechazado, se había quedado a su lado. Y, a diferencia de los otros miembros de la alta sociedad, le hacía sentir que pertenecía en su mundo.

—Solo unos minutos más —añadió pasándole el brazo por el torso—. Luego deberías marcharte.

De repente, a Richard se le tensaron los brazos y jaló de ella para que se sentara a horcajadas sobre él. Jane le contempló el hermoso rostro y vio las chispas atrevidas que le bailaban en los ojos, al tiempo que le ofrecía una pícara sonrisa.

—Yo tampoco quiero que llegue el siguiente minuto, tesoro —le dijo.

Le tomó el rostro entre las manos y la besó con la boca dura y demandante y la lengua provocadora y caliente. A Jane le encantó sentir su masculino cuerpo largo y duro debajo del suyo.

—Esto no tiene por qué acabar —añadió Richard inclinándose hacia atrás—. Sé que acordamos ponerle fin luego de descubrir la información de Spencer, pero acabo de mancillarte y no tengo ninguna intención de dejarte en paz. Déjame corregir las cosas. Déjame casarme contigo. Solo tienes que evitar decir que no.

Jane tomó una profunda bocanada de aire. El corazón le latía acelerado ante ese pensamiento seductor y maravilloso que le debilitaba los músculos y le afilaba la mente. Deseaba que fuera posible. Lo amaba y no quería imaginarse su vida sin él.

—No rompas el compromiso. No te dejaré deshonrada, Jane. —Le acarició el rostro con la palma de la mano—. Eres mía. Siempre serás mía. Mía para amar, para adorar y para casarme.

Sus palabras eran como la miel sobre una herida: calmantes, deliciosas y absolutamente devastadoras. Pero lo que proponía era imposible.

—Richard —comenzó con la voz temblorosa—, eso no cambia los hechos. No quiero ser la esposa de un aristócrata. No quiero que *lady* Whitemouth y el resto de la sociedad me vean como si acabaran de oler algo podrido cada vez entro en un sitio.

—No lo harán. Desafío a cualquiera a que lo haga. Además ¿a quién le importa la condesa y el resto de la sociedad? Lo único que importa es tú y yo. ¿Por qué te importan tanto las opiniones de los demás? Eres la hija de un *lord*, y serás la esposa de un *lord*.

Jane giró sobre su cuerpo y se recostó sobre la espalda con la mirada fija en el cielorraso. Las delgadas grietas que lo recorrían se parecían a las que se le habían formado en el corazón. Siguió una en particular que siempre le pareció tener la forma del norte de Escocia,

el sitio al que a menudo había soñado escapar, las duras Tierras Altas, para vivir una vida simple. Durante un instante, se imaginó que Richard la seguía. ¡Cómo deseaba que no fueran quienes eran en realidad! Podrían ser felices, alejados de la sociedad. Pero para alguien como él, era imposible vivir lejos de la sociedad. Y ella no podía dejar a su hermano.

—Jamás me apartaré de Thorne —le dijo. Su hermano siempre sería una sombra sobre su reputación, una mancha negra en su linaje.

—Jamás te pediría que lo hicieras —le aseguró Richard.

—Pero te equivocas. Podrías hacerlo en el futuro, por la sociedad. Y nuestros hijos… serían sobrinos de Thorne. Eso también mancharía sus futuros.

Richard se quedó acostado de lado y apoyó la cabeza sobre el brazo flexionado para mirarla.

—Jane, detente. No lo haré.

Jane apartó la mirada del cielorraso para mirarlo a los ojos. Richard tenía la otra mano apoyada en el centro del pecho de ella, entre sus senos. Tenía una expresión tan honesta, que le creyó. Vio la esperanza y el temor en lo más profundo de sus ojos.

—Ahora crees eso —dijo apoyándole la mano sobre la suya. Podía sentir el vello suave en el dorso de la mano—. Pero ¿qué pasará un día, cuando tu hija no pueda encontrar un marido respetable a causa de mi hermano?

Richard soltó un bufido y negó con la cabeza.

—Cualquier hombre que no vea la persona hermosa que sería mi hija y solo pensara en los contactos no será digno de ella. Y le dispararé a cualquiera que intente aprovecharse de ella.

Jane se rio.

—Como te estás aprovechando de mí.

El rostro de Richard perdió cualquier indicio de humor.

—Sí, esperemos que Thorne no se entere, pero si quisiera dispararme, lo entendería.

Jane negó con la cabeza.

—No se enterará.

—Sin embargo, tengo la intención de corregir las cosas y convertirte en mi esposa. Por favor, recuerda que eres tú la que me rechaza. Aunque veo con claridad que te gustan mis caricias y que disfrutas estar entre mis brazos…

Y lo amaba… mas no podía decirlo.

—Pero está el asunto de mi escuela.

Richard frunció el ceño.

—¿Qué hay con la escuela? Creí que ya habíamos hablado de eso. Te he dicho en varias oportunidades que te daría mi apoyo.

—¿No te preocupa que me consuma demasiado tiempo o que no pueda ser la esposa que deseas o una buena madre para tus hijos?

Richard la miró con tanta admiración, que el corazón estuvo a punto de estallarle.

—Jane, jamás te prohibiría nada. Jamás podría sofocarte de ese modo. Si quieres construir la escuela, seré el primero en darte los ladrillos y la argamasa. El tiempo que pases lejos de mí solo me hará desearte más. Y nuestros hijos crecerían sabiendo que su madre es amable, considerada y generosa. Una persona con verdadera integridad y fortaleza.

El corazón debió haberle explotado de amor por él. Cada vez se le hacía más difícil rechazarlo. Lo besó profundamente y luego soltó un suspiro y se giró hacia el otro extremo de la cama.

—¿Me puedes prometer algo, por favor? —le pidió Richard mientras Jane se incorporaba.

A pesar de que la cabeza le daba vueltas, tenía el cuerpo relajado y cálido.

—¿Qué? —le preguntó mientras recogía la camisa y se la ponía.

—No lo rompas aún, tesoro —le pidió—. Tenemos un baile mañana por la noche. Vayamos al baile como si todo siguiera igual. Déjame mostrarte que en realidad perteneces en la alta sociedad si eso es lo que deseas.

Jane se quedó quieta siendo apenas capaz de respirar. Se imaginó entrando a su lado, en el vestido de baile que la hacía ver como parte de la realeza… Bailando en sus brazos como si no existiera más nadie que ellos dos… Y le agradó lo que imaginó.

Debía de haber perdido la razón porque se detuvo a considerarlo en serio. Al fin de cuentas, ¿en qué cambiaría las cosas un día?

—De acuerdo —le dijo con una ancha sonrisa—. No lo romperé aún. Vayamos al baile.

Ruby Woods se llevó la mano a la boca y se apartó de la puerta de Jane. La vela que llevaba en la otra mano titiló cuando exhaló abruptamente. Ruby se mordió el labio y pensó durante unos instantes. Su querida Janie, la señorita Grant, estaba mancillada. Debía decírselo de inmediato al señor Blackmore.

Con cautela, se apartó de la puerta. Aun en la oscuridad, sabía qué tablas chirriaban en el suelo y cuáles no. Avanzó en puntas de pie hasta el final del pasillo y bajó las escaleras. Se dirigió al estudio del señor Blackmore, pero como no lo encontró allí, dedujo que debía de estar en el club.

Mientras atravesaba la puerta negra y aparecía detrás del árbol de marula seco con la serpiente gigante que siempre la asustaba, miró alrededor de Elysium, que estaba abarrotado de gente y ruido. No juzgaba a las mujeres que trabajaban allí porque su propia madre había sido una de esas prostitutas y jamás había conocido a su padre. En ese momento, hablaban con los hombres, se reían y les ofrecían sonrisas seductoras. La orquesta tocaba una melodía alegre en la galería superior.

Había varias parejas masculinas que se estaban besando y otras que hablaban con los rostros casi pegados. Eso tampoco le molestaba. Hacía mucho tiempo sospechaba que en un mundo diferente se habría casado con una mujer.

Sin embargo, no encontró al señor Blackmore por ningún sitio mientras avanzaba por entre los cuerpos cálidos y ebrios. No lo vio ni entre los miembros del club, ni en la parte trasera. Salió al exterior unos instantes y estudió la calle oscura iluminada con la luz que se proyectaba de algunas ventanas. Atticus se encontraba allí

con dos de sus hombres. Uno de ellos era Reuben, quien conversaba en voz baja con los otros dos.

—Atticus —lo llamó, al tiempo que se acercaba. Los hombres dejaron de hablar y se volvieron para asentirle con la cabeza en señal de respeto. Todos sabían que era como una madre gallina para Janie y lo había sido desde el momento en que el señor Blackmore la había llevado a la casa. En ese entonces, había sido una criatura triste y tímida, como un polluelo que acababa de perder a su madre.

—¿Sabes dónde está el señor Blackmore?

—Ha salido a hacer unos negocios, Ruby —le respondió Atticus—. ¿Todo bien?

Ruby soltó un suspiro y clavó la mirada en la calle oscura.

—Tendremos que esperar y ver. ¿Cuándo tiene pensando regresar?

—No tengo ni idea, Rubes.

La mujer asintió con la cabeza.

—Si lo ven, díganle que me venga a ver a mi recámara. No importa la hora. No dormiré hasta no haber hablado con él, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —Reuben frunció el ceño—. ¿Tiene que ver con Janie?

Ruby clavó la mirada en los ojos oscuros del hombre robusto que se ocultaban detrás de unas cejas pobladas. No podía decírselos. No era asunto de ellos. Y quizás hasta acababan asesinando a *lord* Richard antes de que el señor Blackmore decidiera qué hacer al respecto.

—No, Reuben —le respondió—. No se trata de Janie. Pero es algo que debe saber de inmediato.

—De acuerdo, Rubes —le dijo Atticus—. Se lo diremos.

Ruby asintió y se volvió para ingresar al edificio por la entrada de los criados. Se prepararía un café porque no debía dormir hasta que el señor Blackmore estuviera al tanto de lo que le había pasado a su señora. Debía obligarla a casarse con ese aristócrata sinvergüenza, aunque Janie no quisiera hacerlo. Era por su propio bien.

29

Cuatro días para la boda...

Justo antes del almuerzo al día siguiente, Richard se paseaba por la sala de estar de Sumhall. Ni la atmósfera cálida ni los colores familiares hicieron nada para calmarlo.

—Richard —comenzó Calliope por encima del libro que leía sentada en un sofá—. Deja de dar vueltas. Me remites a un león y me estás poniendo muy nerviosa. ¿Qué sucede?

—Nada —repuso.

Pero los dos sabían que no era cierto.

Mientras se detuvo para mirar afuera de la ventana, un carruaje lujoso se detuvo frente a la entrada principal, seguido de otro al poco tiempo. Preston se apeó primero, y Penelope lo siguió con un bonete blanco en la cabeza y el cabello rubio oscuro flotando en el viento. Del segundo carruaje, descendió la abuela con la ayuda de un lacayo.

—Oh, han llegado.

—¿Nada? —Calliope soltó un bufido y cerró el libro—. Por favor, hermano. ¿Ha ocurrido algo con la señorita Grant? ¿Estás tendiendo dudas?

—¿Qué dices? —Con la mirada, siguió a la familia mientras subían las escaleras y desaparecían de la vista—. No. No estoy teniendo dudas.

—¿Y ella? —insistió Calliope, al tiempo que se ponía de pie.

Richard se volvió a ver los ojos celestes de su hermana y supo que era incapaz de mentirle cuando lo miraba de ese modo, como si estuviera bajo un microscopio.

—No —repuso—. Nadie está teniendo dudas. No se trata ni de la señorita Grant ni de mí.

Calliope frunció el ceño y dio varios pasos hacia él. Como un sabueso que acababa de captar un olor, detectó información oculta. Richard admiraba y detestaba que fuera capaz de hacer eso.

De repente, la puerta se abrió, y los recién llegados entraron. Preston brillaba como una lámpara de gas en presencia de su esposa. Penelope se veía algo pálida, pero los ojos celestes le destellaban de alegría. Y la abuela, como siempre, tenía un aspecto majestuoso e ingenioso, y sus ojos no omitieron ningún detalle.

Mientras se saludaban, Calliope fulminó a Richard con una mirada que le advertía que el asunto no estaba zanjado y volvió a sentarse. Richard soltó un suspiro. En breve, se enteraría de lo que había salido a la luz.

—Qué bueno que todos estemos aquí —comenzó Preston mirando a los presentes y apoyando la mirada en su hermana—. Porque te he encontrado un marido, Calliope.

La pobre Calliope se puso pálida y adoptó la expresión de un gato acorralado, con las pupilas dilatadas y las manos clavadas en el borde del sofá sobre el que estaba sentada.

—No —dijo.

—Sí —insistió Preston—. Dale una oportunidad. Se trata de *lord* Chapman. Es adinerado y proviene de una buena familia.

—He oído acerca de *lord* Chapman —dijo Calliope apretando los dientes—. No es el hombre que escogería para mí.

—Porque no escogerías a nadie —señaló Preston.

Calliope clavó la mirada en Richard.

—¿Y tú apruebas esto?

A Richard le costaba mucho imaginar que algún hombre pudiera ser tan bueno como para ser digno de su hermana, pero sabía que estaría mejor casada. Conocía a Chapman. Era adinerado y atractivo. No era el caballero más inteligente, pero tampoco la limitaría ni le

impediría hacer lo que le viniera en gana. En esa relación, ella sería quien se llevara las de ganar. Se le tensó el mentón antes de hablar.

—No creo que en todo el universo haya un hombre lo suficientemente bueno como para ti, hermana. Pero si debes casarte, Chapman sería un buen candidato. Es adinerado y su nombre te brindará la protección que necesites.

La mirada de Calliope le rompió el corazón.

—Me esperaba más de ti, Richard. Que Preston intente casarme es una cosa, pero… ¿viniendo de ti?

Richard se estremeció con esas palabras. Su hermana tenía razón, ellos dos siempre habían sido muy unidos y muy amigos. ¿Acababa de traicionarla? Debería tomar un papel más activo a la hora de buscarle un marido. Preston no la conocía tan bien como él.

Penelope miró a Calliope con preocupación.

—Ten por seguro que no tienes que aceptar si no te gusta. Preston solo te pide que lo conozcas en el baile.

—Lo has dicho mejor que yo —acordó Preston soltando una risita—. Sí, hermana. Tan solo conócelo. No te arrastraré al altar sin tu consentimiento.

Calliope se cruzó de brazos.

—A veces me cuesta creerlo.

Richard se detuvo delante de la familia.

—En breve iremos a comer —comenzó mientras Penelope, Calliope y la abuela se sentaban en los sofás y Preston se detenía al lado de él con una taza de té que se acababa de servir—. Pero antes, tengo noticias importantes.

Las tres damas lo miraron, y Preston se quedó petrificado con la taza en los labios.

—Sabía que algo no iba bien —soltó Calliope—. ¿De qué se trata?

—Descubrí dónde puede estar Spencer.

Todos soltaron un jadeo. Preston colocó la taza sobre el plato y luego lo apoyó sobre la repisa de la chimenea.

—¿Dónde? —le preguntó.

—Es probable que lo hayan reclutado a la fuerza esa noche.

—¿Reclutado a la fuerza? —La abuela soltó otro jadeo—. ¿Hablas de la fuerza naval?

Richard asintió con la cabeza, y se le retorcieron las entrañas al ver la conmoción que se reflejaba en el rostro de la anciana. Él mismo había experimentado conmoción, ira y temor al descubrir la verdad.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Preston.

—Encontré a un testigo. Me contó que esa noche hubo una operación de reclutamiento en Portside. Uno de los hombres de Thorne Blackmore creyó que el hombre muerto no era un aristócrata, aunque llevaba puestas las prendas de Spencer. Y uno de los criados de Portside le dijo que vieron a un caballero atractivo, limpio e inconsciente al que llevaban a rastras a bordo de un navío en ropa interior.

En la habitación reinó el silencio. Richard sintió el peso de todas las miradas sobre él.

—¿De modo que no fueron los hombres de Blackmore? —le preguntó Calliope.

—No —respondió Richard—. Los hombres de Blackmore no han tenido nada que ver con esto. Cuando llegaron, ya se lo habían llevado, y el pobre difunto tenía puestas sus prendas.

—¡Tenemos que verificar esta información! —exclamó Calliope mientras se ponía de pie—. ¿Qué tan probable es que sea cierto?

—Es muy probable —le dijo Richard—. Y tú no tienes que verificar nada.

—Richard tiene razón —acordó Preston—. Tú tienes que mantenerte a raya. Ya veo en tus ojos un brillo que no deberías tener.

—¡Olvídate del brillo! —exclamó Calliope sonrosada—. ¿Han reclutado por la fuerza a nuestro hermano, el duque? ¿Lo han llevado a bordo de un barco de la fuerza naval en contra de su voluntad mientras estaba inconsciente? ¿Quién haría eso y por qué?

La abuela, que siempre guardaba la compostura y era una dama de pies a cabeza, se puso pálida y se llevó la mano al pecho.

—¿De qué guerra hablamos?

Penelope se acercó a ella y le apretó la mano. Calliope se arrodilló delante de la duquesa viuda y la miró preocupada.

—Abuela…

—¿De qué guerra hablamos? —insistió.

—No lo sabe nadie —respondió Richard mientras avanzaba hacia la campanilla de los criados—. ¿Quieres que pida un poco de jerez, abuela?

—No, estoy bien —le aseguró—. Alguien tiene que saber.

Preston asintió con la cabeza.

—Esto no puede haber pasado por casualidad —dijo con los dientes apretados.

—Tienes razón —acordó Calliope y se volvió hacia Richard.

—Les recuerdo que no sabemos con certeza absoluta si eso es lo que ha pasado. El testigo asumió eso.

—Es una buena suposición —rebatió Preston mientras avanzaba hacia el aparador para servirse una copa de coñac. Luego se acercó al sofá y se la entregó a la abuela, quien la aceptó antes de beber un sorbo.

—No, no es una buena suposición —lo contradijo la duquesa viuda, y Penelope asintió con la cabeza, al tiempo que le soltaba la mano. Por fortuna, se veía mejor—. No tenemos ninguna prueba. ¿Por qué habrían reclutado a Spencer por la fuerza si él no era enemigo de nadie?

En la sala de estar reinó el silencio, y todos se volvieron hacia Penelope, que se mordió el labio y parpadeó varias veces.

—¿Crees que podría haber sido obra de tu padre? —le preguntó Calliope con cautela.

—No lo creo.

Preston alzó el mentón.

—*Lord* Beckett solo quería que le dejaran un ojo morado por una semana. Y hace unas pocas semanas nos enteramos de que Spencer no había sido asesinado por los hombres de Blackmore.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la abuela.

Calliope se volvió a poner de pie y comenzó a recorrer la habitación.

—Iremos al ministerio de Marina y pediremos información —determinó—. Tiene que haber listas de hombres conscriptos en la fuerza naval, y Spencer tiene que estar entre ellos. Si descubrimos

en qué barco se encontraba, descubriremos el destino. Escribiremos cartas… pediremos noticias de diferentes frentes.

—Calliope —comenzó Richard con cuidado—, esta no es una novela de detectives. Esto es serio.

—Lo sé perfectamente bien, hermano —le dijo con frialdad deteniéndose en el centro de la habitación.

—Richard tiene razón. Nosotros nos encargaremos del asunto —le aseguró Preston—. No intervengas.

—No me quedaré sentada —le advirtió Calliope—. ¡Se trata de Spencer! Ahora sabemos más que antes. Hay algo que podemos hacer para descubrir dónde se encuentra, cómo ayudarlo y cómo recuperarlo.

Richard soltó un suspiro.

—Y lo haremos, pero creo que Preston tiene razón, Calliope. Sé que no ves la hora de que Spencer regrese a casa. Sé que siempre ha sido tu hermano favorito, pero deja que Preston y yo nos encarguemos de esto.

Calliope soltó un bufido.

—En otras palabras, deja que los hombres hagan lo suyo. Y que las mujeres débiles y delicadas se sienten a observar. —Negó con la cabeza—. Típico. Al menos Spencer jamás me habría pedido que hiciera eso. Me hubiera preguntado cuándo poníamos manos a la obra.

—Calliope… —intentó razonar Richard—, solo queremos que estés a salvo.

—No me quedaré sentada observándolos a ustedes.

La abuela le sonrió a su nieta y a Penelope.

—No lo harás, cariño, y yo tampoco.

En ese momento, la puerta se abrió, y Teanby entró con la compostura perfecta de siempre, la cabeza en alto y los hombros encuadrados.

—La señorita Jane Grant.

Tras anunciarla, abrió la puerta para permitir el ingreso de la recién llegada, y el mundo de Richard se iluminó. Jane estaba despampanante con uno de los vestidos que le debió de haber confeccionado la señora Newman. Era un atuendo aireado y blanco

que la hacía destellar y le resaltaba los ojos grises que brillaban como diamantes al enfocarse en él.

—Como hemos acordado, he venido a probarme el vestido para esta noche —dijo—. La señora Newman va a subir en breve.

Richard asintió con la cabeza, y todo su ser cobró vida con su presencia en la habitación. Esa noche, tenía que hacer todo lo que estuviera a su alcance para que Jane no cancelara la boda.

La habitación de Calliope estaba cálida y, como las ventanas se encontraban abiertas de par en par, se colaba el aroma de las lilas y las flores silvestres. Afuera estaba oscuro, y ya habían cenado porque la prueba del vestido les había llevado toda la tarde.

Pero ahora, con la ayuda de la criada de Calliope, Abigail, tanto Jane como Calliope estaban casi listas. Calliope estaba inclinada contra el aparador con un vestido de baile amarillo y jugueteaba con el borde de los guantes que le llegaban hasta los codos con la mirada perdida en el espacio, mientras que Jane estaba sentada y se veía en el reflejo sin poder creer que el reflejo se tratara de ella.

El vestido que había escogido era una pieza plateada y rosada que la señora Newman había terminado el día anterior, y era etéreo. Como se había quitado las gafas, solo se podía ver en el reflejo si entrecerraba los ojos, pero con la ayuda de Abigail tenía uno de los tocados más sofisticados y modernos, con el cabello recogido arriba de la cabeza y varios rizos delicados colgando a ambos lados del rostro. Unos cuantos rizos le caían sobre uno de los hombros y le daban el aspecto de un cuadro inmaculado de una princesa, en lugar del esbozo de una campesina.

Jane tenía puesto un delicado colgante de diamantes que le había regalado Thorne antes del baile que hubiera sido su debut en sociedad… si no la hubieran rechazado con tanta crueldad. Los diamantes eran pequeños, tan solo una fracción de algo que Calliope, Emma o Penelope se pondrían, pero cada uno destellaba con el amor que sentía a diario de su hermano.

La señora Newman y las costureras se habían marchado hacía mucho tiempo, y mientras Abigail hacía los últimos retoques en el cabello de Jane, Calliope negó con la cabeza.

—No puedo creer que Richard y Preston me den órdenes y me mandoneen. No dejaré que me detengan.

—¿De verdad? —le preguntó Jane mientras Abigail insertaba una rosa de seda plateada y rosada en el lateral del rodete.

—Oh, sí, claro que sí. Tú no estabas presente, pero sabes que Spencer está en algún lado junto con la fuerza naval. Me necesita. Nos necesita a todos. Y soy perfectamente capaz de descubrir qué ha sido de él.

Jane se rio. Al fin y al cabo, gracias a ella y Richard ahora conocían esa información.

—Estoy de acuerdo. No creo que las mujeres necesitemos que los hombres hagan nada por nosotras. Tengo pensado en dirigir mi propia escuela. Richard se quiere casar conmigo, pero…

Casi dijo que ella quería romper el compromiso, pero las palabras se le quedaron atoradas en la garganta y le sentó mal decirlas en voz alta. Porque no era cierto que quería romper el compromiso. De hecho, todo lo contrario, pero sentía que debía hacerlo. Tanto por su bien como por el de Richard. Aunque la verdad era muy simple…

—Pero ¿qué? —le preguntó Calliope.

Abigail le introdujo otra pequeña rosa en el cabello y le arrojó una mirada llena de curiosidad. A excepción de Hercules, Jane no tenía ningún amigo. Y la repentina presencia del apoyo femenino incondicional la alentó a abrirse. Por eso, tragó con dificultad el nudo que se le había formado en la garganta. Las palabras parecían atoradas y demasiado extranjeras como para decir en voz alta.

—Lo… lo amo —logró decir, y la confesión apenas fue un susurro. Sin embargo, una vez que soltó las palabras, parecieron quedar resonando en la habitación y en su interior. Una ola de calor la arrasó por completo y le dejó un cosquilleo a su paso—. Amo a tu hermano.

A Calliope se le formaron unas arrugas en los ojos, al tiempo que le ofrecía una sonrisa cálida.

—Jane —comenzó con un tono de voz suave—, para todos nosotros ha sido más claro que el agua los sentimientos que tiene Richard por ti. No tengo dudas que de los dos serán increíblemente felices juntos.

Jane sintió un aleteo en el corazón al oír esas palabras. Se le escapó un susurro suave y miró el reflejo en el espejo para maravillarse de su propia transformación.

Ya no era más Jane, la maestra, sino que se había convertido en la señorita Grant, una mujer refinada y llena de gracia, una mujer que tenía un sitio en el mundo de Richard. Una mujer que podría ser su esposa y acabar despertando en sus brazos todas las mañanas y yéndose a dormir envuelta en su abrazo todas las noches. La mujer que siempre debió haber sido. Alguien que formara parte del mundo en el que había nacido. Y la señorita Grant podría pertenecer a donde quisiera.

—¡Listo! —exclamó Abigail con una sonrisa radiante—. ¿Qué le parece, señorita Grant?

Jane volvió la cabeza, y el intrínseco tocado perfecto con rosas plateadas y rosadas y gipsófilas le resaltó la elegante curva del cuello e hizo que los pómulos le parecieran más alzados y redondeados. Los colores ocultaban los oscuros círculos que a veces se le formaban debajo de los ojos y las imperfecciones de la piel. Los labios se le veían más rosados y suculentos. Los ojos le destellaban como los diamantes de Thorne que llevaba en el cuello.

El vestido estaba hecho con la seda más fina, y tenía un tono que remitía al tinte del cielo con la primera luz del amanecer. El escote le calzaba a la perfección y era lo suficientemente bajo como para resaltar los senos. Además, tenía un encaje delicado y unas costuras con hilo plateado.

Las mangas cortas eran transparentes. Las habían hecho con chifón de seda y estaban decoradas con cuencas plateadas que destellaban bajo la luz. La falda fluía como agua por las piernas y también brillaba con los tonos plateados.

—Me encanta —le dijo Jane, al tiempo que se incorporaba con el corazón latiéndole desbocado.

—¡A mí también! —exclamó Calliope.

Quizás Richard estaba en lo cierto y podía tener la escuela y la vida de la esposa de un aristócrata. Podría hacer más obras de bien con la ayuda de Richard que sola, y podría influenciar a otros miembros de la sociedad para que ayudaran a las personas más necesitadas y cambiaran las prácticas que provocaban tanta desigualdad en riqueza y poder.

Quizás sí pertenecía a ese mundo después de todo. Y, a lo mejor, ella y Richard podían vivir felices para siempre.

30

Cuando Jane entró en la sala de baile de Carlton House esa misma noche, se detuvo a observar todo maravillada. Las velas titilaban sobre los destellantes candelabros de cristal mientras las conversaciones entre murmullos llenaban el aire. No se encontraba en Almack's cinco años atrás… se encontraba en un sitio mucho mejor. Era un baile de la realeza, y era el primero al que acudía.

A pesar de que no podía ver muy bien sin los lentes, se daba cuenta de que la residencia del príncipe regente destellaba gracias a las joyas que llevaban puestas las damas elegantes al moverse, hablar y bailar. Ese baile era en honor a las fuerzas armadas y navales del Reino Unido, y la habitación estaba llena de oficiales del ejército y de la fuerza naval vestidos con las casacas rojas y los oscuros uniformes de color azul que circulaban con copas de vino y ponche en las manos.

A su alrededor, oía conversaciones y carcajadas, y la música de vals que tocaba una orquesta situada en la galería de arriba. Los delicados vestidos de seda se agitaban mientras las parejas se deleitaban con el escandaloso nuevo baile que las matronas desaprobaban, pero que el mismo príncipe tanto disfrutaba. Aun con la visión nublada, podía ver los espejos grandes con recubrimientos dorados que se alineaban contra las paredes y hacían que la habitación pareciera no tener fin. Los ventanales altos con cortinas suntuosas dejaban entrever el jardín iluminado por la luz de la luna en el exterior. Jane deseó poder admirar los detalles de las molduras

de los murales pintados a mano que decoraban el elevado cielorraso. Las fragancias fuertes de los perfumes de las damas opacaban el aroma frutal del vino que cargaban los orgullosos lacayos en bandejas de plata.

Richard, Jane y Calliope se quedaron de pie en la entrada del salón de baile, y varias cabezas se volvieron a mirarlos. Jane sintió las miradas sobre ella. A pesar de que no veía con claridad, reconoció a *lady* Whitemouth con el cabello dorado y el aura de poder y autoridad. Jane se tensó, parpadeó y agitó el hermoso abanico que le había confeccionado la asistente de la señora Newman con el mismo material de la tela del vestido.

Como si pudiera leerle los pensamientos, Richard se acercó a ella y le apretó el codo en señal de apoyo.

—Tienes todo el derecho del mundo a estar aquí, sin importar lo que diga nadie. No te olvides de eso.

Jane alzó la mirada hacia él y deseó poder verlo con total claridad.

—Tu belleza irradia desde tu interior, tesoro —le dijo, al tiempo que extraía una caja del abrigo—. El vestido que llevas puesto es como un marco hermoso que solo resalta lo que ya veo.

Jane tomó la caja y la abrió. Con la vista nublada, vio un par de gafas. Parecían unos impertinentes, el accesorio decorativo y moderno que se sostenía sobre los ojos. Eran ovaladas y los bordes externos se curvaban ligeramente hacia arriba. Pero a diferencia de los impertinentes, tenían dos patas para colocarlas sobre las orejas. Los marcos estaban hechos con un oro brillante y unos exquisitos patrones adornados con pequeños diamantes destellantes. Jane no pudo respirar al contemplar la belleza del obsequio y el sentimiento de Richard.

—Es demasiado… —murmuró sin poder quitarles la mirada de encima—. Esto te debe haber costado una fortuna.

—Ni se acerca a todo lo que me gustaría obsequiarte —le dijo y le hizo sentir un cálido cosquilleo—. Se las ordené a un óptico hace unos días, pero no sé si podrás ver bien con ellas. Por favor, pruébatelas.

—Gracias, Richard, pero no puedo aceptarlas —le dijo mirándolo a los ojos.

—Insisto —continuó Richard—. Por favor, al menos póntelas en este baile. Es evidente que no ves bien, y no deberías ignorar quién eres por la moda o la opinión de otras personas.

Lo cierto era que tenía razón. Jane se sentía frustrada de no poder ver con claridad. Por eso, tomó las gafas y se las colocó. El mundo a su alrededor entró en foco de inmediato, y soltó un suspiro de alivio de la claridad y la nitidez de su visión.

De pronto se concentró en la intensa mirada de sus ojos celestes. No había nada más que amor en ellos. Nada más que admiración y apoyo. Enderezó la espalda y sonrió. Sabía que jamás se había visto o sentido más hermosa. Se sentía tan liviana, que podría elevarse en el aire. La sensación era maravillosa, nueva y… extraña.

—Imponente —dijo Richard.

Ese era un baile de la realeza, con los miembros más importantes de la sociedad y las damas más hermosas de Londres. ¿Cómo podía mirarla como si nadie más importara con todos esos invitados?

Unas burbujas de entusiasmo y júbilo le explotaron en la boca del estómago. ¿Así sería como se sentiría pertenecer a ese mundo? ¿Pertenecer con *lord* Richard Seaton, el hermano del duodécimo duque de Grandhampton, una de las familias más antiguas y adineradas de Inglaterra? Podía ver que la gente no la mirada con asco, pena o asombro, sino con aprecio y respeto.

Cuando los labios de *lady* Whitemouth se curvaron hacia abajo al recorrer a Jane con la mirada, las manos le comenzaron a sudar en los guantes. Pero luego la condesa le ofreció una sonrisa, y tanto ella como otras matronas más se acercaron a Jane, Richard y Calliope con sus atuendos de seda y plumas en los tocados.

—Señorita Grant —la saludó *lady* Whitemouth al detenerse delante de ellos. Llevaba unos modernos rizos con el cabello rubio debajo de turbante con tres plumas largas y un vestido de seda de color melocotón que Jane reconoció de la tienda de madame Dubois—. *Lady* Calliope. *Lord* Richard.

La abuela de Richard se encontraba al lado de ella. *Lady* Isabella, hermosa como siempre, se acercó al grupo con un vestido blanco y

un escote con tela de encaje que destellaba con pequeños cristales. *Lady* Isabella le ofreció una sonrisa amistosa.

—¿Cómo está, *lady* Whitemouth? —le preguntó Jane—. ¿Y usted, *lady* Isabella?

—Muy bien, señorita Grant —repuso *lady* Isabella—. Gracias. Debo decir que forman una pareja muy elegante. Y usted también está encantadora, *lady* Calliope —añadió sonrojándose.

Calliope le devolvió la sonrisa.

—Ya lo creo —coincidió *lady* Whitemouth mirándola con recelo—. Señorita Grant, ha… florecido desde la última vez que la vi.

Jane tragó con dificultad. La condesa de seguro no podía saber lo que habían hecho ella y Richard… ¿No?

—Y ahora se parece a su difunta madre —añadió la duquesa viuda.

A Jane le costó respirar, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Gracias —dijo—. Ojalá mi padre siguiera vivo para decirme eso. Pero muchas gracias por haberlo dicho.

A la duquesa viuda se le suavizaron los ojos y alzó la cabeza.

—La harías sentir orgullosa.

Jane sabía que no había nada más que nadie le hubiera podido decir para hacerla sentir en paz, excepto ofrecerle la aprobación de su madre. Al final del día, que su madre, una mujer a la que Jane no había conocido, pero a quien siempre se había imaginado, se sintiera orgullosa significaba más que impresionar a la alta sociedad. Y, rodeada por el apoyo de Richard y Calliope, se sentía como si fuera parte de ellos. Como si, por fin, la sociedad la hubiera aceptado.

Un atractivo caballero de cabello rubio vestido de uniforme se acercó a *lady* Whitemouth. Tenía la altura y la contextura de Richard, era esbelto y musculoso. Además, tenía la nariz recta, el mentón cuadrado y un inconfundible aire de arrogancia.

—*Lord* Richard. —Asintió con la cabeza hacia Richard—. *Lady* Whitemouth. —Sus ojos se dirigieron a Jane y la estudió con admiración. Qué extraño le resultaba que un hombre atractivo la observara de ese modo. Jamás había experimentado eso con nadie más que con Richard—. ¿Y ella quién es? ¿Está disponible para bailar?

Jane casi podía sentir el calor que irradiaba de Richard antes de reparar en el rubor que le cubría el rostro. Se le aceleró la respiración y cerró las manos en puños.

—Es mi prometida, la señorita Jane Grant —repuso con frialdad—. Y no está libre para bailar, Kelford, porque me ha prometido el siguiente baile a mí.

A pesar de que no le había prometido ningún baile, le resultó encantador que Richard se comportara tan posesivo y, por eso, le asintió con la cabeza al caballero sin importarle quién fuera.

—Tengo otro compromiso, señor.

—Estoy segura de que el duque encontrará a otras damas agradables que están disponibles para bailar —sugirió *lady* Whitemouth y empujó a *lady* Isabella al frente.

Kelford estiró la cabeza en señal de reconocimiento, y los ojos con pestañas alargadas le sonreían divertidos. Dirigió la mirada hacia *lady* Isabella y acabó volviéndose hacia Calliope. Por primera vez desde que Jane había conocido a la hermana de su prometido, la vio quedarse sin palabras. Se quedó de pie completamente inmóvil, con los ojos abiertos de par en par, como si estuviera atrapada en la fuerza de la mirada del oficial.

En ese momento, el maestro de ceremonias anunció el siguiente baile.

—¿Qué dice? —le preguntó Kelford a Calliope.

—Es mi hermana, Kelford —gruñó Richard.

—Oh —repuso Kelford sin apartar la mirada de Calliope—. Estará en buenas manos.

—Calliope —interrumpió Richard con los dientes apretados—. ¿No le habías prometido el siguiente baile a Preston?

A pesar de los comentarios amables que habían intercambiado antes, Jane pudo ver que el rostro de *lady* Whitemouth se retorcía como si acabara de comer un limón. Estaba segura de que la dama había querido que Kelford bailara con *lady* Isabella, pero él había omitido a su hija.

—No me acuerdo —respondió Calliope.

A Richard por poco se le transformó el rostro. Kelford, por su parte, sonreía como un gato a punto de devorarse un cuenco de

crema bien merecido.

—En ese caso… ¿Me haría el honor de acompañarme a la pista de baile, *lady* Calliope?

Jane estaba segura de que Calliope se negaría. Era evidente que el hombre era un libertino, un sinvergüenza que no tenía ningún reparo en las convenciones sociales. No cabían dudas de que Richard no lo aprobaba. Además, Calliope no estaba interesada en bailar o coquetear con ningún hombre.

—Sí —respondió Calliope.

Kelford asintió con la cabeza como el perfecto caballero, y Calliope aceptó la mano que le había ofrecido. Se dirigieron hacia la multitud para tomar su sitio entre las parejas en medio de la habitación.

Jane miró a Richard, que arrancó la mirada de la espalda de Kelford y se volvió hacia ella para mirarla con calidez.

—¿Bailamos? —le preguntó, y Jane apenas logró contener una sonrisa.

Los dos asintieron hacia *lady* Whitemouth y *lady* Isabella y avanzaron entre los invitados.

—¿Por qué te opones tanto a él? —le preguntó Jane.

—Es un libertino y un cazafortunas —le respondió—. El duque de Kelford no tiene ni medio penique, y además debe proveer por tres hermanas menores. Es un oficial de la fuerza naval. Lo conocí en Oxford, y lo he visto en veladas descontroladas en las que los hombres como él se la pasan bebiendo y se acuestan con muchas mujeres.

Por fin tomaron sus sitios en la pista de baile, y los invitados a su alrededor formaron un círculo. Muchos pares de ojos se concentraron en ella: Jane era el centro de atención. Y, a diferencia de hacía unos días atrás, había perdido cualquier sensación de incomodidad. Se sentía relajada y maravillosa. Y, lo más importante, era el centro de atención de Richard. La miraba como si nadie ni nada más existiera.

—¿Hombres como tú? —le preguntó.

—Ya no, tesoro. Desde que te conocí, no he pensado en ninguna otra mujer.

La orquesta tocó los primeros acordes del vals, y Jane y Richard comenzaron a moverse. El corazón le latía desbocado en los brazos fuertes de Richard, que la guiaba al compás de la música. No podía apartar la mirada de su rostro atractivo y, al parecer, él tampoco podía quitarle los ojos de encima a ella. Mientras otras parejas giraban y se movían alrededor de ellos, Jane se sintió cálida gracias al calor del cuerpo de él que atravesaba las múltiples capas de ropa.

—¿No es agradable esto, Jane? —le preguntó con los ojos destellantes concentrados en ella y una suave sonrisa hermosa en los labios—. Tú y yo. Bailando.

—Es más que agradable —admitió.

Era felicidad. El hombre al que amaba la sostenía en los brazos y la hacía girar sin cesar. Su mirada celeste la cautivaba, y sus dedos le acariciaban la espalda a través de la tela del vestido.

—En cuatro días será la boda, Jane. Este podría ser nuestro final feliz. No digas que no.

Las palabras le produjeron una explosión cálida en el pecho similar a la luz solar. Se sentía liviana y feliz, cálida y flotante. Le sonrió con intensidad y se imaginó que vivían en su propio hogar, se despertaba a su lado y se iba a acostar con él. Recibían visitas de la familia y los amigos. Iban a bailes donde él no se sentía avergonzado de ella, sino que se mostraba orgulloso de que fuera su esposa. Como lo estaba en ese momento.

Quería decir que sí. Tenía la palabra en los labios. Y, a pesar de que el temor se apoderó de su corazón, logró imaginar que lo aceptaba. Logró imaginar que era valiente y se permitía creer que podría ser parte de ese mundo. Que se merecía estar con él. Que pertenecía a su lado. Que no iba por la vida a la deriva, sino que por fin había llegado a puerto. Y el puerto era él.

Le ofreció una sonrisa que comunicaba un sí, pero en voz alta le respondió:

—Aún no he tomado una decisión.

Richard le obsequió una sonrisa hermosa y gloriosa que lo hacía parecer un semidiós.

—Entonces no es un no —dijo satisfecho.

—No es un no.

31

Durante el baile, no se tropezó ni le pisó los pies ni una vez. Volaron. En un par de ocasiones, miró a Calliope curiosa por verla con el compañero de baile. Formaban una pareja encantadora. Calliope llevaba un vestido amarillo, y Kelford, el abrigo azul oscuro con el cuello y las solapas con trenzas de hilo dorado y los puños decorados con botones dorados. Él tenía el cabello rubio sujeto en una cola en la nuca. Parecían un león y un cordero, y no se podían quitar los ojos de encima. Calliope estaba sonrosada y prácticamente ardía por alguna emoción. Jane jamás había visto a la joven que solía permanecer tranquila y guardar la compostura, así de afectada.

Cuando el baile llegó a su fin, Richard acompañó a Jane por entre la multitud de invitados hacia el grupo que se había comenzado a sentir como una segunda familia. Sebastian y Emma, Preston y Penelope, todos le sonreían con calidez como si fuera una vieja amiga o, en efecto, su hermana.

Al lado de Penelope, había una hermosa mujer de unos cincuenta años con un vestido de color zafiro acompañada de un hombre alto que se estaba quedando calvo. El hombre llevaba unas prendas exquisitas, con un chaleco oscuro que se le ceñía al cuerpo atlético. Los ojos celestes y entrecerrados bajo las cejas adustas guardaban una fría intensidad.

—Señorita Grant —dijo Penelope mientras señalaba a la dama y el caballero—. Permítame presentarle al duque y la duquesa de Ashton.

—Es un placer conocerlos —dijo Jane. Ya no sentía incomodidad ni vergüenza. Estaba en presencia de otro duque y una duquesa y, sin embargo, no quería huir acobardada.

—El placer es nuestro —le aseguró la duquesa con una sonrisa llena de gracia.

—La duquesa es la patrocinadora de mi arte —le contó Penelope—. Es muy amable.

—Con permiso —se excusó el duque de Ashton y se alejó del grupo.

Mientras Jane lo seguía con la mirada, sorprendida por la repentina partida, vio que se unía a un hombre excedido en peso y con una gran barriga que llevaba puesto un abrigo de terciopelo oscuro decorado con gruesas trenzas doradas. El duque le dijo algo, y el hombre echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, al tiempo que la nariz larga y respingona apuntaba alto en el aire.

—El príncipe regente… —murmuró Jane.

Richard le siguió la mirada.

—Sí, es el príncipe.

En ese momento, otro hombre de unos cincuenta años que llevaba puesto el uniforme de la fuerza naval con decorados dorados y bordados complejos con estrellas se unió al duque de Ashton y el príncipe de Gales. Hizo una reverencia y les ofreció una agradable sonrisa. Las tres tiras doradas de las mangas del uniforme indicaban que era un almirante y destellaron cuando se llevó la mano a la espalda.

Durante un breve momento, Jane se preguntó si podría llegar a ser de ayuda en la búsqueda de Spencer. Pero antes de que pudiera decirle nada a Richard, vio un destello de un vestido amarillo y cabello caoba, y Calliope le sujetó la mano enguantada.

—¿Puedo hablar contigo? —le preguntó con los ojos ardientes y las mejillas sonrosadas.

Jane miró a Penelope y Emma, porque las dos habían conocido a Calliope más tiempo, pero las dos mujeres parecían ocupadas con otras conversaciones. Se giró a Richard, que miraba preocupado entre la multitud, de seguro en búsqueda de Kelford.

—Claro —repuso Jane—. Con permiso, Richard.

Richard asintió con la cabeza.

—¿Va todo bien, hermana? ¿Ese libertino se atrevió a hacer algo?

—Va todo bien, hermano —le aseguró—. Es solo una charla de damas. Te aburrirás hasta la muerte.

Tras decir eso, jaló de Jane hacia un costado hasta encontrar un sitio alejado de la gente, al lado de una ventana con exquisitas cortinas doradas. El jardín se extendía al otro lado y se veía hermoso bajo la luz azulada de la luna que iluminaba las peonías, las hortensias y las espuelas de caballero en plena floración que crecían a ambos lados de los senderos y entre los árboles. Tres matronas estaban sentadas en un banco y bebían vino y de seguro intercambiaban chismes alejadas de los oídos del resto de los asistentes.

—¿Qué sucede? —le preguntó Jane.

Calliope se acercó más con los ojos destellantes como dos diamantes.

—Ese caballero… El duque de Kelford.

Jane se rio entre dientes.

—He visto el efecto que tiene sobre ti.

—Es tan… tan… Richard tiene razón. ¡Es un libertino! Ya sé por qué mi hermano intentó evitar que bailara con él. Pero… ¿por qué un hombre como Kelford bailaría con una marisabidilla como yo? Nadie jamás me invita a bailar. ¡En especial un vals!

Jane se rio entre dientes.

—Yo no soy la indicada para responder esa pregunta, cielo, porque solo he bailado dos veces en toda mi vida y las dos han sido con tu hermano. Pero el duque… ¡sería muy afortunado de tenerte!

Calliope soltó un suspiro y se llevó la mano al vientre, al tiempo que tomaba una profunda bocanada de aire.

—Parece que lo has disfrutado mucho —señaló Jane soltando otra risita.

—Oh, sí. Lo he disfrutado más de lo que debería. —Se rio—. Si Kelford me afecta como Richard te afecta a ti…

Sin embargo, no terminó la oración porque de repente se oyeron varios jadeos, seguidos de unos cuantos pasos acelerados que

provenían de la entrada. La música se detuvo, y la habitación se llenó de exclamaciones de enfado y un murmullo de descontento.

Mientras Jane estiraba el cuello para intentar ver qué estaba ocurriendo, divisó a un grupo de hombres que irrumpían por entre las grandes puertas. Los lacayos reales se apresuraron a detenerlos, pero fracasaron. Jane sintió que se le enfriaban los pies y se caía por entre unas grietas invisibles en el suelo. Los reconoció a todos…

Su hermano, alto y con los hombros anchos, avanzaba a grandes zancadas por entre la multitud. A sus espaldas, con el mismo aire de determinación, lo seguían Brace, Morgan y Tristan. El cuarteto iba vestido de manera inmaculada, como de costumbre, como si hubieran acudido al baile como invitados, y llevaban corbatas finas, chalecos perfectamente entallados y el cabello peinado. Eran tan atractivos como el diablo, y los cuatro atraían todos los pares de ojos hacia ellos. Detrás de ellos, iban Atticus, Reuben y unos diez hombres más de Thorne.

A Jane se le congeló el estómago y luego el cuerpo entero.

Thorne miraba alrededor con el ceño fruncido. Los rasgos afilados de su rostro se veían severos e implacables, y le daban el aspecto de un águila en busca de presa. Jane no tuvo un buen presentimiento. ¿Por qué Thorne irrumpiría en un baile real con un pequeño ejército de hombres siguiéndole el paso?

Su hermano recorrió la multitud con una mirada salvaje, y Jane comenzó a abrirse paso entre la gente. De repente, su mirada la encontró.

—Aquí estás. Jane, ven aquí de inmediato.

—Señor, ¿qué cree que hace? ¿Y dónde están mis guardias? —exclamó el príncipe regente acercándose a la escena con el rostro hinchado y sonrosado. Pero, para sorpresa de Jane, no se veía enfadado. Por el contrario, se veía… entretenido.

Jane sabía que al implicar que no sabía quién era Thorne, el príncipe protegía su propia reputación… para que nadie supiera que frecuentaba Elysium. Ashton se encontraba de pie al lado de él.

—Su Alteza, le imploro que no intente acercarse a ese desquiciado… —le murmuró.

Pero el príncipe regente alzó la mano para callarlo.

Thorne le hizo una elegante reverencia al príncipe.

—Soy Thorne Blackmore, Su Alteza Real. Sus guardias no querían dejarme entrar.

No cabían dudas de que Thorne había sorprendido a todos con sus modales de caballero tras haber irrumpido el baile de ese modo tan descortés.

—No tengo ninguna intención de hacerle daño, Su Alteza —continuó Thorne—. He venido a buscar a mi hermana y al granuja que se atrevió a tomarle el pelo.

Jane soltó un jadeo. Más personas comenzaron a hablar entre murmullos. La multitud se movió para permitir que Richard avanzara hasta llegar a Jane.

—Blackmore —dijo Richard alzando los brazos en un gesto apaciguador—. Le aseguro que no hay ninguna necesidad de esto. Tengo la intención de casarme con su hermana.

—Sí, así es —gruñó Thorne dando un paso hacia adelante y apretando los puños—. Para conseguir cierta información de mí. Información que, según he oído, intentó conseguir a mis espaldas, en contra de nuestro acuerdo.

Jane miró a Atticus que la miró con una expresión de culpa y luego bajó la vista al suelo. El estómago le dio un vuelco.

Thorne guardó silencio, pero le dirigió una mirada asesina a Richard. Era la misma mirada que le había visto en el rostro cuando encontró a un miembro de Elysium golpeando a una de las prostitutas.

—¿Es verdad que planeaba romper el compromiso? —preguntó con la voz calma.

Pero Jane conocía demasiado bien la amenaza letal que yacía detrás de la pregunta. La calma era una sentencia de muerte. Lo había oído hablar de ese modo con un hombre que había intentado venderle niños para trabajar en el burdel. Ruby le había contado que nadie más había vuelto a oír del hombre. Que su casa se había quemado, y todos los niños fueron llevados a un orfanato al que Thorne enviaba dinero desde entonces.

Los jadeos de varias docenas de personas recorrieron el salón de baile como una ola. ¿Cómo había descubierto que el compromiso era

falso? Nadie lo sabía a excepción de ella y Richard.

Jane se sonrojó cuando cientos de ojos se posaron sobre ella. La reputación de una dama con un compromiso roto podía ser escandalosa. A pesar del hecho de que ella lo había planeado así desde el comienzo, una capa de sudor le cubrió la piel y el estómago se le llenó de náuseas. Pero había un asunto aún más urgente. El de la vida de Richard.

—Thorne —comenzó Jane—, no es su culpa.

—Mantente al margen, Jane —le advirtió Thorne mirándola con su mirada oscura y furiosa—. No intentes protegerlo. Sé lo que hizo. Lo sé todo.

La palabra «todo» quedó flotando, pesada y cargada, y el mundo se le hizo añicos. No estaría así de furioso con Richard por haber conseguido la información. Debía haber más. Debía haber descubierto que habían tenido relaciones sexuales. «La has deshonrado y acabas de escribir tu sentencia de muerte. Si no te casas con ella, considérate muerto». Las palabras que Thorne había dicho hacía unos días le resonaron en la cabeza.

—Jane es demasiado amable —intervino Richard—. Fue mi culpa, pero le aseguro que no tengo ninguna intención de romper el compromiso.

El príncipe regente se llevó un dedo al labio y se aproximó a Richard con la mirada llena de curiosidad.

—¿Y por qué este hombre cree que no planea casarse con la señorita Grant?

—¡Fue mi idea! —exclamó Jane—. Él se quería casar conmigo desde el comienzo, fui yo la que no se quería casar con él.

Un murmullo recorrió la habitación.

—Eres un libertino —gruñó Thorne—. Te paraste delante de mí en mi estudio, me miraste a los ojos y me lo prometiste. Y luego actuaste de otro modo. Te confié a mi hermana. Pagarás por la traición.

A Jane le dio vueltas el mundo. Sí, eso lo confirmaba. Thorne sabía que Richard la había mancillado. Thorne no lo podía anunciar delante de toda la sociedad, pero Jane sabía de qué estaba hablando.

Le había prometido a Richard que lo mataría si no se casaba con ella. Ahora no le creería que tenía la intención de casarse con ella sin importar lo que dijera su hermano. Y bien podía ser que el matrimonio ya no le importara, porque ahora era un asunto de honor. Richard la había mancillado, así que debía morir. Un profundo terror la embargó, y se sintió más fría que nunca antes. Thorne iba a matar a Richard. Si no intervenía, su hermano iba a asesinar al hombre que amaba.

—Entonces ¿todo era una farsa? —preguntó Calliope a sus espaldas. Cuando Jane se volvió hacia la joven, le vio la mirada de desilusión en el rostro—. ¿En realidad no tenían la intención de llevar a cabo la boda?

—No, Calliope, lo siento, pero no lo íbamos a hacer. —Jane tragó con dificultad y la garganta se le secó—. Disculpa, Calliope…

Con los pies pesados como el plomo, avanzó hacia Thorne. ¿A dónde se habría ido toda la liviandad que había sentido antes en el pecho? ¿Y la excitación que le había producido un burbujeo en el estómago? ¿O la sensación de que era hermosa y pertenecía y merecía estar allí?

Las miradas pesadas de la gente que la rodeaba estaban cargadas de prejuicios. Todos la miraban como si no fuera más que mugre. Así era como la había mirado *madame* Dubois. Y *lady* Jersey cuando le negó el acceso a Almack's. ¿A quién intentaba engañar? No pertenecía allí. Y tanto Thorne como ella misma lo acababan de demostrar.

Jane le apoyó una mano sobre el brazo.

—Hermano, has venido a buscarme. Vamos.

Thorne asintió sin apartar la mirada de Richard.

—Sí, nos vamos, hermana. *Lord* Richard —añadió con la mirada más fría que el hielo—, solicito su presencia afuera.

32

AFUERA, en el aire frío de la noche, a Richard le resonaron las palabras de Thorne en la cabeza, al tiempo que una desesperación oscura se apoderaba de él. El corazón le dolía y le sangraba.

Mientras caminaba hacia las escaleras majestuosas, la multitud lo siguió y se fue abriendo para formar un gran círculo. Jane se encontraba entre los presentes, al igual que toda su familia.

Los guardias reales yacían inconscientes sobre las escaleras y el sendero de gravilla. Richard notó que respiraban y algunos comenzaban a gemir con suavidad.

—Señor Blackmore, ¿comprende que se pueden presentar cargos contra usted por esto? —gruñó el príncipe que se encontraba de pie en el último escalón y miraba a los guardias.

—Sí —repuso Thorne, que había llegado al centro del sendero y se había dado vuelta para mirar al príncipe con una expresión fría e inflexible—. Presente cargos si así lo desea, Alteza. Nada me impedirá llevarme a mi hermana a casa.

El príncipe lo miró con una furia desamparada.

—Sin embargo —continuó Thorne con la mirada dura—, si presentan cargos y no puedo seguir con mi negocio, muchos clientes se perderían los servicios únicos que se ofrecen en mi establecimiento.

El príncipe comprendió el significado de esas palabras y asintió con la cabeza. Fue un gesto apenas perceptible.

En el aire se oían los sonidos de las pisadas de cientos de damas y caballeros que habían salido del salón de baile y avanzaban por el sendero de gravilla. Se habían reunido en el exterior, en la noche oscura que solo estaba iluminada gracias a unas antorchas de fuego y unas lámparas de gas. El viento le rozó el rostro acalorado a Richard, que pudo oler el aroma a rosas y el hedor distante del estiércol de los caballos que, sin dudas, tiraban de los carruajes que habían aparcado a lo largo de las calles y detrás de Carlton House.

Había sabido que todo era demasiado bueno para ser cierto. «No es un no», le había dicho Jane, preciosa y hermosa, mientras la sostenía en sus brazos. Lo había llenado de luz y felicidad. Había sentido que las grietas del corazón comenzaban a sanarle, que el corazón se le fortalecía y le latía lleno de esperanza. Había tenido una vida entera de felicidad con Jane al alcance de las manos. Y ahora se le volvía a escapar.

Mientras la gente lo observaba y hablaba con curiosidad y con expresiones llenas de prejuicio, Thorne Blackmore se le acercó con una mirada oscura y furiosa. La grava crujió bajo sus botas como huesos aplastados. Sus hombres lo siguieron a unos pasos de distancia, en una actitud leal y cauta. Reconoció a Reuben y a Atticus, así como también a otros que había visto en Elysium.

El hermoso vestido de Jane se mecía con el viento mientras corría detrás de su hermano para sujetarlo del brazo.

—¡Thorne, por favor, ya déjalo!

Jane era hermosa. Aún era suya. En ese momento, todavía era suya. Richard no se movió ni un centímetro en el intento de estirar ese momento para siempre.

El príncipe regente se había repuesto del incidente con los guardias y se encontraba entre la multitud de invitados bien vestidos y miraba a Richard con los ojos abiertos de par en par y llenos de curiosidad, al tiempo que una sonrisa de diversión le asomaba a los labios. Era evidente que al hombre le encantaba un jugoso escándalo, y ver dos vidas que se hacían añicos delante de él le resultaba de lo más entretenido. Sin dudas, eso saldría publicado en todos los periódicos al día siguiente.

Thorne dio un paso más hacia Richard, que pudo inhalar la colonia fuerte y especiada que llevaba puesta, y le habló al oído para que nadie más pudiera escucharlo.

—Señor, ha deshonrado a mi hermana. Sé lo que hizo en su recámara anoche.

Richard tragó con dificultad.

—¿Cómo se enteró?

—Eso no importa, *lord* Richard —le respondió con los dientes apretados y un tono de voz similar a un gruñido feroz—. Lo que importa es que es una serpiente a la que yo mismo permití entrar en mi casa. Le arrebató el honor a mi hermana. Mi única hermana. La única familia que me queda.

Richard abrió la boca para decir que la quería tanto como Thorne, pero la mirada fría de Blackmore destelló en la oscuridad con el reflejo de las antorchas del jardín. Thorne lo cogió de las solapas del abrigo, y la multitud soltó un jadeo colectivo.

—Cierre el pico, granuja —escupió Thorne—. Le confié la persona más preciada de mi oscura y miserable existencia. Sabía que era un libertino, pero creí que se preocupaba lo suficiente por el destino de su hermano como para comportarse como un caballero con mi hermana. Pero ha sido mi culpa más que la suya o la de ella.

—Blackmore…

—Era la criatura más pura y hermosa que ha caminado en esta tierra, y yo tuve el honor de protegerla y cuidarla. Y fallé. —A Thorne se le desfiguró el rostro de dolor. Sacudió a Richard tan fuerte, que le resonaron los dientes—. Y usted la tomó y la profanó con sus asquerosos dedos.

—Pero me quiero casar con ella…

La mirada de Thorne escupió veneno puro.

—¿Cree que se la confiaría a un hombre como usted? No se merece respirar el mismo aire que ella. No volverá a verla siquiera.

Richard volvió la mirada hacia Jane, que se encontraba de pie a unos cuantos pasos de distancia y, por fortuna, no podía oír nada. Sin embargo, su rostro reflejaba profunda preocupación, tenía los ojos abiertos de par en par detrás de las gafas y pasaba la mirada de su hermano a él. Lo último que quería era preocuparla.

—¡Thorne! —exclamó, y la grava crujió bajo sus pies cuando se acercó a ellos apretando el paso—. ¡Thorne, suéltalo!

—De lo único que es digno es de pagar por lo que ha hecho —gruñó Thorne serenamente contra el rostro de Richard.

Una gota de sudor gélido le descendió por la columna vertebral. Jane se encontraba a tres pasos de distancia y tenía el brazo estirado hacia su hermano y los ojos bien abiertos y llenos de terror.

—¡Thorne!

—Espere la visita de uno de mis hombres por la mañana. Le dirá el sitio y la hora —concluyó Thorne con total calma.

—¡Thorne! —volvió a exclamar Jane, que acababa de llegar hasta ellos. En el momento en que apoyó la mano sobre el hombro de su hermano, Thorne soltó a Richard, que se tambaleó hacia atrás.

Un duelo.

Richard sintió un nudo en la garganta y, cuando Thorne le soltó las solapas y se apartó, sintió la mirada oscura de su adversario en él como los cañones de dos pistolas. No podía permitir que Jane se enterara. Sentía la rectitud de cada palabra que había dicho Thorne en los huesos. Jamás la debería haber tocado. Debería haber esperado. La debería haber convencido de otra manera para que lo aceptara como marido. Se merecía toda la ira de Thorne y más también. Richard asintió con cortesía.

—Que así sea, señor.

—¿Qué? —preguntó Jane mirándolos—. ¿De qué hablan? ¿Qué le has dicho, Thorne?

Pero los ojos de Thorne no se despegaron de Richard.

Por la mañana, Richard estaría muerto o, si las autoridades los descubrían, encarcelado. A diferencia de Preston, él no tenía título y, por ende, podría enfrentarse a las más duras consecuencias.

Thorne asintió con la cabeza y, lleno de gracia y furia fría, se volvió hacia Jane.

—Vamos, hermana. Al final, tenías razón. No perteneces aquí.

Richard le quería decir que se equivocaba. Que pertenecía allí. Que pertenecía con él. Que pertenecía a donde quisiera pertenecer.

Mientras Richard los observaba darse la vuelta y alejarse de él hacia el séquito de Thorne, el corazón le sangró. Debía detenerla,

detener a Thorne y… Pero Thorne lo había dejado bien claro: Richard la hacía mancillado. No tenía ningún derecho sobre ella.

La multitud comenzó a hablar entre susurros mientras Jane, Thorne y sus hombres avanzaban por el ancho sendero de gravilla para los carruajes y se dirigían a los grandes portones de hierro donde varios carruajes los esperaban.

Calliope lo jaló del brazo.

—¡Richard! ¿Qué haces? Ve tras ella. Me ha dicho que te ama.

La conmoción de esa verdad lo azotó como una bofetada y parpadeó

—¿De verdad? —Observó la silueta de Jane con el vestido de seda plateado que se alejaba cada vez más de él.

Lo amaba… ¿Acaso no era lo que tanto había anhelado oír? ¿Lo que había deseado que le dijera? Y cuanto más se alejaba su cuerpo lleno de gracia, más se le congelaba el corazón de temor. Había estado tan cerca de lograr la felicidad. Pero ahora sus temores se habían hecho realidad.

«No es un no». No obstante, tampoco había sido un sí. Se volvía a encontrar en el mismo jardín que hacía cinco años. En la misma oscuridad de la noche de verano, rodeado por la fragancia de las rosas. Y viendo a *lady* Charity en los brazos de otro hombre. El pecho se le tensó tanto que sintió como si se lo hubieran aplastado dos carruajes.

Miró alrededor. Bajo la luz de las antorchas y las lámparas de gas, todos tenían la vista clavada en él y susurraban o hablaban detrás de los abanicos. Jane llegó a las puertas de hierro fundido y antes de dar vuelta a la esquina y desaparecer en la calle oscura que se extendía en la distancia, se volvió y lo miró a los ojos.

Calliope lo sacudió por los hombros.

—¡Richard! ¡Ve por ella! ¡Detenla! ¡Lucha por ella!

No se lo tuvo que repetir. Echó a correr hacia ella y sintió las piedritas que se movían bajo los pies.

—¡Alto! —exclamó—. ¡Jane, detente!

Thorne y los tres hombres que iban vestidos como caballeros se volvieron hacia Richard con expresiones letales.

A Jane le costaba respirar y se llevó la mano enguantada a la garganta. Richard se detuvo delante del grupo y, mientras Thorne le bloqueaba el paso en un gesto protector, no despegó la mirada de Jane.

—Te amo, Jane —le dijo. A Jane se le agrandaron los ojos y parpadeó, al tiempo que se le abría la boca y dejaba escapar un jadeo—. Por favor, no te marches. Nuestra boda es en cuatro días. No faltes. Cásate conmigo. Te amo y pasaré el resto de mis días intentando hacerte la mujer más feliz del mundo. No era un no, ¿recuerdas? Que sea un sí, Jane. Por favor, que sea un sí.

En el jardín reinó el silencio absoluto, y Richard pudo oír los resoplidos de un caballo y los crujidos de una de las antorchas a sus espaldas. Contó los latidos de su corazón, y el tiempo se estiró hasta la eternidad.

A Jane se le suavizó la mirada y los ojos se le llenaron de lágrimas detrás de las gafas. A Richard le pareció ver un indicio de un sí en los ojos. El indicio de un para siempre. Pero luego se volvió hacia su hermano y ese sí murió para siempre. Se quitó los lentes que había encargado para ella y se los entregó.

—La respuesta es no, *lord* Richard —le dijo con firmeza.

Anonadado, Richard aceptó las gafas, al tiempo que Jane giraba sobre los talones y emprendía el camino hacia el carruaje. Uno de los gemelos la ayudó a subirse y desapareció en la oscuridad.

Richard sintió como si unas garras de hierro se le clavaran en lo más profundo del corazón. No se podía mover, no podía ni alzar un dedo y tenía las piernas más duras que dos bloques de granito.

Ese era el final. Era la confirmación de que no podía ser él mismo. No podía ser un hombre digno del amor de una mujer. Un hombre que no necesitara usar máscaras o aparentar ser alguien que no era. Un hombre lo suficientemente valiente como para resultar herido sin cesar si ese era el precio a pagar por ser él mismo.

Se quedó de pie respirando con dificultad mientras los hombres de Thorne se montaban a los caballos o se subían a los carruajes y se la llevaban para siempre de su vida. Intentando encontrar el valor

para moverse, se volvió hacia Carlton House y, sin sentir nada, observó que, de a poco, la multitud comenzaba a disiparse.

A diferencia de lo que sintió con *lady* Charity, cuando el corazón se le hizo añicos, en esta ocasión lo sintió inerte y frío como una piedra.

El carruaje se meció y traqueteó sobre la calle en el camino de regreso a Whitechapel. El rostro de Thorne se veía sombrío en la penumbra del interior. La lámpara que se movía por encima de sus cabezas proporcionaba la única fuente de luz.

Jane tenía el corazón hecho añicos, pero si Thorne no le hacía daño a Richard, valía la pena. Era mejor que hubiera dos corazones rotos a uno en un ataúd.

Thorne no despegó la mirada de la ventana, y Jane supo que el rostro estoico no era más que una máscara. Una furia fría le rugía detrás de los ojos. Una batalla que se debatía en su propia alma. Ahora tenía que luchar su propia batalla con él.

—Thorne —lo llamó inclinándose hacia adelante—. Hermano.

Thorne la miró.

—Enfádate conmigo —le pidió—. Fue tanto su culpa como la mía.

—No, hermana —le dijo—. Te equivocas. Ha sido mi culpa.

Al oírlo, se le volvió a romper el corazón. Ella era quien lo había engañado, actuado a sus espaldas y permitido que Richard obtuviera la información que buscaba sin decirle nada a su hermano.

—Lamento mucho todo lo que ha ocurrido —se disculpó—. Lo siento mucho, hermano. No debería haber permitido que el juego llegara tan lejos. No debería haberlo ayudado. No es tu culpa. Es mi culpa.

Thorne asintió con la cabeza y se le suavizó la mirada.

—Un poco, sí. Pero no puedo estar enfadado contigo, cielo. Tú eres quien ha sufrido con mi decisión. Si no te hubiera obligado a casarte en contra de tus deseos, aún tendrías el honor y la virtud intactos.

Y no se hubiera enamorado de Richard ni hubiera conocido la mayor felicidad del mundo.

—No, no puedes hacerte responsable de mis errores —le dijo—. Por eso te suplico que no le hagas daño a Richard.

Thorne se quedó petrificado y toda la calidez que le había mostrado hacía unos instantes se desvaneció al oír el nombre de Richard.

—No, Jane, eres una mujer. Los hombres como yo solo valoramos a nuestros seres queridos y el honor. Y él se ha metido con las dos cosas. No puedo permitir que no reciba su castigo.

—Por favor, Thorne. Sé que estás planeando algo. Pero estoy aquí, estoy a salvo contigo. Te prometo que nunca volveré a hacer nada como eso. Aceptaré a cualquier marido que me impongas sin decir nada. Te lo suplico. No hagas lo que sea que estás planeando. —El pecho se le desgarró cuando Thorne la miró con frialdad—. Por favor —añadió.

—Jane…

—Por la infancia que hemos compartido —le suplicó con un tono de voz apenas audible—. Por nuestro vínculo. Por favor, Thorne. —Los ojos se le nublaron y la garganta se le cerró tanto que las siguientes palabras le salieron roncas—. Déjalo vivir.

Thorne soltó un suspiro y asintió antes de volver a mirar por la ventana.

—No deberías preocuparte por eso.

—¿Entonces no le harás daño? ¿Me das tu palabra?

Crípticamente masculló algo sin mirarla, y Jane sintió una ola de alivio antes de apoyarse contra el respaldo. Con Thorne, ese sonido era igual que un sí.

Jane apretó las manos y miró hacia las calles oscuras por las que circulaban. Decidió que rechazar a Richard y abandonar la felicidad de una vida compartida con él había valido la pena. Richard viviría. Pero sin él, cabía cuestionar si el resto de sus días podrían considerarse una vida.

33

Tres días para la boda...

A la mañana siguiente, Jane clavó la mirada en los cinco vestidos que yacían sobre su cama. Hercules se encontraba sentado a los pies y movía la cola con ritmo contra el suelo de madera y jadeaba con una sonrisa de perro. Al lado de cada vestido, había guantes a juego. Jane tomó el vestido de seda plateado y rosado que había usado la noche anterior… la noche en que creyó ser lo bastante valiente como para comenzar una nueva vida y creer en los cuentos de hadas. En particular, en un cuento en el que el príncipe y Cenicienta vivían felices para siempre.

El atuendo contrastaba crudamente con el vestido gris que se había puesto, el que su leal Ruby le había hecho. El vestido en el que de verdad pertenecía.

Un gran baúl yacía al lado de la cama, y la sombra oscura de las paredes se proyectaba en su interior. En esa oscuridad, se perderían todos sus vestidos. Jamás los volvería a usar. En ese baúl también yacía el vestido que iba a usar para el baile de Almack's hacía cinco años.

Soltó el vestido de seda y tomó el vestido viejo para estudiarlo. Era blanco y de seda, mucho más simple que los diseños de la señora Newman, y más apto para la joven debutante que había sido en ese entonces. El escote de encaje con delicados patrones de

flores y parras tenía un lazo debajo con pequeñas perlas de río cocidas en un patrón ondulante, y a la falda la cubría una capa de gasa. Jane recordó cómo había creído que se había visto inocente y hermosa al verse en el espejo antes de partir hacia Almack's.

Había sido muy ingenua. Se daba cuenta de que, a pesar de los vestidos grises y la negación, jamás había renunciado a la esperanza secreta de algún día ser aceptada en la alta sociedad. Pero esa esperanza ahora estaba muerta y enterrada.

Volvió a dejar el vestido en el baúl. Por desgracia, tras creer, aunque solo fuera por un instante, que podía pertenecer con Richard… al mundo de él… la vida le había demostrado con una fría bofetada que estaba muy equivocada.

Recordó las expresiones de conmoción en los rostros de los invitados y el prejuicio en sus ojos. Habían curvado las bocas para formar muecas de desprecio que ni se habían molestado en ocultar. No había quedado ningún rasgo del respeto o la admiración que le habían mostrado antes.

El para siempre que podrían haber compartido solo había sido una ilusión. Thorne tenía razón. Sin importar lo que hubiera dicho Richard, jamás pertenecería a la alta sociedad ni aunque estuviera a su lado. No luego del escándalo de la noche anterior. Su hermano, con su comportamiento poco propio de un caballero, había irrumpido en el baile como un bárbaro y les había demostrado a todos a dónde pertenecía ella. Y desde luego que no era con la alta sociedad de Londres. Ni mucho menos con Richard.

Por más que las intenciones de Richard fueran nobles y estuviera dispuesto a casarse con ella, siempre arrastraría con ella su asociación con Whitechapel, y mancharía tanto su nombre como el de toda su familia.

Lady Whitemouth, *lady* Fairchild, el príncipe regente y el resto de los miembros de la sociedad jamás se olvidarían de la noche en que Thorne Blackmore irrumpió en un baile de la realeza para llevarse a su hermana a casa. Por eso, ahora debía guardar esos vestidos en el cofre y esconderlos para siempre como lo haría con los sentimientos que tenía por Richard.

Hercules se dio vuelta y soltó un ladrido amistoso. Acto seguido, alguien llamó a la puerta, y Jane se volvió. Era Ruby, con los ojos bien abiertos y unas profundas arrugas alrededor de la boca.

—Janie… —comenzó—. Veo que ya te has vestido. He venido a ayudarte. ¿Por qué no te has puesto uno de los hermosos atuendos de la señora Newman?

—Porque me estaba mintiendo a mí misma. Son dignos de una dama de Mayfair. Y yo no soy esa dama —concluyó, al tiempo que se inclinaba para recoger el vestido plateado. Sintió como si se estuviera despidiendo—. No dormí nada, así que me vestí sola. Si tienes tiempo, ¿me puedes ayudar a doblar estos vestidos y guardarlos? Quizás los podemos vender y puedo usar el dinero para la escuela.

—Claro, corazón —accedió Ruby—. Pero ¿no los necesitarás para tu vida con tu marido?

Jane negó con la cabeza y, con las manos temblorosas, recogió el atuendo celeste que iba a usar para la boda.

—No habrá ningún marido.

—¿Por qué no? —le preguntó Ruby—. Ese granuja no te dejaría mancillada, ¿no?

Con el corazón desgarrado ante la mención de Richard, Jane dobló el vestido en dos y luego lo volvió a plegar.

—No importa. —Apoyó el vestido en el fondo del cofre, y el material se tornó gris en el interior en penumbras—. Mi sitio está aquí.

Ruby se acercó a ella, y Hercules pegó la nariz a la mano de la criada. Ruby le dio unas palmaditas en la cabeza antes de tomar a Jane en sus brazos y darle un fuerte abrazo.

—Oh, corazón, lo siento mucho. No era mi intención que te abandonara de ese modo. Solo quería que el hombre que te había mancillado actuara como correspondía y se casara contigo.

Jane la miró, al tiempo que se apartaba.

—Thorne me ha dicho que fuiste tú quien le dijo que Richard había estado en mi recámara.

Ruby asintió.

—Solo quería lo mejor para ti. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Te mereces mucha felicidad, corazón. Si alguien se la merece, eres tú.

Una tormenta de dolor se desató en el pecho de Jane. Era la pérdida de la esperanza por una vida mejor que jamás tendría.

Sin embargo, tenía una vida allí. Una vida en la que era útil. Tenía la escuela y a los niños. Ese pensamiento la hizo mirar el reloj en la pared y le recordó que, en unos minutos, sus alumnos llegarían a clase.

—Estaré bien, Ruby —le aseguró forzando una sonrisa—. Porque sé que no me dejarás caer, ¿no?

—Claro que no, Janie. Eres mi pequeña. Recuerdo cuando llegaste con esos ojos grandes y tristes, toda delgada, amable y tan pero tan sola. Quise tomarte bajo mi ala y protegerte de todo el mundo, mi pobrecita.

Jane le sonrió y le tomó la mano.

—Sé que gracias a ti los hombres de Thorne me aprecian tanto.

—Son buenas personas —le aseguró Ruby—. Y ya no eres tan pequeña, pero sigues siendo mía.

Jane le apretó la mano con los ojos llenos de lágrimas. Se preguntó si así se sentiría el cariño de una madre. Ruby había jugado ese papel en su vida.

—Debo ir a comenzar la clase. ¿Podrías empacar todo en este cofre y guardarlo en algún lugar donde jamás tenga que volver a verlo, por favor?

—Como desees, corazón.

Jane y Hercules se detuvieron en la cocina para tomar los sándwiches que sabía que había preparado el cocinero. Afuera, hacía una mañana gris y tormentosa mientras caminaba con la bandeja de comida por el patio trasero de Elysium con Hercules a su lado. El viento le movió la falda del vestido y se le coló por las piernas. Oyó los rítmicos martillazos contra un yunque que provenían de la herrería. Debía de ser Ned que estaba reparando herraduras. Del gallinero en la esquina del patio, llegaban unos distantes cacareos.

Cuando entró en el salón, Hercules ladró entusiasmado al ver a los niños. Todos la saludaron con brío mientras colocaba la bandeja

en una mesa, y los niños salieron disparados a comer los sándwiches como una bandada de palomas. Jane observó los rostros satisfechos mientras masticaban.

Los niños eran su único consuelo. Nada le daba más alegría que verlos progresar y aprender a leer, escribir y hacer matemáticas. La escuela era lo que hacía muy feliz.

Alfie masticó con el rostro pensativo y el cabello rojizo apelmazado y le preguntó:

—Señorita Grant, ¿qué pasó? Ayer parecía un gato que había conseguido la crema. Hoy se ve toda acongojada.

Jane se obligó a sonreír y echó los hombros hacia atrás. La tela dura y áspera del vestido gris le produjo un picor que jamás había sentido antes de ponerse los delicados vestidos de seda.

—No estoy acongojada —le aseguró mientras sujetaba a Hercules del collar y lo llevaba a una esquina para que se sentara en su cama—. ¡Estoy muy contenta de estar aquí con ustedes!

—¿Y dónde está ese hombre elegante con el que se iba a casar? —le preguntó Lily, y el resto de los niños soltaron exclamaciones al unísono—. Queremos verlo. Que venga a visitarla, ¿de acuerdo?

Pero nunca volvería a visitarla. Ya no era su prometido, ni falso ni real. El pensamiento la paralizó. Así debía de sentirse el golpe de un trabuquete: la dejaba entumecida, con los oídos resonando y la cabeza dando vueltas. ¿Por qué estaba tan conmocionada? Sabía lo que estaba haciendo. Rechazar a Richard había sido siempre lo más probable. Desde el comienzo, los dos habían estado de acuerdo en que le pondrían un fin al compromiso, y ahora lo habían hecho.

—No creo que venga, niños —les dijo tomando un trapo para limpiar la pizarra.

Era difícil mirar alrededor y verles los rostros confundidos. Alfie y Peter estaban sentados en los escritorios con las piernas colgando. Lily se había arrodillado para acariciar a Hercules y darle un trozo de su sándwich a hurtadillas. El perro soltó un gimoteo feliz y la miró con los ojos llenos de adoración. Los otros niños seguían comiendo sus sándwiches sentados en sus escritorios con los libros abiertos.

—¿Por qué? —preguntó Alfie.

—Porque ya no es mi prometido.

—¿Y por qué? —preguntó Lily—. ¿No era aceptable? ¿O el señor Blackmore le dio una buena paliza?

Las palabras sonaban divertidas de la boca de la dulce niña, pero nadie se rio, y a Jane se le formó un nudo en el estómago.

—No —respondió—. Jamás encajaríamos bien juntos. Es más práctico así. Él es el hermano de un duque, y yo… —Y ella era la hermana de un señor del crimen.

—¡Pero es la hija de un ricachón! —exclamó Peter.

Jane no sabía que estaban al tanto de eso.

—Sí, pero… —la voz se le fue apagando.

—Pero usted es la que nos enseña, la que nos dice que deberíamos buscar algo mejor siempre, ¿no? —preguntó Alfie.

Jane asintió con la cabeza.

—Sí, Alfie, es verdad, y creo en eso.

—Entonces ¿por qué no lo hace? —intervino Peter. Tenía el cabello oscuro enmarañado y el rostro cubierto de tierra, pero una expresión muy honesta.

—Porque… —comenzó Jane, pero no pudo encontrar las palabras adecuadas para expresar el temor abrumador y las dudas que sentía.

—En el primer cuento que nos leyó, el de *Goody Two-Shoes* —volvió a hablar Lily—, la niña y el hermano no tenían nada, pero fueron valientes y trabajaron mucho para conseguir la vida que querían.

Jane parpadeó para deshacerse de las lágrimas que se le habían empezado a formar detrás de los ojos.

—Sí, Lily, lo recuerdo.

—Bueno, pero ¿esto no es lo mismo? —le preguntó Alfie.

—Entiendo lo que dicen, pero… No siempre es fácil ser valiente. Por más que queramos serlo.

Peter se bajó del escritorio y se acercó a Jane. Clavó los grandes ojos celestes en los de ella y le sujetó la mano.

—Señorita Grant, tenemos que ser valientes todos los días. A mi papá le faltan los dedos, pero sigue trabajando en el molino para poder alimentarnos y es valiente. El papá de Lily está enfermo, pero ella lo cuida a él y a sus hermanitos y es valiente.

—Mi tío es un delincuente y quiere que aprenda el oficio, pero le dije que no lo haría más —intervino Alfie—. Estoy aprendiendo a escribir para no terminar colgado en la horca.

—Eres valiente —le aseguró Jane.

Al final, las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas y se las secó con el dorso de la mano. Miró a todos los niños que tenía delante: los niños que se enfrentaban a sus temores y desafíos todos los días. Y se dio cuenta de que estaban en lo cierto.

Recordó la presencia reconfortante de Richard, sus palabras amables, la sensación de pertenecer en sus brazos… Todo le parecía distante, casi como un sueño. Y, sin embargo, también le era vívido y real. La aterrorizaba desear algo tan diferente a lo que siempre había conocido. Pero si esos niños que enfrentaban desafíos que no podía ni imaginar podían luchar por alcanzar una vida mejor, ella también podía ser valiente.

Se imaginó su vida sin Richard. La escuela le produciría alegría y una sensación de realización, pero al final de cada día, regresaría a una habitación solitaria y una cama vacía. Su vida sería gris al igual que sus vestidos. Tras haber conocido lo que era la felicidad, lo que era ser amada profundamente, compartir sus mayores temores e inseguridades con alguien y, aun así, saber que pertenecía…

A lo mejor solo se debía a que estaba exhausta de no haber dormido tras la conmoción de los eventos de la noche anterior… pero no tenía palabras. No se le ocurría ninguna excusa. ¿Acaso la opinión de la sociedad era más importante que estar con el amor de su vida?

De repente, con absoluta claridad, supo que no podía permitir que la opinión de nadie le gobernara la vida. No podía permitir que *lady* Whitemouth y el resto de la sociedad decidieran a dónde pertenecía y a dónde no. Había una familia maravillosa con corazones cálidos, los Seaton, que la habían aceptado con los brazos abiertos. La querida Calliope se sentía como un espíritu afín. Por fin supo con total claridad a dónde pertenecía: al lado del hombre al que amaba. Pertenecía con Richard. Si aún la aceptaba.

El pensamiento la llenó de tanta liviandad que creyó que se alzaría en el aire. Todo el cuerpo le cosquilleó, y los pies no sintieron

el suelo mientras avanzó hasta la puerta. Hercules levantó la cabeza y los oídos para mirarla.

—Con permiso, niños —les dijo mientras apoya la mano en el pomo de la puerta—. La clase ha terminado por hoy. Tienen razón. Debo cambiar esto. Debo hablar con Richard.

Mientras abría la puerta y salía al aire fresco de la mañana, oyó los vítores alegres de los niños a sus espaldas. Hercules se incorporó de un salto y la siguió soltando unos ladridos.

—Iremos a buscar a Thorne, Hercules —le explicó Jane mientras cruzaba el patio de barro detrás de Elysium.

Entraron por la puerta trasera y avanzaron entre los pasillos oscuros y giraron en varias esquinas. Finalmente, llegaron al estudio de Thorne y abrieron la puerta. En el interior, solo se encontraba Ruby limpiando los aparadores.

—¿Dónde está mi hermano? —le preguntó Jane.

Ruby frunció el ceño.

—Creí que lo sabías…

—¿Que sabía qué?

—Se fue hace menos de veinte minutos, justo detrás de ti.

—¿A dónde?

Una expresión de temor y culpa le cruzó el rostro a la criada.

—Ha ido a enfrentarse en duelo con tu amado.

A Jane le dio un vuelco el corazón y sintió como si se le congelaran las extremidades.

—¿A dónde?

—Donde se liberan todos los duelos.

Era obvio. Se dirigía a Hampstead Heath.

Jane se dio media vuelta y salió corriendo.

34

El suelo del carruaje traqueteó bajo los pies de Richard, que sentía las miradas pesadas de Preston y Sebastian, pero se rehusaba a devolvérselas y miraba afuera de la ventana a los árboles y arbustos que pasaban de camino a Hampstead Heath. Había troncos caídos, musgo y césped sin fin. Aunque la puerta estaba cerrada, podía percibir las fragancias frescas de la naturaleza: las flores, el césped, las hojas y el rocío matutino.

Aún era muy temprano y el sol se encontraba bajo en el horizonte, pero los rayos de sol se asomaban entre las ramas y las hojas. El cielo celeste pastel con tonos dorados y rosados se iluminaba con el amanecer. Ese podría ser el último día de Richard sobre la tierra. Era un día hermoso para morir.

—¿De verdad vale la pena, hermano? —le preguntó Preston con cautela.

Era extraño ver una expresión tan suave en el rostro de Preston. Por lo general, se mostraba distante y arrogante, pero en ese momento los ojos de su hermano reflejaban una profunda preocupación. Sebastian estaba sentado en el asiento de enfrente del carruaje y asentía la cabeza de cabello rubio oscuro mientras miraba a Richard con las cejas arqueadas y una pregunta exagerada en los rasgos.

—He ofendido su honor —le respondió Richard—. Debo pagar. Thorne tiene razón.

Preston soltó un bufido.

—Tú y tu carácter. ¿Por qué no la secuestras o algo?

Tanto Sebastian como Richard lo miraron anonadados. Preston soltó un suspiro y alzó las manos en el aire.

—Ya lo sé, es un acto barbárico.

—No debería sorprenderme que tú sugieras eso —soltó Sebastian con una carcajada—. Al fin y al cabo, reclamaste la mano de Penelope por medio del chantaje.

La mirada de Preston se suavizó. Richard negó con la cabeza y se giró para mirar afuera de la ventana.

—Me voy a enfrentar a él en duelo si no entra en razón. Pero no se trata de eso.

—Y entonces, ¿de qué se trata? —preguntó Preston.

Como Richard no dijo nada, Sebastian se removió en el asiento y se inclinó hacia adelante para apoyar los codos sobre las rodillas.

—Sabes que jamás te perdonará, ni a ti ni a su hermano, si se hacen daño. O si se matan.

Richard tamborileó el lateral de la palma contra la rodilla. Lo sabía. Ya había pensado en eso, y la idea de matar a alguien, y sobre todo a alguien a quien Janie amaba, lo hacía querer arrancarse el brazo.

—Seb tiene razón —añadió Preston volviéndose hacia Richard—. Si lo matas o le haces daño, jamás se casará contigo. Y si te hace daño… —A Preston se le quebró la voz, y sonó como si se hubiera atragantado con sus propias palabras.

—No tiene ninguna intención de hacerme daño. Tiene la intención de matarme. Y de todos modos ella jamás se casará conmigo.

Las palabras le salieron frías y crueles, pero esa no había sido su intención.

—No puedo perder a otro hermano, Rich —prosiguió Preston con la voz ronca y los ojos negros llenos de lágrimas—. ¡No puedo!

A Richard se le retorció la piel al pensar en lo que ese duelo podría implicar para toda su familia. Acababan de perder a Spencer hacía nueve meses y ahora que tenían la esperanza de recuperarlo, él…

—Pero ¿se lo pediste en serio? —le preguntó Sebastian.

—Se lo pedí más de una vez. Y ayer me dio su respuesta definitiva. Y todos saben cuál es.

Preston negó la cabeza con firmeza.

—Lo siento, hermano. Sé que debe haber sido devastador. Luego de que *lady* Charity rompiera el compromiso, jamás has sido el mismo.

Richard quería responder que se había recuperado casi por completo, que estaba listo para lo que fuera, pero no pudo decir nada. Preston tenía razón.

El rechazo de Jane el día anterior había sido como unas garras que se le cerraban alrededor de la garganta y lo ahorcaban hasta matarle toda voluntad. Le hizo comprender lo tonto que había sido al albergar esperanzas. Al sanar. Al imaginar que una mujer como Jane pudiera amarlo.

Igual que el rechazo de *lady* Charity, el de Jane le había demostrado que era mejor embriagarse con alcohol, fiestas y mujeres. No podía soportar el dolor.

El lacayo abrió la puerta del carruaje, y cuando se apeó, lo embargó una ola de terror que le recorrió el cuerpo entero. Mientras avanzaba hacia el hermano de Jane, las palabras de Preston le resonaron en la mente.

Cada paso que daba era una sinfonía de sensaciones: la presión suave del césped cubierto por el rocío bajo las botas de cuero, el sutil aire fresco de la mañana que se colaba por la tela de los pantalones. Casi podía saborear la humedad térrea del páramo, mezclada con la frescura del agua del río. El amortiguado canto de los pájaros era una serenata agridulce, casi ahogada por el suave susurro del río.

Thorne se encontraba de pie como una silueta imponente en un mar de césped. Su abrigo y pantalones de color ébano eran un contraste mortal con la luz del día, que lo hacían sobresalir aún más. A pesar del inminente duelo, Thorne parecía un aristócrata desde la cabeza, con el cabello inmaculado, hasta la punta de las botas brillantes.

A su lado, se encontraban los tres hombres que lo habían acompañado la noche anterior. Cada uno poseía un aire de fuerza

brutal con los hombros anchos y las expresiones severas en los rostros desafiantes.

Richard tomó una profunda bocanada de aire frío y húmedo y saboreó el amanecer en la boca: nítido, claro y con una nota de lo inevitable. El aroma del bosque cercano y el césped humedecido le llenó los sentidos y lo enraizó en la realidad de la situación.

Tanto las botas de él como las de Preston y Sebastian resonaron con suavidad contra el césped mojado mientras avanzaban. Richard sintió un cosquilleo en la nuca y una pesadez en el estómago.

El agua destellante del río reflejó el primer rayo de luz y proyectó un brillo suave sobre el rostro de Thorne. A pesar de la serenidad que los rodeaba, la expresión del hombre reflejaba una determinación gélida.

A Richard le escocieron las palmas de las manos, y la piel se le tensó bajo los nudillos. Flexionó los dedos, al tiempo que le zumbaron los oídos y casi se ahogó en el murmullo del río. De repente, inhaló el olor de la pólvora. El olor de la muerte.

Sin importar si vivía o moría, jamás volvería a ver a Jane. Jamás volvería a experimentar la felicidad verdadera con ella. Porque en lo más profundo del corazón, aún tenía una esquirla que le había dejado *lady* Charity cuando le entregó su corazón y lo traicionó. Y esa esquirla lo cortaba y apuñalaba y, por más que quisiera deshacerse de ella, aún sangraba.

Le había pedido a Jane que creyera en él, pero ni él había tomado ese riesgo. Se había contenido de exponer el corazón herido. *Lord* Richard Seaton, un romántico por naturaleza que comprendía a la gente y anhelaba amor, se mantenía a salvo dentro de las murallas que lo protegían. Sabía que, si de verdad se abriera, acabaría sintiendo tanto dolor como alegría. Ahora estaba listo, pero ya era demasiado tarde.

Se detuvo delante de Thorne, que lo observó con frialdad detrás de las cejas oscuras, y asintió con la cabeza. En el momento en que Richard lo miró a los ojos, sintió un estremecimiento en la columna vertebral, como si un peso frío se le hubiera asentado en la boca del estómago. Los oscuros ojos gélidos de Thorne cargaban la estremecedora promesa de la muerte.

—Este es Brace Sterling —dijo Thorne asintiendo al hombre que se encontraba al lado de él—. Es un médico.

El hombre tenía una contextura musculosa y un rostro atractivo con unos intensos ojos celestes y el cabello rubio que llevaba amarrado en la nuca.

—Estos son mis padrinos, los señores Morgan y Tristan Nightshade —dijo señalando a los hombres idénticos con hombros anchos y cabello castaño. Tristan tenía una sonrisa pícara, mientras que Morgan llevaba una expresión imparcial.

Richard asintió hacia los caballeros, y todos lo miraron con frío interés.

—Estos son mis padrinos —dijo mirando a Preston—: el duque de Grandhampton y el duque de Loxchester.

—Creo que nos hemos conocido —dijo Blackmore—. El duque de Grandhampton ya no es bienvenido en mi club.

—Creo que no —confirmó Preston—. Pero ya no necesito ir a su club.

—Estoy seguro de que no —repuso Blackmore—. He oído que está felizmente casado.

—Y usted, señor, debería habernos dicho hace meses que nuestro hermano podría seguir vivo. Nos podría haber ahorrado mucho dolor.

—Pero entonces no se hubiera casado con su hermosa esposa, ¿no? —le preguntó Blackmore con una sonrisa—. Además, no les debo nada.

—¿No tiene ningún sentido del honor o vergüenza, señor? —le preguntó Sebastian—. Spencer era… es… como un hermano mayor para mí.

—No, no tengo vergüenza —respondió Blackmore—. Pero les aseguro que tengo honor. Que sea un honor distinto al de usted no es problema mío.

Richard se preguntó si estaba dispuesto a morir sin intentar recuperar a Jane. Sabía que lo amaba: lo había visto reflejado en sus ojos, lo había sentido en sus caricias y lo había oído en su voz. Tenía que ayudarla a ver más allá de los miedos, pero para hacerlo, tenía

que ver más allá de los suyos. Iba a ser un caballero luchando por su dama contra su enemigo, el temor. No Thorne.

—Blackmore —le dijo—. No deseo luchar con usted. Se lo he dicho antes y se lo repito: deseo casarme con su hermana, sin importar si usted lo aprueba o no.

—Es demasiado tarde —repuso Thorne y tomó una de las pistolas de la caja que sostenía Brace Sterling—. No lo aceptaré como mi cuñado. Quiero venganza. Le ha provocado dolor, sufrimiento y humillación a mi hermana. La ha deshonrado. Y pagará.

—Blackmore —dijo Preston poniéndose de pie entre Richard y Thorne—. ¿De verdad no hay forma de resolver esto en paz?

—Recoja la pistola, señor —le ordenó Thorne con la voz tensa.

La determinación distante en la mirada de Thorne se tornó en furia gélida.

Richard asintió con la cabeza.

—Lo haré, pero no tengo ninguna intención de matar al hermano de la mujer que amo.

Thorne escupió una maldición vulgar. El hermano vestido de negro detrás de él arqueó las cejas entretenido.

—Puede que me mate —continuó Richard—, puede que me lastime. Pero amo a Jane y si salgo vivo de esto, lucharé por ella. La cortejaré. La conquistaré. La misión de mi vida será hacerla la mujer más feliz sobre la tierra.

Thorne soltó un gruñido por lo bajo.

—Son palabras dulces, *milord*, pero no significan nada. Ya ha demostrado su valor con sus acciones. Me ha dado su palabra de honor y la ha roto, ha jugado con las emociones de mi hermana. —Miró a Brace Sterling—. Estamos listos.

Sterling asintió con la cabeza y miró a Richard.

—Señor, por favor, tome la pistola.

Con pesadez en el estómago, Richard asintió con la cabeza y recogió la pistola. El mango de madera le resultó suave y frío contra la palma, y el arma se le hundió en la mano con pesadez.

—Pónganse de pie dándose las espaldas —instruyó Sterling—. Y cuando les diga que caminen, den veinte pasos en direcciones

opuestas.

Richard sostuvo el arma cerca del pecho y sintió la espalda de Blackmore apretada contra la suya. El viento le jugaba con el cabello en la frente y acarreaba el aroma de hojas, flores y el río que corría cerca de allí.

En la distancia, oyó una zambullida y el ladrido de un perro, pero no le dio demasiada importancia. Tenía toda su concentración en la pesada pistola que sostenía en la mano.

No le dispararía a Thorne. No sería el hombre que matara a la única familia que le quedaba a Jane. Dispararía al aire y dejaría que Thorne decidiera qué quería hacer. Que eso quedara en la consciencia del hombre.

—¡Caminen! —soltó Sterling.

Richard comenzó a andar contando los pasos.

35

—¡Deténganse! —ordenó Jane—. ¡Alto!

Las siluetas que veía al otro lado del río se encontraban al alcance de la vista. Thorne aferraba la pistola e intercambiaba unas palabras con Richard. Al lado de Jane, Hercules lloriqueaba con las orejas alzadas y los ojos clavados en Thorne. Movía la cola entusiasmado y avanzaba nervioso al lado de ella. Se habían encontrado varados por el pequeño río.

La zona presentaba indicios inconfundibles de inundaciones: había árboles que nacían del mismo río. Algunos se encontraban a una distancia considerable de la orilla.

Jane comprendió el misterio de cómo había acabado allí, en el lado equivocado del río. Había tomado prestaba una calesa del establo de Thorne, con el plan de dirigirse a Hampstead Heath. Sin embargo, no había considerado el tamaño del páramo o la gran cantidad de riachuelos que lo cruzaban, que al final la habían obligado a abandonar la calesa y continuar a pie. La zona era pantanosa y estaba cubierta por un profundo sotobosque que tuvo que atravesar. Y ahora que había llegado, comprendía que podría ser demasiado tarde.

—¡Ato! —volvió a gritar.

Su voz no se escuchaba a través de los sesenta metros de agua que los separaban, pero el viento era su aliado, y acarreaba fragmentos de la conversación hacia ella. Podía oír las voces de Richard y de Thorne, aunque se mostraran ajenos a sus llamados.

También veía a Brace, Morgan y Tristan, junto con Preston y Sebastian.

Tenía que cruzar el río, intervenir y detenerlos. Mientras Richard sujetaba la pistola con más fuerza, Jane dio un paso hacia el agua embarrada y llena de juncos.

—¡No! —exclamó.

Casi imitándola, Hercules ladró en voz alta y se lanzó al agua. La pequeña cabeza le sobresalía por la superficie mientras nadaba hacia la costa.

—¡Maldición! —exclamó Jane—. ¡Diantres!

Como respondiendo a su grito, Brace exclamó:

—¡Caminen!

Tanto su hermano como Richard comenzaron a andar en direcciones opuestas, con pasos que reflejaban el ritmo del contrincante.

Fue entonces que Jane supo que debía hacer algo. A pesar de que no había nadado en mucho tiempo, recordaba las lecciones de natación que le había dado Thorne durante los veranos que pasaron juntos en Rosewood. Se zambulló en el río, y el agua gélida le paralizó las piernas. Sintió el vestido cada vez más pesado y comenzó a nadar y empujar el agua con determinación pura.

—¡Thorne! ¡Richard! —intentó llamarlos, pero le resultó muy difícil, y a los pulmones le costaban mantenerla a flote y en movimiento.

Delante de ella, Hercules volvió a ladrar como haciendo eco de sus sentimientos.

Algo se le enganchó en la falda y la detuvo en el medio del río. Pataleó para seguir avanzando, pero algo le impedía moverse. Cuando bajó la mirada, el agua amarronada no le dejó ver nada. Por eso, tomó una profunda bocanada de aire y, al sumergirse, el frío le congeló la cabeza. Estiró la mano hacia abajo y encontró el problema: la rama rota de un árbol.

Jaló de la rama con desesperación, al tiempo que los pulmones le pedían aire a gritos. El corazón se le llenó de pánico, y se le congeló la sangre en las venas. Salió del agua respirando entre jadeos. ¿Y si

mientras estaba atrapada uno de los hombres a los que tanto quería moría?

Volvió a mirar hacia el banco. Todos seguían vivos. Thorne y Richard mantenían sus posiciones. Thorne apuntaba el arma hacia Richard, mientras que este último apuntaba al cielo.

Hercules llegó al otro lado de la orilla y comenzó a ladrar alto para llamar la atención de todos. Las cabezas de los siete hombres se volvieron hacia el animal. Thorne y Richard bajaron las armas de inmediato. Thorne echó a correr hacia Hercules, y Jane lo oyó decir:

—¿Qué haces aquí, amigo?

El animal volvió la cabeza hacia Jane y siguió ladrando. Al poco tiempo, las miradas de su hermano y de Richard la encontraron.

Los dos perdieron el color en el rostro antes de salir disparados hacia el río, intentando ganarle al otro en la carrera como dos niños que intentan subir una escalera al mismo tiempo.

—¡Jane! —exclamaron los dos—. ¡Jane!

—¡Jane, cielo, nada! —le ordenó Thorne—. ¡Tú sabes nadar!

—¡Jane, aguanta, ya voy! —le rogó Richard.

Luego oyó una zambullida, y Richard y Thorne comenzaron a nadar en el río intentando llegar a ella a toda velocidad. ¡Lo había logrado! ¡Había detenido ese tonto duelo!

—Estoy bien. ¡Es este maldito árbol! —exclamó.

Tenía que liberar la falda de esa rama para poder continuar nadando. Tomó una profunda bocanada de aire y se volvió a sumergir en el agua congelada para tomar el dobladillo de la prenda. El agua embarrada del río amortiguaba los sonidos que la rodeaban mientras tiraba de la tela, pero no cedió. Un profundo temor comenzó a llenarle el pecho al comprender que quizás no le sería fácil librarse.

Luego pensó que a lo mejor podría romper la rama. Era bastante gruesa, pero quizás podría hacerlo. Se sumergió aún más en el agua, cogió la rama con las dos manos y comenzó a jalar con los dientes apretados. Sintió como si los pulmones le cedieran bajo la presión de contener el aliento. Pensó en Richard, en el futuro que podrían tener juntos si tan solo lograra romper ese trozo de madera.

Con un último jalón y una plegaria silenciosa, se valió de toda la fuerza que tenía para torcer la rama hasta que por fin se rompió.

Era libre. Comenzó a subir hacia la superficie cuando unos brazos fuertes la envolvieron por la cintura.

Salió al aire frío y deliciosamente fresco, abrió la boca e inspiró todo el aire que pudo, moviendo los brazos para mantenerse a flote. Miró alrededor. Tanto Thorne como Richard se encontraban allí, Richard no le quitaba los brazos de la cintura y la sostenía contra su cuerpo mientras escupía agua. El rostro de Thorne se veía severo y furioso, y los dos hombres tenían el cabello empapado pegado contra la frente, al tiempo que el agua les chorreaba por los mentones y las pestañas.

Jane siguió respirando entre jadeos cuando se volvió hacia la orilla. Hercules ladraba desde allí y movía la cola de un lado a otro. Preston, Sebastian y los tres hombres de Thorne se encontraban con el agua hasta los tobillos y la miraban a ella y a los dos hombres que nadaban a su lado.

—¿Te encuentras bien, Jane? —le preguntó Thorne.

—Sí, estoy bien —le dijo cuando recuperó el aliento—. ¡Ahora que sé que no se van a matar!

Thorne y Richard se fulminaron con la mirada.

—Vamos, tesoro —le dijo Richard—. Salgamos del agua.

Se veía increíblemente atractivo, empapado, vulnerable y seductor. A lo mejor era el modo en que la camisa blanca se le pegaba al cuello fuerte…

—¿Puedes nadar? —le preguntó.

—Claro que sí —le respondió—. Y no había ninguna necesidad de que se metieran en el agua. Me puedo rescatar sola.

La mirada de impotencia que asomó a los rostros de su hermano y Richard le dijo que tenía razón en ese punto. Siguió nadando hacia la orilla y sintió el agradable ardor que le producía el ejercicio en los músculos del pecho y los brazos. Debería tomar el hábito de nadar más a menudo.

Mientras Richard y Thorne la seguían uno a cada lado, vio que Preston iba de camino hacia ellos con varias pilas de mantas que había sacado de su carruaje.

Jane se paró sobre la orilla embarrada y tembló de frío. Apretó los dientes para que no le resonaran, pero el cuerpo no dejó de temblarle mientras Preston, Sebastian y Brace le ponían mantas por encima de los hombros, antes de hacer lo mismo con Richard y Thorne. El agua le chorreaba de las prendas y el cabello, que se le había salido del rodete. Hercules ladraba con alegría y saltaba sobre el suelo antes de abalanzarse contra todos los presentes y apoyarles las patas embarradas. La camisa blanca de Richard quedó cubierta de manchas de barro. Richard le dio unas palmaditas en la cabeza a Hercules y miró a Preston.

—¿Tenías mantas en el carruaje?

—Sí, por suerte mi cochero aún no las había guardado luego del invierno.

Cuando Hercules dejó en paz a Richard, los tres respiraron entre jadeos. Jane se sintió temblar, y Richard le envolvió la manta por los hombros.

—Aléjate de ella —le ladró Thorne.

—Thorne, ya basta —lo regañó Jane—. He venido a decirte que jamás te perdonaría si matas al hombre que amo.

A Thorne se le transformó el rostro.

—¿El hombre que amas? —le preguntó con detenimiento sin dejar de parpadear.

Jane miró a su hermano a los ojos, que por lo general se mostraban duros, pero se habían suavizado y reflejaban afecto. Los iris oscuros tenían una calidez familiar y recuerdos de la infancia que habían compartido. Él había estado a su lado desde el comienzo y siempre la había cuidado. Su fachada estoica parecía deshacerse mientras la mirada se le llenaba de amor y compasión.

Miró a Richard, que la veía como si pudiera ser la cura de una plaga con los ojos celestes destellando con intensidad. Luego se volvió hacia su hermano y le sonrió.

—Sí, Thorne. Amo a Richard.

Thorne soltó un profundo suspiro de cansancio.

—Jane, puede que estés confundiendo el amor con el encaprichamiento.

—No, sé lo que siento, hermano. No pensé que podría ser lo suficientemente buena como para su mundo, pero tienes razón, Thorne. Siempre has tenido razón. Pertenezco allí. —Se volvió hacia Richard, que estaba pendiente de cada una de sus palabras. Era tan alto, tan fuerte y tan musculoso y, sin embargo, se encontraba de pie lleno de esperanza y vulnerabilidad en los ojos. Jane sintió que le podrían estallar los ojos—. Y te amo, Richard. Si aún quieres casarte conmigo… —tragó con dificultad y con la boca seca de repente—, aceptaré.

Richard le ofreció la sonrisa más hermosa que jamás se hubiera visto en un hombre. Le tomó las manos entre las suyas, y Jane no logró entender cómo podían estar tan cálidas tras haber salido del agua congelada. Las manos fuertes y ardientes le quemaron los dedos y le infundieron valor, al tiempo que le produjeron un cosquilleo dulce en el corazón.

—Iba a poner el mundo patas para arriba para intentar conquistarte —le confesó—, para lograr que me aceptaras. Por supuesto que todavía me quiero casar contigo. —Se rio—. Eres el amor de mi vida.

Algo se abrió en su interior al oírlo decir eso. ¿De verdad iba a hacerlo? ¿De verdad iba a cambiar el curso de su vida de forma abrupta tras haber estado tan segura de que sería una solterona para siempre?

Sí. Sin dudas. Porque era esa mujer. La mujer que pertenecía a donde ella escogiera. Y en ese momento, la elección era muy clara.

—Pertenezco a donde sea que tú estés, Richard Seaton —le dijo.

A pesar de los seis pares de ojos masculinos que la observaban, le pasó los brazos por el cuello y besó a su prometido. Richard tenía los labios cálidos y suaves e ignorando a todos los presentes, le introdujo la lengua en la boca para acariciarle la suya. Se besaron ajenos a los gruñidos de descontento que soltaba Thorne y los ladridos de Hercules, a pesar del aire frío que le atravesaba las prendas empapadas y humedecidas.

Porque eso era lo que Richard le producía. Le encendía un fuego en las venas con una simple caricia. Y el beso… oh, el beso… le ardía y la hervía a fuego lento, le producía un cosquilleo en la piel y un

calor que le subía por la columna vertebral y le afectaba las partes más íntimas. Y así de repente, no sintió más frío.

—¡Ya es suficiente! —ladró Thorne y, con arrepentimiento, Jane se apartó de Richard. Ambos intercambiaron sonrisas juguetonas; de seguro, él también se sentía como un niño travieso.

Los dos se volvieron hacia Thorne.

Su hermano se veía de lo más disgustado. Se encontraba de pie empapado y frío. Tenía el ceño fruncido y la boca curvada hacia abajo mientras los miraba con una furia inútil. Brace, Morgan y Tristan, por su parte, tenían unas expresiones de lo más divertidas. Jane pensó que lo único que les faltaba era un trago en las manos y un asiento cómodo para relajarse y disfrutar del espectáculo.

—¿Qué pasa? Thorne, por favor, no me digas que todavía lo quieres matar —le dijo Tristan.

Thorne soltó un profundo suspiro y se pellizcó el puente de la nariz.

—De acuerdo. No lo mataré, señor. Tenía razón. No puedo matar al hombre que ama mi hermana. Tiene mi bendición. Pero no se verán sin mí hasta la boda.

Tanto Jane como Richard lo miraron anonadados. Pero cuando alzó la mirada hacia Richard, vio una expresión pícara que le iluminaba el rostro. Se acercó a él.

—Supongo que no tiene ni idea de lo astutos que podemos ser.

EPÍLOGO

JANE SE ENCONTRABA de pie al lado de Richard, frente al sacerdote que llevaba puesta una túnica larga y blanca con hilos dorados y plateados. El sol se colaba por los vitrales y proyectaba colores brillantes sobre la congregación. Detrás de Jane y Richard, los hombres llevaban abrigos largos y oscuros, y las mujeres llevaban vestidos blancos o de colores pálidos, bonetes decorados con encaje, flores blancas y plumas.

Rosas blancas y peonías llenaban la iglesia con una fragancia dulce que se mezclaba con las notas más profundas del incienso. Los arreglos florales se encontraban al final de cada banco de la iglesia y en los ramilletes que llevaban puestos las mujeres, así como también en los ojales de los abrigos de los hombres. Hasta el altar se encontraba decorado con flores.

El lado de la iglesia de Jane era un *collage* de rostros familiares, rozados por las durezas de la vida, pero resilientes y vibrantes con una alegría compartida. Su hermano, Thorne, ancho e imponente, sonreía de tal manera que le suavizaba los rasgos severos, y sus acompañantes, Brace, Tristan y Morgan, compartían esa alegría tan inusual.

Atticus, Reuben y Ruby llevaban la humilde autenticidad de sus raíces de Whitechapel, con prendas enmendadas que contrastaban con la grandeza de la iglesia, pero que no disminuía sus espíritus en lo más mínimo. Los alumnos de Jane, incluidos Alfie, Lily y Peter,

habían acudido con sus padres, y todos tenían unas sonrisas dulces llenas de entusiasmo y asombro en los rostros.

En el lado de Richard, se reunía la grandeza ornamentada de la alta sociedad de Londres. Las prendas brillantes confeccionadas de manera exquisita reflejaban un estilo de vida lleno de privilegios. Entre la familia de Richard se encontraban Preston, con un traje entallado a la perfección, Penelope y Calliope con atuendos hermosos y la abuela con una de las asombrosas creaciones de la señora Newman que le complementaba la silueta acorde a su edad. Todos tenían sonrisas llenas de alegría y aprobación.

Sebastian y Emma, entre otras damas y caballeros vestidos de forma impecable, formaban una imagen elegante. Las joyas destellantes, los chales bordados y los tocados artísticos llamaban la atención y creaban una exhibición despampanante de riqueza y estatus.

Sin embargo, a pesar del contraste absoluto entre los mundos de Jane y de Richard, había una armonía incuestionable en el aire. Una sensación de respeto mutuo que cerraba la brecha, hilos de amor y curiosidad que unían los dos lados. Las damas intercambiaban miradas con las madres de Whitechapel. Los caballeros con prendas lujosas les asentían con la cabeza a Thorne y a sus hombres. Los ricos y los humildes por igual disfrutaban de la feliz unión de Jane y Richard. Una camaradería inesperada comenzó a florecer y pavimentar el camino para interacciones amistosas y risas compartidas.

El reverendo Philips tosió y les pidió a Jane y Richard que repitieran los votos con él. Jane se sabía sus votos de memoria, y, con las manos temblorosas, se volvió hacia Richard y le clavó la mirada en los maravillosos ojos celestes. Estaba muy apuesto con el abrigo negro, el cuello alto y blanco y la corbata amarrada de manera impecable al cuello. Tenía una rosa blanca en el ojal del abrigo que se parecía al ramillete que Jane llevaba en el vestido. Los ojos casi le brillaban al observarla, y Jane comenzó a hundirse en ellos, sabiendo que para él no existía nadie más que ella en ese momento. Y ella sintió lo mismo.

—Yo, Jane Grant —comenzó mirándolo a los ojos, y las palabras le fluyeron del corazón con facilidad—, te tomo a ti, Richard Seaton, como mi esposo y te hago la promesa solemne de amarte y honrarte hasta que la muerte nos separe.

Los invitados habían estado tan callados que hasta el más mínimo movimiento de los pies o roce de las prendas le sonaba alto en los oídos. El corazón le latía acelerado en el pecho, y contra todas las pautas de comportamiento social y bajo la mirada fulminante del reverendo, Richard estiró la mano y le tomó la de ella entre las suyas. Jane sintió una descarga de calor y familiaridad al sentir su piel y le sonrió. Se había vuelto adicta a sentirlo contra su cuerpo. Mientras él la tocara, sentía paz y tranquilidad. Así era como se sentía pertenecer.

A Richard le destellaron los ojos al mirarla y respondió con suavidad:

—Yo, Richard Seaton, te tomo a ti, Jane Grant, como esposa y te hago la promesa solemne de amarte y honrarte hasta que la muerte nos separe.

Jane le sonrió, al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

El reverendo alzó las manos.

—Las Sagradas Escrituras nos dicen que el amor es paciente, el amor es bondadoso. No envidia, no alardea ni es orgulloso. Que este amor divino siempre guíe sus caminos. Que el Señor los bendiga y los proteja. Que el Señor les sonría y sea bondadoso con ustedes. Que el Señor les muestre su cariño y les dé paz. Desde ahora en adelante, caminan juntos. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, bendigo esta unión y los declaro marido y mujer.

La congregación irrumpió en vítores, y Hercules ladró con alegría a los pies de Thorne. La sonrisa de Richard la hizo sonreír de oreja a oreja. A través de la cacofonía de los vítores y los gritos, Richard se acercó a su esposa para susurrarle:

—Te amo.

—Y yo a ti —le respondió.

—Por todos los cielos, quiero besarte —le murmuró.

—Y yo a ti. —Jane le echó un vistazo al reverendo—. Pero no lo hagas. De lo contrario, al reverendo Philips le dará un ataque.

Richard se rio entre dientes. Al poco tiempo, Richard y Jane salieron de la iglesia agarrados de las manos y respiraron el aire fresco de Londres. Los parques verdes se veían a través de la calle abarrotada de carruajes tirados a caballo y las líneas de casas de ladrillos marrones y rojos. Los invitados se pararon en dos filas y los bañaron con pétalos de rosas. Jane soltó un grito alegre y se acercó al hombro fuerte de Richard.

Cuando regresaron a Sumhall, donde tendría a lugar el desayuno de bodas, los invitados los siguieron de buena gana. El salón comedor se encontraba intensamente iluminado gracias al sol. Jane y Richard saludaron a los invitados que iban llegando y les agradecieron por haber ido. Había mucha comida sobre las mesas, y habían preparado platos exquisitos para la boda.

La enorme mesa de madera sobre la que se encontraba el bufet estaba en el centro del gran salón comedor. Sobre ella, había delgadas fetas de jamón y tocino, tortillas francesas, diferentes variedades de pan, cinco tipos de mermeladas, salmón ahumado, bacalao frito y un cuenco lleno de frutas: manzanas, naranjas, melocotones y cerezas que, sin dudas, habían importado y habían acomodado cerca de las tartas recién horneadas. Una tarta de pera marrón y amarilla estaba rodeada de tartas de cereza con corteza enrejada cubierta con azúcar impalpable. También había carne asada fría y pechuga de pollo.

Las cosas de Jane y de Richard ya estaban empacadas para que partieran luego de la recepción a la luna de miel en Grandhampton Court. Hercules iría con ellos. Como Richard había dicho desde el comienzo, el perro necesitaba aire fresco para correr en la naturaleza persiguiendo ardillas y conejos. Luego de que regresaran, se mudarían a la casa que el padre de Richard le había dejado para cuando se casara y comenzara su familia.

Todos los Seaton se encontraban presentes, al igual que el padre de Penelope y su prima Alexandria. Jane apenas podía contener la sonrisa. Esa era la familia que siempre había anhelado. Una sensación de completitud la embargó como una ola cálida y cosquilleante. Se sintió vasta y ligera, como si pudiera abrazar al mundo entero.

Cuando Richard habló con Thorne y Preston, la conversación pareció fluir con facilidad y tranquilidad… como si no hubieran estado a punto de dispararse hacía tan solo dos días. Aliviada de que su marido y su hermano parecieran encontrarse en mejores términos, Jane se detuvo al lado de la ventana con Calliope y Sebastian.

—Sebastian, ¿tienes contactos en la fuerza naval? —le preguntó Calliope—. Intenté hacer indagaciones, pero no estoy llegando a ningún puerto. El tiempo pasa rápido, y debemos hacer algo para encontrar a Spencer.

Sebastian se rio entre dientes, al tiempo que arrojaba una mirada de reojo hacia Richard y Preston.

—Preston me ha comentado que lo reclutaron a la fuerza. Estoy seguro de que tus hermanos están en mejor posición de liderar este tipo de investigación. Además, estoy seguro de que no querrían que hiciera nada para alentarte.

Jane y Calliope intercambiaron una mirada. No era de sorprender que Sebastian no quisiera ayudarla.

—Calliope conoce a un caballero —comenzó Jane—. Podría ir a buscarlo. No necesita la aprobación de sus hermanos para eso.

A Sebastian se le transformó el rostro.

—¿Qué caballero?

—El duque de Kelford —respondió Calliope con un destello en los ojos.

—El duque de… ¿Acaso no bailaste con él en el baile real? No, Calliope. Tus hermanos lo enviarán a la tumba. ¡Es un libertino!

Calliope se encogió de hombros.

—Solo me interesa conseguir información.

Sebastian negó con la cabeza.

—De acuerdo. Pero debes prometerme que lo visitarás acompañada por Preston o por mí.

Calliope asintió con la cabeza.

—Te lo prometo.

Sebastian soltó un suspiro.

—Tienes suerte. Conozco a Kelford y he oído de contactos que compartimos que lo han asignado al departamento de reclutamiento.

Una sonrisa traviesa le asomó a los labios a Calliope.

—Bueno, qué coincidencia más maravillosa…

Jane la miró fijo. Calliope solía ser una persona calma y compuesta, pero el atractivo caballero rubio la había flechado por completo. Jane sintió un retorcijón de preocupación en la boca del estómago por su nueva amiga.

—Calliope, irás con Preston o Sebastian, ¿no? —le preguntó Jane —. Por favor.

—¡Por supuesto! —Calliope se encogió de hombros.

Sin embargo, por algún motivo, eso no hizo nada para tranquilizar a Jane.

De pronto, sintió una mano increíblemente cálida y pesada en la parte baja de la espalda.

—¿Te puedo robar, tesoro? —le susurró la voz sedosa de Richard al oído.

—Por supuesto, esposo —repuso girándose hacia él.

Richard se rio y miró a Calliope y Sebastian.

—Con permiso.

Luego la tomó de la mano y la condujo afuera del salón comedor, hacia la sala de estar que de momento se encontraba vacía. Cerró la puerta y pasó el pestillo antes de hacerla girar y acercársela al cuerpo. Al sentir su cuerpo cálido contra el de ella, el aroma de su colonia a sándalo y pimienta, se sintió envuelta en una bienvenida a casa.

—Por fin te puedo besar —le dijo.

Se inclinó hacia ella y acercó los labios a los suyos. Cerró los ojos y alzó el rostro hasta que le rozó los labios. Las mariposas en el estómago cobraron vida, y las rodillas le cedieron, pero sus brazos fuertes la sostuvieron.

Al principio, el beso fue dulce y suave, y le hizo sentir escalofríos en la columna vertebral. Le acarició la lengua con la suya y profundizó la intensidad del beso.

Jane le pasó los brazos por el cuello, y Richard la hizo retroceder hasta que alcanzó una pared. Sus labios sabían a té y fresas. Jane le hundió los dedos en el sedoso cabello espeso, y todo su cuerpo le

dijo que sí a Richard. Sí a sus caricias. Sí a su alma. Sí a convertirse en uno solo.

Luego se apartó de sus labios y comenzó a besarle el mentón, descendió por el cuello y llegó a los senos. Jane jadeó sin poder pensar más y se limitó a disfrutar del placer. ¿Cómo podía tener un solo pensamiento cuando la lamía y jugaba con sus senos a través del vestido y el corsé hasta hacerle sentir los labios en la piel, suaves y reverentes?

Al poco tiempo, con la lengua, comenzó a juguetear con uno de sus pezones y le hizo sentir las más deliciosas descargas de placer en el cuerpo. ¿Cómo podía hacer algo más que soltar jadeos de sorpresa y perplejidad cuando le succionaba el pezón?

Jane se derritió como si una cálida ola cosquilleante la hubiera arrasado por completo y la hubiera dejado debilitada y maleable como la cera caliente.

Tenía la entrepierna caliente y dolorosa. Una sustancia líquida le humedeció el sexo, y Jane soltó un gemido aliviada de saber que era una señal de excitación. Se le tensaron las entrañas y deseó sentir la erección larga y dura penetrándola, estirándola y tomándola al igual que lo había hecho aquella noche.

Le pasó la pierna por la cintura y se frotó contra él sintiendo su longitud dura y caliente apretada contra los pantalones que llevaba puestos. Cuando se frotó contra él, sintió un placer tan intenso que no pudo evitar gimotear como un animal. Richard también gimoteó y gruñó como un lobo moviendo las caderas hacia arriba y abajo para darle más placer. Más rápido… más cerca…

—Jane… —gruñó—. Serás mi perdición.

Se movió hacia el otro seno y comenzó a lamerle el pezón. Al cabo de unos instantes, con un destello en los ojos, se apartó de los senos y se arrodilló delante de ella.

—¿Richard? —lo llamó.

Sin embargo, en lugar de una respuesta, oyó el movimiento de la falda y sintió que le subía las enaguas por las piernas.

—¿Qué haces? —le preguntó alarmada. De seguro no iba a…

Pero se equivocaba. Richard le colocó las manos en las caras internas de los muslos y la obligó a separar las caderas. Luego, se

apoyó una de las piernas sobre el hombro, y Jane sintió el aliento cálido contra el sexo.

—¡Richard! —exclamó. Eso era algo prohibido. Algo excitante. Algo que jamás se había imaginado.

—Calla, tesoro —murmuró mientras le separaba los pliegues con los dedos, y Jane se estremecía del placer que le provocaba tanta audacia—. Quiero darte el mayor placer, esposa.

Y luego le apoyó los labios… allí. Y le produjo un placer dulce e intenso que casi la hace soltar una exclamación.

Comenzó a arrastrar la lengua lento entre los pliegues, hacia arriba y abajo, y acariciarle cada rincón oculto y cada espacio íntimo. Jane jadeó mientras absorbía todas las sensaciones y se derretía en ellas.

El placer fue en incremento en el punto más delicado de su ser. Le clavó los dedos contra los hombros anchos y duros. Se apoyó contra la pared fría y sintió que volaba suspendida en el aire.

Y de repente, la lengua de Richard encontró ese hermoso lugar en el centro de su ser y comenzó a provocarlo… una y otra vez… lo lamía y lo succionaba, y lo lamía y lo succionaba…

De pronto, sintió otra cosa… un dedo que se abría paso entre sus pliegues y se enterraba en donde más lo necesitaba. La penetró más profundo antes de doblarlo y comenzar a acariciarla por dentro en el punto específico que la hacía sentir débil y cálida.

—Por todos los cielos, eres muy estrecha y dulce… —le susurró.

Y entonces ese dedo se movió en su interior y comenzó a girar. Le hacía algo que la llevaba a mover las caderas sin pudor alguno para frotarse contra su dedo, contra sus labios y su lengua para sentir el placer que iba en aumento y la alzaba más y más. La hacía sentir más cálida. Y más estrecha.

Se estaba moviendo hacia algún sitio, hacia ese hermoso punto más alto, más cerca… Un sitio en el mundo de las explosiones de placer dulce y contracciones y olas que la embargaban.

De repente, se dio cuenta de que estaba jadeando demasiado alto y de que quizás hasta estaba gritando su nombre. Richard se apartó de debajo de ella y le cubrió el cuerpo con el suyo, al tiempo

que le apoyaba una mano sobre la boca para amortiguarle los gritos. Y entonces se desplomó contra él.

Richard se apartó de ella para mirarla a los ojos y, en ese momento, supo que nada más importaba. Solo ellos dos juntos, disfrutando de esa conexión, con nadie más a la vista.

—Te amo, Jane —le dijo, y toda la ligereza le había desaparecido de los ojos. Era como si le estuviera haciendo un juramento. Una promesa. Algo que jamás rompería mientras viviera—. No veo la hora de despertar cada día del resto de la vida contigo.

Una bandada de mariposas le recorrieron el pecho.

—Te amo, Richard. Durante muchos años no logré sentir que perteneciera a algún sitio, pero ahora sé que se debía a que pertenezco contigo.

Gracias por leer **LA FALSA PROMETIDA DE LORD LIBERTINO**. Si te encantó la historia de Richard y Jane, obtén ahora tu epílogo adicional gratuito:

https://mariahstone.com/epilogo-duque2

¡No te detengas aquí! Para saber cómo continúa nuestra historia, sigue leyendo el libro 3 de nuestra serie Duques y secretos: **DUQUE POR CONVENIENCIA**.

Un libertino sobreprotector. Una osada marisabidilla. Un matrimonio por conveniencia entre dos opuestos… que se enamoran perdidamente.



⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ *«¡Tan adictivo y lleno de emociones - no podía parar de leer. ¿Quién necesita dormir de todos modos?»*

Lee DUQUE POR CONVENIENCIA ahora >.

¿Te apetece un Highlander?

Si te gustan los romances históricos y aún no has leído la historia de Craig y Amy, asegúrate de conseguir **LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER**.

Impresionante, apasionado, romántico -- ¡para todos los fans de Outlander! En sus brazos él encuentra fuerza. En los de él, ella encuentra esperanza. ¿Puede su amor superar las edades?

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ *"¡Una de las HISTORIAS MÁS ROMÁNTICAS Y DESGARRADORAS que he leído en mucho tiempo! ¡Me encantó*

absolutamente!"

Lee LA CAUTIVA DEL HIGHLANDER ahora >

O quédate en el Londres de la Regencia, y sigue leyendo **DUQUE POR CONVENIENCIA.**

Londres, 1813

El calor que emanaba la taza de té que sostenía *lady* Calliope en las manos no bastaba para luchar contra el escalofrío que le subía por la columna vertebral. Tampoco era suficiente el cálido aire de junio que llenaba la sala de estar pintada de color amarillo de Sumhall Place, su hogar.

William King, marqués de Huntingham, se encontraba sentado al otro lado de la mesa de té y no le quitaba la mirada fría de encima. Aun con su abuela, su hermano Preston y su flamante esposa, Penelope, con quien se había casado hacía dos meses, presentes en la habitación, el corazón le latía desbocado del pánico que no había sentido desde que tenía doce años, la última vez que había visto a William.

Qué error había sido permitir la visita de William. Sin embargo, no podía alertar a su familia de la verdadera naturaleza del marqués sin exponer su sucio secreto. El secreto que William poseía.

—Todos hemos oído acerca de su querido padre —señaló la abuela ladeando la cabeza de cabello gris plateado con el tocado perfecto digno de una monarca, al tiempo que le rascaba la oreja a la peluda gata persa blanca que descansaba sobre su regazo. A pesar de las caricias que tanto le encantaban a la señorita

Furrington, la gata no mostró ningún indicio de regocijo, sino que se limitó a mirar a Huntingham con los ojos abiertos de par en par y dilatados. Calliope compartía la misma aversión que sentía la gata—. Qué terrible. Para usted y para toda su familia, querido William.

William, así era como lo había conocido en el pasado. Aunque la abuela había utilizado su nombre de pila, ese hombre ya no era William. Del rostro le había desaparecido cualquier suavidad típica de un muchacho de quince años. Ahora, el agradable rostro angular de un hombre adulto la miraba fijo. Tenía los pómulos altos y unos grandes ojos marrones encuadrados por unas pestañas oscuras. Su boca, ancha y atractiva, con labios apretados y una constante curva en el labio superior dejaba entrever cierta arrogancia, mientras que las arrugas en las comisuras de los labios daban testimonio de una opinión dura. Llevaba el mentón cuadrado perfectamente afeitado, y todo el rostro enmarcado por un cabello de color castaño oscuro peinado hacia atrás a la última moda.

Aunque no se podía negar que era atractivo, la superficie inmaculada ocultaba un interior frío. Para infundirle las fuerzas que necesitaba, recurrió al recuerdo de otro hombre que hacía que la embargara una ola de calor. Hacía tan solo unos días, había estado bailando en los brazos de Nathaniel, duque de Kelford, en el baile real en honor a la Armada y a la Marina. Con el cabello dorado, alto, musculoso y hermoso, la había dejado sin aliento en su uniforme de la Marina. Calliope no había podido evitar sentir como si estuviera volando en sus brazos. Como si tuviera el corazón lleno de mariposas agitando las alas. Había ardido bajo la intensa mirada de los ojos turquesa, y la piel le había cosquilleado bajo esas palmas. Si ese libertino encantador se encontrara al otro lado de la mesa de té en lugar de esa víbora…

Los hombros anchos de William denotaban fuerza, y tenía los muslos musculosos de un jinete. Pero Nathaniel era mucho más grande, con músculos más anchos bajo el uniforme, y no muchos caballeros tenían una contextura física como la de él. Calliope bajó la mirada a las manos grandes de William. Una de ellas yacía sobre el apoyabrazos entallado de la silla, en una pose casual y relajada. Pero Calliope sabía lo cruel que podía ser esa mano. El dolor que podía

causar. El recuerdo le produjo un estremecimiento. Y su hermano mayor, Spencer, no se encontraba allí para defender su honor como lo había hecho en el pasado. Era el único que sabía lo que había ocurrido.

—Abuela —interrumpió Preston con una sonrisa arrepentida—. Ahora es Huntingham.

—Lo sé —le dijo acariciando a la señorita Furrington—. Huntingham, espero que pueda disculpar mi informalidad. No fue con mala intención. Nuestras familias solían ser muy amigas.

Calliope sintió otro escalofrío en la espalda. Todo eso era cierto… hasta que sus familias se apartaron. Por ella.

Preston asintió con la cabeza de cabello oscuro y una expresión de tristeza genuina oscureciéndole los ojos.

—Yo también lo siento, Huntingham. Nuestros padres eran grandes amigos y vecinos. Lo recuerdo bien.

Sentada en el sofá al lado de Calliope, Penelope, que se había convertido muy rápido en una de las mejores amigas de Calliope, entrecerró los ojos y miró a su cuñada con preocupación. Penelope se veía hermosa con el sedoso cabello rubio oscuro y el inmaculado vestido púrpura digno de la duquesa que era. Pero lo que la hacía aún más hermosa era la felicidad que parecía radiar de ella, al igual que de Preston.

Huntingham asintió con la cabeza sin ningún indicio de pena.

—Así es. Echaremos de menos a mi padre.

La abuela abrió la boca para decir algo, pero Huntingham no había acabado.

—A pesar de que seguimos de luto, no puedo ahogarme en mis sentimientos durante mucho tiempo más. —Miró a Preston—. Grandhampton, estoy seguro de que usted lo comprende, considerando que heredó el título hace poco y conoce todas las responsabilidades que conlleva. —Le ofreció a Penelope la sombra de una sonrisa fría—. Encontró una esposa muy pronto luego del período de luto, como debería haber hecho.

Preston frunció el ceño, y curvó las comisuras de la boca para revelar la tensión que debía mantener oculta en el rostro que solía ser ilegible. La unión entre él y Penelope no había sido una boda

común como creía la gente. Preston se había casado con ella para vengarse de la muerte de Spencer y dejar a su padre en la ruina. Sin embargo, la mujer a la que había creído su enemiga, se había convertido en su mayor amor.

—Así es —repuso con amabilidad.

Huntingham continuó.

—Ahora que seré el próximo marqués y el período de luto ha acabado, debo hacer lo mismo y encontrar una esposa.

Cuando dijo la palabra «esposa», su mirada pesada se volvió a posar sobre ella, y Calliope sintió como si le cayera un témpano por la espalda. Ella… la esposa… ¿de él? Estaba a punto de perder los estribos; tenía que controlarse. Era capaz de ponerse de pie y avergonzarse no solo a sí misma, sino también a su familia al salir corriendo de allí. Pero no se permitió desmoronarse.

Tuvo la extraña sensación de que salía de su cuerpo y se observaba como si fuera otra invitada más. La dama fría y compuesta no daba ningún indicio de ira rugiendo en su alma. La prístina taza blanca de té no repiqueteó contra el platito cuando los dejó sobre la mesa. Tenía la espalda perfectamente erguida, la cabeza en alto y las piernas inmóviles y no inquietas de las ansias de incorporarse de un salto y huir. Hasta se las había ingeniado para reprimir la necesidad de respirar profundo y rápido. El único indicio de su agitación podría ser el color de las mejillas, pero Penelope también estaba algo sonrosada, sin dudas debido al calor veraniego de la habitación.

Preston estudió al hombre con una mirada calculadora.

—Disculpe por hablar con tanta franqueza —comenzó—, pero debo admitir que me sorprende su visita, considerando que durante muchos años no ha habido ningún contacto entre nuestras familias.

El marqués curvó el labio superior en una fugaz expresión de ira. No se los diría, ¿no? No, de seguro que no. Pero por más que guardara el secreto, como lo había hecho durante los últimos años, aún podía utilizar esa información en su contra y mecerla sobre su cabeza como la hoja de una guillotina.

—Claro, usted se encontraba en un internado en Escocia —repuso Huntingham cruzándose de piernas. Por todos los cielos,

era muy alto. Quizás hasta era más alto que sus hermanos; aunque, sin dudas, no tenía la misma contextura física que ellos—. Y no sabe que su difunto hermano y yo tuvimos un altercado.

Desde septiembre, Calliope, su familia y el resto del mundo habían creído que Spencer estaba muerto. Y, desde junio, lo habían estado buscando sin cesar, sin saber con certeza si estaba vivo o muerto, si lo habían reclutado en la Marina a la fuerza o no. Calliope apoyó la mirada en la silla entallada al lado del hogar, la silla favorita de Spencer, y el pecho le dolió de lo mucho que echaba de menos a su hermano mayor. De haber estado allí, William no se hubiera atrevido a asomar el rostro por su casa.

En ese entonces, Spencer había tenido dieciocho años y había estado practicando boxeo durante varios años, de modo que, con unos golpes precisos y habilidosos, le había partido el labio a William y le había dejado un ojo negro y, a juzgar por el modo en que huyó sosteniéndose un lateral, también le había roto una costilla. La familia King jamás regresó a Grandhampton Court.

—Y, si no le molesta la pregunta, ¿acerca de qué fue el altercado? —le preguntó Preston a continuación.

Los cálidos ojos marrones de William se sintieron gélidos al volver a posarse en Calliope. No respondió, sino que la recorrió con la mirada para atraparla en el tortuoso recuerdo del día que había cambiado la trayectoria de toda su vida. El día en que las largas cortinas se habían mecido bajo la cálida brisa de verano que fluía entre las puertas francesas abiertas de la biblioteca. El día en que había sentido la portada de cuero de un libro que no debía tocar a los doce años. El primer día de su vida en que se había sentido de ese modo: había ardido y anhelado algo y se había tocado el punto más íntimo mientras se imaginaba a un muchacho de ojos marrones haciéndole las cosas que estaba leyendo…

De pronto, dos manos fuertes le habían arrancado el libro de los dedos… Y los ojos marrones que la miraban ya no estaban en su imaginación. Dos dedos le habían acariciado el cuello haciéndola estremecer de la sorpresa… Luego un pellizco duro y doloroso en la base del cuello la había dejado completamente conmocionada. Los ojos pasaron de ser cálidos a mostrarse enfadados y asqueados. Y

soltó una sola palabra que hizo que se le encogiera y marchitara el alma: «Mujerzuela».

Calliope se estremeció con el recuerdo y se aferró a la falda de muselina de color verde pastel.

—El altercado… —comenzó William King despacio, y su mirada fue como unas garras afiladas que se le enterraban bajo la piel—. No lo recuerdo. ¿Y usted, *lady* Calliope?

Era la primera vez que se dirigía a ella; la garganta se le estrechó y sintió los labios tan rígidos que no logró moverlos. Ella no era así. Nadie tenía ese efecto sobre ella. Era una mujer fuerte e inteligente que planeaba convertirse en una investigadora para luchar contra el crimen y encontrar a personas desaparecidas. ¿Cómo podía ser que una persona la hiciera sentir tan sucia e insignificante?

El punto en el cuello en el que William la había pellizcado le ardía. Era como si le hubieran colocado unos grilletes de los que no se podía desprender. Era probable que él pudiera percibir su aflicción. Las comisuras de los delgados labios se le curvaron en una sonrisa de satisfacción apenas perceptible.

—Yo tampoco lo recuerdo —respondió al fin. La voz nunca le había sonado tan apagada.

William asintió y bajó los hombros cuando se relajó. Una mirada de triunfo le asomó al rostro al saber que tenía poder sobre ella. Con solo decir una palabra de lo que había presenciado, provocaría un escándalo que mancillaría para siempre su nombre y el de su familia.

—Debió de tratarse de un simple malentendido —concluyó William—. Pero ¿qué importa? Creo que nuestras familias pueden volver a ser amigas. De hecho, me preguntaba si nuestras familias podrían unirse por lazos más profundos que los de la amistad.

En la habitación reinó el silencio. Calliope oyó el reloj desde el pasillo. Desde detrás de las ventanas abiertas, se oyeron los cascos de un caballo y las ruedas de un carruaje que traqueteaba por las calles adoquinadas. La abuela se quedó quieta, con los ojos como platos y la boca abierta. La mano de Penelope se detuvo con la taza de té de camino a la boca. La señorita Furrington alzó la cabeza con las orejas erectas y se volvió hacia William. Los ojos oscuros de Preston se agrandaron con una expresión de agradable sorpresa

porque se había pasado las últimas semanas buscándole un marido. Preston se enderezó en la silla y estiró los labios para formar una sonrisa.

—Me pregunto lo mismo. La línea del marqués de Huntingham es antigua y respetable. ¿No estás de acuerdo, hermana?

Lo último que quería Calliope era un marido. Cualquier marido desaprobaría por completo los planes que tenía para su vida. Hasta sus hermanos estaban convencidos de que comenzar una agencia de investigaciones era peligroso y debía desechar esa idea. Pero William sería peor que cualquier otro marido. Si la había pellizcado por leer un libro obsceno, ¿qué le haría cuando la poseyera como marido? Tenía que defenderse. No podía permitir que la atraparan en un matrimonio con alguien como él.

Calliope sintió la garganta más seca que un papel. Tragó lo que le pareció una piedra e intentó obligarse a hablar. Perdió el control por primera vez desde que vio a William, alzó la pierna y golpeó la mesa de té de modo tal que su taza y su plato salieron volando y cayeron al suelo. William se movió deprisa para atraparlos, pero la taza se hizo añicos con un tintineo.

La señorita Furrington se puso de pie, arqueó la espalda y le siseó a William antes de lanzarse contra su mano, la misma que había utilizado para pellizcar a Calliope, y clavarle las garras afiladas y los dientes. William se incorporó de un salto y soltó un grito agitando la mano, al tiempo que el pelaje blanco y la cola de la señorita Furrington se movían como una mata peluda.

—¡Señorita Furrington! —exclamó la abuela al tiempo que salía disparada para coger a la gata.

—¡Oh, no! —exclamó Penelope incorporándose también.

—¡Diablos! —masculló Preston. Tomó a la gata que se había aferrado aún más a la mano de William y no dejaba de sisear. Cuando la señorita Furrington por fin le quitó las garras, el marqués vio los rasguños sangrantes que le cubrían la mano. Se apoyó la mano contra el pecho con los ojos marrones agrandados y oscuros. Con gran satisfacción, Calliope pensó que se veía como en el pasado, luego de que Spencer le diera su merecida paliza.

La señorita Furrington se escabulló de los brazos de Preston y le dejó pelos blancos sobre el impecable chaleco oscuro. Acto seguido, se acurrucó en el regazo de Calliope y le dirigió una mirada de advertencia a William.

—Lo siento mucho, Huntingham —se disculpó la abuela mientras revolvía la bolsa en busca de un pañuelo—. La señorita Furrington no suele ser así. Debe estar estresada porque Sumhall es su nuevo hogar temporal hasta que *lady* Calliope se case.

Cuando Richard, el hermano de Calliope y Preston que había estado viviendo en Sumhall con Calliope, se casó y se marchó de luna de miel hacía dos días, la abuela se había mudado con la señorita Furrington para garantizar el decoro de la joven dama soltera.

William aceptó el pañuelo que le ofreció la abuela y se lo envolvió en la mano antes de mirar a Calliope con una ira apenas oculta.

—Debe pedirle a su médico que le examine la mano —señaló Calliope mirándolo y acariciando el pelaje cálido y suave de su pequeña defensora—. De inmediato.

William no apartó los ojos de ella, sino que la perforó con una mirada asesina.

—No —se rehusó volviendo a sentarse—. Algo tan insignificante como los rasguños de un gato no me disuadirán de mi misión.

—Disculpe, Huntingham —intervino Preston al tiempo que se dirigía a la campana para llamar a los criados.

—Tonterías —le aseguró William—. No le dé tanta importancia.

La abuela se acomodó y reposó la mirada afilada en Calliope y la señorita Furrington.

—No caben dudas de que la gata te quiere mucho, cariño —murmuró.

—Regresemos a la pregunta que le hizo su hermano, *lady* Calliope —insistió William—. ¿Qué piensa de renovar la amistad entre nuestras familias?

—La amistad es una cosa —repuso Calliope—. Pero en lo que se refiere a los lazos más profundos, hermano, ¿no crees que deberíamos esperar al regreso de Spencer antes de considerar este tipo de decisiones?

La sombra de la sonrisa de Preston se desvaneció. Por supuesto que no tenían claro si Spencer alguna vez regresaría. La familia había acordado que hablarían de él como si siguiera vivo y perdido y estaba haciendo todo lo posible por recuperarlo. Si Spencer regresaba, Preston seguiría siendo el duque porque el título no era reversible, pero la familia sin Spencer era como un cuerpo sin una extremidad. Además, como Spencer sabía lo que había pasado hacía muchos años, jamás permitiría que William se casara con ella.

William se puso pálido y la mirada intensa como una garra le desapareció del rostro.

—¿Acaso su hermano… no ha muerto? Disculpen la pregunta tan poco delicada.

—Estamos seguros de que sigue vivo —respondió Calliope dirigiéndole la mirada más fría de la que fue capaz—. Y lo estamos buscando.

—Entonces, ¿no saben si está vivo o muerto? ¿O dónde está? —preguntó William.

—No —respondió Preston—, pero como dijo mi hermana, estamos haciendo todo lo posible para recuperarlo. Y, Calliope, no creo que debamos esperar el regreso de Spencer para tomar decisiones acerca de tu futuro. Y sé que no deseas casarte, pero Huntingham no es un desconocido. Lo has conocido durante toda tu vida. ¿No eran amigos antes?

Calliope arqueó una ceja y miró a William.

—Así es. Éramos amigos. Todos los años pasábamos los meses del verano juntos porque el marqués tiene la misma edad que Richard.

—En ese caso, estoy seguro de que podría persuadirla para que cambie de parecer —añadió William volviendo a clavarle la mirada—. Para que volvamos a ser amigos y se olvide del altercado.

Mentía. Prácticamente, podía oler el prejuicio, el resentimiento y la burla en él. No podía entender por qué alguien como él, un marqués adinerado y noble, querría casarse con una chica a la que una vez había tildado de mujerzuela. Calliope tragó con dificultad y se negó a permitirse mostrarle cualquier señal de debilidad, a pesar de que tenía las mejillas sonrojadas.

—Por ejemplo —continuó despacio—, podríamos volver a conectar gracias a nuestro amor mutuo por los libros. ¿Su biblioteca en Sumhall está tan bien abastecida como la de Grandhampton Court?

A Calliope se le cerró tanto la garganta que le dolió. Y las mejillas le ardieron del bochorno.

—No me había dado cuenta de que le interesaban los libros —dijo Preston—. ¿Lo sabías, Calliope?

Calliope tenía la espalda cubierta de sudor. El peso de la señorita Furrington en el regazo ya no la tranquilizaba.

—No —repuso—. No sabía que a Huntingham le interesaba la lectura.

—¿Te encuentras bien, querida? —le preguntó Penelope en voz baja—. Te ves muy pálida.

William la había reducido a esa persona pálida y cobarde que se negaba a ser. Con una sola palabra que le había dicho en el momento más íntimo y vulnerable de su vida, la había roto. ¿De verdad seguía teniendo tanto poder sobre ella tras catorce años? No, no se lo permitiría. Ella tenía el control de su vida, y no permitiría que se lo arrebatara. De manera abrupta, se quitó a la señorita Furrington del regazo. Libre de su protectora, se incorporó y se detestó por no poder enfrentarse a William y recurrir a la alternativa: huir.

—De hecho, no me encuentro demasiado bien, hermana —respondió Calliope—. Por favor, disculpe, Huntingham. En las siguientes semanas, estaré bastante ocupada. De hecho, es probable que me marche de Londres. Le deseo el mayor éxito en la búsqueda de esposa, aunque por desgracia, esa no seré yo.

Sintiendo como si fuera una bruja perseguida por la Inquisición, oyó los sonidos de los pies de Preston y William al incorporarse de manera repentina, y se apresuró a salir de la sala de estar y a subir las escaleras que conducían a su recámara.

El asunto era serio, pensó mientras movía las piernas deprisa y subía los escalones interminables hasta la siguiente planta. No podía contarle a Preston el comportamiento de William en el pasado

porque no podía permitir que pensara tan mal de ella por leer un libro obsceno a una edad tan temprana.

La única alternativa que tenía para evitar a William y asegurarse de que no la chantajeara para que se casara con él era encontrar a Spencer lo antes posible. No solo para protegerse, sino también para salvarlo de cualquier peligro mortal que pudiera estar corriendo.

Para encontrarlo, tendría que ir a ver a Nathaniel al Ministerio de Marina y pedirle que la ayudara a encontrar información acerca del paradero y del futuro que había corrido su hermano. Tenía que hacerlo de inmediato. Se detuvo en las escaleras y bajó la mirada. ¿Qué mejor momento para hacerlo que mientras se encontraba indispuesta y toda la familia la dejaría a solas para que se recuperara? Se dio la media vuelta y bajó las escaleras para escabullirse de la casa antes de que nadie la viera. Ni siquiera Teanby, el mayordomo…

Lee DUQUE POR CONVENIENCIA ahora!

CONSIGUE UN LIBRO DE MARIAH STONE GRATIS

¡Únete al boletín de noticias de la autora en https://mariahstone.com/es/ para recibir contenido exclusivo, noticias de nuevos lanzamientos y sorteos, enterarte de libros en descuento y mucho más!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

ACERCA DEL AUTOR

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en https://mariahstone.com/es/!

